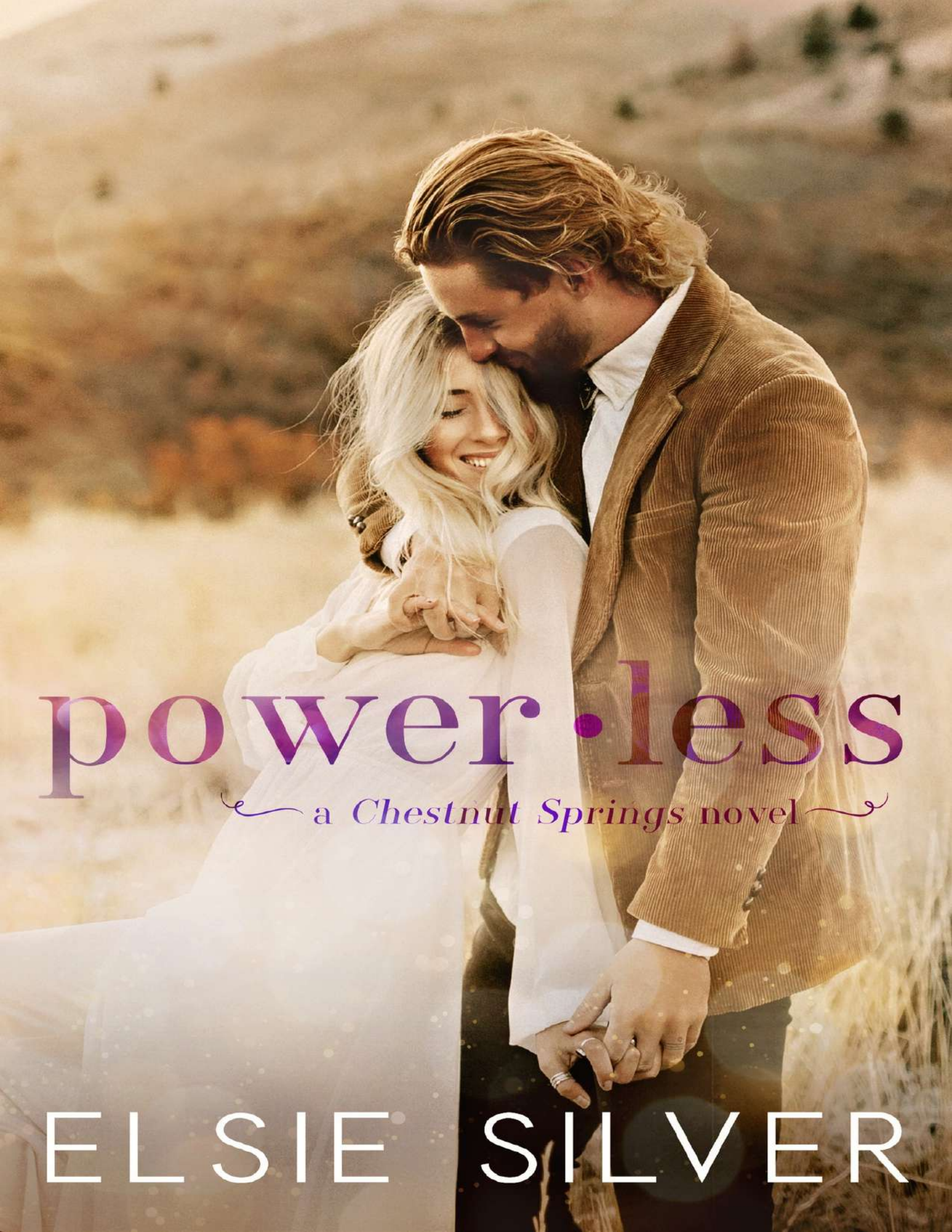

power·less
a Chestnut Springs novel
ELSIE SILVER

# SINOPSIS

Dos amigos de la infancia. Dos corazones rotos. Un viaje improvisado para alejarse de todo. Eso es todo lo que se suponía que iba a ser. Después de todo, he estado viviendo en la zona de amigos durante años.

Pero el rompecorazones del hockey Jasper Gervais ya no me mira como a una amiga. Y tampoco me toca como tal.

Para sus fans, es el atleta guapo y con talento de la tele. Pero para mí sigue siendo el chico perdido de ojos tristes y corazón de oro.

El hombre que he amado en secreto durante años.

Así que cuando mi vida se desmorona el día de mi boda, tiene sentido que sea él quien se abalance sobre mí y me salve. Y cuando su mundo se derrumba a su alrededor, yo estoy allí para devolverle el favor.

Pero cuanto más tiempo pasamos solos, más Jasper no se siente como un amigo en absoluto. Es todo lo que siempre he querido y creído que nunca podría tener.

Pero nuestros sentimientos no son directos. Giran en torno al dolor de su pasado y la realidad de mi presente.

Jasper Gervais actúa como si me quisiera.

Pero después de años rechazándome, va a tener que demostrarlo.

Chetsnut Springs #3



BLACK CAT
by Bel

# CONTENIDO


Nota al lector
Prólogo
1: Jasper
2: Sloane
3: Jasper
4: Sloane
5: Jasper
6: Sloane
7: Jasper
8: Sloane
9: Jasper
10: Jasper
11: Sloane
12: Jasper
13: Jasper
14: Sloane
15: Sloane
16: Jasper
17: Sloane
18: Sloane
19: Jasper
20: Sloane
21: Sloane
22: Jasper
23: Jasper
24: Sloane
25: Jasper
26: Sloane
27: Jasper
28: Sloane
29: Jasper
30: Sloane
31: Jasper
32: Jasper
33: Jasper
34: Sloane
35: Sloane
36: Jasper
37: Sloane
38: Jasper
39: Sloane
40: Sloane
Epílogo: Jasper
Adelanto Reckless
Agradecimientos




*Por los que se han pasado la vida siendo un poco *demasiado* agradables.*

*Por sentirse cómodo decepcionando a los demás para evitar decepcionarte a ti mismo.*



La verdad es que sólo tenemos control sobre un número finito de cosas en la vida.

El resto es una puta mierda.

- KANDI STEINER



# NOTA AL LECTOR

Este libro contiene material para adultos, como traumas infantiles, la muerte de un familiar y la ansiedad. Espero haber tratado estos temas con el cuidado que merecen.



# PRÓLOGO

## Sloane – 10 años

La puerta del auto se abre antes de que mis padres hayan estacionado el Bentley. Mis pies chocan contra la grava del camino antes de que ellos hayan conseguido salir del auto. En un suspiro, mis brazos rodean a mi prima Violet. Casi nos tiramos una a otra en el camino de tierra con la fuerza de nuestro abrazo.

Huele a hierba verde, a caballos y a la dulce libertad del verano.

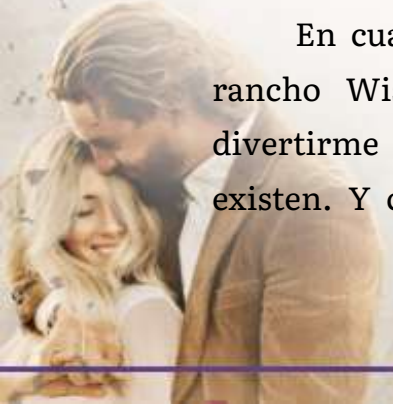
—¡Te he echado de menos! —Chillo cuando Violet se aparta y me sonríe con picardía.

—Yo también te he echado de menos.

Atrapo a mi madre mirándonos, feliz y triste a la vez. Me parezco a mi madre, y Violet se parece a la suya. Excepto que la madre de Violet murió, y mi madre perdió a su hermana. Siempre pienso que le gusta traerme aquí porque se siente cerca de su hermana cuando está en el rancho.

También hace que a mis padres les resulte más cómodo viajar a sus lugares favoritos de Europa. Mi padre dijo algo de que era bueno para mí 'ver cómo vive la otra mitad'. No estoy totalmente segura de lo que significa, pero vi cómo los labios de mi madre se apretaban entre sí cuando lo dijo.

En cualquier caso, nunca me quejo porque pasar un mes entero en el rancho Wishing Well con la familia Eaton significa que puedo salir y divertirme con mis primos. Las reglas son laxas. Los toques de queda no existen. Y cada verano puedo correr a mis anchas durante cuatro semanas



enteras.

—Robert, Cordelia. —El tío Harvey se adelanta para estrechar la mano de mi padre antes de darle a mi madre un fuerte apretón que la deja parpadeando un poco demasiado deprisa mientras observa los campos llanos de la granja y las montañas dentadas que hay detrás de ellos—. Encantado de verlos a los dos.

Empiezan a hablar de cosas aburridas de adultos, pero no los escucho porque mis otros primos salen de la gran casa del rancho. Cade, Beau y Rhett bajan trotando por las escaleras delanteras, bromeando, empujándose y deambulando como una manada.

Y luego los sigue otro chico. Uno que no reconozco. Uno que capta inmediatamente mi atención. Uno con miembros largos y larguiruchos, cabello color caramelo y los ojos más azules que he visto nunca.

Los ojos *más tristes* que he visto nunca.

Cuando ese chico desliza su mirada hacia mí, no hay más que curiosidad en su rostro. Aun así, aparto la cabeza y siento que me salen manchas calientes en las mejillas.

Mi madre se mueve a mi lado, dándome palmaditas en la cabeza.

—Sloane, tienes que acordarte del protector solar. Ya te ves demasiado acalorada, y pasas tanto tiempo en el estudio de danza, que tu piel no está acostumbrada a esta exposición.

Su alboroto sólo hace que me sonroje más. Tengo casi once años y me hace parecer un bebé delante de todos.

Pongo los ojos en blanco y murmuro—: Lo sé. Lo haré —antes de tomar a Violet de la mano y marcharme enfadada.

Entramos y subimos a mi habitación de invitados, buscando un poco de intimidad mientras los demás se quedan fuera charlando.

Violet se deja caer en el colchón y anuncia—: Cuéntamelo todo.



Suelto una risita y me paso el cabello por detrás de las orejas, atraída por la ventana que da a la entrada.

—¿Sobre qué?

—¿La escuela? ¿La ciudad? ¿Qué quieres hacer este verano? Simplemente... todo. Estoy tan feliz de que haya una chica aquí. Este lugar apesta a chicos *todo el tiempo*.

Por la ventana, veo al chico misterioso dándole la mano a mis padres. Noto el disgusto en la cara de mi padre. La lástima en la de mi madre.

—¿Quién es el otro chico? —pregunto, incapaz de apartar la mirada.

—Oh. —La voz de Violet se calla un poco—. Ese es Jasper. Ahora es uno de los nuestros.

Me vuelvo hacia ella, enarcando una ceja, con las manos en las caderas, tratando de hacerme la tranquila, como si no estuviera *demasiado* interesada, pero sin saber muy bien cómo conseguirlo tampoco.

—¿Qué quieres decir?

Se gira para sentarse con las piernas cruzadas en la cama y se encoge de hombros.

—Necesitaba una familia, así que lo acogimos. No conozco todos los detalles. Hubo un accidente. Beau lo trajo aquí un día del otoño pasado. Me gusta pensar en él como un hermano apestoso más. Puedes pensar en él como en un nuevo primo.

Me duele la cabeza mientras mi corazón lucha contra mi cerebro.

Mi corazón quiere volver a mirar por la ventanilla porque Jasper es *tan* lindo y mirarlo me hace dar unos extraños saltitos en el pecho.

Mi cerebro sabe que es estúpido, porque si es amigo de Beau, debe tener al menos quince años.



Pero no puedo contenerme.

Miro de todos modos.

Lo que no sé es que seguiré luchando contra las ganas de mirar fijamente a Jasper Gervais durante años.



# 1

## Jasper

El prometido de Sloane Winthrop es un imbécil real.

Estoy familiarizado con esa clase de tipo. No te abres camino en la NHL sin encontrarte con unos cuantos.

Y este tipo tiene el acto en la palma de la mano.

Por si el nombre de *Sterling Woodcock* no fuera suficiente, ahora presume del viaje de caza en el que él y su padre se gastaron cientos de miles de dólares para matar leones nacidos y criados en cautiverio, como si eso fuera a hacerles la polla más grande.

Desde el Rolex de su muñeca hasta sus uñas cuidadas, rebosa riqueza, y supongo que tiene sentido que Sloane acabe con un hombre como él. Después de todo, los Winthrops son una de las familias más poderosas del país con lo que es casi un monopolio en la industria de las telecomunicaciones.

Mientras divaga, miro a Sloane al otro lado de la mesa. Tiene los ojos azules como el cielo y está jugueteando con la servilleta que tiene en el regazo. Parece que preferiría estar en cualquier sitio menos aquí, en este restaurante de carnes ornamentado y poco iluminado.

Y yo me siento igual.

Escuchar a su futuro marido presumir ante una mesa llena de familiares y amigos que nunca he conocido de algo que es sinceramente vergonzoso y triste no es la forma en que yo elegiría pasar una noche libre.



Pero estoy aquí por Sloane, y eso es lo que sigo diciéndome.

Porque viéndola ahora, toda abatida a pocas noches de su boda... parece que necesita a alguien aquí que la conozca de verdad. El resto del equipo Eaton no pudo ir a la ciudad esta noche, pero le prometí que iría.

Y por Sloane cumplo todas las promesas, por mucho que duelan.

Esperaba que estuviera sonriendo. Radiante. Esperaba estar feliz por ella, pero no lo estoy.

—¿Cazas, Jasper? —pregunta Sterling, todo aplomado y pretencioso.

Siento que el cuello de mi camisa de cuadros me estrangula, aunque me he desabrochado los botones de arriba. Me aclaro la garganta y echo los hombros hacia atrás.

—Lo hago.

Sterling toma el vaso de cristal que tiene delante y se echa hacia atrás para evaluarme con una sonrisa de satisfacción en su cara perfectamente afeitada.

—¿Alguna caza mayor? Disfrutarías de un viaje así. —La gente que no me conoce asiente con la cabeza y murmura.

—No sé si... —comienza Sloane, pero su prometido aplasta su intento de añadir algo a la conversación.

—Todos vimos a cuánto llegó tu último contrato. No está mal para un portero. Así que siempre que hayas sido responsable con tu dinero, es algo que deberías poder permitirte.

Como he dicho: imbécil.

Me muerdo el interior de la mejilla, tentada de decir que he sido terriblemente irresponsable con mi dinero y que no tengo ni un dólar. Pero por muy humilde que haya sido mi educación, tengo la suficiente clase para saber que las finanzas no son una conversación de cortesía.



—No, hombre. Sólo cazo lo que puedo comer, y no sé cómo cocinar un león.

La mesa se ríe un poco, incluso Sloane. No me pierdo el instante en que Sterling entrecierra los ojos, aprieta los dientes y se le desencaja la mandíbula.

Sloane interviene rápidamente, acariciándole el brazo como si fuera un perro al que hay que calmar. Casi puedo sentir sus finos dedos en mi propio brazo y, distraídamente, me encuentro deseando que fuera a mí a quien estuviera tocando.

—Yo también solía cazar con mis primos en Chestnut Springs, ¿sabes?

Retrocedo en el tiempo, recordando a una joven Sloane que seguía el ritmo de los chicos todo el verano. Sloane con suciedad bajo las uñas, rasguños en las rodillas, el cabello decolorado por el sol, enredado y suelto por la espalda.

—Es más por la emoción, ¿sabes? El poder. —Sterling ignora por completo el comentario de Sloane.

Me mira como a un oponente, pero ahora no estamos jugando al hockey. Si lo estuviéramos, le daría un golpe rápido en la cara.

—¿No has escuchado lo que Sloane acaba de decir? —Intento estar tranquilo, pero odio cómo la ha tratado durante toda la cena. No sé cómo terminó aquí. Es mi mejor amiga. Es elocuente, inteligente y divertida, ¿no se da cuenta? ¿No l*a* ve?

Sterling agita una mano y se ríe.

—Ah, sí. Siempre escucho hablar del Rancho Wishing Well. —Se vuelve hacia ella con tono condescendiente y una sonrisa burlona—. Menos mal que has superado la fase de marimacho por la que pasaste, nena. Habrías perdido tu vocación de bailarina.

Su respuesta de mierda empeora al darme cuenta de que escuchó lo que ella dijo y *decidió* ignorarla.



—¡No puedo ni imaginarte manejando un arma, Sloane! —exclama un tipo al fondo de la larga mesa, con la nariz roja por haber bebido demasiado whisky.

—Estuve bien, en realidad. Creo que sólo golpeé algo vivo una vez. —Se ríe ligeramente y sacude la cabeza, brillantes mechones de cabello rubio resbalando por delante de su cara antes de empujarlos hacia atrás detrás de las orejas y bajar los ojos con un leve rubor—. Y luego lloré desconsoladamente.

Sus labios se entrelazan y me quedo embelesado. Imaginando al instante cosas que no debería.

—Recuerdo ese día. —La miro desde el otro lado de la mesa—. Esa noche ni siquiera pudiste comerte el venado de la cena. Todos intentamos consolarte, pero no funcionó. —Mi cabeza se inclina ante el vívido paseo por el carril de los recuerdos.

—Y eso de ahí —Sterling señala a Sloane sin siquiera dedicarle una mirada— es por lo que las mujeres no deben salir a cazar. Demasiado molesto.

Los crecidos compañeros de fraternidad de Sterling se ríen a carcajadas de su patético comentario, lo que lo incita a ir por todo con su modo imbécil. Levanta la copa y mira a la mesa.

—¡Por mantener a las mujeres en la cocina!

Se oyen risas y un puñado de gente que dice '*salud*' y '*aquí, aquí*'.

Sloane se pasa la servilleta de tela blanca por los labios con una sonrisa primorosa, pero mantiene la mirada fija en el cubierto vacío que tiene delante. Sterling vuelve a regodearse con los otros invitados... ignorando a la mujer sentada a su lado.

Ignorando la parte de sí misma que intentaba compartir con él. Ignorando cómo la avergonzaba.

Mi paciencia para esta noche se agota rápidamente. Las ganas de pasar a



un segundo plano son abrumadoras.

Sloane me mira al otro lado de la mesa y me dedica una de sus sonrisas ensayadas. Sé que es falsa porque he visto su sonrisa de verdad.

Y no es esta.

Es la misma sonrisa que me dedicó cuando le dije que no podía ir al baile con ella como acompañante. Llevar a un jugador de la NHL de veinticuatro años no era apropiado para ninguno de los dos, y yo fui el imbécil que tuvo que decírselo.

Le devuelvo la sonrisa, sintiendo que la frustración crece en mi interior por el hecho de que esté a punto de atarse a alguien que la trata como un accesorio, que no la escucha. O que aprecie su complejidad, y no solo la princesa pulida en la que la ha moldeado su familia.

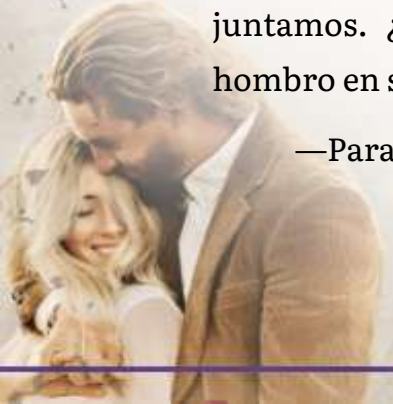
Nuestros ojos se quedan fijos y sus mejillas empiezan a sonrojarse. Mueve los hombros hacia atrás y mi mirada se posa en sus clavículas. De repente, me veo pasando la lengua por allí. Haciendo que se retuerza.

Vuelvo a mirarla a la cara. Como si me hubiera descubierto. Como si de algún modo pudiera escuchar lo que tengo en la cabeza. Porque ambos sabemos que no puedo mirarla así. Es como de la familia. Y lo que es peor, oficialmente pertenece a otro hombre.

Sterling capta el intercambio y vuelve a centrar su atención en mí. Se me eriza la piel.

—Sloane me ha dicho que son amigos desde hace mucho tiempo. Perdona que me confunda, pero un jugador de hockey tan tosco no parece amigo de una primera bailarina. Por supuesto, no te he visto mucho desde que ella y yo nos juntamos. ¿Algo te mantiene alejado? —Le pasa un brazo por encima del hombro en señal de posesión, y yo intento no fijarme en el gesto.

—Para ser justos, yo tampoco he escuchado hablar mucho de ti. —Lo digo



con suficiente humor en el tono como para que nadie se dé cuenta de la forma en que nos miramos. Me echo hacia atrás y cruzo los brazos sobre el pecho—. Pero sí. Supongo que no soy tan tosco como para ser el que trae Polysporin y analgésicos cuando mi amiga tiene los pies demasiado doloridos de bailar en puntas como para caminar.

—Ya te lo he dicho. —La voz de Sloane es apaciguadora—. Él me ayudó a mudarme a mi nuevo condominio. A veces tomamos café. Cosas así de sencillas.

—Básicamente, sabe que si necesita algo, allí estaré —añado sin pensar.

Sloane me lanza una mirada, probablemente preguntándose por qué estoy actuando como un imbécil territorial. Me pregunto lo mismo, para ser honesto.

—Menos mal que ahora me tienes a mí para todo eso. —Responde Sterling a Sloane, pero me mira fijamente. Luego coloca bruscamente una palma sobre las manos de Sloane que ahora están apoyadas en la mesa. Las que todavía tiran de su servilleta con ansiedad. Pero la forma en que la toca no es calmante o de apoyo. Es un golpe, un reproche por estar inquieta.

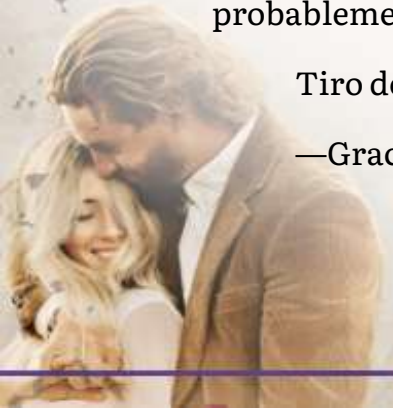
La furia corre por mis venas. Tengo que irme antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

—Bueno, me voy a pasar la noche fuera —anuncio de repente, echando la silla hacia atrás, desesperado por respirar aire fresco y alejarme de las paredes oscuras y las cortinas de terciopelo que me rodean.

—Será mejor que duermas bien, Gervais. Lo necesitarás para ponerte a tono con los Grizzlies esta temporada. Después de la temporada pasada, probablemente estés sobre hielo delgado.

Tiro de los puños de mi camisa y me obligo a ignorar el pinchazo.

—Gracias por invitarme, *Woodcock*. *La* cena estaba deliciosa.



—Sloane te invitó —es su petulante respuesta, aclarando que no le gusto... ni mi presencia.

Lo miro sin comprender y levanto un lado de la boca. Como si no pudiera creerme lo idiota que es. Siento que nos miran, que los demás captan la tensión tácita que hay entre nosotros.

—Bueno, para eso están los amigos.

—Espera, pero tú eres su primo, ¿verdad? —El whisky del borracho se derrama por el borde de su vaso y cae sobre su mano mientras me señala.

No sé por qué Sloane y yo siempre hemos insistido tanto en que somos amigos y no primos. Si alguien intentara decirme que Beau, Rhett o Cade no son mis hermanos, lo descartaría de inmediato. Esos hombres *son* mis hermanos.

¿Pero Sloane? Ella es mi amiga.

—En realidad, es mi amigo, *no* mi primo. —Sloane tira su servilleta encima de la mesa cubierta de lino blanco con más fuerza de la necesaria.

La gente reunida para su boda la mira fijamente.

Su boda *este fin de semana*.

Se me retuerce el estómago.

—¿Vendrás mañana a la despedida de soltero, Gervais? —continúa el borracho. Tiene hipo y sonríe estúpidamente, recordándome al ratón borracho de la fiesta de cumpleaños del Sombrerero Loco—. Me encantaría decir que estuve de fiesta con la superestrella del hockey Jasper Gervais.

Me sorprende que la única razón por la que un tipo así me quiere cerca es para aumentar su reputación.

—No puedo. Tengo un partido. —Mi sonrisa es tensa, pero mi alivio es inmenso cuando me levanto de la silla.



—Te acompaño fuera —dice Sloane, sin darse cuenta de la mirada que Sterling le dirige.

O está fingiendo que no se da cuenta.

En cualquier caso, mantengo una mano abierta y le hago un gesto a Sloane para que me adelante mientras nos abrimos paso en silencio por el restaurante.

Aprieto la palma de la mano contra la parte baja de su espalda para guiarla, pero se tensa y aparto la mano al sentir la piel suave y desnuda quemándome las yemas de los dedos. Mis ojos se posan en el suelo mientras meto la mano que me hormiguea en el bolsillo, donde debe estar.

Porque seguro como la mierda no pertenece a la espalda desnuda de una mujer comprometida. Aunque sólo sea mi amiga.

Sólo cuando nos acercamos a la entrada del restaurante vuelvo a levantar la vista. El esbelto cuerpo de Sloane se balancea mientras camina por la sala. Cada movimiento impregnado de una gracia inherente, una que viene con años de entrenamiento. Años de práctica.

Sonríe amablemente al maître y camina más deprisa, como si pudiera ver la libertad a través de la pesada puerta principal y estuviera desesperada por conseguirla. Sus hombros caen y todo su cuerpo se hunde, casi en señal de alivio, cuando apoya ambas manos contra la oscura losa de madera.

La observo un momento antes de ponerme detrás de ella, y el calor de su cuerpo se filtra hacia el mío. Luego paso un brazo por encima de su cuerpo menudo y empujo la puerta para abrirla y sacarnos a los dos a la fresca noche de noviembre.

Me meto las dos manos en los bolsillos del pantalón para no agarrarla por los hombros y zarandearla, exigiendo saber qué demonios hace casándose con un tipo que la trata como Sterling Woodcock. Porque en realidad no es asunto mío.



Su tonificada espalda desnuda me mira de frente a la concurrida calle de la ciudad, las luces de los autos son un borrón de blanco y rojo justo detrás de ella, el aire brumoso sopla por encima de su hombro como si intentara recuperar el aliento.

—¿Estás bien?

Asiente furiosamente con la cabeza antes de darse la vuelta con esa extraña sonrisa de esposa de Stepford en su delicada cara.

—No tienes buen aspecto. —Mis dedos rodean las llaves de mi bolsillo y las hacen sonar con ansiedad.

—Mierda, gracias, Jas.

—Quiero decir, estás preciosa —me apresuro a decir, haciendo una mueca al notar que sus ojos se abren de par en par—. Siempre lo estás. Pero no pareces... feliz.

Parpadea lentamente y frunce ligeramente el ceño.

—¿Se supone que eso es mejor? ¿Bella e infeliz?

Dios. La estoy cagando. Me paso una mano por el cabello.

—¿Eres feliz? ¿Te hace feliz?

Se queda boquiabierta, y sé que me estoy pasando de la raya, o que me estoy metiendo, o lo que sea. Pero alguien tiene que preguntárselo, y dudo que nadie lo haya hecho.

Necesito escucharla decirlo.

Sus pálidas mejillas se sonrojan y sus ojos se entrecierran cuando se acerca a mí, con la mandíbula tensa.

—¿Me preguntas esto *ahora*?

Resoplo y me paso los dientes superiores por el labio inferior, con los ojos totalmente fijos en sus azules, tan anchos y pálidos y chispeantes de



indignación.

—Sí. ¿Alguien más te ha preguntado?

Me suelta la mirada y se planta las manos en las mejillas antes de echárselas hacia atrás a través de su cabello rubio hasta la clavícula.

—Nadie me lo ha preguntado.

Los dientes de la llave de mi casa se clavan en la palma de mi mano.

—¿Cómo conociste a Sterling?

—Mi padre nos presentó. —Sus ojos se fijan en el cielo negro. No hay estrellas, no como en el rancho, donde se ve hasta el último rayo de luz. Todo en la ciudad parece contaminado comparado con Chestnut Springs. Decido en el acto conducir hasta mi casa en el campo esta noche en lugar de pasar otra noche respirando el mismo aire que Sterling Woodcock.

—¿Cómo lo conoce?

Sus ojos se encuentran con los míos.

—El padre de Sterling es un nuevo socio suyo. Está centrado en hacer nuevas conexiones ahora que ha vuelto a la ciudad.

—¿Y cuánto hace que conoces a este tipo?

Su lengua sale de entre sus labios.

—Nos conocimos en junio.

—¿*Cinco meses*? —Arqueo la frente y retrocedo. Si parecieran locamente enamorados, me lo creería, pero…

—¡No me juzgues, Jasper! —Sus ojos brillan y vuelve a acercarse. Puede que la empequeñezca en altura, pero no se intimida lo más mínimo. Ahora mismo está furiosa. Enfadada conmigo. Pero creo que es porque confía en mí lo suficiente como para desahogarse, y a mí me parece bien que lo haga. Estoy feliz de ser esa persona para ella.



Le tiembla la voz cuando añade—: No tienes ni idea de las presiones con las que vivo.

Sin pensármelo dos veces, la atraigo hacia mí y rodeo con mis brazos sus estrechos hombros.

Está tensa y nerviosa. Juro que casi puedo sentir cómo vibra.

—No te estoy juzgando, Sunny.

Al parecer, no es el momento de los apodos infantiles.

—No me llames así. —Su voz se quiebra mientras apoya la frente en mi pecho, como siempre, y deslizo la palma de la mano por su cabello hasta tocar la base de su cráneo.

Como siempre.

Me pregunto distraídamente qué diría Sterling si saliera ahora mismo. Hay una parte mezquina de mí que *quiere* que lo haga.

—Simplemente tengo curiosidad por cómo las cosas sucedieron tan rápido. Siento curiosidad por no haberlo conocido hasta ahora. —Mi voz es tranquila, todo gravilla, casi ahogada por el sonido de los autos que pasan a toda prisa junto a nosotros.

—Bueno, no es que tenga mucho tiempo libre con el ballet. Y tampoco es que hayas estado en contacto últimamente.

Me siento culpable y se me retuerce el pecho. Nuestro equipo venía de una mala temporada y me prometí entrenar más duro que nunca durante la temporada baja.

—Entrenaba y vivía en Chestnut Springs. —Eso no es mentira. La prometida de mi hermano abrió un gran gimnasio allí, y no vi ninguna razón para pasar el verano en la ciudad—. Y entonces llegó el campo de entrenamiento, y me vi arrastrado.

También es verdad.



La mentira es que estaba demasiado ocupado para dedicarle tiempo. Podría haberle dedicado tiempo. Pero no lo hice. Porque sabía que su padre había vuelto a la ciudad, y lo evité a toda costa. Y el anuncio de su compromiso me destripó de una manera que nunca vi venir.

—Debería habértelo dicho, no habértelo soltado de la forma en que lo hice —murmura, y yo borro de mi memoria el recuerdo de Violet soltando la noticia del compromiso de Sloane en el rancho hace apenas unos meses. La forma en que me congelé instantáneamente por dentro. La forma en que mi corazón cayó en mi estómago con un fuerte golpe.

Le paso una mano por encima de la cabeza y le aprieto los hombros, tratando de evitar la cálida piel desnuda de su espalda, y le contesto—: Debería haber preguntado. Es que he estado… ocupado. No creí que todo esto en tu vida fuera a suceder tan rápido. —Y esa parte es verdad.

Su cuerpo se relaja entre mis brazos, sus suaves pechos me presionan las costillas mientras sus dedos se clavan en mi espalda. Pero sólo un instante antes de separarse. El abrazo duró lo suficiente como para que fuera más un abrazo. Me estaba pasando de la raya.

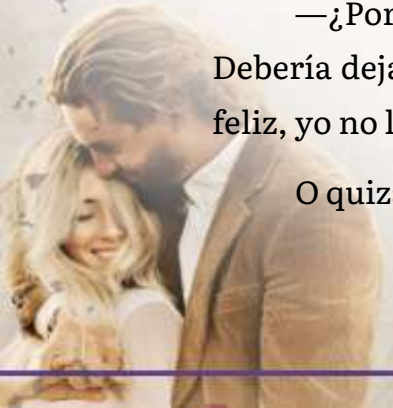
Pero aún quiero volver a atraerla.

—Pues sí. —Baja la mirada y se cepilla la manga de su vestido verde pálido, sedoso y brillante en la luz sombría—. Mi padre y yo acordamos que era mejor seguir adelante con la boda en otoño en lugar de alargarla.

Ese comentario me ha puesto los dientes largos porque la mera mención de Robert Winthrop me pone de los nervios. Y que él participe en su decisión de casarse hace saltar todas las alarmas.

—¿Por qué? —Mi ceño se frunce. Debería saberlo. Debería alejarme. Debería dejarla ser feliz. No debería molestarme tanto. Si realmente pareciera feliz, yo no lo estaría.

O quizá sí.



Agita una mano y mira por encima del hombro hacia el restaurante, dejando al descubierto su elegante cuello.

—Múltiples factores —responde con un encogimiento de hombros derrotado. Es como si supiera que su tiempo conmigo se acaba. No tengo la sensación de que Sterling vaya a ser el tipo de marido al que le parezca bien que ella y yo seamos amigos.

—¿Factores? ¿Como si no pudieras esperar a ser la Sra. Woodcock? Porque nadie quiere eso como apellido. ¿O es tu padre el que te presiona?

Sus ojos azules se encienden ante la mención de su padre porque Sloane no lo ve como una serpiente. Nunca lo ha visto. Está demasiado ocupada siendo la hija perfecta... y ahora prometida. Una que es buena sobre el papel y no va de caza.

—¿Y qué si lo es? Tengo veintiocho años. Mis mejores años de baile están llegando a su fin. Necesito sentar cabeza, idear un plan de vida. Me está cuidando.

Resoplo una carcajada agitada y le sacudo la cabeza.

—¿Dónde está la chica salvaje que recuerdo? ¿La chica que bailaba bajo la lluvia y se arrastraba hasta el tejado para que yo no tuviera que estar solo en las noches malas?

Han convertido a esa chica en un peón. Y odio eso por ella. Nunca nos hemos peleado, pero de repente mis ganas de luchar *por ella* consumen mi mejor juicio.

—Tu padre es un imbécil. Se preocupa por sí mismo. Su negocio. La *óptica*. No tu felicidad. Te mereces algo mejor.

*Podría hacerlo mejor*. Eso es lo que realmente quiero decir. De eso me he dado cuenta sentado aquí esta noche.

Que estoy pensando cosas que no debería.



Deseando cosas que no puedo tener.

Porque llego demasiado tarde.

Se echa hacia atrás como si la hubiera golpeado, con los labios delineados por la ira mientras se sonroja hasta el pecho.

—No, Jasper. T*u* padre es como un imbécil. El mío me quiere. Tú no sabes cómo es eso.

Gira sobre sus talones y abre de un tirón la puerta del restaurante con una violencia desconocida en ella.

Pero prefiero que muestre violencia a apatía. Eso significa que la chica salvaje sigue ahí en alguna parte.

Me lanzó palabras que *deberían* doler. Pero sólo me dolió por ella. Porque mi padre biológico *es* un imbécil. ¿Pero el hombre que realmente me crió? ¿Harvey Eaton? Es el mejor de los mejores. Me mostró amor, y puedo identificarlo muy bien.

Además, recuerdo cómo Sloane mira a un hombre cuando realmente lo ama. Y no mira a su prometido como solía mirarme a mí.

Estoy más contento de lo que debería.



# 2

## Sloane

Sloane: ¿Estás ahí?

Jasper: ¿Dónde más podría estar?

Sloane: Pensé que estarías enfadado conmigo. Por favor, no me odies.

Jasper: Nunca podría odiarte, Sunny.

Me siento enferma.

Por fin ha llegado el día con el que soñaba desde que era pequeña, pero no se parece en nada a lo que había imaginado. Está nevando. Y siempre he querido una boda en primavera.

Es en una iglesia ornamentada del centro. Y yo quería un asunto acogedor país.

Es un espectáculo al que asisten cientos de personas. Y todo lo que yo quería era algo pequeño e íntimo.

Lo peor de todo es que el hombre al que voy a llevar al altar no es el que veo cuando cierro los ojos. No es el que he querido durante la mayor parte de mi vida.

Me he rendido tan completamente que me estoy conformando con una



persona que no amo.

Una que estoy segura que ni siquiera me gusta, y eso me enferma.

No, este día *no es nada de* lo que imaginé.

Mi prima Violet juguetea con las horquillas de mi cabello mientras yo me siento en un tocador de madera manchada con las manos apretadas una contra otra en el regazo, cubriéndome el enorme diamante del dedo anular. Si las mantengo ahí, apretando hasta que duela, evitaré llorar.

O haciendo algo estúpido como correr.

—No sé dónde está. No puedo ver nada con la forma en que lo tienen todo retorcido.

—Está ahí. Puedo sentir cómo tira. Está demasiado apretado. Me duele.

Suspira y me mira en el espejo.

—¿Segura que es el cabello, Sloane?

Levanto la barbilla, alargando el cuello y observando cómo trabaja la columna de mi garganta.

—Sí. —Obligo a mi voz a sonar más segura de lo que me siento y dejo la mente en blanco, como cuando actúo. Cuando salto y giro y las luces brillan y el público está a oscuras, me siento cómoda.

Con un fuerte suspiro y una mirada de preocupación, Violet vuelve obedientemente a buscar en mi cabello una horquilla que no está segura de que exista. Acaba de insinuar que mi incómodo recogido es una especie de paralelismo con mi vida.

Sé leer entre líneas.

No ha hablado mucho de Sterling. Nadie lo ha hecho… excepto Jasper.

*Jasper*.

Ni siquiera puedo pensar en su nombre sin que una oleada de náuseas



me golpee. La culpa por las palabras que le lancé la otra noche me ha carcomido. No me deja dormir. Y el final de saber que mi ya imposible oportunidad con él terminará conmigo casándome con otra persona nunca deja de partirme el pecho.

Jasper Gervais y yo somos amigos. *Buenos amigos*. Lo ha dejado claro un par de veces.

Y no soy tan masoquista como para ir por el triplete.

Estoy segura de que todo el mundo piensa que lo he superado, pero eso es sólo porque me he convertido en una experta en ocultar mis sentimientos. Ha consumido cada rincón de mí desde que lo vi por primera vez, y nunca me ha mirado más que como a una hermana pequeña.

Hago una mueca cuando me cae líquido en las manos. Les doy la vuelta y miro hacia abajo. Una risa maníaca brota de mí mientras miro hacia abajo. La sangre se acumula lánguidamente en una gota perfecta y brillante en medio de la palma de mi mano, casi como si desafiara la gravedad por el mero hecho de existir.

El pinchazo donde se clavó la garra puntiaguda de mi anillo de compromiso se burla de mí, como si el universo supiera que este matrimonio me hará sangrar de formas que nadie más conocerá ni verá.

Sterling no me pondría una mano encima, pero todo lo demás sobre él -sobre esta vida- me *agota*.

—¡Oh, mierda! ¡Sloane! No puedes mancharte así el vestido. —Violet aparta las manos, alarmada, antes de precipitarse al cuarto de baño, con el vestido de satén negro agitándose contra ella.

Negro. De nuevo, me río. Yo nunca habría elegido vestidos negros para mi boda. Elegiría algo ligero y caprichoso. Un color festivo.

Pero entonces, esta no es realmente mi boda, y no es realmente una



celebración tampoco. Tal vez los colores funerarios tienen mucho sentido.

No he sido capaz de reunir la energía para quejarme de las cosas que no quiero. Y ahora me doy cuenta, al ver cómo el pequeño globo de sangre se desliza por el centro de la palma de mi mano, de que es porque no quiero esta boda en absoluto.

—Toma. —Violet aprieta un fajo de papel higiénico contra el corte profético, con cara de terror mientras me mira fijamente—. ¿Estás bien?

Resoplo con tranquilidad.

—Si, si. No es como si hubiera perdido una extremidad o algo así. —Me viene a la mente la idea de animales que se arrancan las extremidades para escapar de una trampa.

Violet arruga el ceño.

—Escucha. No quiero que te lo tomes a mal, pero necesito ofrecértelo sólo una vez o nunca me lo perdonaré.

Mis labios se tuercen ante su tono serio.

—De acuerdo. Te escucho.

Echa los hombros dramáticamente hacia atrás mientras me mira fijamente. Me mira *fijamente*. Me siento inclinada a apartar la mirada, pero no lo hago.

—Si no quieres esto. —Su mano libre señala a nuestro alrededor—. Si necesitas una salida. Si necesitas un auto de huida. Soy tu chica. No diré nada. No te juzgaré. ¿Pero si esto no está bien? ¿Si necesitas huir? Como... —Aparta la mirada momentáneamente, con los labios entrelazados mientras sopesa cuidadosamente sus próximas palabras—. Parpadea dos veces o algo así. ¿De acuerdo?

No parpadeo, pero una lágrima se derrama y corre por mi mejilla.

—Joder —respira mi primo—. Te he hecho llorar. Te he hecho llorar.



Tenía que soltarlo.

—Te quiero, Violet. No estoy segura de habértelo dicho nunca. ¿Pero a ti? ¿Tu familia? Esas semanas en el rancho cada verano son algunos de los mejores días de mi vida.

Le lloran los ojos y parpadea frenéticamente, tomando mis manos entre las suyas.

—Pero hoy es mejor, ¿verdad?

Sus ojos buscan los míos con tanta seriedad, azul sobre azul. Sólo puedo esbozar una sonrisa triste. Hoy debería ser el día más feliz de mi vida, pero no lo es, y no quiero mentirle.

Mis labios se abren antes incluso de saber qué voy a decir, pero mi teléfono se enciende y suena con fuerza sobre el mostrador del tocador que tenemos delante. *Salvada por la campana*.

Dejo de mirarla y me abalanzo sobre mi teléfono, aliviada por tener una salida. Es un mensaje de texto de 'Número privado' y, cuando lo pulso, el único mensaje adjunto es: *Pensé que deberías ver esto*.

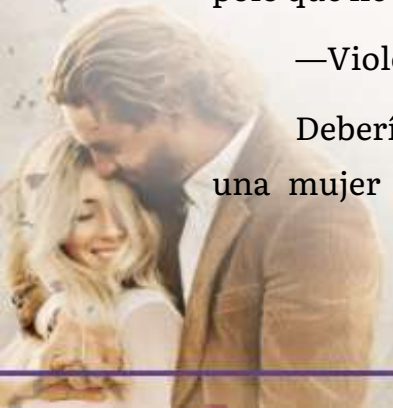
Debajo hay un vídeo. Con una imagen previa que me resulta sorprendentemente familiar. Pulso el botón de reproducción.

—¿Qué demonios? —La mano de Violet se posa en mi rodilla mientras se presiona hacia delante para ver bien la pantalla.

La pantalla se ilumina con un vídeo granulado. Suena una música estridente. Y lo que está pasando delante y en el centro debería alterarme. Al fin y al cabo, lo que me resulta familiar es mi prometido vestido con el mismo polo que llevaba la noche de su despedida de soltero.

—Violet, ¿puedes ir a buscar a Sterling por mí, por favor?

Debería estar destrozada. Pero todo lo que puedo pensar mientras veo a una mujer desnuda rebotar en la polla de Sterling es que no tendré que



masticar mi propia extremidad después de todo.



# 3

## Jasper

Jasper: Vi, ¿sabes algo de Harvey? Aún no le he visto ni a él ni a Beau.

Violet: No. Pero las cosas se fueron al infierno aquí.

Jasper: ¿Qué pasa?

Violet: Sterling Woodcock es un pedazo de mierda. Eso es.

Jasper: ¿Qué carajo le hizo?

—¿Quién inventó las corbatas? —muerde Cade a mi lado—. Son jodidamente incómodas.

Es el mayor de los Eaton, el más gruñón y uno de mis mayores partidarios.

—Tú también estás ridículo con una. —Rhett se ríe sacudiendo la cabeza, siempre acosando a su hermano mayor.

Pero es al hermano mediano, Beau -con el que estoy más unido-, al que realmente busco.

El hecho de que aún no esté aquí me pone ansioso.

Trató de solicitar su tiempo para alinearse con la boda. Se supone que tiene unas semanas libres en casa antes de volver a embarcar. Pero aún no ha



aparecido y tampoco nuestro padre, Harvey.

—Que te jodan, Fabio —es la agitada réplica de Cade mientras juguetea con la corbata que lleva al cuello. Burlarse del cabello largo de Rhett no es algo nuevo. Llevo años viendo este intercambio.

—¿Dónde están las niñas? —Pregunto, tratando de ponerlos a ambos en el camino. El arpista está tocando. La gente se mezcla delante de la imponente iglesia. Afuera está gris, frío y deprimente. Y lo único que quiero es salir corriendo.

—Si llamas *niña* a Willa, te castrará —refunfuña Cade, se quita la corbata de un tirón y se la mete en el bolsillo del traje.

—Te va a castrar por no llevar la corbata que ella eligió. —Rhett se ríe.

—Se le pasará cuando la ate con ella más tarde. —Cade inspecciona las puertas delanteras de la iglesia -su radar está así de afinado- mientras Willa empuja la puerta, con la mano protegida sobre el pequeño bulto que luce. Sus ojos buscan a Cade entre el mar de gente. Sonríe suavemente cuando se posan en él, pero se le escapa rápidamente.

Entonces Summer, su mejor amiga y prometida de Rhett, también está allí. Avanzan hacia nosotros y ambas parecen un poco contrariadas.

—Ha sido un buen descanso para ir al baño —anuncia Rhett cuando se acercan lo suficiente para escucharnos. Summer se acurruca bajo su brazo mientras Willa nos mira con expresión recelosa.

—¿Qué pasa? —Pregunto, con la mirada rebotando entre las mujeres. Porque me doy cuenta de que pasa algo y no lo dicen.

—Willa es una fisgona entrometida —dice Summer—. Eso es lo que pasa.

—Cállate, Sum. No es escuchar a escondidas cuando puedes escuchar a una persona gritando desde el otro lado de una puerta cerrada.

—Creo que eso aún podría llamarse técnicamente escuchar a escondidas



—dice Cade mientras tira de Willa hacia él.

Mi cerebro se atasca de nuevo en una palabra.

—Perdón. ¿Quién está gritando?

Summer frunce los labios, con los ojos oscuros muy abiertos y preocupados.

—Parece que los novios están teniendo un desacuerdo. Y el novio no controla el volumen.

—Es un imbécil baboso —añade simplemente Willa—. Me doy cuenta con sólo mirarlo.

Antes de que nadie diga nada, atravieso la pesada puerta, miro a derecha e izquierda para orientarme y elijo un pasillo del que parecen salir varias puertas. Doy largas zancadas en esa dirección hasta que escucho la voz alzada.

Violet está de pie frente a la puerta, imitando a un ciervo en los faros, mientras su enorme marido, Cole, se eleva detrás de ella como si estuviera dispuesto a matar a alguien. Aunque siempre tiene ese aspecto.

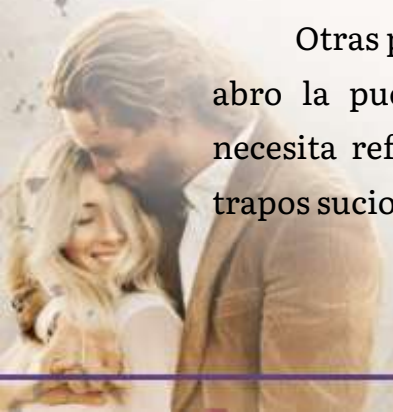
—Te avergonzarás a ti mismo más que a mí —el tono regañón de Sterling asalta mis oídos desde el otro lado de la puerta.

Echo un vistazo a Violet y a su marido. Tiene los labios planos y ladea la cabeza hacia mí como diciendo: ¿*Vas a entrar tú o voy a entrar yo*?

Con gusto lo dejaría poner a Sterling en su lugar. Pero estaría aún más feliz de hacerlo yo mismo.

—¿Me tomas el pelo? —La incredulidad resuena en la voz de Sloane—. ¿Te follas a una stripper noches antes de nuestra boda y *yo soy* la vergonzosa?

Otras personas en la iglesia parecen estar mirando-escuchando-por lo que abro la puerta hacia cualquier vorágine que esté teniendo lugar. Sloane necesita refuerzos. Y necesita saber que todo el mundo está al tanto de sus trapos sucios ahora mismo.



Al menos me digo a mí mismo que por eso entro en esta habitación sin avisar. No tiene nada que ver con el hecho de que Sterling me tiene viendo rojo.

—¡Era mi despedida de soltero! ¡Un último hurra! —Veo a Sterling de espaldas, con los brazos abiertos mientras Sloane se sienta en un taburete antiguo, con un aspecto imposiblemente pequeño, mientras él está de pie sobre ella, gritándole.

La protección me atraviesa.

—¡Fuera y cállate! —Ladro, cerrando la puerta tras de mí—. Todo el mundo ahí fuera puede escucharte.

Sterling gira sobre mí, con los ojos entrecerrados, escupiendo veneno.

—Vete a la mierda, Gervais. No necesito el consejo de un deportista tonto. Esto es entre mi esposa y yo.

Cruzo los brazos y me mantengo firme. Oficialmente he terminado de ser amable con Sterling Woodcock.

—Ella no es tu esposa. Y yo no voy a ninguna parte.

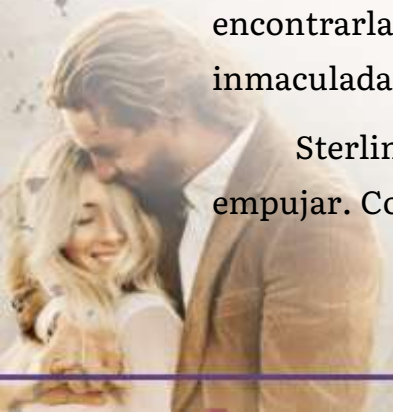
No es tan alto como yo, y la única razón por la que rivaliza conmigo en peso es porque es un poco grueso por el centro. Suave, como si se sentara en su escritorio todo el día y bebiera demasiado por la noche.

—¿Perdón? —Ahora está completamente vuelto hacia mí y da pasos agresivos en mi dirección. Sus suaves mejillas afeitadas están hinchadas y enrojecidas, contrastando con el blanco y negro de su esmoquin.

—He dicho que no me voy. Pero tienes que hacerlo.

Desde más allá de él, Sloane me mira con los ojos muy abiertos. Esperaba encontrarla llorando, pero no hay ni una sola lágrima en su rostro inmaculadamente maquillado.

Sterling se abalanza sobre mí, con los brazos extendidos y listo para empujar. Como un puto niño con una rabieta. Pero le aprieto la frente húmeda



con la palma de la mano y le enderezo el brazo antes de que pueda ponerme un dedo encima. Me da unos cuantos golpes flojos en los brazos, pero es demasiado blando para saber lo que hace. Demasiado bajo. Demasiado débil.

—Levanta la voz a esa mujer una vez más y te dejaré caer como una piedra, Woodcock.

—¡Que te jodan! Me gustaría verte intentarlo.

Ahora sí que está perdiendo la calma, pero lo agarro por la pajarita de seda y lo dirijo hacia la puerta, deseando -y no es la primera vez- poder darle una bofetada con mi bloqueador. Pero hace tiempo que he domado este temperamento y no dejaré que alguien tan insignificante como *Sterling Woodcock* vuelva a sacarlo a relucir.

Con la mano izquierda, abro la puerta de un tirón y, con todas mis fuerzas, lo empujo fuera de la habitación, esperando un momento para ver cómo se tambalea hacia atrás antes de sucumbir a la gravedad y golpearse contra la alfombra burdeos del pasillo. Aterriza en un montón de miembros y guardo la imagen en la memoria porque es demasiado buena para olvidarla.

Cierro la puerta con llave.

En unos instantes escucho golpes y palabrotas y amenazas de muerte totalmente vacías, pero las ignoro porque mi atención está en Sloane, que tiene los codos apoyados en las rodillas, la cara inclinada hacia abajo, entre las manos, los hombros temblorosos.

Cruzo la habitación con pasos seguros hacia el tocador donde está sentada, dispuesta a consolarla cuando la escucho jadear.

Al principio pienso que es un sollozo. Pero luego me doy cuenta de que es una risa.

Sloane se ríe incontrolablemente, y yo no sé qué hacer más que quedarme



aquí de pie y contemplar cómo su cuerpo se vierte en el satén almidonado y ajustado de su vestido. Su cabello peinado hacia atrás en una dolorosa trenza. Las finas tiras de cristal de sus sandalias, que puedo ver clavándose en sus pies ya llenos de cicatrices.

Incómodo de pies a cabeza.

Y ahora yo también porque acabo de echar a su prometido el día de su boda y no para de reírse.

—¿Estás... bien? —pregunto como un idiota, apretando y soltando los dedos a los lados.

—Nunca he estado mejor —resopla y se ríe aún más fuerte—. Lo tiraste ahí fuera como una muñeca de trapo! —Se desploma sobre su regazo, con la cabeza entre las rodillas, intentando aspirar aire mientras recorre con sus uñas de manicura rosa pálido el suelo enmoquetado durante un momento antes de sentarse derecha.

—Te engañó —le digo.

—Sí. Hay un vídeo y todo. Alguien me lo envió anónimamente. Justo a tiempo. —Se seca delicadamente las lágrimas de las comisuras de los ojos.

—¿Por qué te ríes?

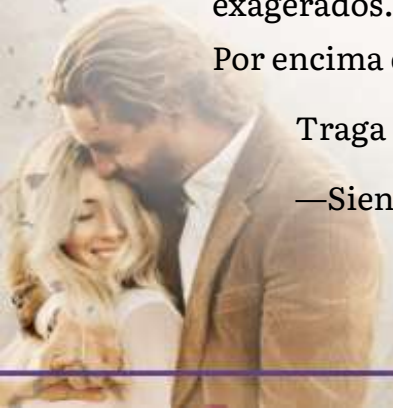
Se ríe de nuevo y se encoge de hombros antes de lanzarme una mirada fuerte, pero reconozco la tristeza en sus ojos. He visto esa mirada en el espejo.

—¿Qué más se puede hacer?

—No te vas a casar con él. —Me tapo la boca con una mano y observo la ornamentada habitación. Las molduras de corona. Los candelabros exagerados. Me siento frenética. Repito lo único que se me pasa por la cabeza—. Por encima de mi cadáver, te vas a casar con él.

Traga saliva y observo cómo trabaja la delgada columna de su garganta.

—Siento haber dicho lo que dije la otra noche. —Su voz es más suave, su



lenguaje corporal menos histérico y más devastado—. Fuera del restaurante.

Le hago un gesto para que se vaya.

—No pasa nada.

—No. —Ella sacude la cabeza y se mira los pies—. No lo es. Me estaba desahogando. Y después de todas las veces que me has apoyado, no te lo merecías. Sé que sólo estabas cuidando de mí. Estabas siendo... —Ahora me mira, con un pellizco en las comisuras de los ojos—. Estabas siendo un buen amigo.

Me muerdo el interior de la mejilla, odiando la expresión de impotencia de su cara.

Odiando todo esto por ella.

Odio esa palabra.

*Amigo.*

Hemos sido amigos durante tanto tiempo...

*... Me sobresalto cuando una pequeña cabeza rubia asoma por la ventana detrás de mí.*

*—¿Estás bien?*

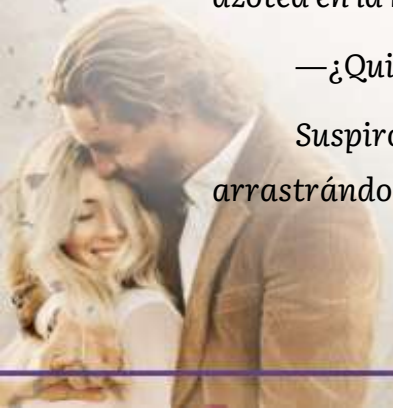
*Es la prima pequeña de Beau, la misma que me miraba por la ventana esta mañana. Tiene los ojos muy abiertos y la expresión de preocupación de su cara me llega al corazón. Casi me recuerda a Jenny. No estoy bien, pero no se lo digo.*

*—Sí. Estoy bien.*

*Me vuelvo para contemplar el sombrío rancho. Me encanta sentarme en esta azotea en la noche tranquila y oscura. Es tranquilo. Sólo yo y mis demonios.*

*—¿Quieres compañía?*

*Suspiro y agacho la cabeza. No quiero compañía. Pero tampoco se lo digo. Sale arrastrándose antes de que pueda contestarle, pero de todos modos le digo—:* Claro.



*El tejado sigue oscuro, pero ya no está tranquilo. Una chica a la que apenas conozco monologa sobre su vida y yo me limito a escuchar. Habla tanto que ni siquiera mis demonios pueden competir.*

*Esta noche y todas las noches de verano siguientes, se sienta conmigo. No la invito. Simplemente está ahí.*

*Y sentarse con ella es pacífico...*

Me aclaro la garganta para alejar la emoción que la obstruye.

—Si fuera a ser un buen amigo para ti ahora mismo, ¿qué haría?

Sloane suspira, el alivio pinta cada centímetro de su cuerpo. Como si acabara de hacerle la única pregunta que necesitaba desesperadamente que alguien le hiciera.

—Jas. Sácame de aquí. Quiero ir al rancho.

La miro fijamente durante un rato, con las manos metidas en los bolsillos, pensando que haría cualquier cosa que me pidiera en ese momento.

Y entonces le tiendo la mano con un firme movimiento de cabeza.

—Vamos, Sunny.



# 4

## Sloane

Jasper: ¿Hay una salida al otro lado del pasillo?

Cade: Hay una salida de emergencia.

Rhett: Jodeeeeeeeeer. ¿Estás sacando a nuestra prima de su boda de mierda y estirada?

Jasper: Sí. Inventa una distracción y mándame un mensaje cuando sea seguro que corramos.

Rhett: ¿Puedo activar la alarma de incendios?

Cade: Se me ocurrirá algo.

Rhett: Siempre he querido tirar de la alarma de incendios.

Cade: Lo hiciste. Tuve que esperar a tu tonto culo después del colegio mientras acababas el castigo durante semanas.

Jasper: ¿Chicos?

Cade: Willa tiene un plan. Eso podría ser peor. Pero cuando diga Ve... Vete. Tienes que correr.



*Sunny*.

Me pregunto si sabe lo que me provoca ese apodo. Cómo me revuelve el

estómago.

Si lo sabe, no da señales de ello. Porque, ahora mismo, apenas reconozco al hombre que tengo delante. Jasper ha estado en mi vida durante casi dos décadas y nunca lo había visto tan... mortal.

Ni siquiera en el hielo.

Me lleva por la habitación, pero se detiene al escuchar voces. Sterling. Mis padres.

Dios mío. ¿Cuánta gente ha escuchado las palabras que se han intercambiado hoy aquí?

Con un profundo estruendo en el pecho, saca su teléfono del interior de la chaqueta de su traje. Sus dedos delgados vuelan por la pantalla.

—¿Qué haces? —le pregunto a su espalda porque aún no he reunido el valor para acercarme tanto a la puerta.

Quiero irme, pero no quiero mirar a todos a los ojos. Intentarán convencerme de que me quede, y yo sólo quiero volver al lugar donde siempre me sentí más segura de pequeña. Añoro ese lugar y la sencillez de la vida que lo acompañaba. Es un profundo tirón en mi pecho que no puedo ignorar.

—Enviando mensajes a mis hermanos.

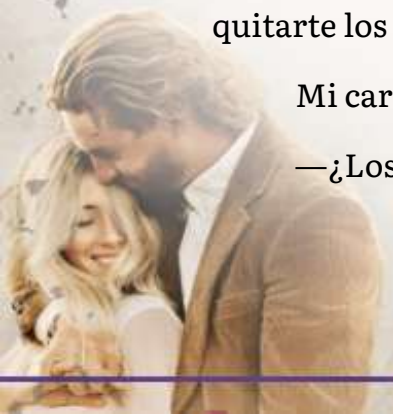
—¿Para qué? —Doy un paso adelante y me asomo por encima de la cresta de su bíceps, echando un vistazo a la pantalla.

Leyendo embelesada los mensajes que aparecen entre él y mis primos.

—Ayuda —es su brusca respuesta. Un momento después se vuelve hacia mí, con una pizca de acero asomando bajo sus apuestos rasgos—. Deberías quitarte los zapatos.

Mi cara se vuelve hacia abajo mientras me levanto la falda.

—¿Los zapatos?



—Sí. Difíciles para correr.

Los dedos de mis pies se mueven, el esmalte rosa brilla bajo luces fluorescentes baratas. Quiero decirle a Jasper que podría correr con ellos. Me encantan un buen par de tacones y sufriría con ellos todo el día. Pero mi casi futura suegra eligió estos, y no son para nada yo.

La idea de salir de ellos es demasiado tentadora.

Con una brusca inclinación de cabeza, empuño la falda y tiro de ella unos centímetros para agacharme. Pero antes de que pueda, Jasper se agacha ante mí. Sus hábiles dedos se apresuran a abrir las delicadas hebillas de plata mientras yo me quedo boquiabierta, viendo cómo este hombre se arrodilla para quitarme los zapatos y me rodea el tobillo con sus callosas palmas mientras me descalza.

Sin levantar la vista, me entrega el brillante tacón mientras da golpecitos con el pie contrario. Y no es la primera vez que me quedo mirando a Jasper Gervais con el corazón palpitante mientras hace lo que hace como si fuera la cosa más mundana del mundo.

—Ya está —dice, mirándome con la correa del tobillo colgando de su dedo extendido.

Es difícil no admirarlo de rodillas, pero es su pulgar el que me hace jadear. El que presiona el arco de mi pie, como si no pudiera evitar masajearme.

—¿Dolorida? —Su nuez de Adán se mueve mientras traga, con una rodilla en el suelo y la otra levantada, haciendo que sus pantalones se estiren sobre sus musculosos muslos de la forma más deliciosa.

¿Qué clase de hombre se detiene en medio de mi farsa de boda para frotarme los pies doloridos?

*Uno muy bueno*.

No debería estar salivando por él en el que se suponía que era el día de mi



boda. Pero salivar por Jasper Gervais es parte de mi personalidad en este momento.

—No, estoy bien —digo rápidamente, volviendo a apoyar el pie en el suelo. Me siento más segura con los pies descalzos.

Me adelanto, rodeo a Jasper cuando se levanta a empujones y pego la oreja a la puerta. Es difícil distinguir algo, aparte de los tonos bajos y el profundo barítono de lo que reconozco como la voz de mi padre.

—¿Lista, Sloane?

—¿Para qué? —Susurro, apoyándome en la puerta como si eso pudiera ayudarme a captar algunas palabras—: Para huir.

Mi cabeza gira en su dirección.

—¿Vas a ayudarme a convertirme literalmente en una novia a la fuga?

Jasper sonríe y sus ojos se suavizan, apareciendo arrugas junto a ellos. Siempre ha sido mi gigante gentil. Alto, tranquilo y *bueno* hasta la médula de los huesos.

—Para eso están los amigos.

Amigos.

Esa palabra me ha perseguido durante años. De niña, me sentía especial cuando me llamaba su amiga, pero ¿de adulta? ¿De mujer? ¿Viendo a otras mujeres pavonearse de su brazo en diferentes eventos mientras a mí me llama su amiga?

Me *mata*.

Y siempre soy demasiado cobarde para hacer algo al respecto. El momento siempre es inoportuno. Y he metido la cola entre las piernas desde que me rechazó para el baile de graduación, y luego otra vez de una manera más bromista.



*Si viviéramos juntos, no tendría que incomodarte así.*

Fue un comentario despreocupado que se me escapó de la lengua con demasiada facilidad mientras me ayudaba a montar un televisor en la pared de mi nuevo piso. Lo rechazó sin esfuerzo con una risita profunda mientras levantaba la pantalla plana y la colocaba en el soporte, como si estuviera aplastando a un mosquito que le zumbaba en la cabeza.

*Como si eso fuera a pasar.*

Me dijo esas palabras hace un año, y me di por aludida. Decidí que tener a Jasper como amigo es mejor que alienarlo por completo. Y eso es lo que haría soltar mis sentimientos. Así que lo dejé pasar. Puede que esté estúpidamente obsesionada con él, pero tengo cierto sentido de la autopreservación. Me gusta pensar que tengo algo de dignidad. Pero últimamente estoy cuestionando incluso eso.

Al darme cuenta de que llevo demasiado tiempo con la mirada perdida, le pregunto—: ¿Cómo vamos a hacerlo?

Levanta un pulgar en dirección contraria a la entrada de la iglesia.

—La salida de emergencia es por ahí. Cade y Willa planearon una distracción. Y luego vamos a... —Se encoge de hombros, pareciendo un niño—. Darle.

—¿Darle?

Su risa es un rumor profundo y divertido. Me atrae hacia él y me hace sonreír; me tranquiliza de una forma que no puedo explicar.

Asiente y es tan seguro. Decisivo. Hay algo tranquilizador en saber que siempre me cubrirá las espaldas, que puede tomar una situación fuera de control y hacerla sentir bajo control de alguna manera.

—Sí. Como... dale duro. Dale duro.

Hago un gesto con la cabeza.



—¿Es un dicho del hockey?

—Ahora que lo pienso, probablemente. Sí.

—De acuerdo. Vamos a *darle* —acepto con una leve carcajada.

Pero una expresión seria se dibuja en su rostro.

—¿Estás segura de esto, Sunny?

*Sunny*. Esta vez no puedo evitar estremecerme. Creo que él se da cuenta, porque su rostro cincelado refleja confusión. Y lo único que consigo es asentir. Con decisión.

Su teléfono suena, distrayéndonos a los dos. Y entonces me toma la mano, entrelaza sus dedos con los míos y gira con cuidado el cerrojo de la puerta.

Antes de salir al pasillo, escucho un grito de dolor.

—¡Ah! ¡Mi bebé!

Cuando segundos después nos asomamos al pasillo, todos nos dan la espalda. Willa está a cuatro patas en el vestíbulo, agarrándose dramáticamente el estómago mientras Cade se queda de pie, con los brazos cruzados, preguntando bruscamente si está bien mientras intenta no poner los ojos en blanco.

Estoy momentáneamente confundida. Porque si conozco a Cade, es tan protector como el que más, y ver a la madre de su hijo en el suelo sufriendo lo volvería loco.

Willa levanta la barbilla en nuestra dirección y nos guiña un ojo, antes de caer en otro coro de fuertes lamentos.

—¡Por favor! Necesito un médico.

Tengo que taparme la boca con la palma de la mano para no reírme de lo ridículo del plan.



Jasper no hace más que sacudir la cabeza, apretarme la mano y salir por la puerta de atrás.

Corro descalza por el pasillo alfombrado, dando las mayores zancadas que puedo mientras intento desesperadamente controlar la risa que me bulle en el pecho.

Es liberador. Es un alivio. Y antes de llegar a la puerta, mis dedos se aflojan alrededor de los brillantes tacones en mi mano.

Los suelto como Cenicienta y salgo a una tarde apagada de noviembre, con la palma de la mano apretada contra la de Jasper.

—¿Cuánto falta? —resoplo, sin aliento después de correr unas cuantas manzanas con un vestido grande y pesado y una fuerte dosis de adrenalina corriendo por mis venas.

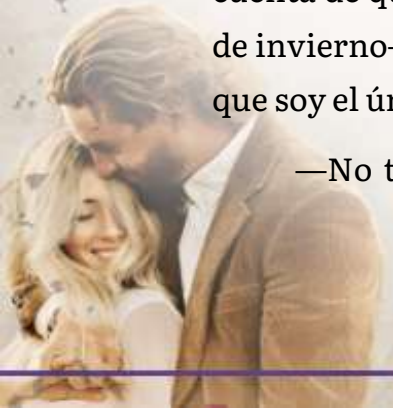
Jasper se frena, haciéndome una leve mueca.

—Lo siento. Estacioné en el estadio. No había planeado ser tu vehículo de huida. —Sus dedos palpitan en los míos mientras me acerca a su lado. Y entonces su tono cambia—. Aunque quizá debería haberlo hecho.

Sus ojos caen, como si estuviera avergonzado por lo que acaba de decir, y se tambalea hasta detenerse.

—Jesús, Sloane. Tus pies. Ni siquiera pensé más allá de sacarte por esa puerta. —Con los ojos clavados en el suelo, me señala detrás de él, y me doy cuenta de que me está mirando los pies. Mis pies descalzos sobre una fría acera de invierno—. ¿Por qué no has dicho nada? ¿Tienes algo contra los pies? Siento que soy el único que los cuida.

—No te preocupes por mis pies. Es este maldito peinado lo que me está



matando. —Tanteo el lugar donde noto pequeños pelos tirando de mi cuero cabelludo.

Sus labios se inclinan hacia abajo en un ceño hosco, y luego se agacha.

—Súbete.

—¿Quieres llevarme a caballito?

Me lanza una mirada juguetona por encima del hombro, una mirada que me retrotrae a los largos y calurosos veranos que pasamos flotando en el río, chapoteando y mirando fijamente a Jasper Gervais, que me parecía todo un hombre incluso a los diecisiete años.

Ojalá pudiera volver atrás y advertir a esa Sloane de cómo crecería. Es decir, devastador.

—No sería la primera vez. Vámonos. No quiero que *Woodcock* nos alcance y haga un berrinche.

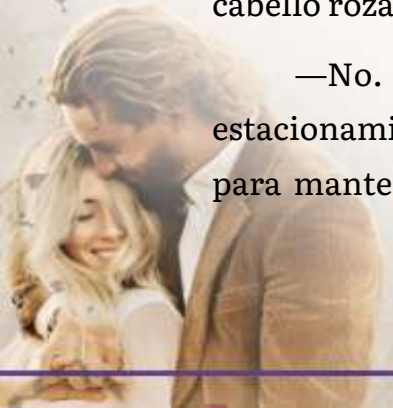
No puedo evitar la pequeña carcajada que brota de mí. O que mis dedos ya estén agarrando mi falda mientras subo a Jasper como si fuera un árbol. Cuando estoy lo bastante cerca, me levanta con facilidad y me doy cuenta de que no peso nada para él.

Una pequeña bailarina siendo llevada por un enorme jugador de hockey. En su maldito vestido de novia.

Me invaden unas risitas y rodeo el cuello de Jasper con los brazos, acurrucándome en el calor de su cuerpo. Siento las vibraciones de su risa contra mi pecho y mis pezones rozan el interior del corpiño.

—Esto es una locura. —Dejo caer la cabeza sobre su nuca, las puntas de su cabello rozándome la frente.

—No. —Me sube más alto a su espalda cuando entramos en el estacionamiento del estadio de hockey, y yo lucho contra el ajustado vestido para mantener mis piernas envueltas alrededor de la amplia extensión de su



espalda—. Tomar Woodcock como nombre legal es una locura.

—Jasper. —Le doy un manotazo en el hombro—. Pórtate bien.

—No, gracias. Estoy harto de ser amable con ese tipo —refunfuña, todavía irritado por la cena de la otra noche. No es que pueda culparlo.

—¿Pensaba ponerle un guión?

—Winthrop-Woodcock no es mejor, nena.

Resoplo y estoy a punto de devolverle la molestia cuando lo escucho. Un sonido de desgarro.

*Dios mío.*

Jasper se congela momentáneamente.

—¿Eso fue…?

Una risa silenciosa me recorre el cuerpo.

—¿Mi vestido? Sí.

—¿Estás…

—Todavía siento el culo cubierto. Todavía no hay brisa. —Llevo una mano hacia atrás para pasármela por el culo, por si acaso—. Todavía sólo me duele el cabello —admito.

Se limita a refunfuñar, acelerando el paso y mirando a su alrededor como si le molestara la idea de que alguien vea lo que ni siquiera se ve. Molesto porque mi cabello está demasiado apretado.

No sé cuándo Jasper se volvió tan… ¿sobreprotector?

—Ahí está.

Las luces de un Volvo plateado parpadean y suspiro aliviada. Claro que esos zapatos eran una tortura, pero correr descalza sobre hormigón frío no tiene nada que envidiar a la incomodidad.



Me coloca en el lado del acompañante, pero sus manos no abandonan mi cuerpo. Me roza la cadera con la palma de la mano mientras abre la puerta y me sube al asiento. Incluso toma el cinturón para abrochármelo antes de detenerse.

Sus ojos azul mar se posan momentáneamente en los míos y luego bajan hasta mis labios.

Niega con la cabeza y se aleja de mí.

Está a punto de dar un portazo, pero se detiene y me sobresalta al abrirla de un tirón, se acerca y me dice—: ¿Sabes qué? —Me toma el cabello y sus suaves manos se posan en mis mechones—. Esta puta cosa tiene que desaparecer.

No sé cómo lo consigue, pero de un tirón me arranca del cabello la hebilla principal, incrustada de cristales, y la tira al suelo. El tintineo de la hebilla al caer sobre el asfalto suena fuerte en un momento que, de otro modo, sería tranquilo. Tiene algo de simbólico.

El alivio que siento es instantáneo. El punto que dolía ya no duele.

Mi cabello cae libremente alrededor de mis mejillas, y él lo observa mecerse. Por un momento, sus ojos se calientan y me sorprenden cuando vuelven a posarse en mis labios.

—¿Así está mejor? —retumba.

Los latidos de mi corazón laten con fuerza en mis oídos y asiento en silencio. No sé qué decir. Intento entender esta versión de mi amigo. Protector y posesivo, con una devoción que refuerza cada uno de sus movimientos.

Refleja mi asentimiento sin decir palabra, retrocede y cierra la puerta.

En unos instantes se acomoda en el asiento del conductor y salimos de las instalaciones en silencio.

Lo que antes parecía alivio y libertad se transforma lentamente en shock y



un estado constante de náuseas.

*Un momento tenso de ¿qué carajo fue eso del cabello ?*

Una fuerte dosis de *¿qué he hecho*?

Repaso las conversaciones que tendré que tener. Los contratos que tendremos que pagar por una boda que nunca tuvo lugar. La mudanza que tendré que hacer fuera del ático de Sterling.

El pavor se hunde como una pesada piedra en mis entrañas.

—A la mierda mi vida —murmuro, observando cómo las calles de la ciudad se mezclan con la autopista que lleva a Chestnut Springs.

—¿Seguimos bien? —Percibo las miradas nerviosas de Jasper. Lo conozco lo suficiente como para reconocer que ahora mismo está estresado. Preocupado. Siempre se le ha dado bien preocuparse, así que probablemente su ansiedad lo esté afectando mucho.

—Sí. Aunque me vendría bien un trago.

Asiente con la cabeza y en unos minutos entramos en una licorería.

—Voy por... —empieza, pero yo salto del auto y camino hacia la tienda como una novia- zombi sedienta, aturdida y descalza.

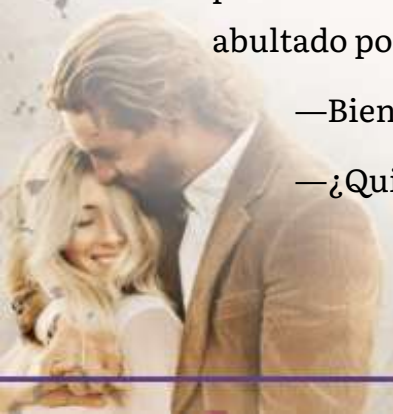
A grandes zancadas, se adelanta para abrirme la puerta. Cuando cruzo el umbral, no establezco contacto visual, pero noto que me mira como si pensara que voy a estallar. Creo que ya lo he hecho.

Por dentro, apesta a cerveza rancia y a Pine-Sol.

Jasper se vuelve para echar un vistazo a la pequeña tienda. Es más bien un pasillo ancho, demasiado apretado. Algo así como el tipo detrás del mostrador, abultado por fuera de su camisa.

—Bienvenidos —refunfuña mientras consulta su teléfono sin mirarnos.

—¿Quieres... ¿Champán? —Jasper levanta una botella del champán más



bonito de la estantería, lo cual no es decir mucho para este antro—. ¿Para... celebrar?

Resoplo ante eso.

—No. —Entorno los labios y sigo caminando hacia atrás—. Quiero algo que engorde y de baja calidad. Algo que Sterling y mi padre nunca aprobarían.

Escucho la risita de Jasper detrás de mí mientras me dirijo a la sección de cerveza fría del fondo. Su forma de reír, suave y profunda, nunca deja de hacerme sentir como si me sumergiera en un baño caliente. A veces es tan serio que cuando se ríe resulta precioso.

La arenilla del suelo contra mis pies descalzos me hace sonreír. Sterling y mi padre no aprobarían esto, así que aprieto las pisadas con más fuerza, rodando por todo el pie, con la esperanza de que las suelas estén negras para cuando termine de comprar. Una rebelión completamente inconsecuente, pero satisfactoria al fin y al cabo.

Me detengo y observo los estantes de la nevera. Y ahí está. Como un faro brillante ante mí. Buddyz Best Beer.

Es realmente la Z la que cierra el trato para mí. Es tan innecesaria. Tan impropio. Las latas parecen delgadas -baratas- con un basset hound mal dibujado en la parte delantera.

—Perfecto —murmuro con reverencia mientras alargo la mano y tomo el paquete de seis.

Cuando me doy la vuelta, Jasper me sonríe.

—¿Buddyz Best es perfecto?

—Sí. —Levanto las latas hasta mi cara y miro fijamente al perro de cara caída y mirada triste. Ahora mismo me siento como un basset hound por dentro—. Buddy es el hombre perfecto para mí. Barato. Alcohólico. Y lo más importante, no es un macho humano en absoluto.



La sonrisa que le lanzo a mi amigo es como poco desquiciada mientras me dirijo a la caja y dejo la cerveza sobre el mostrador. Finalmente, el hombre levanta la barbilla de su teléfono y mira lo que parece ser una competición de bolos.

Sus ojos me evalúan antes de posarse en la cerveza y volver a mirar a Jasper. Este tipo tiene pinta de haber visto una *mierda*. Espero que me haga preguntas, pero lo único que dice es—: Felicidades a los dos —mientras echa un vistazo a la cerveza y me dice el total con tono aburrido.

Busco mi bolso, pero me doy cuenta de que me lo dejé cuando salimos corriendo.

Un largo brazo se extiende sobre mí y me arroja un billete de diez dólares.

—Quédate el cambio —dice Jasper. Me guía fuera de la tienda con una mano suave que me toca el codo, los ojos fijos en mis pies descalzos—. Sunny, vas a necesitar un baño cuando lleguemos al rancho.

—Quizá si bebo lo suficiente —levanto el paquete de seis, sintiéndome un poco mareada— te invite a unirte a mí.

Jasper se me queda mirando, con la mandíbula desencajada como si lo hubiera cabreado. No pronuncia ni una palabra, ni levanta las mejillas.

—Sólo bromeaba —respondo al incómodo silencio antes de darme la vuelta y volver corriendo al cómodo todoterreno. Me abrocho el cinturón, abro una cerveza barata y le doy un buen trago en un intento increíblemente triste de olvidarme de mis problemas y de la broma de mal gusto que acabo de soltar. Jasper y yo conducimos en total silencio. Yo sigo bebiendo y él no hace ningún comentario al respecto. En lugar de eso, se limita a agarrar el volante como si intentara estrangularlo mientras mantiene una intensa mirada en la carretera.

Y después de mi tercera cerveza con el estómago vacío, me siento un poco mejor. También un poco borracha.



Así que doy un monólogo, como suelo hacer con Jasper.

—Sabes que no quería una fea boda de otoño. Quería una boda de primavera. Quería un vestido vaporoso y femenino y una ceremonia al aire libre. Nada de esmóquines estirados, y definitivamente nada de vestidos negros de dama de honor. —Levanto la mano y miro la roca del tamaño del iceberg que hundió el Titanic—. Y *odio* este anillo. Vi uno en una pequeña boutique de la Decimosexta Avenida, ¿conoces esa zona? Era un zafiro oval púrpura. ¿Qué tan genial es un zafiro púrpura? Y lo engastaron de lado en oro amarillo mate. Sterling dijo que era 'raro' y luego me dio este anillo a la semana siguiente. Juro que eligió lo contrario de lo que yo querría a propósito.

—Romántico—, dice Jasper, con la mandíbula tensa.

Bebo en silencio, dándole vueltas al hecho de que fingí que me gustaba este anillo cuando me lo dio porque no quería ofender a nadie.

Cuando llegamos al rancho Wishing Well, la camioneta de Harvey está en la entrada, aunque pensábamos que él y Beau iban a estar en la boda. Jasper y yo intercambiamos una mirada confusa y, en cuanto estaciona el auto, se pone en marcha para llegar a la puerta principal. Corro tras él, con el corazón palpitante, porque algo no va bien.

Dentro, Harvey está sentado en la amplia mesa de la cocina con un gran vaso de bourbon entre las palmas de las manos. Un extraño tono verde colorea su tez.

Jasper se queda paralizado en la puerta, mirándolo fijamente.

—¿Qué pasa? —Pregunto al instante porque es uno de esos momentos en los que te *das cuenta*.

La casa está demasiado oscura, demasiado silenciosa.

Mi tío, que siempre es todo sonrisas y miradas cálidas, parece destripado.

Harvey no comenta nada sobre mis pies descalzos ni pregunta por qué



estoy aquí. En cambio, sus ojos se clavan en los de Jasper y dice—: Beau está desaparecido.



# 5

## Jasper

Registro el sonido de la lata de cerveza de Sloane golpeando el suelo de madera, pero todo lo demás es sólo ruido blanco. La sangre corriendo. El corazón hundiéndose.

Nunca olvidaré el rostro atormentado de Harvey mirándome desde la mesa de la cocina. Está grabada en mi memoria, junto al día en que murió mi hermana pequeña.

—Voy a necesitar que lo repitas. —Me escucho hablar, pero fuera del cuerpo, como si me hubiera salido de la piel y estuviera mirándome a mí mismo. Veo a Sloane balanceándose, con su delicada mano apretada contra los labios mientras con la otra se apoya en el marco de la puerta.

—Beau está desaparecido —vuelve a decir.

—¿Cómo que está *desaparecido*? —Es como si me hubiera desprendido por completo de lo que no quería escuchar.

Se aclara la garganta y da otro fuerte trago al líquido ámbar de su vaso. Todo el mundo está ansioso por beber esta noche.

—Siéntate, hijo.

La ansiedad se despliega en mi pecho, extendiéndose por mis venas como un reguero de pólvora y transformándose en pánico ciego. Me siento como un animal acorralado.

—No quiero sentarme. —Mis brazos cuelgan flácidos a los lados. Mis



dedos se han entumecido. Beau es mi mejor amigo. Hemos estado unidos por la cadera durante años. Es el chico que me salvó y me trajo aquí, sin hacer preguntas. Es mi *hermano en* todos los sentidos.

Un soldado de las fuerzas especiales con una personalidad del tamaño de la suya no *desaparece* así como así.

—Quiero saber qué está pasando. —Mi voz suena hueca y robótica a mis propios oídos.

Siento un suave latido alrededor de mi antebrazo y la presión del cuerpo de Sloane acercándose al mío. Sus dedos deben de estar apretando mi brazo a un ritmo lento y constante. Es casi como el latido de mi corazón, que se ha ralentizado hasta convertirse en un ruido sordo mientras todo gira a mi alrededor. Su apretón es lo que hace que siga latiendo.

—Anoche me llamaron para decirme que había perdido el vuelo programado, lo cual no es nada fuera de lo normal en él. Pero esta mañana recibí una segunda llamada en la que me informaban de que algo se había torcido en su misión... y él había desaparecido.

—¿Qué quieren decir con *desaparecido*? —Mis palabras salen más duras de lo que pretendo, sin duda más duras de lo que Harvey se merece. Es su hijo el que ha desaparecido.

*Desaparecido*. Esa palabra se repite en mi cabeza hasta perder todo su significado.

Harvey parpadea.

—Ya sabes cómo funciona esa unidad. No le dicen nada a nadie. Lo único que me han dicho es que estaba en una misión, que algo salió mal y que no subió al transporte de salida. Ahora están investigando.

El aire es demasiado fino y mis pulmones demasiado pequeños. El mundo es demasiado pesado. De repente, vuelvo a estar allí aquel día. El pavimento



caliente debajo de mí, escuchando a mi padre gritar y a mi madre lamentarse.

Sintiéndome completamente impotente.

—Necesito agua.

Sloane se pone en movimiento, su vestido se agita mientras cruza la cocina y se sirve otro vaso de licor. Y yo me quedo aquí, mirando el bourbon en la mano de Harvey. Me recuerda a los ojos de Beau, a salir y beber demasiado con él, a escucharlo soltar chistes groseros y reír demasiado alto.

—Toma. —Sloane me levanta el brazo y me enrosca los dedos alrededor del vaso como si fuera un vegetal o algo así—. Vamos. —Sus manos están de vuelta alrededor de mi antebrazo, y ella me lleva hacia la mesa.

Me voy, demasiado aturdido para saber qué más hacer. Saca una silla y me sienta. Y luego se dirige a Harvey.

Él fuerza una sonrisa mientras la mira.

—Siento haberme perdido tu boda, Sloaney.

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas mientras deja caer una pequeña mano sobre su hombro.

—No te perdiste la boda, tío Harvey. La boda no se celebró.

Su mirada gira entre nosotros con un pequeño movimiento de cabeza.

—Supongo... Supongo que tiene sentido, ya que estás aquí con Jasper y no con tu marido. Los dos parecen tan naturales juntos. Yo... Lo siento. —Una palma le cubre la cara—. Ahora mismo no estoy pensando con claridad.

Un sollozo ahogado sale de su pecho. Seguido por uno igual de Sloane.

Y entonces ella está ahí, rodeando con sus brazos al hombre que es mi padre. En todo lo que necesité un padre, Harvey fue esa persona para mí. Ha conocido tanto dolor en su vida. Tantas pérdidas y dificultades.

Como yo.



Y parece exasperantemente injusto que nos ocurra algo así.

Sloane no le ofrece disculpas. No le dice que todo irá bien.

—Te quiero, tío Harvey —es todo lo que dice mientras le rodea el cuello con los brazos y lo abraza ferozmente, dejando que jadee en su hombro mientras una lágrima perdida cae por su mejilla.

Otra vez.

Sloane ha derramado demasiadas lágrimas hoy.

Y sin embargo, ella está aquí. Borracha. Y triste. Y perdida. Tiene los pies sucios y lleva un vestido de novia caro y roto de un matrimonio que no se celebró. Su vida es un caos, y ella todavía está aquí consolando a otras personas.

Sloane es desinteresada.

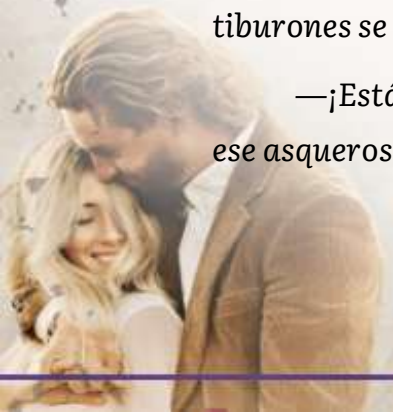
Puede que no lo parezca, pero es fuerte. Tiene un gran corazón. Un alma gentil.

Y viéndola consolar a Harvey ahora mismo, me permito admitir que la forma en que amo a Sloane puede no ser en absoluto como un amigo ama a otro.

*... Un puño aterriza en mi hombro, pero me río. Este imbécil golpea como un niño pequeño. Y acaba de dejarse abierto para mí.*

*Mis nudillos crujen cuando golpean la cara de Tristan, y la sangre brota de su nariz, lo que parece funcionar como una especie de señal para que todos sus amigos tiburones se abalancen sobre mí.*

*—¡Estás jodidamente muerto, Gervais! Voy a ir al campo de atrás y quemaré ese asqueroso auto en el que vives. Te pondré en la calle, donde perteneces.*



*Sus palabras duelen mucho más que sus puñetazos. Miro a mi alrededor, sintiendo la presión de la gente nueva que me rodea.*

*Todo el mundo da por sentado que los jugadores de hockey son populares, yo soy la prueba de que eso no siempre es cierto. Todo lo que ha pasado me ha reducido a la basura del pueblo, y estos son los chicos del colegio que se divierten recordándome cuál es mi lugar en el tótem.*

*Hoy me he desbordado.*

*Cuando echo un vistazo a Tristan, es el chico que está detrás de él el que capta mi atención. Beau Eaton. Quarterback de la escuela, cuadro de honor, básicamente el príncipe del pueblo que todos aman. Nunca lo tomé por el tipo que se uniría a algo como esto...*

*—Tristan, vete a la mierda. —Le da un empujón y se levanta, impidiéndome ver a la multitud—. ¡Que todo el mundo se vaya a la mierda! Se acabó el espectáculo —anuncia, cruzándose de brazos y devolviendo la mirada mientras nuestros compañeros se dispersan.*

*La vergüenza me golpea. No sólo soy el raro niño sin hogar al que sus padres abandonaron... ahora soy el caso de caridad del niño más popular.*

*Antes de que pueda siquiera pensar en lo que estoy haciendo, me doy la vuelta y corro directamente hacia la arboleda que divide el patio del colegio de los matorrales del campo trasero. Directamente hacia la vieja Honda destartalada a la que he estado llamando hogar.*

*—¡Eh! ¡Espera! —escucho llamar a Beau, pero no miro atrás. La humillación me empuja hacia delante, y en pocos minutos estoy apoyado contra el trozo blanco de metal intentando recuperar el aliento. Es un lugar de mierda para vivir. Pero es seco y está cerca de la pista de hockey. Y eso es lo único que me importa.*

*—¿De verdad vives aquí?*

*Gruño. Por supuesto, tenía que seguirme.*



—Sí.

*Se hace el silencio entre nosotros. Me da vergüenza darme la vuelta y mirarlo a la cara.*

—*Ven a mi casa.* —*Con eso rompe el tenso silencio.*

*Eso es lo que me hace girar para mirar a este brillante chico dorado de adolescente.*

—¿*Tu casa*?

—*Sí.* —*Asiente con seguridad, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras intenta mirarme a mí y no a la miseria en la que he estado viviendo*—. *Muchas habitaciones. Mucha comida.*

—Yo…

—*No acepto un no por respuesta. Agarra…* —*Ahora mira detrás de mí, con los rasgos contraídos*—. *Lo que necesites. Mi hermano Cade nos llevará cuando Rhett salga del castigo.*

—¿*Seguro*? —*Una pequeña y frágil llama de esperanza parpadea en mi interior*—. ¿*Y si tu familia no me quiere allí*?

*Sólo se burla.*

—*Te garantizo que mi familia no quiere que vivas aquí.*

*Y así, Beau Eaton se consolida como una de las mejores cosas de mi vida…*

—Hola. —La voz de Sloane es tranquila y tentativa detrás de mí.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —No me giro para mirar su cabeza asomada por la ventana.

Sigo congelado, y no tiene nada que ver con el frío que hace ahora.

—Es difícil olvidar nuestras noches aquí, para ser honesta.

No se equivoca. Las noches que pasábamos en la azotea eran de las



mejores de mi vida.

Empezaban siendo las peores noches, pero cuando ella se unía a mí, mejoraban al instante.

—También podía sentir el aire frío del pasillo.

Gruño, sin ganas de hablar. De hecho, me siento completamente vacío.

—¿Tienes frío, Jas?

Me encojo de hombros, sin importarme si tengo frío. Estoy demasiado ocupado imaginando todas las cosas horribles que podrían haberle pasado a mi hermano.

Me dijo que pronto dejaría el ejército. Por supuesto, siempre decía eso. Y cada vez quería creerle.

Todos odiábamos que desplegara, parecía que las estadísticas ya no estaban a su favor. Como si se hubiera librado demasiadas veces. Como si fuera demasiado alegre y bobalicón, y el universo se lo quitara en algún momento.

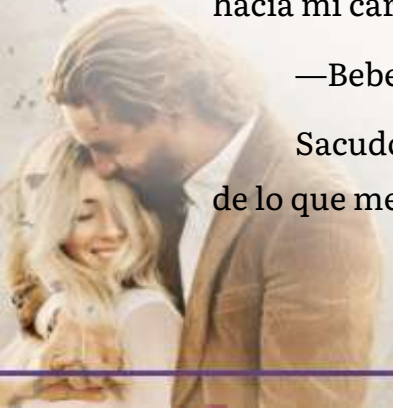
Escucho a Sloane trepando por la ventana de su habitación de invitados. La habitación justo al lado de la que pasé mi adolescencia.

Estoy a punto de decirle que quiero estar solo, pero cuando me envuelve los hombros con una manta y se tumba a mi lado, arropándose contra mí, mi cuerpo suelta un suspiro que ni siquiera sabía que había estado conteniendo. Se aprieta contra mí, suave y reconfortante. Su dulce aroma llega hasta mis fosas nasales. Huele a coco y a glaseado de magdalena.

Obligándome a quedarme mirando los campos oscuros, ignoro su presencia. Hasta que veo un feo basset hound de dibujos animados empujado hacia mi cara.

—Bebe. —No es una pregunta. Es una orden.

Sacudo la cabeza, sintiéndome más como mi traumatizado yo adolescente de lo que me he sentido en años.



—Vamos. Estoy deshidratada de llorar en la ducha. Por favor, no me hagas beber sola. Beau no lo aprobaría.

Resoplo una carcajada, pero le sigue un sonido herido y quejumbroso. El sonido de Sloane sollozando es la única respuesta. No nos miramos.

—WWBD[1] —dice asintiendo con seguridad.

—¿Perdón?

—¿Qué haría Beau? Ambos sabemos que se bebería la cerveza.

Estoy seguro de que si la miro, me derrumbaré, así que abro la estúpida Buddyz Best Beer y doy un largo trago.

—Esto sabe a mierda.

Bebe y, desde mi periferia, la veo asentir.

—Coincide con el día. Mierda es el tema.

Gruño mi acuerdo.

—No te equivocas.

Su hombro choca con el mío, pero no se aparta. Se arropa más cerca, tirando de la misma colcha de retazos que usábamos de niños a nuestro alrededor. Y al igual que cuando éramos más jóvenes, ella no me presiona... O intenta que hable de mis sentimientos como un terapeuta que nunca pedí.

Sólo está *ahí*.

—¿Crees que está muerto? —suelto, intentando disimular mi miedo bebiendo más cerveza. Es la pregunta que me ronda la cabeza desde hace un par de horas. La pregunta a la que no quería dar voz, pero que me salta de todos modos.

Echo un vistazo a Sloane para ver cómo reacciona ante mi oscura pregunta. Pero, como de costumbre, no rehúye mi oscuridad; al fin y al cabo, es

1 WWBD: What would Beau do? ¿Qué haría Beau?

mi Sunny. Ahuyenta la oscuridad simplemente siendo ella misma.

—Creo que... —Hace rodar la lata entre sus manos, creando un fuerte sonido de arrugas en la silenciosa noche—. Creo que ése no es el tipo de energía que quiero lanzar al universo por él ahora mismo. —Una risita estrangulada retumba en mi pecho y ella me clava un codo en las costillas—. ¡Hablo en serio! ¿Entras en un partido pensando que lo vas a perder? ¿O te imaginas ganando? Yo repaso obsesivamente un baile en mi cabeza antes de una actuación, pero no me permito ver un fallo o un tropiezo. Y voy a tratar esto de la misma manera.

Ella asiente con la cabeza, con rasgos delicados y una expresión decidida.

—Si Beau está ahí fuera, necesita nuestra buena energía. Es demasiado... —Una mano rueda delante de ella mientras busca la palabra—. No lo sé. Es más grande que la vida. No se rendirá sin luchar. Tengo fe en él.

Lágrimas no derramadas pinchan mis ojos. *Más grande que la vida*. Él es así. Decidido. Implacable. Ese cabrón no acepta un no por respuesta. Y donde quiera que esté, espero que ahora tampoco.

Me inclino hacia Sloane y ella apoya la cabeza en mi hombro. No sé cuánto tiempo pasamos sentados en un silencio agradable, contemplando el paisaje. No hay más sonidos que los graznidos intermitentes de un búho, las bocanadas de aire de una vaca y el tranquilo piar de un caballo.

—Me encanta la luna en noches como ésta —murmura—. Hace que todo parezca casi plateado. Hace que todo brille.

Levanto la barbilla y contemplo el cielo lleno de estrellas de un blanco cremoso tan denso que casi parece una manta. Me recuerda a cuando estábamos delante del asador y no podía ver ni una sola estrella en una noche perfectamente despejada.

Después de nuestra discusión, conduje hasta Chestnut Springs y pasé la noche en una de las casitas que compré en el pueblo. Esta noche estoy demasiado jodido para ir a ninguna parte, pero hay una parte de mí que no



quiere dormir en la cama de mi infancia.

Se siente demasiado en este momento. Se siente demasiado real.

El cuerpo de Sloane emite un fuerte suspiro, y me pregunto cómo se sentirá ella también después del día de mierda que ha tenido.

—Siento lo de Sterling —ofrezco, sin querer.

—No me mientas, Jas.

Una risita silenciosa sale de mis labios.

—De acuerdo. Siento lo de tu boda.

Suspira de nuevo, sus hombros menudos suben y bajan de cansancio.

—Yo no.

Su brusca respuesta me toma por sorpresa.

—¿No?

—Nah. Pasar mi vida descalza en la cocina como la Sra. Woodcock suena jodidamente terrible. Prefiero estar descalza en una sucia licorería contigo.

Quiero reírme, pero me invaden los celos. Seguidos de alivio. Alivio de que no haya tomado ese camino.

Alivio de que esté sentada aquí conmigo. Porque, por mucho que me devane los sesos, no se me ocurre ninguna otra persona con la que preferiría estar después de esta noticia.

La siento estremecerse a mi lado y me giro para darle un beso en la coronilla, pero su cabello está húmedo y frío.

—Tienes el cabello mojado.

Se encoge de hombros.

—Sí. Vine directamente aquí después de ducharme.

Un dolor me golpea en el centro del pecho y sacudo la cabeza, sin querer



darle más importancia de la debida. Después de todo, hoy casi se casa con alguien.

—Vamos, Sunny. Te vas a congelar con el cabello mojado aquí fuera. —Me pongo de pie y extiendo una mano hacia la suya, pequeña y fría en la mía, mientras tiro de ella hacia arriba. Aprieto una vez e intento soltarla.

Pero no puedo. La quiero cerca. Pero no sé cómo hacerlo.

Pero ella no sufre la misma confusión. Sin pensárselo dos veces, da un paso hacia mí. Mis brazos la rodean junto con la gruesa manta que descansa sobre sus hombros mientras sus manos se deslizan sobre mis costillas. Su frente se apoya en mi pecho y yo le acaricio la nuca.

Tal vez sea nuestra diferencia de altura. Tal vez es sólo la tradición. Pero siempre la he abrazado así, y ella siempre me ha dejado. Hay una comodidad en ello de alguna manera. Una familiaridad.

—¿Estarás aquí por la mañana? —Esto es lo que siempre me ha preguntado en las malas noches. Como si quisiera asegurarse de que no me hundiría demasiado en mi tristeza. Hasta ahora no había vuelto.

—¿Dónde iba a estar si no? —es lo que siempre he respondido y lo repito mientras mi mano se desliza por su cabello húmedo. Porque lo estaré.

Porque es una atadura que nunca me ha soltado, ni siquiera cuando he querido que lo hiciera. Antes de unirme a los Eaton, creía que nadie me echaría de menos si me iba. Pero ahora sé que eso no es cierto. Ellos lo harían. Sloane lo haría. Y eso siempre me ha mantenido con los pies en la tierra de una forma que necesitaba desesperadamente como adolescente afligido.

Se aparta con un resoplido silencioso y los ojos bajos.

—Buenas noches, Jas. Llama a la puerta si me necesitas.

—Buenas noches, Sunny. —Le alboroto el cabello y me doy la vuelta.

Nos dirigimos a nuestras habitaciones. Igual que cuando éramos niños.



Me agacho para entrar por la ventana y me acurruco en la cama. Entonces la insistente presión en mi pecho se quiebra y vienen las lágrimas.

Igual que cuando yo era niño.

La diferencia es que yo desearía que Sloane siguiera apretada contra mí, y nunca lo deseé entonces.



# 6

## Sloane

**27 llamadas perdidas de Sterling**

**12 llamadas perdidas de papá**

Sterling: ¿Adónde fuiste? Vuelve. Tenemos que hablar de esto.

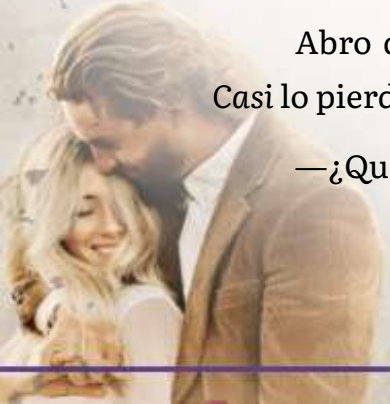
Sterling: Sloane, esto es humillante. Todo el mundo está esperando. ¿Puedes tener tu rabieta más tarde?

Sterling: Tu padre está furioso. Vamos a tener que cancelar todo el catering. De todo. No voy a lidiar con esta mierda.

Sterling: Esto es una puta mierda. Trae tu culo aquí y firma el papeleo para que podamos seguir adelante.

Sterling: Voy a ir a Gran Caimán por mí mismo.

Sloane: Llévate a la stripper. Se merece unas vacaciones después de aguantarte una sola noche.



Abro de un tirón la puerta del acompañante del todoterreno de Jasper. *Casi* lo pierdo.

—¿Qué haces? —Sus ojos se abren de par en par bajo el ala de su gorra

granate de los Calgary Grizzlies.

Ignoro su pregunta, meto el bolso en el maletero y me siento a su lado. Huele a menta y a fresco, pero sus ojeras son oscuras y su atractivo rostro parece demacrado. Lleva unos vaqueros rotos y una chaqueta de cuadros escoceses. Miro mi sencillo chándal gris en el que cabrían dos personas.

Harvey me lo puso en la cama mientras me duchaba anoche. Estoy segura de que es suyo, pero no voy a volver a ponerme mi vestido de novia. Así que es suficiente.

Alargo la mano para subir el aire caliente que sale de las rejillas de ventilación.

—Esta mañana hace un frío del carajo —murmuro al verme en el espejo retrovisor, con el cabello ondulado y despeinado y los ojos hinchados.

—Sloane. ¿Qué estás haciendo?

Me froto las palmas de las manos y soplo antes de pasar la mano por encima del hombro para abrocharme el cinturón. Una vez abrochada, tengo más posibilidades de no lanzarme sobre la consola central para abrazar al hombre que tengo al lado—. Voy contigo, Jas. ¿Qué te parece?

Me parpadea.

—Tengo un partido esta noche.

—Sé que sí. —Me acurruco en el cuero—. ¿Esta cosa tiene asientos con calefacción?

Se burla.

—Claro que sí. —Se adelanta y pulsa el botón que pone el asiento a toda temperatura.

—Perfecto. —Lo miro con los ojos muy abiertos, indicándole que se ponga en marcha, pero él se limita a mirarme fijamente.



—Son las seis de la mañana.

Bostezo y me llevo la mano envuelta en la manga demasiado larga de la sudadera de cuello redondo a la boca.

—No lo sé. ¿Podemos parar a tomar un café?

Pone el cómodo todoterreno en marcha, aunque aún puedo ver las preguntas bailando en sus ojos. La parte delantera de su Volvo solo está iluminada por el salpicadero. Es lo bastante temprano y está lo bastante avanzado el año como para que aún esté completamente oscuro, y suspiro mientras siento el calor del asiento.

—Este es un auto cómodo. —Se me cierran los ojos—. Casi siento que podría dormirme. —Dios sabe que anoche no pegué un ojo.

Ser una novia fugitiva a la que nadie podía alcanzar me estresaba. Y escuchar a Jasper llorar en silencio a través de la delgada pared que nos separaba también me hizo llorar a mí. Había demasiadas cosas en las que pensar -demasiado dolor para relajarme-, así que me quedé tumbada, viendo pasar las horas en el reloj digital. Intenté formular un plan, visualicé mis momentos favoritos en el escenario y me obligué a no arrastrarme por el tejado hasta la habitación de Jasper para abrazarlo.

Porque él no querría eso. Incluso escucharlo se sentía como una invasión.

—Lo más seguro que el dinero puede comprar —dice, con los dedos pulsando el volante mientras mira a ambos lados de la oscura carretera. Luego vuelve a mirar.

Es lógico que eligiera algo incomparablemente seguro.

—Tienes tu bolso —anuncia cuando por fin se detiene en la carretera de grava.

—Sí. Cuando bajé, estaba en la mesa con una nota de Violet informándome de que volvía a casa para estar con sus bebés. Tengo la



sensación de que todo el mundo se está retirando a sus rincones con las... noticias.

—¿Eso significa que te vas a casa? ¿A Sterling? —Su voz es gruesa y suena resignado.

Aprieto los labios y me obligo a mirar por el parabrisas.

—No, Jasper. Significa que voy contigo.

Las líneas de su cuerpo se endurecen ante mi respuesta. Lo que acabo de decir me parece demasiado vulnerable, así que cambio de tema.

—¿Podemos parar en Walmart o algo así para comprar ropa que me quede bien?

Mi pregunta le hace levantar las comisuras de los labios.

—Ya puedo ver el titular —una palma de la mano agita la consola en un gesto dramático— La heredera canadiense de las telecomunicaciones, Sloane Winthrop, huye de la boda y la encuentran comprando en Walmart.

Resoplo.

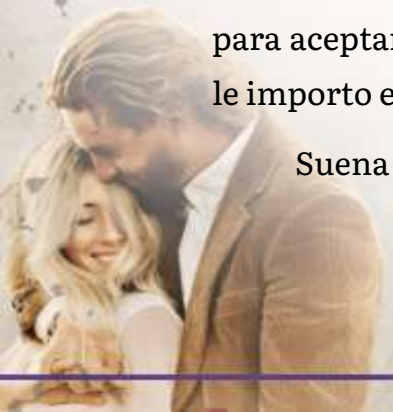
—Funciona para mi. Sterling dejará de reventarme el teléfono si me ve de compras con los campesinos. —Mis dedos hacen pequeñas comillas de aire cuando digo *campesinos*, y mis ojos giran al compás.

Jasper niega con la cabeza, pero no dice nada más.

Me parece que debería estar más desolada por el desastre del día de mi boda, pero no lo estoy.

Iba a casarme con alguien por deber, no por amor. Había soñado con mi boda desde que era pequeña. Y había renunciado a ese sueño lo suficiente como para aceptar pasar el resto de mi vida legalmente unida a un hombre al que no le importo en absoluto para ayudar a mi padre a cerrar un trato.

Suena arcaico. Suena a locura.



Quiero a mi padre. Siempre ha sido bueno conmigo y ha mimado a su única hija, pero hay una voz en mi interior que me dice que si me quisiera tanto como yo a él, no me habría pedido que me casara con un hombre para favorecer sus intereses económicos.

No es algo que le diga a Jasper. Mi padre ya le cae mal y eso me pone a la defensiva... si merece o no mi defensa.

Conducimos en silencio y paramos a tomar un café en el autoservicio más cercano que está abierto un domingo tan temprano. Más cerca de la ciudad, nos detenemos en un Walmart y le digo a Jasper que entraré para comprar lo que necesito. Me ignora y se levanta del asiento del conductor, refunfuñando por no dejarme entrar sola.

Atravieso el estacionamiento a paso de tortuga, echándome hacia atrás porque tengo que sujetar el enorme pantalón de chándal para que no se me caiga y le enseñe mis cosas. Siempre he querido desnudarme con Jasper, pero no así.

Café en mano, tomo unas simples mudas de ropa. Mallas. Vaqueros. Y entonces lo veo. Se me iluminan los ojos y avanzo a toda velocidad por la sección de ropa de marca, directa hacia lo que necesito.

—No. —Jasper dice desde detrás de mí mientras me estiro hacia delante.

—Sí —respondo, sonriendo mientras me vuelvo hacia él y le tiendo una de sus camisetas. Con el número uno en la espalda.

Sus ojos se entrecierran y me lanza una mirada plana desde debajo del ala de su gorra.

—¿Dónde te vas a poner eso?

Pongo los ojos en blanco, porque veo que se ruboriza levemente en la parte superior de las mejillas y que las puntas de las orejas se le ponen un poco rojas. Jasper nunca se ha sentido cómodo con su fama. Siempre le ha hecho



sentirse incómodo.

—A tu partido de esta noche, obviamente.

—¿Vienes a mi partido? —Mueve la cabeza y parece un niño.

—Duh. —Añado la camiseta a la pila de ropa que tengo sobre el brazo y me dirijo al probador de la tienda, inquietantemente silenciosa. Es tan temprano que ni siquiera hay música. Lo único que escucho es el zumbido de las luces que proyectan un terrible resplandor amarillo sobre mi cara mientras me pruebo la ropa.

Parezco agotada.

*Estoy* agotada. Lo único que me hace seguir adelante es lo mucho que Jasper necesita que alguien esté a su lado. Y estoy decidida a ser ese alguien. Especialmente después de que me sacara de mi boda.

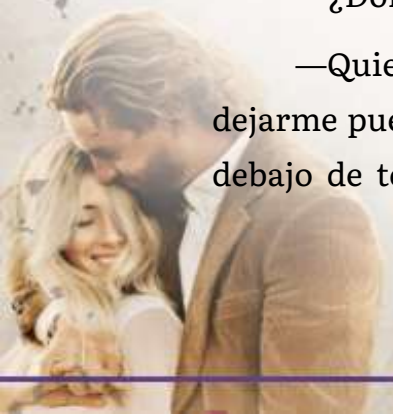
Sólo estoy devolviendo el favor. Eso es lo que me digo a mí misma. Porque la alternativa es que me esté deleitando pasando tiempo a solas con él, y ya no quiero ser esa chica enamorada con ojos de luna que lo sigue a todas partes. Quiero ser fuerte e independiente. Y una buena amiga. Porque eso es lo que realmente necesita ahora.

—Esta camiseta me queda taaaan bien —le anuncio desde el interior del vestuario, molestándolo un poco, porque sé que está apoyado contra la pared de enfrente, todo miembros largos y ojos azul marino enfocados en la puerta. De alguna manera, incluso cambiarme con él tan cerca se siente intensamente personal.

Pongo los ojos en blanco. Pero sonrío cuando gime.

—¿Dónde vas a ir después del partido? —es lo que responde.

—Quiero decir... —Me interrumpo, me miro en el espejo y opto por dejarme puesta la camiseta. Es grande y cómoda, y me doy cuenta de que, por debajo de todas las quejas de Jasper, lo encuentra divertido—. Pensaba que



volveríamos al rancho. Supongo que debería haberte preguntado qué planes tenías. Revisé tu agenda. Tienes un buen tramo de partidos en casa.

—Sí. Cuatro.

Abro la puerta de un tirón y poso con mis nuevos leggings y mi jersey.

—¿Qué tal estoy?

Pone los ojos en blanco y se dobla el ala de la gorra. Pero no me pierdo el movimiento de sus labios ni la forma en que su mirada recorre mi cuerpo y mis piernas.

—Podría ser tarde si conducimos todo el camino de vuelta. —Abre un brazo para que me adelante, y me voy, ya sin miedo a que mis pantalones se bajen delante de él.

—Está bien.

—Siempre podemos quedarnos en mi casa en la ciudad. —Las palabras son tensas.

Me detengo en seco y me vuelvo hacia él, arqueando el cuello para mirarlo a los ojos.

—¿Es eso lo que quieres? No sé lo que quiero, aparte de no enfrentarme aún a la realidad. Me gustaría mantener la cabeza en la arena al menos un día más. Así que iré donde tú vayas.

Sus ojos de zafiro bajan a mis labios por un momento y luego vuelven a subir.

—No. Prefiero estar en el rancho con todos. Por si acaso.

*Por si acaso*. En caso de que haya alguna noticia, supongo.

—Podrías decirle al equipo que necesitas una noche libre.

Sacude la cabeza y deja caer una mano cálida sobre mi hombro mientras nos da la vuelta.



—No. Se sentirá bien jugar. Normal. Además, el equipo me necesita.

Asiento con la cabeza, porque conozco esa sensación. Bailar hasta que me duela el cuerpo y me caiga el sudor por la espalda sería un consuelo ahora mismo.

—¿Puedo llevar esto puesto? —le pregunto a la encargada del vestuario mientras nos acercamos al podio.

Me mira con atención.

—Claro, muñeca. Déjame cortar las etiquetas y luego tienes que escanearlas en la caja.

Le ofrezco mi mejor sonrisa tranquilizadora, esforzándome por no parecer una criminal.

—Por supuesto. Gracias.

Echa un vistazo a la camiseta y luego mira a Jasper, con los ojos ligeramente abiertos cuando lo relaciona.

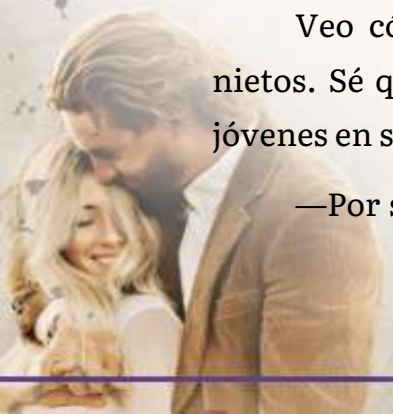
—¿Eres Jasper Gervais? —Su melena plateada se balancea mientras su cabeza se mueve entre él y la camiseta que llevo puesta.

—Sí, señora. —Jasper sonríe, siempre tan amable con sus fans. Cualquiera que no lo conozca no notaría su incomodidad. La forma en que su cuello se tensa un poco. La forma en que su pulgar presiona la punta de sus dedos.

—Mis nietos son los mayores fans. ¿Hay alguna posibilidad de que firmes...? —Mira a su alrededor, tratando de encontrar algo—. Oh, Dios. No lo sé. ¿Algo? ¿Una nota adhesiva? A los chicos les encantaría para Navidad.

Veo cómo se le ablanda el cuerpo en cuanto empieza a hablar de sus nietos. Sé que Jasper trabaja como voluntario en programas deportivos para jóvenes en situación de riesgo y que siente una gran debilidad por los niños.

—Por supuesto. Esperaré aquí. ¿Por qué no tomas un par de camisetas de



sus tallas? Yo tomaré las etiquetas y las compraré también.

La mujer se lleva las manos al pecho.

—Oh, eres un chico muy dulce —exclama, mirándolo con corazones en los ojos.

Y ni siquiera puedo culparla. Yo también.

—¡Ya vuelvo! Y no se lo diré a nadie más y te retrasaré. Pero Dios, esto les va a encantar. ¡Muchas gracias!

En unos minutos vuelve con un rotulador y dos camisetas diminutas, como la mujer más feliz del mundo. Veo el corpulento cuerpo de Jasper inclinarse sobre el podio mientras personaliza cada camiseta con cuidado, comprobando la ortografía de sus nombres para que queden bien. Sus palabras '*chico dulce*' rebotan en mi cabeza. Jasper siempre ha sido un chico dulce.

Pero Dios, creció para ser un buen hombre.

Momentos después, todas las etiquetas están cortadas y Jasper me acompaña a la tienda, pareciendo un poco más tranquilo que antes.

—Sólo algunas cosas más.

No dice nada, lo que suelo interpretar como su asentimiento. Así que me adelanto y me dirijo al pasillo del maquillaje. Después de verme bajo esas luces de neón, necesito desesperadamente algo para disimular las bolsas y el aspecto de zombi que tengo en general.

El corrector es mi primera parada. Intento elegir una marca pero me doy cuenta de que no conozco ninguna. He venido a Walmart a comprar detergente, no maquillaje. Tomo uno y lo evalúo. Si no fuera por la etiqueta, sería exactamente igual que mi corrector habitual.

Me dirijo a Jasper.

—¿Crees que lo que hay dentro de estos es realmente tan diferente? Suelo pagar 50 dólares por un tubo del mismo tamaño. ¿Crees que les ponen etiquetas



diferentes en la misma fábrica y luego se ríen de los ricos que pagan más por la misma mierda?

Sus labios se crispan mientras me observa atentamente.

—Me encanta cómo funciona tu cerebro, Sunny.

—¡Hablo en serio! Son *cinco* dólares, Jas. ¡Es un descuento del noventa por ciento!

—Bueno, no puedes culpar a esa lujosa educación de escuela privada.

Resoplo y muevo la cabeza.

—Lo estoy probando. Esto podría cambiar mi vida.

—Mm-hmm.

Suena como si no me creyera.

—Jas. ¿Has visto esta piel translúcida? ¿La bonita vena azul que corre bajo mi ojo derecho? El corrector es mi mejor amigo.

—Pensé que era tu mejor amigo. —La afirmación es tan simple y, sin embargo, me da cuerda.

Me vuelvo hacia la pared de corrector alarmantemente asequible y me burlo.

—Los dos pueden serlo. Es beneficioso para ambas partes. No querrás verme muy a menudo sin corrector.

—Siempre te ves bien para mí. Con corrector, sin corrector. Vestido elegante, chándal de Harvey. Cabello liso —su mano me saluda con una risita— *sea* lo que sea. Da igual. Tú eres tú.

Trago saliva y hago todo lo posible por no derretirme en el suelo.

—Eso es probablemente lo que le dices a todas las chicas, Gervais.

—No, Sunny. Eres mi única chica.



Se me escapa de la garganta una risa tonta y torpe mientras busco lo que creo que es un color lo bastante parecido. Hago lo mismo con un colorete rosa suave y brillante y una máscara de pestañas lisa y negrísima.

Entonces salgo a toda prisa de aquel pasillo, esperando que Jasper me siga y dejar atrás aquel incómodo intercambio.

Pero es una broma, porque la siguiente parada es la ropa interior, y mi deseo se hizo realidad.

Jasper me siguió. Justo detrás de mí.

Vuelvo a mirar la estantería llena de diferentes cortes de ropa interior negra.

—¿Tiro alto, corte bikini o tanga? ¿O aquí también se aplica tu regla de que todo me queda bien? —suelto en un intento de hacer esto menos incómodo de lo que es en mi cabeza ahora mismo.

Fallo. Las cosas oficialmente no son menos incómodas.

Jasper gime por lo bajo y evita el contacto visual.

—Se aplica —responde estrangulado.

Cuando vuelvo a mirarlo, no se me escapa la mancha rosada de sus mejillas, y me río, estridente y forzada, tratando realmente de salvarme después de lo que acabo de preguntarle en voz alta.

Luego compro un paquete de tangas y un sujetador a juego, evitando los ojos de Jasper mientras me dirijo a la caja. En cuestión de minutos hemos pagado y estamos de vuelta en su todoterreno, dirigiéndonos sin decir palabra hacia la ciudad, el lugar donde ninguno de los dos quiere estar.



Veo a Jasper salir patinando de la boca de una enorme cabeza de oso que

escupe fuego, colocada en una esquina de la pista. Su imagen es imponente, sus almohadillas añaden volumen a su ya imponente estatura.

Bajo las luces parpadeantes, se desliza por el hielo hacia su portería, acompasando cada movimiento al ritmo de la canción de Metallica que suena en los altavoces. Agacha la cabeza y el público enloquece.

Los Grizzlies vienen de una mala temporada. Una temporada realmente mala. Algunos jugadores dejaron el equipo, pero no Jasper. Ya tiene un oro olímpico en su haber, y no es de los que van de un lado a otro persiguiendo un campeonato como sea. Él quiere ganar aquí.

Dudaba que Jasper renunciara a su cláusula de inamovilidad. Había firmado un largo contrato con el objetivo de permanecer cerca de su familia, en el rancho, probablemente hasta el final de su carrera.

¿Qué niño no sueña con jugar en el equipo de su ciudad?

Entre los tubos, empieza en un extremo de su pliegue, cortando metódicamente con sus cuchillas a través del espacio, arañando la superficie del hielo para tener más agarre.

Hay algo en este momento que siempre me fascina. Parece tan suave, tan rítmico, tan en la zona que nunca puedo apartar la mirada.

Me encantan muchas cosas de Jasper, pero que sea tan bueno en algo nunca le resta atractivo. A mí o a otras mujeres.

Reprimo la envidia mientras echo un vistazo al palco de familiares y amigos. He estado aquí un par de veces, pero siempre con mis primos.

Nunca sola.

El ambiente es divertido y desenfadado, pero no hay duda de que me miran. Sobre todo porque llevo una camiseta oversize de Gervais y soy una cara bastante reconocible en esta ciudad.

—¿Estás aquí con Jasper? —Una mujer morena perfectamente arreglada



aparece a mi lado, rebotando un bebé en sus brazos.

—Sí. —Sonrío.

Me mira, pero no de forma poco amistosa.

—¿Cómo te llamas?

—Sloane. ¿Y tú?

—Callie. —Levanta al bebé y me tiende una mano.

Nos damos un apretón de manos y la mujer me cae bien. Su apretón de manos es firme, pero no me aprieta la mano en una extraña muestra de agresividad.

—Jasper no suele tener a nadie aquí arriba.

Mis ojos se dirigen de nuevo al hielo, donde Jasper está echando un chorro de agua en su boca abierta a través de la jaula que cruza su cara.

—¿No? —Pregunto en voz baja porque siempre me he propuesto no preguntar sobre su vida privada.

Siempre sentí que me dolería demasiado saberlo.

Llevo décadas tragándome al monstruo de ojos verdes, pero ella no se ha quedado quieta. Salta sobre mí inesperadamente.

Potentemente.

—Tiene a todas las chicas hablando. Su vida personal es un auténtico misterio para todas nosotras —continúa Callie, echándose la barbilla por encima del hombro mientras cae el disco y se pone en marcha el reloj del partido.

—Ah. —Miro en esa dirección y veo varias cabezas que se apartan rápidamente, como niños sorprendidos mirando—. Si te sirve de consuelo, conozco a Jasper desde que tenía diez años y sigue siendo un misterio para mí.

—¡Diez! —Sus ojos se abren cómicamente y luego suspira—. Bueno, eso es



adorable.

Sonrío, pero forzado. *Adorable*. Más bien *doloroso*.

Y ese dolor no hace más que crecer a medida que pasan los minutos. Porque las circunstancias condenaron este partido desde el principio. Jasper está legítimamente distraído. Su cabeza no está en los discos que se dirigen hacia él a velocidades de vértigo.

El equipo contrario marca primero, a menos de un minuto de partido. Y no es un buen gol.

Sé que Jasper querría volver. Vuelven a marcar cinco minutos después.

Me muerdo las uñas y el esmalte rosa de novia se desprende. Dos minutos después, un tercer disparo encuentra el fondo de la red.

Gimo y me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que me sangra por dentro.

Y cuando Jasper encaja un cuarto gol antes de que hayan transcurrido los primeros veinte minutos de juego, tengo que contener las lágrimas. No porque estén perdiendo, sino porque verlo patinar -con la cabeza gacha y los hombros caídos- después de que le saquen del partido me hace doler el pecho.

Sé que se considera responsable.

Se parece al chico que conocí hace tantos años: devastado.

Y durante los siguientes juegos, no mejora.



# 7

## Jasper

Sloane: ¿Te he dicho que eres mi portero favorito en el mundo?

Jasper: Tienes mal gusto.

Sloane: Sigues siendo mi favorito.

Jasper: Podrías ser la única esta noche.

Sloane: Corrección. Jugador de hockey favorito. Fan número uno de aquí.

Jasper: Conoces a muchos jugadores de hockey, ¿verdad?

Sloane: Sólo el mejor. Estaré en la salida de los jugadores.

Perder nunca se siente bien, pero de algún modo esta noche se siente peor. He empezado cuatro partidos seguidos porque esta organización confía en mí. Mi entrenador confía en mí. Y hemos perdido cuatro partidos seguidos. Toda esta racha en casa se ha ido por el retrete.

Me pesa sobre los hombros.

He decepcionado a mis compañeros de equipo. A mis entrenadores. A toda la ciudad, que está tan involucrada en el éxito de este equipo.

Siento que defraudé a Beau de alguna manera. Como si no hubiera podido ganarlo para él. También he sido un miserable imbécil con todos los que me



rodean. Y también defraudé a Beau en eso, porque ese hombre esbozaba una sonrisa y era amable sin importar nada.

Luego está la rubia de infarto que ha estado en el palco todas las noches, apoyándome. Me paso los partidos intentando no mirarla mientras estoy sentado en el banquillo, castigándome a mí mismo. Como si fuera capaz de distinguirla.

Esta noche me he duchado y cambiado pero estoy decepcionado. Estoy triste, pero también enfadado. Camino por el túnel trasero hacia la tribuna de prensa. Odio esta parte de mi noche después de los buenos partidos, pero ni siquiera creo que haya una palabra para describir lo que se siente al encadenar cuatro partidos de mierda seguidos y luego verse obligado a hablar de ello en la grabación.

Tortura, tal vez.

Sé que he jugado mal. Mi equipo lo sabe. Los periodistas lo saben. Y ahora vamos a sentarnos todos a hablar de ello públicamente. Jodidamente perfecto.

En cuanto subo al escenario con una larga mesa encima, escucho los chasquidos de las cámaras. Algunos periodistas que reconozco me saludan. Les hago un gesto seco con la cabeza y me recojo el ala de la gorra. Luego saco una silla, me siento junto a mi entrenador y respiro hondo.

La primera pregunta viene de un periodista que ya he visto antes, uno que siempre hace las preguntas más odiosas. Como si intentara ponernos la zancadilla intencionadamente para conseguir un sonido llamativo.

—Hola. Mike Holloway del Calgary Tribune. Jasper, ¿por qué no nos cuentas lo que ha pasado ahí fuera esta noche?

Me resisto a poner los ojos en blanco. Eso no es una pregunta, y él sabe lo que ha pasado ahí fuera esta noche. Lo ha visto. Hacer que se lo cuente es una estupidez.



—Bueno, Mike. Como viste, no estuve en mi mejor momento esta noche. Ni siquiera cerca. Sé lo que el equipo necesita de mí, y no pude hacerlo. Hubo un par de goles que me hubiera gustado recuperar, y luego ellos tuvieron un par de buenas ocasiones y me superaron. Obviamente, son paradas que tengo que hacer si queremos competir este año.

—Sí —responde el hombre de mediana edad, ligeramente redondo—. Gracias. Siguiendo con eso. Parece que esta es la nueva normalidad para ti. Me pregunto qué estás haciendo para cambiar las cosas. Este año parece decisivo para el equipo. A mucha gente le encantaría conocer tus planes de entrenamiento para volver a estar en forma.

Entorno los labios y asiento con la cabeza, sintiendo una gota de agua rodar por las largas puntas de mi cabello hasta la nuca. Mi entrenador, Roman, me mira pero no dice nada. Sabe que odio esta mierda en los mejores momentos y está dispuesto a intervenir si es necesario.

—Los detalles concretos son algo que queda entre el personal de entrenamiento y yo. Pero les aseguro que estoy trabajando duro. Nadie lo desea más que yo. Definitivamente estoy dedicando tiempo al psicólogo deportivo. En las próximas semanas volveré a centrarme en mi juego mental. Eso se lo aseguro.

Y no es mentira. Mi juego mental es una basura ahora mismo. Pensé que jugar me distraería, pero debería haber escuchado a Sloane. Si lo hubiera hecho, no habría decepcionado a mi equipo de esta manera.

—Perdona que te lo diga, pero casi parece que estés demasiado cómodo en el largo contrato que acabas de firmar.

Parpadeo al ver al hombre que tengo delante. El que tiene pinta de no haber hecho ejercicio en años, por no hablar de no haber practicado ningún deporte de élite en toda su vida.

—Pues bien. Con tu permiso, Mike, voy a —hago un gesto con el pulgar



por encima del hombro— quitarme y ponerme a trabajar en mi entrenamiento. Intentar ponerme un poco más *incómodo* para ti.

Me levanto de la silla plegable de plástico y me pongo de pie, escuchando a Roman intervenir con algún comentario sobre mantener el respeto en las preguntas. Pero no me importa. A la mierda Mike y a la mierda esta rueda de prensa.

Necesito salir.

Una rápida parada en el vestuario y ya tengo mi bolso y las llaves del auto. Casi salgo por la puerta sin decir nada. Sólo quiero lamerme las heridas en privado, pero los chicos merecen más. Se merecen una explicación.

Me giro, agarrándome al marco de la puerta, observando la habitación.

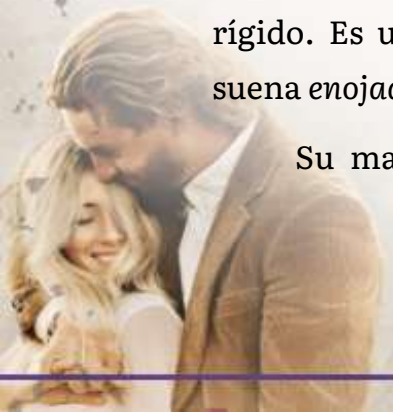
—Chicos. Chicos, lo siento. Me he portado como un imbécil estos últimos partidos —les digo a mis compañeros, que todavía están dando vueltas. No hablo mucho, pero cuando lo hago, me escuchan—. Mi hermano, el que está en el ejército, desapareció en combate la semana pasada, y mi cabeza está jodida. Todos se merecen algo mejor de mí. Y quiero que sepan que estoy trabajando en ello.

Las cabezas se alzan en la sala. El silencio es ensordecedor.

—Jesús, Gervais. —En tres largas zancadas, Damon me abraza, me da palmadas en la espalda y los otros chicos se acercan con la preocupación pintada en sus caras. Damon retrocede, me aprieta los hombros con las manos mientras me mira a los ojos y me da una pequeña sacudida—. Deberías habérnoslo dicho. El hockey es sólo un juego. La familia es la familia.

—Jasper. —Escucho la voz de mi entrenador detrás de mí y me pongo rígido. Es un buen tipo. Pero incluso los buenos tipos tienen sus límites. Y suena *enojado*—. Hablemos en el pasillo.

Su mano se posa en mi hombro para apartarme de mis compañeros,



que me miran con los ojos muy abiertos. Escucho una broma sobre cómo he enfadado de verdad a papá esta vez, y mis labios se crispan.

Cierro la puerta del vestuario detrás de nosotros y por fin levanto los ojos para encontrarme con los de Roman. Los tiene apretados a los lados y sus gruesos brazos están cruzados sobre su ancho pecho. Los años que lleva en la liga significan que Roman King sigue estando en forma a sus cuarenta años. Sigue siendo un competidor.

Aún recuerda cómo es.

—No sé si pegarte o abrazarte.

Reflejo su posición y le devuelvo la mirada. Sigue siendo corpulento, pero yo le llevo unos centímetros de ventaja.

—Yo me pegaría si fuera tú.

—Bueno, si yo fuera tú, le habría dicho a mi entrenador que mi vida personal era un montón de mierda devastadora.

Pongo los ojos en blanco, como una niña petulante.

—No quería hablar de ello. No quiero que me traten como si fuera frágil.

Una mano ancha me saluda.

—Alerta de spoiler. *Eres* frágil.

—Que te jodan, Roman.

Le tiembla la mandíbula.

—Voy a dejar pasar esa esta noche.

—No te conté la historia de mi vida de mierda para que me la echaras en cara. —Roman no sólo ha sido un entrenador, ha sido un mentor. Sabe que mi infancia fue un desastre. Sabe lo de Jenny. Y sabe que soy un ansioso maniático del control y que esos rasgos de carácter son la razón por la que sigo metiéndome en la red cada noche.



Ansío el control que me ofrece la posición. Me tranquiliza. No puedo culpar a nadie más que a mí mismo cuando un tiro sale mal, lo cual sé que no es cierto, pero es como yo lo veo.

—No estoy sosteniendo tu pasado sobre ti, Jasper. Soy yo, como tu amigo, el que está preocupado. Sin embargo, como tu entrenador... Me cabrea que no hayas revelado esto. ¿En qué demonios estabas pensando, manteniendo esto en secreto?

Suspiro entrecortadamente, con el cansancio filtrándose por los bordes de mis ojos. Aquí huele a sudor y a goma, y lo único que quiero es estar en la seguridad de mi auto, sentado al lado de una chica que lleva mi camiseta y huele a coco—. Lo siento. Me despejaré antes del próximo partido. Lo prometo.

Ahora tiene los ojos tristes y me menea la cabeza.

—Jasper, necesitas tomarte un tiempo. Es *normal* que lleve algún tiempo.

Arrugo la nariz ante su insinuación.

—Es normal tomarse un tiempo cuando ha habido una muerte en la familia. Beau no está muerto.

Lástima. Está escrito claramente en la cara de mi entrenador. Y odio que me compadezcan.

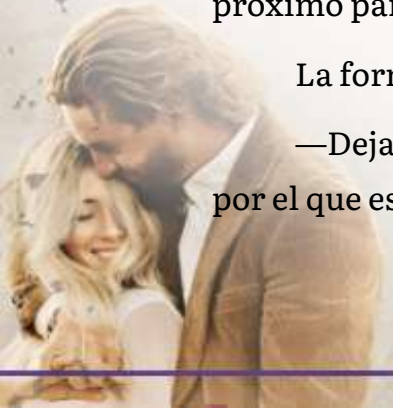
—No lo es, Roman. Y no voy a empezar a actuar como si lo fuera hasta que sepa algo. —El pánico se filtra en mi voz. Sueno frenética incluso para mí mismo. Me imagino cómo le sueno a él.

—Jasper...

—No. Estaré aquí mañana para entrenar y estaré listo para jugar el próximo partido. Estaré bien como la lluvia. Con la cabeza en el partido.

La forma en que sacude la cabeza me dice que no me cree.

—Deja de mirarme como si fuera un ciervo muerto al lado de la carretera por el que estás triste.



—Vas a tomarte un tiempo libre, Jasper. Te conozco. Sé cómo funciona tu cabeza. Y sé lo cercana y querida que es tu familia para ti. Damon tenía razón, la familia primero. El hockey segundo.

—No necesito...

—Estás suspendido —suelta.

Todo mi cuerpo se pone rígido.

—¿Repítelo?

—Una suspensión de dos semanas por no revelar esto a la dirección. Lo llamaremos excedencia en el comunicado de prensa.

—Tienes que estar bromeando. ¡El equipo me necesita! ¡La prensa se va a divertir con esto!

El hombre mayor se limita a darme un fuerte abrazo, ignorando mis argumentos.

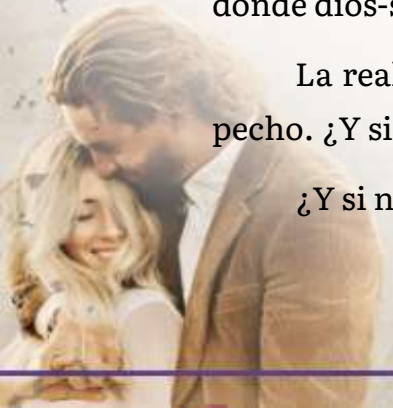
—Tu familia te necesita más —es lo que refunfuña mientras me da un fuerte apretón. Y luego se aparta, lanzándome otra de esas miradas trágicas—. La prensa ya está haciendo su agosto contigo. El hockey seguirá aquí dentro de dos semanas. Tu cabeza no está en el hielo, y no debería estarlo. Mantente en contacto.

Y luego se marcha, con sus zapatos de vestir repiqueteando contra el suelo de cemento, como si fuera un día normal. Como si el mundo no fuera una mierda total y absoluta.

Como si una de las mejores personas que he conocido no hubiera desaparecido en algún rincón secreto del mundo, en alguna misión clasificada, donde dios-sabe-qué le ha pasado.

La realidad de la situación me golpea como una bola de demolición en el pecho. ¿Y si está muerto?

¿Y si necesita ayuda?



Y la peor posibilidad de todas, ¿y si nunca lo encontramos?

Dispuesto a alejarme de todo, salgo por la puerta hacia el vestíbulo. Allí es donde los aficionados esperan a que les firmen autógrafos y los que quieren ver a un jugador.

Pero sólo hay una persona esperando a la que quiero ver.

La hermosa chica que lleva mi camiseta y que hace que me sienta como en casa. La que apenas se separa de mí desde hace más de una semana. Los dos sabemos que se está escondiendo de la realidad de su vida, pero yo también lo hago.

Todo el mundo me ignora mientras me dirijo hacia ella. No sé quién está allí ni qué dice la gente. Tengo visión de túnel y todo lo que veo es a Sloane.

Soy gruñón y miserable. El mundo está oscuro, pero ella es como la luna cuando nos sentamos en el tejado. Brillante y pura, derramando una luz plateada sobre todo para que aún pueda ver adónde voy.

Sus brazos me rodean la cintura, la mirada que me dirige es de puro amor y apoyo, y luego su cabeza cae sobre mi pecho. Me consuela sin decir una palabra. Aspiro profundamente su aroma y cierro los ojos para alejar los pensamientos intrusos que amenazan con hundirme.

Todo en el mundo se siente mal.

Pero estar aquí con Sloane en mis brazos se siente bien.



# 8

## Sloane

Sloane: Sólo dejar caer una línea para decir hola. Espero que hayas llegado bien a casa. Y para recordarte que te quiero mucho.

Violet: Yo también te quiero.

Sloane: Te envío los abrazos más grandes, Vi.

Violet: Estará bien. Tiene que estarlo, ¿verdad?

Sloane: Definitivamente.

Violet: Ese juego fue... uf. ¿Está bien Jasper?

Sloane: No.

Violet: Te necesita más de lo que cree. No lo dejes. Eres su persona.

Sloane: No lo haré.

La forma en que Jasper me agarra de la mano cuando salimos del estadio es diferente.

Se siente desesperado.

No hablamos. Se limita a agarrarme como si yo fuera un flotador y él estuviera varado en un mar embravecido. El aire gélido nos muerde mientras caminamos por el estacionamiento, y me siento ridícula a su lado. Yo llevo



unos vaqueros rotos con un jersey oversize, y él parece sexy en traje, complementado con una barbilla barbuda y el cabello un poco más largo por detrás, de modo que se le enrosca a lo largo de la nuca.

Es una buena distracción del teléfono que me está haciendo un agujero en el bolso de la cantidad de llamadas perdidas y mensajes de texto que alberga. Lo he abierto de vez en cuando y luego lo he guardado.

El mensaje de texto masivo que envié para informar a todo el mundo de que estaba a salvo pero había decidido salir de la ciudad provocó muchas reacciones. Todo, desde *Adelante chica*, a *crecer y hacer frente a la música* a un totalmente encantador *Trae tu culo de vuelta a casa y deja de avergonzarte a ti misma* de Sterling.

Le respondí con un '*vete a la mierda*' demasiado dulce y no le he vuelto a dirigir la palabra desde entonces.

No volverás a verme viviendo en ese ático.

¿Estoy siendo infantil? ¿Escondiéndome de mis responsabilidades? Quiero decir, sí. Pero cuanto más tiempo tengo para pensar en todo lo que me ha traído hasta aquí, sobre cómo se comporta una verdadera familia cuando pasa algo malo... más me pregunto cómo carajo llegué adonde estoy.

¿Cómo acepté casarme con Sterling en primer lugar?

¿Y cómo se atrevió mi padre a pedirme eso?

*«Sería bueno para el negocio, ¿sabes? Harían una bonita pareja. A veces los matrimonios son más una transacción de negocios que un partido de amor cuando se viaja en los círculos que tenemos. Y eso no es nada de lo que avergonzarse, Sloane.»*

Nada de lo que avergonzarse. En ese momento tenía un sentido frío y calculador, y me parecía una forma de salir sin esfuerzo de un panorama de citas sombrío y poco estimulante. Nunca nadie estuvo a mi altura. Todos



estaban bien. Bien. Pasables. Y había empezado a pensar que era demasiado exigente.

El mundo de las citas se había convertido en mi versión real de uno de esos memes de Wish.com. Yo pedía a Jasper Gervais y el universo me enviaba imitaciones baratas de risa.

Así que escuchar que un matrimonio concertado no era vergonzoso me proporcionó cierta sensación de... alivio. Como si al menos pudiera ayudar a mi familia si no me interesaba seguir dando vueltas con las citas en línea o con compañeras de baile.

No fue hasta que vi ese vídeo de otra mujer rebotando en el regazo de mi prometido cuando me entró la vergüenza. Y no vergüenza porque me estuviera engañando. Vergüenza porque no sentí nada en absoluto. Sólo una retorcida sensación de diversión. Como si supiera que esto iba a pasar y no pudiera ni siquiera sentir la emoción de preocuparme por ello.

Y *eso* era vergonzoso. No era así como imaginaba mi vida. Eso no era lo que me merecía.

Claro que hubo un tiempo en el que imaginé mi vida junto a Jasper, pero cuanto más avanzábamos en nuestras vidas, más empaquetaba ese sueño y lo relegaba a un recoveco de mi mente.

*Eso nunca ocurriría.*

Imaginar que algo pasaba entre nosotros era como besarme con la almohada y fingir que era Justin Timberlake. Era famoso, increíblemente guapo y llevaba una vida completamente distinta.

Pero Justin Timberlake no es el que está agarrado a mi mano ahora mismo.

Aprieto distraídamente la mano de Jasper, el sonido de sus zapatos de vestir al chocar contra el pavimento resuena en el estacionamiento.



Me devuelve el apretón.

Miro a mi amigo y observo cómo su piel, normalmente dorada, ha palidecido y se ha vuelto grisácea. Esta semana no ha sido él mismo. Se ha retraído y se ha convertido en una cáscara del hombre que conozco.

Escucho el tintineo de sus llaves en el bolsillo opuesto y veo las luces de su Volvo parpadear delante de nosotros. Un sollozo seco se agita en su pecho y mi barbilla se eleva para mirarlo de cerca.

—¿Qué pasa, Jas? —Le aprieto la mano tres veces seguidas, pero esta vez no me la devuelve.

Se detiene en seco y cierra los párpados. Sus fosas nasales se estrechan mientras aspira aire desesperadamente a través de ellas. Entonces aparta su mano de la mía. Con tanta violencia que me sobresalto. Con pasos largos, pasa a mi lado hacia una gruesa columna y vacía el estómago en el pavimento.

Soy lo suficientemente depravada como para dejar que mis ojos se fijen en su culo mientras se inclina, con su musculosa curva presionada contra sus caros pantalones.

Es como si intentara darme cosas de las que avergonzarme.

Está de pie, jadeante, con los dedos fuertes agarrados a la columna, mientras el aire entra y sale por su diafragma.

Quiero preguntarle si está bien, pero es una pregunta estúpida ahora mismo. Está claro que no está bien. Pensando que lo mejor que puedo hacer es ser útil, abro el portón trasero de su todoterreno y me zambullo en una bolsa de hockey, a la caza de una botella de agua o una toallita o una toalla, o literalmente cualquier cosa para limpiarle.

Una botella de plástico de Gatorade con tapón es lo mejor que encuentro, junto con una toalla que huele a muerto.

—Jesucristo —murmuro, tomándolos y cerrando la bolsa rápidamente



porque todo apesta.

—Lo siento —escucho detrás de mí.

—¿Por qué? —Echo agua en la toalla y camino hacia él.

—Por ponerme enfermo.

Mi mano se posa entre sus omóplatos, deslizándose sobre la sedosa tela de su chaqueta de traje.

—No hace falta. —Le doy la toalla y él deja caer la cara en ella—. Es tu bolsa de hockey la que deberías lamentar. Esa toalla huele a queso mohoso y no del bueno.

Una risita silenciosa sacude su cuerpo. O al menos creo que es una risa. Es difícil saberlo sin poder verle la cara.

—Dame las llaves, Jasper. Yo nos llevaré.

—Ni hablar —dice mientras se pasa la toalla por la cara.

—Escucha, sé que no te gusta cuando otras personas conducen. Pero te prometo que estaré bien.

Sacude la cabeza, mirándome por encima de un hombro ancho.

—No.

Pongo los ojos en blanco y suspiro dramáticamente mientras sigo frotando círculos lentos en su espalda.

—Maniático del control.

Se pone un poco rígido antes de asentir.

—Sí.

—Al menos lo reconoces.

Me mira de nuevo mientras tira la toalla a un cubo de basura cercano, pero esta vez tiene una mirada que antes no tenía.



—Sí —es su débil respuesta.

Luego me toma de la mano y me acompaña hasta el lado del copiloto, donde abre la puerta y me lleva al asiento evitando mirarme a los ojos. No sé si es el resultado del partido, el hecho de que acabe de vomitar delante de mí o que lo haya llamado maniático del control, pero hay una nueva tensión en el ambiente.

La vergüenza me golpea de nuevo.

Jasper está pasando una de las peores semanas de su vida, y yo estoy psicoanalizando si está enfadado conmigo mientras me toma de la mano y me abre la puerta del auto.

Sacudo la cabeza ante mi egoísmo mientras la puerta se cierra de golpe y él sube a mi lado.

—¿Rancho? —me pregunta mientras desliza su largo brazo por el respaldo de mi asiento.

Hemos salido juntos en auto un millón de veces, pero ahora su cercanía me resulta pesada y desconocida.

—Sí. —Suspiro y me hundo de nuevo en el asiento de cuero afelpado—. Rancho.

Hacemos el mismo trayecto que hemos hecho varias veces la semana pasada. No suena música. Lo único que escucho es el ruido blanco del aire que corre por las rejillas de ventilación mientras cambio la mirada entre la ventanilla oscurecida y el rostro cuidadosamente inexpresivo de Jasper.

—¿Conoces el dicho 'no hay preguntas estúpidas'?

Sus ojos se clavan en mí y asiente una vez con firmeza.

—¿Seguiría siendo cierto si te preguntara si estás bien?

Su mejilla se crispa y veo cómo sus manos se retuercen sobre el volante.



—Sunny, estoy tan lejos de estar bien que ni siquiera es gracioso.

El corazón se me retuerce en el pecho y se me va la lengua por el labio inferior mientras sigo mirándolo, devanándome los sesos para saber qué decir a continuación.

—Sin embargo, nada de lo que digas es estúpido —añade rápidamente.

Sonrío rotundamente y miro por encima del salpicadero. Que Jasper Gervais diga algo así cuando he pasado los últimos cinco meses comprometida con alguien que constantemente me hacía sentir que las cosas que tenía que decir eran tontas.

Y yo se lo permití. Me pongo una mano en la garganta en un triste intento de calmar el dolor. Esta no es mi noche para llorar.

—El entrenador me suspendió dos semanas.

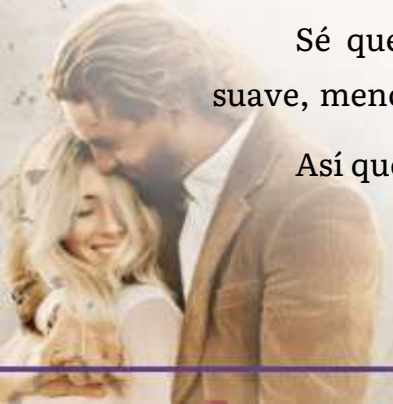
—¿Qué? —exclamo, girándome en mi asiento para mirarlo—. ¿Por qué? Todos los porteros pasan por malas rachas.

—Porque nunca revelo lo que me pasa. Él sabe cómo estoy. Sabe que mi cabeza está en otro sitio, y por mucho que odie admitirlo, tiene razón. Quiero estar ahí fuera, pero también... —Se interrumpe, con las manos girando sobre el volante en señal de frustración.

¿*No les contó lo de Beau*? Por Dios. Este hombre es una bóveda, encerrado tan malditamente apretado. Siempre ha sido un hombre de pocas palabras, incluso conmigo. Pero en este momento, no es que no pueda encontrar las palabras. Sé que puede. Es más como si le doliera arrancárselas a sí mismo. Como si permanecer callado e introspectivo fuera su mejor mecanismo de defensa.

Sé que es más abierto conmigo que con la mayoría de la gente. Más suave, menos gruñón.

Así que le digo con cautela—: ¿Tú también quieres acurrucarte en la cama



y llorar?

Porque si yo me siento así ahora, él también debe sentirse así.

Me responde con un movimiento de cabeza y la mirada fija en la carretera oscura, que es más o menos lo que esperaba de él.

Un fuerte sonido vibratorio resuena contra algo en mi bolso, llenando el ya tenso vehículo con otra capa de ansiedad.

Con una profunda sensación de terror, saco mi teléfono y lo miro fijamente.

Es mi madre. Y es la primera vez que llama. Su respuesta a mi mensaje masivo fue, *Cuídate. Te quiero.*

Tengo docenas de llamadas perdidas de mi padre y de Sterling, y de innumerables 'amigos'. Me he referido a ellos en mi cabeza como mirones, porque si no han hablado conmigo en años, no sé por qué iba a charlar con ellos sobre la implosión del día de mi boda.

Durante la semana pasada, escuché los mensajes de voz de Sterling y de mi padre, pero no los borré. Así, mi bandeja de entrada se llena y no pueden dejar más. Sus mensajes son enfadados, frenéticos y con derechos. Básicamente lo último con lo que me apetece lidiar.

¿Pero mi madre? Ella es otra historia. Ella... Juro que me miró antes de la boda como si tuviera algo que decirme. Separó los labios y extendió la mano hacia mí. Estaba tan cerca. Antes de que pudiera decirlo, entró mi padre, me dijo que era la novia perfecta y se la llevó.

La expresión que me dirigió por encima del hombro mientras la llevaba fuera era de súplica.

El teléfono sigue vibrando en mi mano y lo miro como una bomba de relojería cuando Jasper se aclara la garganta y me mira.

Tragando con dificultad, paso el dedo para contestar.



—Hola, mamá.

—Sloane. —Ella respira mi nombre como si fuera el alivio que ha estado buscando.

—Hola. Estoy…

—Sólo necesito escuchar tu voz. Saber que estás en un lugar seguro. —Hay un ligero temblor en su voz y, de repente, me duele la garganta con una ferocidad que me roba el aliento. Mi dulce y comprensiva madre. La que aprendió a recogerme el cabello en un moño perfecto. La que me llevaba a todos los ensayos y recitales de ballet, por muy temprano que tuviera que levantarse.

Mataría por un abrazo de mi madre ahora mismo. Absolutamente mataría.

Miro a Jasper y le respondo—: Estoy a salvo. —Porque, ¿cómo no iba a estarlo? El hombre literalmente me sacó de mi boda, me llevó por la calle y ni pestañeó.

Como si *supiera* que le necesito, cruza la consola central y me toma la mano.

Dedos enlazando con los míos.

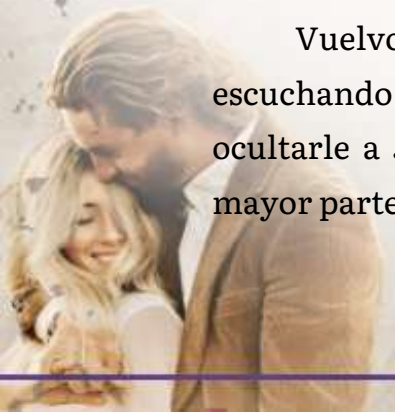
Escucho un suspiro desgarrado al otro lado de la línea.

—Bien. Bien. ¿Te vas… ¿te vas por un tiempo? —Su voz suena casi esperanzada.

Mi cabeza se tuerce ante su extraña pregunta. Esperaba que mamá me preguntara cuándo iba a volver.

—¿Por qué me preguntas eso?

Vuelvo a mirar a Jasper y lo sorprendo observándome. Me está escuchando y no me importa. Solo hay un secreto que estoy desesperada por ocultarle a Jasper: que he estado patéticamente enamorada de él durante la mayor parte de mi vida.



—Porque eso es lo que yo haría si estuviera en tu lugar. —Suelta una carcajada y mis ojos se desorbitan ante su confesión.

Sé que se casó con una familia rica como la suya, mientras que su hermana se casó con Harvey y vivió una vida más tranquila en el rancho. A menudo me he preguntado si es feliz en su matrimonio, pero nunca me he atrevido a preguntárselo.

—Mamá, yo...

Mi teléfono se muere en mi mano.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Jasper es toda grava.

—Se... murió. —Sacudo la cabeza, repitiendo sus consejos.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que si fuera yo, se iría por un tiempo.

—¿Qué pasa con el ballet? Debes tener que volver pronto.

Me burlé.

—Pedí una excedencia para planear la boda. Así que estoy fuera hasta Navidad porque opté por no ir *al Cascanueces*.

—¿Por qué te has tomado un permiso? La boda era sólo un día.

Me desplomo aún más en el asiento y dejo que la nuca me dé vueltas mientras confieso algo que suena tan estúpido que se me revuelve el estómago solo de decirlo en voz alta.

—Sterling dijo que tenía que estar —alzo las manos entre comillas sarcásticas— presente para planear la boda y disfrutar de la luna de miel.

Me paso el pulgar por la pequeña cicatriz rosada de donde me corté con el enorme diamante del dedo. Debería quitarme el anillo. Incluso *quiero quitármelo*. No es Sterling quien me lo impide. Es que tengo la profunda sensación de que una vez que me lo quite, *todo* cambiará en mi vida. Seré una



nueva yo, y ya nada parecerá igual. Mi familia. Mi educación. Todo lo que he llegado a conocer.

Y eso me asusta.

Un músculo de la mandíbula de Jasper estalla, y la piel de sus nudillos se afina bajo la presión de apretar el volante.

—Maldito Woodcock.

Resoplo una carcajada. *Woodcock*.

—¿Y qué vas a hacer?— Se le traba la punta de la lengua entre los dientes blancos y rectos, como si se la mordiera para no decir nada más.

—¿Qué crees que debería hacer?

Su boca se tuerce.

—Sunny, lo último que necesitas en tu vida es que otro hombre te diga lo que tienes que hacer.

Suspiro y me doy la vuelta para mirar los campos oscuros que pasan por la ventanilla del copiloto. Mataría por que Jasper Gervais me dijera lo que tengo que hacer. El hecho de que no crea que deba hacerlo me hace desearlo aún más.

Necesito a alguien que se haga cargo pero pensando en mis intereses. No un negocio. No la percepción. A *mí*. Mis *necesidades*.

—¿Qué haría Beau? —Murmuro en voz baja.

No quiero decirlo tan alto como para que Jasper me escuche, por eso me sobresalto cuando Jasper responde—: Se largaría y se iría a hacer algo por sí mismo.



# 9

## Jasper

Cade: ¿Por qué no te unes a nosotros para la cena pronto?

Rhett: ¿Cervezas mañana?

Roman: Si necesitas hablar, siempre estoy cerca. Cuídate.

Me acurruco en la cama de mi infancia, hecho un ovillo como si tuviera resaca. Como si si me quedara quieto y callado, no me doliera.

Pero entonces recuerdo que mi hermano ha desaparecido y *todo* me duele.

No quiero ni pensar en ello. Quiero empujarlo al mismo rincón donde tengo a mi hermana Jenny. Pero no funciona. Mi juego mental es una mierda ahora mismo, algo que he demostrado una y otra vez en el hielo últimamente.

Años de terapia deportiva continua para perfeccionar mi mente y poder



soportar la presión de mi puesto y todo se desmorona de una patada en los cimientos. Esos pensamientos intrusivos como enredaderas aparecen y amenazan con estrangularme.

Intenté hacer el ejercicio que siempre me ha funcionado. Cuatro segundos es todo lo que me doy para tener pensamientos oscuros. Me sumerjo en ellos, pero sólo durante cuatro segundos. Después, paso a imaginarme pateando culos, jugando lo mejor que puedo y haciendo una atajada digna de la mejor película. Y luego pienso en algo totalmente distinto.

Sólo cuatro segundos de miedo, tristeza o duda. Cuatro segundos de locura. Eso es todo lo que permitiré. Pero ya no. Ahora mismo estoy sentado con esos pensamientos oscuros como si fueran un viejo amigo.

Empujo para sentarme, las yemas de los dedos se hunden en el colchón demasiado blando. La casa estaba en silencio cuando llegamos. Todo el mundo se escondía en sus rincones para lidiar con esto a su manera.

Rhett tiene a Summer.

Cade tiene a Willa.

Violet tiene a Cole.

Parece que todos los Eaton tienen a alguien en quien apoyarse. Excepto yo. Y Harvey. Por eso me he quedado aquí tanto tiempo. No puedo soportar la idea de dejarlo solo en esta casa después de que él se aseguró de que yo no estuviera solo cuando era adolescente.

Todas las personas que me han importado en la vida se han ido en mí de una forma u otra; ahora forma parte de mi persona. No puedo controlar quién se va, pero puedo controlar todo lo demás hasta un punto en el que mi ansiedad no me paralice.

¿Pero esto? Esto me está asolando y no puedo controlar una mierda.

—¡Joder! —Rujo, justo cuando me doy la vuelta y golpeo con el puño la



pared de yeso empapelada a mi lado.

Un sollozo sale de mis pulmones mientras el dolor me atraviesa los nudillos. Sacudo la mano y me reprendo internamente. ¿Qué edad tengo, joder? Golpeando una pared como un adolescente enfadado.

Mi puerta se abre de golpe, y el esbelto cuerpo de Sloane es una silueta en el umbral abierto.

—¿Jas? —Suena asustada, un poco sin aliento, como si hubiera venido corriendo.

—Estoy bien. La pared no, pero la parcharé.

—¿Golpeaste la pared?

Gimo y vuelvo a sacudir la mano.

—Vete a la cama, Sloane. —No tengo ganas de hablar. Y estoy cansado de preocuparme. Ahora mismo Sloane es solo una cosa más por la que me preocupo.

No sólo porque dejó a su prometido prácticamente en el altar, sino porque estoy profundamente satisfecho de que lo hiciera. Demasiado satisfecho. Lo último que Sloane necesita es que yo cruce esa línea.

Pero no me lo pone fácil. Porque hace caso omiso de lo que le digo y corretea por mi habitación, descalza sobre la madera lisa.

Ojalá hubiera ignorado a otros imbéciles cuando le decían lo que tenía que hacer. Casarse con un imbécil para cerrar un negocio. Dejar su trabajo, su pasión, para planear una boda.

Es todo una mierda.

La chica salvaje que conocí les habría sacado la lengua y habría seguido con su vida. Así que no puedo evitar sentirme un poco satisfecha de que se dirija a mi cuarto de baño murmurando algo sobre 'chicos tontos' antes de volver con una toallita húmeda y caliente.



Vuelve a colocarse justo entre mis rodillas, todavía con mi jersey.

Mi polla se engrosa al verlo. La luz plateada de la luna resalta el brillo de la tela, y mis ojos se clavan en el dobladillo que cae a medio muslo.

Mis dedos se mueven como si tuvieran mente propia. Como si quisieran explorar ese dobladillo. Levantarlo suavemente y ver lo que hay debajo. Borrando y arruinando años de amistad a su paso.

Sin embargo, hay una parte de mí que quiere borrar todo lo que ese imbécil de Woodcock llegó a tocar.

Consiguió *tenerla*.

No la merece.

—Reparte, Gervais. —Su voz es suave y tranquilizadora. Somnolienta y resignada de alguna manera. Basta con echar un vistazo al reloj digital de mi mesilla de noche para saber que acababa de dormirse.

Si es que se había dormido.

Los celos y la culpa se arremolinan en mis entrañas.

—Estoy bien. Vuelve a la cama.

Mueve una cadera, haciendo que mi jersey suba más por ese lado. Realmente no ayuda a mis ojos errantes. Ya ni siquiera me duele la mano. Solo puedo pensar en meter la mano por debajo de la tela y moldear la suave curva de su cintura. Trazar el pequeño hoyuelo a cada lado de su columna, justo encima de las caderas.

Cada parte de Sloane es tonificada y fuerte. Larga y delgada. Ella es como una pieza de mármol pálido que ha sido esculpida a la perfección durante años.

—Mano. Ahora.

Parpadeo y me inclino ligeramente hacia atrás. Estoy demasiado nerviosi y ninguno de los dos lleva suficiente ropa para esta interacción. Pero



la expresión de su cara no deja lugar a dudas. Aprieto las muelas, levanto la mano derecha hacia ella y siseo cuando el paño húmedo me aprieta los nudillos.

—Idiota —murmura, pasando con cuidado los dedos por cada cresta y sujetándome la muñeca con una ternura que me resulta desconocida en muchos sentidos.

Porque, aunque tengo sexo con mujeres, lo mantengo muy privado. Separado de cualquier otra parte de mi vida. El trabajo y la familia nunca se cruzan. Y no es... personal. Me he asegurado de que no lo sea. Porque encariñarse *duele*, y encontrar a alguien en quien confiar en este momento de mi carrera parece imposible.

—Vaya. Muy relajante. Deberías haberte hecho enfermera.

Veo una leve sonrisa en sus labios mientras una cortina de cabello rubio le cae sobre la cara.

—No, deberías haberlo hecho. Estuviste genial cuidándome los pies.

*Sus pies*.

Mis ojos recorren sus piernas hasta el suelo y recuerdo aquellos días. Las ampollas. El enrojecimiento. La hinchazón.

Seguí viniendo a ayudarla aunque ella no me lo pidiera. Aunque me dijera que no lo hiciera. En retrospectiva, fue una de esas noches cuando vi por primera vez a Sloane como mujer, y no como la niña rubia del rancho. Una prima. Una amiga.

Ocurrió mientras le frotaba los pies doloridos y le pasaba el pulgar por el arco del pie. Echó la cabeza hacia atrás, apoyada en los cojines del sofá color crema, y la columna de su garganta quedó al descubierto, captando el cálido resplandor de la lámpara de pie que había detrás de ella de una forma que me dejó paralizado. Las sombras jugaban en sus clavículas. Sus mejillas se



sonrosaron.

El gemido que salió de sus labios me hizo moverme incómodo en mis vaqueros. Después dejé de frotarle los pies, me di cuenta de que no era una niña en absoluto. Y quería lo que no podía tener.

Pero aún era joven y acababa de empezar a vivir sola. Necesitaba un amigo. Al poco tiempo, ya tenía novio y el barco había zarpado. Con nuestra diferencia de edad, la estrecha relación familiar, su padre... había demasiados lazos, demasiadas complicaciones.

Demasiado miedo a perderla.

No es que la hubiera sometido a mí de todos modos. Pero de vez en cuando, me encontraba soñando. O su cara aparecía en mi mente mientras me duchaba, mientras mi mano envolvía...

—Ya está. Ahora recuéstate y deja que se seque.

Su palma se posa en medio de mi pecho y me empuja hacia la cama, presionando con sus piernas desnudas el interior de mis rodillas.

Mucha gente me mira como si fuera un cubo de Rubik que no pueden resolver. Mis colores están desordenados y en los lados equivocados, pero a Sloane no le importa que esté desordenado. Nunca me miró como si necesitara un arreglo. Siempre me miró como lo hace ahora. Tierna y comprensiva.

Cuando sus ojos se posan en mi torso desnudo, trazando los contornos de mis tatuajes oscuros, el confort del momento se vuelve íntimo. Su exhalación es áspera en la silenciosa habitación antes de que sus ojos se fijen en mis bóxers y se desvíen hacia donde sus piernas desnudas presionan el interior de las mías. Mi mirada se clava en sus labios y veo cómo se abren por la sorpresa. Como si estuviera tan ocupada atendiéndome que no se hubiera dado cuenta de nuestro mutuo estado de desnudez.

Me aclaro la garganta, me levanto rápidamente y la alejo suavemente de



mí. Tomo el trapo húmedo y lo tiro al cesto de la ropa sucia.

—Gracias. —Mi voz sale ronca y tensa. Me pregunto si se da cuenta, pero no me atrevo a mirarla. En lugar de eso, me concentro en el latido constante de mi corazón. Busco a ciegas en el cajón oscuro de mi cómoda.

—Buenas noches. —Se me quiebra la voz como si fuera un adolescente, y sacudo la cabeza antes de ponerme una camiseta y sentarme en la cama, como si una camiseta y un simple edredón fueran a protegerme de lo que quiera que haya sido ese momento que acabamos de compartir.

Golpeo la almohada con el puño dolorido, haciendo ademán de colocarlo bien. Duele, pero lo ignoro. O tal vez lo disfruto.

—¿Jas? —Su tono es suave e inseguro mientras se queda mirándome, y odio la idea de haberla hecho sentir incómoda con mi brusca respuesta.

Golpeo la almohada con más fuerza porque ahora mismo odio muchas cosas.

—¿Jas? Háblame. Dime qué tienes en la cabeza.

Me vuelvo hacia ella, con toda mi contención quebrándose bajo el peso de la noche.

—¿Mi cabeza? ¿Mi cabeza, Sunny? Mi cabeza es un puto desastre. Odio que Beau haya desaparecido y que mi familia esté sufriendo. Odio que mi equipo esté luchando y que me hayan marginado. Odio especialmente que alguien se aprovechara de ti, que te hiciera daño. Que te haya menospreciado. Te haya *gritado*. Eres una de las personas más importantes de mi vida, y te trató como a una mierda. Y realmente odio eso.

Siseo las últimas palabras con veneno. Una vez que han salido de mis labios, jadeo, sin aliento por el vómito de palabras que acabo de lanzar por toda la habitación de mi infancia a la chica que siempre escucha.

La chica que siempre está ahí para mí. La chica que casi pierdo.



Debería ser capaz de dejarlo pasar, pero su relación concertada con Sterling me duele tan intensamente que me duele en lo más profundo de los huesos. Y no se me da bien olvidar las cosas. Cada rincón de mi mente está cargado de remordimientos.

—Jasper, ¿por qué estás tan enfadado por esto? —Ella parece confundida—. Estoy bien.

—Estoy enfadado porque te quiero feliz y a salvo. No lo fuiste. Me alejé cuando me enteré de que estabas prometida. —Lo que no admito en voz alta es que mis sentimientos estaban demasiado revueltos y complicados de afrontar tras aquel anuncio. Me dejó sin aliento de una forma que nunca vi venir—. Pero seguías necesitando mi ayuda, y yo no estaba ahí para ti. Estuviste tan cerca de quedar atrapada en una vida que habría sido miserable para ti.

Esta última semana me ha llevado a un estado en el que prácticamente se me cae la baba por protegerla, por rescatarla, por asegurarme de que no vuelva a encontrarse en esa situación. Y me estoy dando cuenta de que lo que siento es mucho más que un sentimiento fraternal de protección.

Es envidia. Es *posesión*.

—Jasper. —Tiene los ojos como platos, las manos abiertas mientras las levanta y las vuelve a dejar caer encogiéndose de hombros. Se acerca y me mira a la cara—. Estoy aquí, ¿verdad? Estoy aquí. Contigo. —Sus dedos se deslizan sobre la mano que aún tengo apoyada en la almohada y me mira a los ojos—. Sólo estamos tú y yo. Juntos. Y estoy a salvo.

Asiento con la cabeza. Es todo lo que puedo hacer ahora. Mis miembros están agarrotados.

Demasiadas emociones. Su cuerpo demasiado cerca.

—Muévete.

Mi cabeza se mueve en su dirección.



—¿Qué?

—Mueve el culo.

—¿Por qué?

Esos iris azul pálido se enrollan en su cabeza con tanta actitud. Me recuerda a ella cuando era adolescente.

—Porque no te voy a dejar solo esta noche.

Mi cuerpo se pone rígido.

—¿Por qué?

—Porque me preocupa la seguridad de las paredes de esta habitación. —La voz que usa es ligera, pero sus ojos están un poco pellizcados.

Sloane no está preocupada por las paredes. Está preocupada por *mí*. Es por eso que ella solía salir a la azotea conmigo también. Ella siempre ha estado un poco insegura si yo tomaría un giro en esa dirección.

Si me hubiera hecho daño.

Claro que he pensado en el suicidio. Pero sobre todo en la forma en que todos lo han hecho. Lo que tomaría. Si pudiera seguir adelante... pero desde que los Eaton me acogieron, nunca fue una opción.

Sé lo que se siente al perder a un ser querido, y no podría hacerle eso a estas personas que se han convertido en mi familia. Sufriré antes de hacerles lo mismo.

—¿Por qué? —Pregunto, queriendo validación en un momento de debilidad. Quiero escucharla decir que se preocupa por mí o que quiere consolarme. Es inseguro y no debería esperar algo así de una mujer cuya relación se disolvió hace apenas unos días.

Su respuesta es un suspiro cansado.

—Estás fallando, Gervais. Suenas como un disco rayado. Muévete de una



puta vez.

Una mejilla se crispa ante el hecho de que haya recurrido a insultarme. Hay algo satisfactorio en que la pequeña Sloane tenga boca de marinero. Así que me acerco, sin dejarme pensar demasiado en si es una buena idea. Sólo somos amigos.

Cierro los ojos al escuchar el crujido de la sábana y el colchón hundirse bajo su peso.

Sólo *amigos*.

Unos mechones de su cabello se enredan en la barba de mi mejilla cuando se tumba frente a mí, pero los dejo ahí y prefiero respirarla.

—Bueno, esta cama es pequeña.

Me río entre dientes.

—Lo es. La cama suele ser demasiado pequeña para mi metro ochenta y cinco, por no hablar de otra persona.

El silencio se alarga demasiado. Demasiado.

—¿Te estoy molestando? ¿Quieres que me vaya?

Mi corazón golpea contra la jaula en la que lo mantengo encerrado. ¿Cómo puede Sloane molestar a alguien? Tiene que ser la persona menos molesta del mundo.

—No —balbuceo mientras me agacho y le rodeo la delicada muñeca con la mano, como impidiéndole siquiera que piense en marcharse.

—De acuerdo —respira, sonando aliviada.

Volvemos a quedarnos en silencio y dejo que mi mente divague sobre lo que debe haber sentido ella en los últimos días. Hemos estado tan metidos en mi vida -Beau, el hockey, yo pegando puñetazos a las paredes como un adolescente furioso- que no he sabido darle el consuelo que podría necesitar.



—¿Estás triste, Sloane?

Se mueve y gira la cabeza para mirar al techo, ofreciéndome una visión oscurecida de su perfil. Su cabello se suelta, y mis dedos se crispan en su muñeca con el instinto de pasarlos por los sedosos mechones, de frotar mi mejilla por ella como hago cuando nos abrazamos.

—Quiero decir, por supuesto. Sé que Beau no es mi mejor amigo, pero es mi primo. Algunos de mis mejores recuerdos son los largos y sofocantes días de verano que pasé aquí con todos ustedes. Estoy... destrozada. —Se le quiebra un poco la voz y veo cómo sus pestañas se agitan rápidamente.

Está tan cerca que podría alcanzarla y abrazarla. Pero no lo hago.

—Me refería a... —Me detengo de repente. Su nombre no pertenece aquí en la oscuridad con nosotros—. La boda.

Tararea pensativa mientras se pasa dos dedos por los labios antes de presionarlos con firmeza.

Sus mejillas se redondean, y es como si estuviera tratando de empujar la sonrisa hacia abajo.

—No.

—¿Estás intentando no reírte de que tu gran boda de lujo se vaya a la mierda? —Me río en voz baja, poniéndome de lado para mirarla.

Se le escapa un gruñido, y ahora se tapa la boca con toda la mano.

—¡No!

—Siempre has tenido un jodido sentido del humor.

Su cuerpo tiembla de risa y me lanza una mirada de fingida ofensa.

—¡No lo he hecho!

—Te ríes en los momentos más inapropiados. Sabes que lo haces. —La señalo juguetonamente—. Te reíste de aquella vez que Rhett se cayó de la llama



y se rompió el brazo de niño.

Se ríe más fuerte.

—¡Se merecía que se rieran de él! No tenía nada que hacer montado en esa llama. Y la forma en que se agarró a su largo cuello le hizo parecer un gran koala tonto o algo así.

Ahora resopla, acurrucándose hacia mí, y no puedo evitar reírme con ella. Realmente parecía un koala grande y tonto.

—¡Y ni siquiera fue una caída impresionante! Sólo se desplomó de la manera más deslucida. Lo he visto caerse peor de un toro enfurecido y salir totalmente bien.

Las risitas nos golpean con fuerza en el paseo por el carril de los recuerdos, y me limpio las lágrimas de felicidad de los ojos mientras contemplo el techo de estuco. Dios, aquí nos divertíamos de niños. Es bueno recordar. Es bueno reírse.

Es bueno estar aquí con alguien que conoce algunos de los días más felices de mi vida. Hemos estado en una rutina de juegos y entrenamientos esta semana. Creo que Sloane ha estado bailando por diversión en una habitación libre del gimnasio de Summer y luego atendiendo a Harvey. Todos nos estamos escondiendo. Atrincherándonos. Tratando de mantener las cosas normales, pero fallando.

Suspira profundamente y continúa—: De todos modos. No. No estoy triste por la boda. Estoy... aliviada. ¿No es horrible? Todo lo que siento es un alivio intenso. ¿Voy a ir al infierno por admitirlo?

Mi pulgar roza el hueso de su muñeca. Lo que siento por su boda desmoronándose en la nada también es un alivio intenso.

—Nah. Si vas a ir al infierno por eso, entonces definitivamente estaré allí por toda mi mierda también.



Bosteza y su cuerpo se ablanda a mi lado; tiene que estar muy cansada.

—El infierno estaría bien si estuvieras allí conmigo. —Se pone rígida—. No quería decir...

Como no quiero que se replantee nada de lo que diga, la interrumpo.

—El infierno podría estar bien si estamos atrapados allí juntos, Sloane.

El crujido de su cabeza contra la almohada me dice que está de acuerdo. Y entonces cedo a esa vocecita en mi cabeza. La que me dice que la necesito.

Atraigo su cuerpo contra el mío, mis brazos la envuelven y nuestras piernas se enredan al instante.

—Buenas noches, Sunny —es todo lo que digo mientras me deleito en su reconfortante calor.

Pasa un rato de silencio y entonces ella suspira.

—Buenas noches, Jas.



# 10

## Jasper

Harvey: ¿Cómo está la mano?

Jasper: ¿Cómo lo sabes?

Harvey: Soy viejo. No sordo.

Jasper: Está bien. Estoy bien.

Harvey: No, no lo está. Ninguno de nosotros lo está. ¿Pero sabes qué te hará sentir mejor?

Jasper: ¿Qué es eso?

Harvey: Arreglando mi pared. Hay masilla y una espátula en la puerta.

Jasper: Lo siento, Harv. Lo arreglaré. Prometido.

Harvey: Todo bien, hijo. ¿Has visto a Sloane? Su puerta estaba abierta, y su habitación estaba vacía.;)

*...—Me preguntaba... bueno, estaba pensando... —Sloane me mira por debajo de las pestañas, con las manos retorciéndose delante de ella. Está impresionante. Ha crecido tanto desde el verano pasado que casi no puedo creer lo que ven mis ojos.*

*Vine al rancho para la cena de Pascua y no esperaba que estuviera aquí. La mayoría de las veces sólo nos vemos en verano porque, al vivir en la ciudad, ella*



está ocupada con la danza y el instituto y yo estoy totalmente inmerso en mantener el puesto que tengo en la plantilla principal de los Grizzlies.

Estaba a punto de irme cuando ella corrió detrás de mí hacia la puerta.

Bajo la voz y apoyo las manos en su hombro para mirarla a los ojos.

—¿Va todo bien, Sloane? Me estás poniendo nervioso. ¿Ha pasado algo? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—¡Oh! ¡No! —Se ríe a carcajadas, con las mejillas sonrosadas mientras se pasa el cabello rubio suelto por detrás de las orejas.

Un pozo de terror crece en mi estómago. Son las pestañas. El rubor. La forma nerviosa en que juega con su cabello. Y el hecho de que Harvey, Violet y mis hermanos estén básicamente observando desde el salón.

No soy ajeno al hecho de que Sloane se ha enamorado de mí. Pero he fingido no verlo. Porque la mierda es mucho menos incómoda de esa manera.

—De acuerdo. —Me sonríe nerviosa y se me revuelven los nervios en el estómago—. Simplemente voy a decirlo. —Respira hondo—. ¿Quieres ir al baile conmigo?

Ahora no es la única que se ruboriza. Siento como si toda mi cara estuviera ardiendo.

—Oh, Sunny. —Mis dedos palpitan en sus hombros, y me pierdo en el brillo de esperanza de sus ojos. Hacer daño a Sloane es suficiente para hacerme sentir como si estuviera enfermo.

No quiero decepcionarla, pero joder.... Tampoco puedo hacer esto.

—No soy el tipo con el que quieres ir. Soy... ——Busco una buena razón que no sea simplemente, no quiero darle largas—. Tengo veinticuatro años. Realmente en los medios de comunicación en este momento. Estando tú en el instituto, no estoy seguro de que fuera una buena imagen, ¿sabes?

Me esfuerzo tanto por ignorar que sus ojos se llenan al instante. La forma



*demasiado rápida en que asiente con la cabeza.*

*—Ah, sí. —Se aparta de mí, mis manos caen de sus hombros, y mira hacia el salón—. Sí, claro. Sí, claro. Tiene sentido.*

*—Seguimos siendo amigos, ¿verdad? —Alargo la mano para intentar darle un apretón tranquilizador en el antebrazo.*

*Ella echa el brazo hacia atrás y esboza una sonrisa radiante.*

*—Sí. Por supuesto. Seguimos siendo amigos. Siempre. —Con otra frenética inclinación de cabeza, se da la vuelta, pero no vuelve a la reunión familiar. Desaparece por el pasillo que lleva a los dormitorios de arriba.*

*Me siento como una mierda mientras me despido de una habitación llena de familiares con los ojos muy abiertos y muy incómodos. No sé qué decirles. Casi espero que alguien suelte un chiste, pero nadie dice ni una palabra mientras huyo de la casa, y lo único que eso hace es recordarme lo brutal que fue esa interacción con Sloane.*

*Porque aunque haya una pequeña parte de mí que piense que sería bonito ir con ella, sé que no puedo.*

*Necesita ir a divertirse a su baile de graduación.*

*Tener recuerdos con alguien de su edad.*

*Necesita tener la mejor noche, y estoy seguro de que no puedo ser yo quien se la dé.*

*Sloane Winthrop se ha convertido en una mujer inteligente, hermosa y con mucho talento. Tiene toda una vida por delante con un novio brillante y rico del que se enamorará perdidamente mientras cursa sus estudios superiores en una lujosa universidad privada.*

*Ya no necesita que alguien como yo la retenga.*

*Cuando llego a la camioneta, casi me he convencido de que he hecho lo correcto. Pero cuando me alejo por el camino de entrada, me asalta el*



*remordimiento.*

*Miro por el retrovisor y veo a Sloane.*

*Sentada en ese tejado ella sola.*

*Probablemente dándose cuenta de lo que yo ya sé.*

*Que no soy lo suficientemente bueno para ella.*

*Nunca lo he sido. Nunca lo seré...*

Me despierto con la frente de Sloane apoyada en el centro de mi pecho. Tiene las manos enrolladas en puños flojos y apretadas bajo la barbilla, como si intentara evitar tocarme mientras duerme.

Yo no tengo las mismas dudas. Tengo el brazo colgando despreocupadamente sobre su cuerpo menudo y una pierna extendida posesivamente sobre las dos suyas.

Va demasiado lejos. Sí, somos amigos. Pero también somos un hombre y una mujer. Solos y apenas vestidos en una cama demasiado pequeña.

Y todavía lleva mi camiseta.

*Amiga. Amiga. Amiga.*

Me meto la palabra en la cabeza una y otra vez como si fuera a consolidarla de algún modo. Me la imagino durante cuatro segundos, las letras apareciendo como si las estuviera escribiendo junto a un cursor. Como si eso me impidiera preguntarme: ¿Y si no fuéramos sólo amigos? ¿Y si fuéramos más?

Claro, cerré las cosas entre nosotros cuando ella era prácticamente una niña. E incluso, no hace mucho, hizo una broma que me cayó demasiado cerca mientras la ayudaba a montar su televisor en la pared.

Me reí aunque no me hizo ninguna gracia. Le dije que nunca pasaría. *Otra vez.*



Porque, ¿cómo podría?

Pero aquel día plantó una semilla. Una que ha crecido hasta convertirse en una pregunta que me da miedo hacer.

Ahora estoy aquí tumbado preguntándome... ¿por qué carajo no puede pasar? Hubo un tiempo en que estaba convencido de que no podía ser el tipo que le diera lo que necesita, que la hiciera feliz.

Ella me quería, y yo la jodí, como siempre hago.

Pero eso era antes. Y esto es ahora. Ya no soy el mismo niño asustado de entonces.

La palabra *amiga* se desvanece cuanto más la miro: la punta ligeramente respingona de su nariz, que se mueve un poco cuando habla. Sus pómulos altos y nobles que se redondean perfectamente cuando ríe. Sus pestañas, limpias de rímel y de un color marrón pálido, se extienden sobre su piel suave.

Su anillo de compromiso, el que aún lleva, brilla cegadoramente bajo su barbilla.

Y es la dosis de realidad que necesito.

La prueba de que llego demasiado tarde. Que por mucho que trabaje mi tiempo de reacción entre las tuberías, mi vida personal siempre ha sido un gran fallo. Me paralizo. Y mientras me bloqueo en mi cabeza, el mundo sigue girando.

Porque mientras yo me pregunto si alguna vez podríamos ser algo más, alimentando todas mis complicadas emociones, la realidad es que ella casi llega al altar con otro hombre. Cualquier sentimiento que alguna vez sintió por mí debe haber desaparecido hace tiempo.

A decir verdad, no puedo decir lo que siente ahora mismo. Ella puede decir que no está triste, pero estoy familiarizado con cómo funciona el dolor. Sé que viene en oleadas. Sé que puedes sentirte bien sobre algo un día y al



siguiente puede paralizarte.

La ira siempre llega.

Y sé que lo que ella necesita ahora es a Jasper, su amigo. No Jasper, que ha sido demasiado cobarde para cruzar esa línea aunque lleva años pensándolo.

Retiro con cuidado mis extremidades de su cuerpo dormido, apartando la oleada de arrepentimiento que me invade cuando la suelto. Obligo a mis ojos a mirar al suelo, observando los dedos de mis pies contra el piso de madera mientras busco cualquier ropa que pueda encontrar.

Y entonces salgo de la habitación, demasiado débil para evitar mirar su cuerpo dormido por última vez. Parece pequeña y frágil, demasiado delgada. Parece agotada y espero que duerma. Espero que coma.

La puerta se cierra silenciosamente tras de mí y doy largas zancadas hasta la cocina, sin saber a qué me voy a enfrentar cuando llegue.

Seré el primero en admitir que no manejo bien las situaciones emocionales. ¿Trauma? Ya tengo bastante, gracias. ¿Sentimientos? Demasiados también.

Doblo la esquina y entro en la gran cocina de la granja, con el suelo de tablones anchos y desgastados, armarios de madera oscura y paredes de color verde oscuro. Toda la casa está anticuada y, sin embargo... no lo está. Parece sacada directamente del plató de *Yellowstone*.

Completado con dos chicos de campo sentados a la mesa con una taza de café.

—¿Te has vestido a oscuras? —me espetó Cade.

Harvey suelta una carcajada y yo me miro, dándome cuenta de que he tomado una camiseta rosa neón con el logotipo de una bebida energética amarilla y rayas blancas y negras en los brazos. Es realmente atroz, pero anoche estaba oscuro. Creo que era promocional. Estoy seguro de que nunca me la



había puesto. Y realmente desentona con el par de joggers verde militar que estoy usando.

Mis labios se tuercen.

—Escucha, el día que acepte consejos de moda de alguien tan viejo como tú, que apenas sale de este rancho, será el día de mi muerte.

Veo la mejilla de Cade crisparse. Meternos el uno con el otro es nuestra zona de confort. Y maldita sea, se siente bien. Los días se han desangrado lentamente en una normalidad deprimida. Hemos tenido una cena familiar incómoda. Harvey no hizo chistes de mamadas, y Beau no estaba allí para aligerar el ambiente. Parece como si todo el mundo estuviera haciendo lo mismo. Esperar a escuchar algo es lo peor.

Voy directamente a la cafetera, me sirvo una taza y tomo asiento en la mesa con los otros dos hombres.

—Creo que estás tan acostumbrado a que todo el mundo te adule que ya no sabes cuándo pareces un puto payaso.

—Adorable viniendo del tipo que lleva los vaqueros al menos dos tallas más pequeños. —Le dedico a Cade una gran sonrisa cursi, adorando la sensación de algo que no es sólo triste.

—A Willa le gustan apretados.

Enarco una ceja.

—¿Cuánto tarda en quitártelos? Apuesto a que al menos cinco minutos.

—Trae tu temporizador. Puedes ver la próxima vez, probablemente podría enseñar a tu culo tonto una cosa o dos.

Harvey cruza la cabeza entre nosotros con una sonrisa divertida en los labios.

—Me aseguraré de avisarte para que puedas bajarte el Viagra a tiempo, viejo amigo.



—Oh, no. —Harvey agita una mano desdeñosamente—. Los Eaton son un grupo viril. Ni siquiera yo los necesito.

—Jesucristo. —Cade baja la cabeza y clava los ojos en su taza de café como si buscara respuestas para que su padre deje de decir cosas inapropiadas.

Resoplo porque sé que ese día nunca llegará. Y es una señal de vida que aceptaré. El sentido del humor de Harvey es una de las cosas que más me gustan de él, y siempre lo ha sido.

Y a pesar de lo callado que he estado a lo largo de los años, nunca he podido resistirme a seguir esa línea con él.

Empujándolo un poco más para ver qué dice.

—¿Tienes a alguien especial en el extremo receptor de toda esa virilidad, Harv?

—Unas cuantas. Es difícil elegir sólo a una, ¿sabes? ¿Por qué elegir? —Me devuelve una sonrisa maníaca.

—Asegúrate de envolverlo —es mi respuesta informal. Después de la muerte de su mujer hace tanto tiempo, me alegro de que tenga compañía.

Harvey sonríe.

—Habla con Cade de eso. No conmigo.

Cade gime y echa la cabeza hacia atrás, ahora mirando al techo.

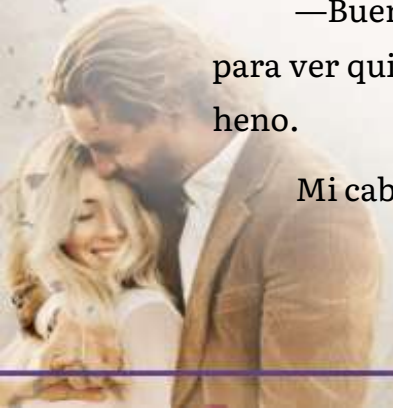
—Debería haberme quedado en mi casa.

Asiento con la cabeza, dando un largo trago al café que tengo en la mano.

—Probablemente. Es temprano. No esperaba encontrarte aquí.

—Bueno, Harvey y yo estábamos a punto de hacer piedra, papel o tijera para ver quién se iba de viaje a ver a Violet a Ruby Creek con un cargamento de heno.

Mi cabeza se tuerce.



—¿Perdón?

Harvey interviene.

—Algo sobre una escasez de heno por ahí. Verano caluroso y seco. Así que nos llamó, pidiendo un remolque lleno para ayudarles a pasar el invierno. Todavía se queja de que el heno de allí es un asco comparado con el nuestro. —El anciano se hincha un poco ante el cumplido de su única hija.

Cade me lanza una mirada seria.

—Pero ninguno de los dos quiere irse. —Se aclara la garganta—. Por si acaso.

Harvey asiente, con los ojos contraídos al instante.

*Por si acaso*. Sé lo que dicen sin tener que pedir más. Por si acaso encuentran a Beau. Por si acaso Beau se ha ido. Por si acaso necesitan apoyarse en su familia cuando lleguen noticias sobre su querido hermano.

—Iré. —Ni siquiera necesito pensarlo dos veces.

Ambos giran la cabeza en mi dirección, con la sorpresa escrita en sus rostros.

Harvey me sonríe amablemente, como ha hecho desde que me acogió, incluso cuando ya tenía demasiadas cosas en su plato. Nunca he conocido a un hombre con un corazón más grande que el de Harvey Eaton.

—Eres un buen chico, Jasper. Pero tienes tu temporada. No puedes irte, aunque significaría mucho para mí que te ofrecieras.

—Sí, sobre eso... En realidad ahora estoy de permiso. Durante al menos dos semanas.

Las gruesas cejas de Harvey se fruncen en su frente.

—¿Por qué?

—¿No has visto sus partidos esta semana? —dice Cade.



Lo fulmino con la mirada.

Se limita a sonreír.

—Puto imbécil —murmuro sin malicia mientras me vuelvo hacia Harvey—. Porque Roman es un imbécil dominante que se enteró de que no había revelado lo que pasaba a la dirección ni al cuerpo técnico y entonces me cagué en la cama sobre el hielo y perdimos un montón de partidos. Y supongo que en vez de gritarme desde el banquillo como hace siempre, ha decidido ser inspirador o algo así y mimarme como a un triste niño pequeño.

Me quedo en silencio y me miran con cierta preocupación, porque no suelo decir tantas palabras de una sola vez. De hecho, no suelo decir muchas palabras. Hace tiempo que me encerré en mí mismo y aprendí a escuchar mejor que a hablar.

—Bueno... es toda una historia —dice Harvey, como si no supiera qué decir.

—Me recuerdas un poco a un niño triste —dice Cade.

*Imbécil*.

—Yo iré. Ustedes quédense. —Hago un gesto entre ellos—. Tienen que estar aquí. Cade, tienes a Willa y Luke, un bebé en camino. Harvey, tienes varias novias y también a toda tu familia.

Los dos se ríen y yo esbozo una pequeña sonrisa, feliz de animar el ambiente.

—Tú también eres nuestra familia, ¿sabes? —Cade se pone serio. A veces es difícil diferenciar con él porque tiene un sentido del humor muy seco, pero este es él siendo sensible a su manera.

—Lo sé. Pero aquí no hay nadie que me necesite. Déjame ir. Puedo mantener a la familia haciendo este viaje. Ustedes dos me enseñaron a transportar, saben que soy capaz con el camión y el remolque. Además, sería



bueno ver a Violet. A ella también le vendría bien distraerse.

Los dedos de Harvey tamborilean sobre la mesa.

—Las carreteras podrían estar mal por las montañas en esta época del año.

Conoce mi ansiedad por la conducción, los vehículos y los accidentes. Es increíble cómo un simple error puede traducirse en una ansiedad tan generalizada. ¿Pero por él? ¿Por mi familia?

Puedo tragármelo y pasarlo por alto.

Mi sonrisa es tensa.

—Lo sé. Pero puedo arreglármelas.

—Sí. —Todos nos sacudimos, sorprendidos por la suave voz que venía de la esquina de la cocina. Como si tener mujeres en la casa fuera tan inusual en estos días—. Puede arreglárselas. E iré con él para asegurarme de que tenga compañía.

Sin siquiera mirarnos, Sloane se sirve un café. Se ha puesto unos sencillos leggings negros combinados con una sudadera gris que le cubre la parte superior del cuerpo y calcetines de lana en los tobillos.

Y cuando se vuelve para sonreírnos, con el cabello rubio pálido un poco despeinado, puedo ver las arrugas de su mejilla, donde tenía la cara apretada contra las sábanas de mi cama. Tiene un aspecto acogedor, un poco bobo. Me hace pensar en cómo se sentía apretada contra mí anoche.

Parece diferente a como la he visto nunca. O tal vez es sólo la forma en que la *estoy* viendo ahora.

—Dios mío, Gervais. ¿Qué demonios llevas puesto? —suelta.

Todos los demás se ríen a carcajadas.

Cade murmura algo de que me lo dijo, pero apenas lo escucho.



Estoy concentrado en Sloane. Porque no voy a decirle lo que puede y no puede hacer. Así que me pregunto cómo voy a manejar un viaje por carretera a través de las montañas con sólo nosotros dos y no volverme completamente loco.

O hacer algo completamente loco.



# 11

## Sloane

Willa: Sloane, ¿puedes confirmar que Jasper está bien? Los chicos están preocupados por él pero no saben cómo hablarle de sus sentimientos. Han pedido que preguntemos en su lugar. Es como un juego de teléfono por aquí.

Summer: Todos estamos enviando mensajes de texto. No se parece en nada a una partida de teléfono.

Sloane: Está triste. Estará bien.

Willa: Deberías tirártelo.

Summer: Wils, ese no puede ser siempre tu consejo.

Willa: ¿Por qué no? Es un consejo sólido. Te ha funcionado.

Summer: Acaba de huir de su boda.

Willa: Sí, pero ese maldito tipo apestaba. Jasper tiene ese aire caliente y torturado.

Sloane: Está triste. No cachondo, Willa.

Willa: Puede ser ambas cosas. ¡Dale la vuelta a ese ceño fruncido, pequeña!



—De acuerdo, tengo todo lo que necesito. —Subo al camión con una flamante bolsa de lona llena de ropa y artículos de aseo nuevos. Harvey me llevó a la ciudad esta mañana para llenar los huecos de mi guardarropa temporal mientras Cade y Jasper se buscaba conjunto de camión y remolque.

Jasper me mira especulativamente. La verdad es que no me ha dicho mucho. No sé si lo he asustado con mi comentario sobre lo bien que se lo pasaría en el infierno con él allí, o si simplemente no quiere que vaya con él.

Quizá meterme a la fuerza en su cama era ir demasiado lejos. Tal vez se está dando cuenta de que nunca lo superé.

Es difícil saber cuando no habla. Pero estoy acostumbrada. Siempre ha estado callado, y yo siempre he hecho lo que he querido. Hablar con él. ¿A él? Practicaba mi coreografía cuando me quedaba sin cosas que decir.

Y siempre se ha limitado a mirar. Y escuchar.

Supongo que la forma en que me está mirando tampoco es nueva, pero me pone los pelos de punta.

Tiro la bolsa en el asiento trasero, mi cuerpo retumba junto con el ruidoso camión. El camión es enorme, hace mucho ruido y tiene la potencia necesaria para arrastrar la plataforma que ahora está cargada con enormes pacas redondas de heno.

Mis palmas golpean contra mis muslos mientras miro fijamente por el parabrisas los postes que flanquean el final del camino de entrada, los que están unidos por un arco que tiene un letrero de hierro forjado de Wishing Well Ranch colgando de él.

—De acuerdo. Pongámonos en marcha. —Estoy lista para un poco de paisaje fresco. Me siento como si hubiera estado caminando sobre cáscaras de huevo toda la semana aquí en Chestnut Springs.

Jasper no pone el camión en marcha.



—¿Segura?

—¿Que deberíamos irnos? —Arrugo la nariz mientras lo miro, tan concentrado en mí.

—No. Que vengas conmigo.

El calor se enciende en mis mejillas como si fuera una maldita adolescente. Casi me río del giro que toman mis pensamientos. *Pagaría un buen dinero por venir con Jasper Gervais*.

—Sí. Deja de preguntar, Gervais. Estás atascado conmigo.

Echo un vistazo al atractivo rostro de Jasper. Tiene la barba un poco más larga de lo habitual, el cabello húmedo y peinado hacia atrás. Su mandíbula sigue siendo tan estúpidamente cuadrada como siempre.

Me mira enarcando una ceja oscura.

—Siempre.

Exhalo un pequeño suspiro y vuelvo a dejar caer su mirada, intentando averiguar qué ha cambiado entre nosotros en estos últimos días. ¿Empezó todo aquella noche en la cena, cuando conoció a Sterling por primera vez? ¿O fue cuando irrumpió en aquella habitación de la iglesia, como un puto superhéroe con un traje perfectamente entallado? ¿Fue cuando nos sentamos en el tejado?

Todo lo que sé es que *algo* es diferente.

—No puedo evitar señalar que hacer este viaje conmigo se parece mucho a que huyas de tu vida.

—Mi madre dijo que se escaparía y, sinceramente, nunca nada ha sonado más apetecible. —Jasper es sólo la guinda del pastel, pero no expreso ese pensamiento. Incluso yo tengo límites cuando se trata de hablar de este enamoramiento no correspondido.

Me lanza una mirada divertida, una que dice: Estás *llena de mierda*, antes de que yo añada—: ¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que estás haciendo, Jasper?



Su nuez de Adán se balancea justo por encima del escote de su suave polar marrón mientras traga saliva.

—Ayudar a mi familia.

Supongo que ambos tenemos una historia a la que nos atenemos.

—¿Vas a intentar decirme que no te retiras o aíslas cuando pasa algo malo? Es como si olvidaras que te conozco desde hace casi dos décadas.

Un músculo de la mandíbula de Jasper se flexiona con un sutil movimiento de cabeza. Se adelanta y pone el camión en marcha.

—Es imposible olvidar cuánto tiempo hace que te conozco, Sunny —es todo lo que dice mientras nos alejamos por la puerta.

Y paso una cantidad absurda de tiempo dándole vueltas a esa frase en mi cabeza, preguntándome qué demonios quiere decir. *Imposible de olvidar*.

—¿Piensas en mí? —suelto, mirándolo inmóvil en el momento en que esas palabras salen de mis labios—. Cuando pasamos semanas o meses sin hablar o vernos... ¿piensas en mí?

—¿Por qué? —Su voz es fría y uniforme, no revela nada.

Me retuerzo el anillo con nerviosismo y suspiro.

—No sé. Aquí. Contigo. —Hago un gesto entre los dos—. Sigo olvidándome de todo lo demás en mi vida. De *todos los* demás. Pero cuando estamos separados vuelvo constantemente a... ¿sabes qué? No te preocupes. Ignórame.

El silencio que se extiende entre nosotros es denso, vivo y chispeante por el calor y la realidad de mi casi confesión.

Un calor que me invade todo el cuerpo cuando por fin responde—: Todos los putos días, Sunny.



—¿Quieres jugar al veo-veo? —pregunto después de lo que tiene que ser al menos una hora de silencio.

Veo a Jasper replegarse sobre sí mismo. Sus hombros se encogen, sus nudillos se vuelven blancos. Juro que puedo ver dentro de su cerebro.

Y lo que hay ahí es un hombre que está *girando*.

Me dan ganas de meterme en su regazo y sacudirlo, para sacarlo de la cornisa en la que esté metido.

La única forma que conozco de hacerlo es entreteniéndolo y atrayéndolo. Haciéndolo reír. Tiene la mejor risa, profunda y suave, un poco entrecortada, como si intentara contenerla y ocultarla.

Cuando Jasper se ríe, parece tímido. Se le caen los ojos y le brillan los dientes. Supongo que después de observarlo tan de cerca durante tanto tiempo, he catalogado cada una de sus reacciones. Los pequeños tics.

Es patético si lo pienso demasiado.

—¿Veo-veo? —Levanta la ceja y me mira.

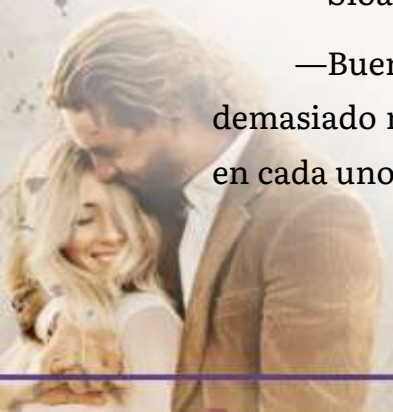
Alargo la mano y bajo el volumen del disco de Nirvana que ha sido la banda sonora del primer tramo de nuestro viaje.

—Sí. Es un juego en el que…

Se ríe entre dientes.

—Sloane, sé lo que es el veo-veo.

—Bueno, entonces, sigue el ritmo. No actúes tan confundido. Eres demasiado mayor para hacerte el tonto. No es bonito. —La diversión se refleja en cada uno de sus rasgos y exhalo un suspiro de alivio. *Ahí está*—. De acuerdo.



Yo iré primero. Veo-veo algo que es... marrón.

Se mira rápidamente a sí mismo.

—Mi abrigo.

—No.

—Los árboles de afuera.

—No.

—El... ¿en serio? ¿Marrón?

Me encojo de hombros.

—Sí. Marrón. ¿Qué tiene de malo el marrón?

Pone los ojos en blanco y mira a su alrededor como si se esforzara mucho por entenderlo.

—¿La hierba?

Me burlo.

—La hierba no es marrón. Es más bien amarilla.

Una de sus manos se levanta en señal de frustración. Su mecha está corta en este momento.

Necesita reírse.

—No lo sé, Sloane. No hay mucho que sea marrón en este camión o ahí fuera. ¿Qué es?

—Era un toro en un campo por el que ya habíamos pasado. —Eran las mechas más oscuras de su cabello. Así es como apareció en mi cabeza.

Le estaba mintiendo.

Sin embargo, ladra una carcajada, y la mentira vale inmediatamente la pena el engaño.

—¡No puedes elegir cosas que ya hemos pasado!



Sonrío, me quito las zapatillas Vans y cruzo las piernas en el asiento.

—Mantén el ritmo o salta, Gervais. Esto no es un juego de niños. Esta es la versión para niños grandes.

Mueve ligeramente la cabeza y me mira.

—De acuerdo. De acuerdo. —Su barbilla se inclina, y luego sus ojos están de vuelta en la carretera. No se desvían. Permanecen fijos en el asfalto que se extiende ante nosotros—. Veo-veo algo que es azul.

Mis labios se juntan.

—De acuerdo. Azul. ¿El cielo?

—¿Pensé que esto no era la versión para bebés de 'Veo, veo'?

Resoplo una carcajada tranquila.

—De acuerdo. ¿El copo de nieve azul en el botón de A/C?

—No.

—¿La franja azul en el control de temperatura?

—No.

Mi cabeza se gira cuando un auto azul pasa a toda velocidad.

—¡Ese sedán azul! —Se le levanta la comisura de los labios.

—No.

—¿Podemos jugar al veo-veo de bebés?

Me mira de reojo.

—No.

Pongo los ojos en blanco y me giro para comprobar el asiento trasero.

—¿Mi bolso azul marino?

—Es más bien azul cielo.



—De acuerdo, bueno, ya adiviné el cielo.

—Lo has adivinado. —Él asiente.

Miro alrededor del vehículo, devanándome los sesos. Debería haber sabido que me engañaría después de lo que le acabo de hacer.

—¿Pasamos una casa azul o un granero azul o algo así?

—No. Está en el auto. Y es una de mis cosas favoritas.

—Estás lleno de mierda, Gervais. —Me echo hacia atrás, cruzándome de brazos, intentando no poner mala cara, pero sin conseguirlo.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos y se quedan mirándome un instante más de la cuenta.

—No, no lo estoy.

Esta vez son mis manos las que vuelan hacia arriba, justo cuando el calor florece en mis mejillas.

—De acuerdo. Supongo que mantendré las cosas justas y me rendiré. No sé.

Esta vez, cuando habla, no me mira. Se queda mirando la carretera lisa como si allí hubiera algo extraordinariamente interesante. Traga saliva, y observo la columna de su garganta trabajar bajo la barba incipiente.

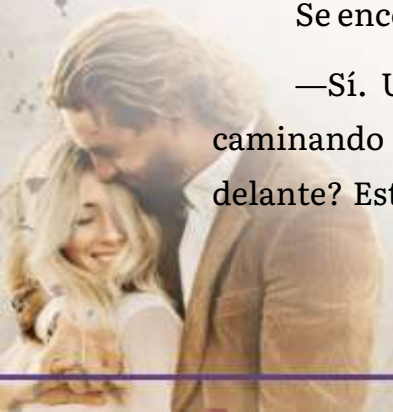
—Son tus ojos.

Me quedo muy, muy quieta.

—¿Mis ojos? —repito estúpidamente. Le he escuchado claramente. Sólo que no esperaba que esa fuera su respuesta. Ni por asomo.

Se encoge de hombros como si nada.

—Sí. Un huevo de petirrojo es más exacto. ¿Recuerdas cuando íbamos caminando hacia el río aquella vez y la cáscara se cayó del árbol que teníamos delante? Estabas tan emocionada porque había crías de pájaro, y recuerdo que



lo tomé y te miré, pensando que encajaba casi a la perfección. —Se ríe al terminar la frase, como si fuera un paseo amistoso por el carril de los recuerdos.

Pero por dentro, ahora soy yo la que da vueltas.

Me aclaro la garganta y reprimo los sentimientos arremolinados.

—Sí. Violet y yo vigilábamos a esos petirrojos todos los días. Si nos subíamos al árbol de enfrente, podíamos ver el nido.

Sonríe.

—Ustedes dos siempre estaban trepando a los árboles.

Sonrío y dejo caer la barbilla sobre el pecho.

—Sí. Siempre intentábamos espiaros. O escuchar a escondidas. Una vez los vimos a todos bañándose desnudos en el río. Violet quiso parar después de eso porque dijo que nunca se recuperaría. —No había sentido lo mismo, pero entonces, no había estado mirando a mis primos.

Mis ojos se clavaron en un Jasper de diecinueve años, que había vuelto a casa para pasar el verano después de jugar al hockey juvenil. Un Jasper de diecinueve años que parecía pasar todo su tiempo libre haciendo ejercicio.

El mismo hombre ladra una carcajada a mi lado.

—Creo que se ha recuperado.

—Sí —susurro—. Creo que se recuperó.

—No me puedo creer que no lo hayas atrapado. —Me está tomando el pelo, sin darse cuenta del efecto que tiene en mí... pero eso no es nada nuevo.

Eso *nunca ocurriría*.

Me burlo y le doy un codazo en las costillas, sonriendo cuando se sobresalta.

—¿Cómo voy a mirarme a los ojos?



—La mayoría de la gente usa un espejo.

Lo vuelvo a pinchar y resopla.

—Usa el espejo, Sunny. ¿De qué color crees que son? Dime que no es azul huevo de petirrojo.

Empujando hacia la consola central, miro por el retrovisor. Están azules. Pero también lo son las ojeras. La vena que ningún corrector puede tapar de verdad. También lo es lo que siento por dentro ahora mismo si realmente me agacho y hundo los dedos en esa piedra del fondo de mis entrañas.

—Sólo son azules, Jas. —Me echo hacia atrás—. Y parezco *cansada*.

—No son sólo azules. —Lo dice como si fuera un hecho y no su opinión.

Se me revuelve el estómago.

Y entonces me desvío, no queriendo quedarme en estos recuerdos más tiempo del necesario. No quiero enfrentarme a toda la mierda de la que he optado por huir. Todavía no. Vuelvo a lanzarme.

—Veo veo…

Jugamos varias rondas más.

Pero jugamos a la versión bebé, y ninguno de los dos llama al otro por ello.



# 12

## Jasper

Jasper: ¿Alguna novedad?

Harvey: Nada. Si me entero de algo, serás mi primera llamada.

Jasper: De acuerdo.

—Creo que deberíamos parar por hoy.

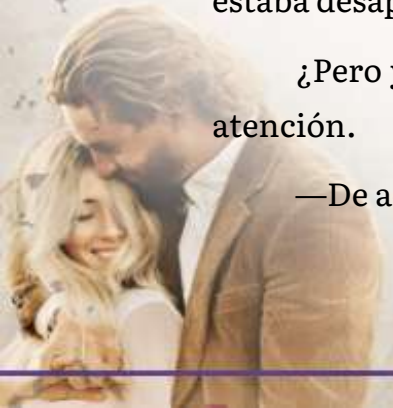
No llevamos mucho tiempo de viaje, pero siento el tirón del sueño en el centro de la frente como un peso que quiere cerrarme los ojos. La cosa no ha hecho más que empeorar desde que la partida de veo veo más incómoda del mundo se esfumó y nos dejó sentados en silencio.

Lo único que escucho es el zumbido de los neumáticos contra la carretera. Es una máquina de ruido blanco en este punto.

*Azul huevo de petirrojo*. ¿En qué estaba pensando? Es tan fácil, tan tranquilizador, volver a caer en esos recuerdos. A veces desearía poder volver atrás. Era simple entonces. No me reconocían dondequiera que iba. Beau no estaba desaparecido. Ella no huía de su vida.

¿Pero yo? Siempre he estado huyendo de la mía, intentando escapar de la atención.

—De acuerdo. —Sloane me mira un poco demasiado de cerca, y yo levanto



una mano para doblar el ala de mi gorra, como si eso pudiera impedir que me viera. Porque siempre he tenido la sensación de que me mira de una manera de la que no puedo esconderme, como si viera demasiado—. ¿Estás bien? ¿Quieres que encuentre un buen lugar para parar?

—Sí. Yo sólo... honestamente, Sloane, estoy jodidamente cansado. Estaba todo entusiasmado por irme y ahora que lo he hecho, estoy agotado.

—¿Puedo conducir un rato? —Lo dice a la ligera, pero ambos sabemos que conoce la respuesta. Ella es la única que conoce toda la historia, cada sucio detalle. Todos los demás tienen fragmentos, pero con Sloane, lo conté todo. Ella era demasiado joven para entender realmente, lo que creo que significaba que era demasiado joven para juzgarme.

A veces me pregunto si ahora me juzga.

No pierdo de vista las elevaciones rocosas de las montañas circundantes, tan altas y ominosas que se pueden ver desde la ciudad. Ya estamos en medio de ellas, atravesando las onduladas estribaciones amarillentas y adentrándonos en los picos salientes coronados de nieve inmaculada.

—No. No con la carga que llevamos. No tienes experiencia con eso.

Sus ojos se entrecierran, y lo siento más que lo veo.

—¿Y tú sí?

Uno de mis hombros se levanta.

—No recientemente. Pero sí, he acarreado muchas cargas de heno en verano cuando era más joven. No vives en el Rancho Wishing Well y no te conviertes en todo un chico de campo.

No responde, sino que saca el teléfono, con los pulgares volando sobre él. Veo que entra una llamada y la pantalla parpadea. Sterling. Rápidamente la rechaza y sigue buscando.

—¿Alguna vez vas a hablar con él?



—Hay un pueblo llamado Rose Hill que tiene un hotel junto a un lago. Parece bonito.

Asiento con la cabeza.

—Lo conozco.

—¿Sí?

—Sí. Tuvimos un campo de entrenamiento en tierra seca allí una vez. Hermoso lugar. ¿A qué distancia dice?

—Treinta minutos. Desvíate en el cruce 91.

—De acuerdo. Sólo necesito que sigas hablándome.

Se endereza en su asiento.

—De acuerdo. ¿De qué quieres hablar? ¿Deberíamos hablar mal de tu entrenador por obligarte a estar de baja?

Gruño una carcajada.

—No. Ya te he hecho una pregunta.

Su cabeza se aparta de mí para mirar por la ventana y se golpea la punta de la nariz con un dedo, pensativa.

—Olvidé lo que era.

Se me aplastan los labios y aprieto el volante con las palmas de las manos. Está mintiendo, pero no importa. Los dos tenemos secretos que guardar.

—Te pregunté si alguna vez ibas a hablar con él.

—¿Quién? —Unos grandes ojos turquesa se vuelven en mi dirección, y le dirijo una mirada divertida.

—¿Te estás dando golpecitos en la nariz para que no crezca, Pinocho?

—No quiero hablar de eso contigo.

Ignoro el dolor en mi pecho, dándome cuenta de cómo nos hemos



distanciado este último año con Sterling en escena. ¿Quién se alejó primero? ¿Cuándo ocurrió? ¿Se dio cuenta de que la miraba de otra manera?

—Bueno, no hay nadie más aquí, y sé cómo funciona tu cabeza. Hablas las cosas. Y soy bueno escuchando. Así que derrama.

Su risa es suave y silenciosa. Sé que debe estar pensando en la forma en que hablaría *a mí* de niño mientras yo me sentaba a cavilar.

Resulta hilarante que cuanto más cambian las cosas, más permanecen igual.

—No sé si realmente se merece mis palabras —así empieza, y juro que aspira todo el aire de la cabina—. Cuanto más lo pienso, más enfadada estoy, conmigo misma más que con nadie. Le seguí la corriente y dejé que me hablara como lo hizo, que me menospreciara como lo hizo. Y nunca me importó. Yo estaba pasando por los movimientos, creo. Centrándome en la compañía de ballet. Centrándome en mis padres. Centrándome en todos los demás, y ahora me miro a mí misma y... No me gusta lo que veo. No me gustan las decisiones que he tomado. Y creo que ignorarlo, por muy mezquino que sea, es una elección que me gusta ahora mismo. Ni siquiera sé qué tengo que decirle, ¿sabes? Me aferro a la poca cordura que tengo y no quiero compartirla con él. No puede tenerla.

Asiento con la cabeza y retuerzo las manos en el volante, resistiendo el impulso de extender la mano y tocarla, de decirle lo orgulloso que estoy de ella. De decirle que podría ser mía. Porque le dije que la escucharía, y no me necesita complicando sus ya complicados sentimientos. Y ella definitivamente no necesita mi sello de aprobación en ellos.

Los sentimientos no funcionan así: son lo que son, independientemente de lo que piensen los demás.

Me han dicho repetidamente que no soy responsable de lo que ocurrió en esa autopista, pero eso no cambia lo que siento.



Me siento responsable.

—Me siento mal por mi padre. —Unos zarcillos helados se deslizan por mi espina dorsal. Por lo que a mí respecta, su padre es un pedazo de mierda colosal, pero no voy a ser yo quien se lo diga. No sé si me lo perdonaría—. Pero yo también estoy muy enfadada con él. Los mensajes que me ha dejado... —Aprieta con fuerza los dientes superiores sobre el labio inferior, como si haciéndose daño fuera a aliviar el dolor de la traición de su padre.

»Está siendo un verdadero pedazo de mierda. ¿Lo sabes? —Su voz es más áspera ahora, choca con la suave feminidad de ella. Es una dicotomía fascinante—. Como si pudiera... No sé, hacer un berrinche y pisotearle el pie o algo igual de infantil. Estoy tan *decepcionada*.

—¿Qué te ha dicho? —Pregunto escuetamente, deseando no haberlo hecho, sabiendo que me hará odiar al hombre más de lo que ya lo odio. Sabiendo que arrancará la costra de una vieja herida.

—Incluyó a Sterling en el mensaje y me dijo que cumpliera con mi deber de esposa y volviera a casa inmediatamente. —Ella resopla y yo enfurezco en silencio. Su cara aparece en mi mente y me imagino clavándole mi bloqueador—. Le respondí con lo único que les he dicho directamente a cualquiera de los dos desde que me sacaste de esa iglesia.

Arqueo una ceja, esperando que comparta su respuesta.

—Le dije que no soy la mujer de nadie y que no les debo una mierda a ninguno de los dos. —Una risa estrangulada sale de mis labios y ella me sonríe, muy satisfecha de sí misma—. Pueden pensárselo mientras yo sigo ignorándolos.

No, Sloane no necesita mi aprobación. Pero maldita sea, la tiene de todos modos.



—¿Cama king-size o dos gemelas? ¿O habitaciones separadas? —La mujer detrás del mostrador me mira de una forma que he visto millones de veces. Como si me reconociera, y... como si me deseara.

No me siento especialmente cómodo con ninguna de esas miradas. Por eso no me quito la gorra y trato de integrarme en el paisaje, lo cual es difícil de conseguir con 1,80 m de estatura en el vestíbulo de un hotel pequeño y sin nadie alrededor.

Miro a Sloane, que está a mi lado, y doblo el ala de mi gorra, preguntándome cuándo podría romperse por la presión repetida.

Sloane está mirando a la mujer. Lo hacía cuando era más joven, cuando estaba descaradamente enamorada de mí. Beau se burlaba de mí por eso, y yo tenía que decirle que cerrara la bocaza para que no la avergonzara.

—Tomaremos...

—Dos gemelas —dice Sloane mientras sigue mirando a la mujer con la mirada perdida. Me mira desde detrás de las pestañas oscuras, con los mechones rubios deslizándose alrededor de la sien, y me dedica una tímida sonrisa y se encoge de hombros—. Así es más divertido.

Divertido. Me pregunto para quién, porque cuanto más tiempo paso a solas con ella, más me parece una tortura. Como un video de oportunidades perdidas. De mí siendo inconsciente. De ser demasiado cobarde para perseguirla cuando tenía el presentimiento de algo más.

Pero estar paralizado por la indecisión no es nuevo para mí. El único lugar donde no lo siento es en el hielo, entre los tubos.

Es entonces cuando siento que controlo mi vida. Me siento seguro allí de alguna manera.

Pasar otra noche en la misma habitación que Sloane se siente mucho menos seguro que enfrentarse de alguna manera a trozos voladores de goma



congelada.

Durante cuatro segundos, me vienen a la mente imágenes de ella y yo enredados. Piel deslizándose sobre piel. Ella gimiendo mi nombre. Pienso en inclinarla sobre el respaldo del sofá del vestíbulo y bajar esos leggings por sus firmes muslos, diciéndole exactamente lo que tiene que hacer mientras yo miro.

Y entonces me obligo a parar.

—Aquí están las llaves de su habitación. —Desliza un pequeño sobre por el escritorio, y puedo escuchar a la mujer hablando de contraseñas Wi-Fi y dónde comer, pero me doy la vuelta para mirar el cristalino lago glaciar por las ventanas. Estoy demasiado cansada para concentrarme en otra cosa que no sea que el agua tiene el color exacto de los ojos de Sloane.

Me equivoqué con el cielo. Me equivoqué con la cáscara de huevo. Es el lago glaciar.

La veo en todas partes.

Una suave mano en el centro de mi espalda devuelve mi atención al encantador vestíbulo del pequeño hotel boutique.

—¿Listo?

Con una de nuestras bolsas en cada mano, asiento y dejo que Sloane me guíe. Su esbelta figura se adelanta a mí para caminar por el pasillo.

—Al parecer, ahora mismo sólo hay habitaciones en la planta principal.

—Sólo necesito un sitio donde dormir un rato. Iba a conseguirte tu propia habitación.

Su mano pasa por encima de su hombro, ignorando el comentario.

—Así ahorramos dinero.

Casi me río. Ninguno de los dos necesita preocuparse por ahorrar dinero.



Sé -como cuando era más joven- que Sloane me tiene cerca porque se preocupa por mí.

Se detiene bruscamente, mirando entre el sobre que tiene en la mano y el número de la puerta.

—Allá vamos. —Pasa la tarjeta y, con un suave pitido, la puerta se abre.

Entramos en la habitación, y es más bonita de lo que esperaba, espaciosa y con una puerta corredera de cristal que da a un pequeño patio frente al lago aguamarina. Lo mejor de todo es que las camas tienen muy buena pinta.

Sin decir palabra, atravieso la habitación, me quito los zapatos, dejo el abrigo y la gorra en el suelo y me tumbo en la cama más cercana a las ventanas.

Me quedo dormido mirando el agua azul cristalina. Sueño despierto con la chica de ojos azules como el cristal.



# 13

## Jasper

Mi padre y yo solemos ser los que sacamos los quads, pero ayer ganó en el casino. Así que hoy ha comprado dos más para poder irnos de aventuras en familia. Vivimos en una casa de dos pisos y a final de mes comemos un montón de macarrones con queso.

A papá le encantan sus juguetes y nunca duda en gastar en ellos.

Después de la típica cena familiar de los domingos, vamos a dar una vuelta rápida. Puede que no nos sobre el dinero, pero estamos contentos.

Y es divertido.

La luz es dorada, y también lo son las hojas que caen de los árboles por encima de la zanja. El otoño está en el aire, pero esta noche hace calor, casi es temporada de caza, y yo también estoy deseando hacerlo con mi padre.

Despejamos una alcantarilla cubierta y tomo un poco de aire sonriendo. Escucho a mi hermana pequeña, Jenny, que se ríe a carcajadas detrás de mí, y casi puedo imaginar cómo su cabello castaño claro se escurre por detrás del casco a medida que va ganando velocidad.

Su nueva unidad es más pequeña, más ligera y más manejable que la que conducimos papá y yo. El de mamá parece una especie de Barbie con su pintura rosa neón.

Miro hacia atrás y veo a mis padres deambulando detrás de Jenny mientras yo voy delante, serpenteando por las paredes de la zanja.



Mis padres discuten porque mamá no sabe manejar bien el vehículo, pero tampoco quiere que papá le diga lo que tiene que hacer.

Me hace sonreír.

Conozco el lugar al que llegamos. Papá y yo lo hemos recorrido un millón de veces. Me ha metido el miedo en el cuerpo con este cruce. Dos autopistas se cruzan cerca de una curva de la carretera, y un bosquecillo de árboles puede estropear la percepción al salir de la cuneta.

Lo hemos practicado, una y otra vez.

—¡Ya voy! —Vuelvo a llamar.

La mano de mi padre se levanta y me levanta el pulgar.

—Presta atención. Dinos cómo se ve desde el otro lado —es su respuesta.

Supongo que ahora que tengo catorce años, cree que sé lo que hago aquí. El orgullo florece en mi pecho mientras subo la pendiente hasta el arcén y compruebo cuidadosamente ambos sentidos.

Miro, escucho y, cuando lo considero seguro, acelero el motor y avanzo por la autopista con seguridad.

Me detengo y giro al otro lado para ver la curva de la carretera. Se acerca un gran camión con remolque y veo al resto de mi familia al otro lado. Todos juntos. Sonriendo y riendo, incluso a pesar de las discusiones.

De nuevo, me siento orgulloso de que mi padre confiara en mí para ser el primero en cruzar. Me siento capaz. Me siento mayor.

Llevamos años practicando el protocolo de seguridad, así que conozco todas las señales.

Levanto la mano recta sobre mi cabeza, la señal que utilizamos para 'stop' cada vez que salimos con los quads y, en invierno, con las motos de nieve.

Excepto que Jenny no conoce estas señales manuales, y debe confundirlas con



*un saludo, o conmigo acompañándola. O tal vez es porque el sol está bajo y en sus ojos.*

*En cualquier caso, la veo sonreírme desde el otro lado de la autopista mientras su muñeca retuerce el acelerador.*

*Le grito que se detenga. Papá se lanza hacia delante como si pudiera agarrarla y detenerla.*

*Pero es demasiado tarde.*

*Y nunca dejaré de sentirme responsable.*

Me despierto, con náuseas e inquieto. Siempre me pasa lo mismo. Mantengo los ojos cerrados, intentando pensar en algo feliz durante cuatro segundos. Pero ahora mismo todo es una mierda, y lo único que se me ocurre es la sonrisa tímida con la que Sloane me mira a veces. La que me dedica justo antes de meterse el cabello detrás de las orejas y bajar los ojos.

Es la única persona a la que le he contado lo de la señal con la mano, lo de que soy responsable de la muerte de Jenny. Los demás conocen la versión Coles Notes[2] del día en que mi vida se fue a la mierda, pero no tienen ni idea de que todavía me duele el hombro de desear no haber levantado el brazo para presumir de que aquel día me sabía esas señales manuales.

Cuando abro los ojos, hago un breve inventario de mi cuerpo, notando los dolores y molestias en ciertos puntos que se hacen más persistentes con la edad.

Mi vista se enfoca un poco y entonces mis ojos captan una figura en la orilla del lago. Sloane está de pie, en albornoz, mirando el agua. Lleva el cabello recogido en un moño apretado y las elegantes líneas de su cuello se recortan

2 Son pequeños libros que los alumnos utilizan para ayudarse con diversas materias.

contra el sol poniente. El agua que antes era azul ahora refleja el cielo dramático, todo púrpuras y rosas y dorados, nubes oscuras rayando sobre un lago perfectamente quieto.

Apuesto a que sería un buen lago para jugar al hockey cuando hiela. Pero soy yo quien se congela cuando la bata cae de sus hombros. Y entonces solo veo su culo en tanga, su cintura ceñida, su espalda tonificada y los tirantes de su sujetador negro.

Sus dedos se enroscan en las palmas y sus hombros se encogen. Es como si la estuviera viendo darse una charla mental.

Sonrío al verlo.

Sus redondas nalgas se doblan por igual mientras camina lentamente hacia el agua. Mete un dedo del pie con delicadeza y lo retira con un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

Veo cómo respira hondo antes de lanzarse al agua. Un poco salvaje, muy valiente.

*Ahí está.*

Juro que la escucho chillar mientras se sumerge en el agua, sumergiéndose por completo bajo la superficie inmóvil durante unos instantes que parecen durar toda una vida. A varios metros de la orilla se le cae la cabeza y le caen riachuelos de agua por la cara desnuda mientras levanta las manos para apartar la humedad de los ojos cerrados.

Pisa el agua y se vuelve para mirar las montañas, apenas siluetas negras contra el cielo ardiente.

Me siento y miro fijamente. Podría ser un cuadro. Una fotografía. Una hermosa mujer en un hermoso lago.

Es pacífico. Sereno. Tan diferente a como me siento por dentro. Me hace preguntarme qué vista estará mirando Beau ahora mismo.



Me levanto y salgo por la puerta corredera, necesitando aire fresco, queriendo tocar esta vista de alguna manera. Memorizarla. Como si pasara los dedos por los montones de pintura al óleo. Casi no parece real. Necesito demostrarme a mí mismo que lo es.

Mis pies en calcetines se enfrían al caminar sobre una hierba demasiado firme. La escarcha del atardecer ya está cayendo sobre el pintoresco valle de la montaña.

Cuando llego a la orilla del agua, siento cómo los granos más finos de arena se deslizan por la tela, dejando una textura arenosa en la planta de mis pies. Pero no me importa. Sigo totalmente concentrado en Sloane.

Mi *amiga* Sloane, que sigue pisando en su sitio con elegancia como si esto fuera un baile más para ella. Me pregunto en qué estará pensando. Me pregunto si se siente tan destrozada como yo, tan hecha jirones y desgarrada.

Casi a cámara lenta, mira por encima de su hombro, la punta de su nariz se mueve una sola vez mientras se gira para mirarme.

—Hola.

Es una simple palabra, y de alguna manera todavía me oprime el pecho. Estoy tan en paz en su presencia. Siempre lo he estado.

—Hola. —Me meto las manos en los bolsillos, presionando los pulgares contra cada yema de los dedos para calmar mis nervios. Intento no pensar en el culo desnudo de mi amiga y en todo lo que le haría.

Y entonces cedo. Pero sólo durante cuatro segundos. Me concedo cuatro segundos de caos antes de controlarlo y guardarlo, antes de volver a controlarme.

Sloane ladea la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Contando hasta cuatro.



—¿Es una broma tonta de deportistas?

Resoplo una carcajada.

—Muy bonito, Sunny.

Me lanza una mirada inocente.

—No son famosos por su cerebro.

Me está tomando el pelo, pero no muerdo.

—Es algo que hago para ayudar a sentirme fuera de control. Así que cuando un jugador contrario marca un gol o algo así, me doy cuatro segundos de frustración antes de volver a meter la cabeza en el partido.

Nuestros ojos se mueven y luego se fijan tras mi explicación.

—¿Te sientes fuera de control en este momento?

—No. —Mi respuesta llega demasiado rápido.

Ella asiente, con los dientes apretando su labio inferior. Sus ojos brillan con un desafío. Y entonces dice—: Entra.

—No, gracias. Apuesto a que está helado.

—No sabía que los cultivaban tan blandos en el rancho Wishing Well —se burla, apartando los brazos y empujándose más hacia atrás.

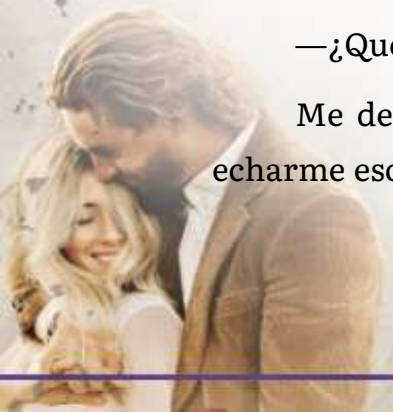
—No te pases —salta de mi boca antes de que pueda detenerlo.

—¿Qué vas a hacer? —Sus piernas patalean bajo el agua, alejándola aún más—. Estás demasiado asustado para venir aquí.

Aprieto los pulgares contra las yemas de los dedos y vuelvo a contar hasta cuatro.

—¿Qué haría Beau?

Me detengo y la miro sin comprender. Sólo ella tendría las pelotas de echarme eso en cara ahora mismo. Todos los demás hemos andado con pies de



plomo, pero ella no lo permite.

Es refrescante.

Me paso la mano derecha por los hombros y me quito la camiseta de la nuca. Cae a la arena, y capto los ojos de Sloane recorriendo mi torso antes de que se obligue a apartar rápidamente la mirada hacia las cumbres que nos rodean.

El silencio es casi ensordecedor. Lo único que escucho es el suave chapoteo del agua en la orilla arenosa y el zumbido del tráfico de la autopista a lo lejos. Me quito rápidamente los vaqueros y los calcetines antes de estirar un brazo sobre el pecho, con la esperanza de que no me observe demasiado.

—¿Qué haría Beau? —Su cabeza gira en mi dirección al escuchar mi voz, y yo le sonrío, sintiéndome instantáneamente más ligero.

—Entraría corriendo y te mojaría el culo.

Y eso es exactamente lo que hago. Me lanzo al lago glaciar y me zambullo en él, directo hacia ella, ignorando la forma en que el agua helada absorbe el aire de mis pulmones.

Intenta nadar, pero la alcanzo enseguida. Mis manos se deslizan por el agua y sobre su suave piel mientras la agarro, la levanto y la lanzo por los aires.

Sus chillidos juguetones me hacen retroceder, y cuando golpea el agua con una sonora bofetada, suelto una carcajada que resuena a nuestro alrededor, rebotando en las montañas. No sé dónde está Beau, pero sé que lo aprobaría. Y de algún modo eso me reconforta.

Sale a la superficie, balbuceando y secándose la cara.

—¡Jasper Gervais! ¡No me acabas de hacer eso!

—Lo hice. Y chillaste como un cerdo.

Jadea fingiendo ofenderse.



—¡Retira eso!

—De acuerdo, bien. Chillaste como un cerdito. Mucho más agudo y femenino que un simple cerdo.

—¡Imbécil! —Se ríe sin aliento mientras se lanza sobre mí. Me rodea la caja torácica con sus fuertes muslos y me pone las manos encima de la cabeza, intentando hundirme.

La posición pone sus pechos justo a la altura de mis ojos. Y Dios mío. Intento ser un buen amigo y no mirar, pero el sujetador los levanta de la forma más molesta. El aire frío y el agua aún más fría me ponen la piel de gallina. Los pezones hacen fuerza contra la endeble tela.

—¡Vas a caer, Gervais! —Sigue empujándome, riéndose y contoneándose y esforzándose al máximo. Es fuerte, pero no lo suficiente, y sus palabras se prestan tanto a ser malinterpretadas que ni siquiera puedo soportarlo.

—Oh, caeré, Winthrop. Pero te llevaré conmigo.

Y con esa advertencia, me tumbo hacia atrás, hundiéndonos a los dos en las heladas profundidades. Durante unos instantes, todo queda en silencio y a oscuras.

Me agarra y me concedo cuatro segundos de locura en nuestra burbuja privada bajo el lago.

Nuestras manos recorren frenéticas el cuerpo del otro, deslizándose por el agua. Mi mano, su muslo. Su mano, mis costillas.

¿Estamos jugando? ¿Luchando como cuando éramos niños?

¿O nos estamos tomando libertades que nunca nos tomaríamos por encima del agua?

Al cuarto segundo, empujo hacia arriba y me alejo, y ambos llegamos a la cresta del agua, jadeando y mirándonos fijamente. Su lengua se desliza por sus labios, saboreando el agua glaciar que se adhiere a ellos, y sus ojos se posan en



mi boca mientras yo imito el movimiento.

El agua entre nosotros ya no está tan fría. Me quedo mirándola otros cuatro segundos. La tensión se expande en mi pecho, presionando hasta que parece que va a estallar.

—Me recuerda a cuando jugábamos en el río de pequeños. Saltando desde el puente en el cuarto trasero.

Parpadea, como si la acabara de despertar, y esboza una sonrisa plana.

—Sí. Nunca me atreví a saltar de ese puente.

—El verano que viene —le ofrezco, alejándome de ella para no cometer una estupidez colosal, como volver a meterle mano.

—Sí. —Sus dientes castañetean cuando la palabra pasa entre sus labios, y yo asiento hacia la orilla.

—Vámonos. A calentarnos. Buscar algo de comida.

—Me vendría bien una copa —dice.

*Joder*, lo *mismo* pienso yo.

Nadamos hasta que podemos mantenernos en pie. Los pequeños guijarros se clavan en la planta de mis pies, y me esfuerzo por mantener la concentración en hacia dónde voy en lugar de dejar que mis ojos vaguen sobre el cuerpo de Sloane en la luz que se va.

Ella es demasiado tentadora y yo estoy demasiado confuso. Sus ojos también se quedan en el suelo.

En la orilla, se seca con su albornoz e intenta dármelo para que lo use como toalla, apretando los brazos sobre su cuerpo casi desnudo. Pero son sus ojos grandes los que llaman mi atención. No puedo identificar su mirada, pero sé que no voy a dejar que vuelva a la habitación sin ropa y con frío.

Sonrío y niego con la cabeza, le quito la bata de la mano y se la pongo



sobre los hombros.

—Pero vas a tener frío —dice mientras le doy un rápido masaje de arriba abajo por los brazos unas cuantas veces una vez colocada la prenda.

La tomo de la mano y empiezo a caminar hacia nuestra habitación.

—No tienes que preocuparte por mí, Sunny.

No miro atrás cuando escucho su suave respuesta.

—Siempre me preocupo por ti, Jas.



# 14

## Sloane

Sloane: Esta camarera es una fan.

Jasper: Sloane.

Sloane: ¿Qué? Parece que va a engullirte.

Jasper: No lo hagas.

Sloane: ¿Te estás sonrojando?

Jasper: Es una extraña. Haciendo su trabajo. No me mira como si fuera algo.

Jasper: No pongas esa cara.

Sloane: Si necesitas espacio, deja un calcetín en la puerta de la habitación del hotel.

Jasper: Sunny, cállate. Nunca te haría eso.

La camarera nos sienta junto a uno de los enormes ventanales con vistas al lago. No sabíamos qué esperar de Rose Hill Reach, sólo que estaba justo al lado del hotel. Sin embargo, es un lugar encantador. Todas las ventanas dan al lago y una puerta se abre a un largo muelle con un amplio rellano que supongo podría funcionar como patio en verano.



Dentro, todo son techos abovedados y maderas oscuras. Chimeneas de piedra y mesas de madera. En un rincón hay incluso mesas de billar y tableros de dardos.

Es acogedor. Casi me siento como en un refugio de esquí cuando me quito la chaqueta y me siento en la silla de madera redondeada, mirando el agua. El agua donde Jasper y yo... bueno, no sé qué estábamos haciendo.

Miro a Jasper y veo cómo pliega su alto y poderoso cuerpo en una silla demasiado pequeña para él.

Alarga la mano para tomar uno de los menús encuadernados en piel de color burdeos que la camarera nos tiende ahora. Los ojos de ella se abren de par en par cuando las puntas de los dedos de él rozan su mano. Incluso oculto bajo el ala de su gorra, es reconocible, sobre todo a sólo cuatro horas de Calgary.

—Dios mío. Hola —exhala, pareciendo un niño en Navidad—. Eres Jasper Gervais. —Una de sus manos cae sobre su pecho, y tengo que resistir el impulso de poner los ojos en blanco.

Jasper le sonríe amablemente y agacha un poco la cabeza.

—Hola —es todo lo que contesta, volviendo su pequeña sonrisa hacia el menú. Como es típico en Jasper, es amable, pero no *tanto*.

Lo suficientemente amable como para que nadie pueda decir que es grosero, pero no lo suficiente como para invitar a más conversación.

No es que me haya detenido nunca.

—Yo, ummm... —Los ojos marrones de la chica parpadean entre nosotros, tratando de leer la situación antes de señalar con el dedo como si se le hubiera ocurrido una gran idea—. ¡Te daré un minuto con los menús! —Es alegre, y no puedo evitar fijarme en el color rosado de sus mejillas cuando sus ojos vuelven a posarse en Jasper.

Ella está fascinada y es honestamente lindo.



Jasper no se da cuenta, o al menos no hace ningún comentario. Se inclina sobre el menú y mira las opciones. Me sorprende que no sea un hombre fácil de conocer, que parezca cerrado a la mayoría de la gente que conoce. Incluso bidimensional. Pero yo lo conozco mejor. Conozco su humor. Sé que ama ferozmente a su familia, y sé que tiene una ansiedad social que le hace parecer distante a la mayoría.

Guarda muchas cosas dentro de sí de las que nunca habla.

—¿Qué vas a ordenar?

Levanto los ojos y vuelvo a mirar el menú, lleno de platos típicos de pub.

—Una ensalada.

Jasper levanta la cabeza y me mira fijamente, con expresión cuidadosamente inexpresiva, antes de recorrerme con la mirada, fijándose en el hombro que asoma por el escote del jersey azul marino de punto grueso que me he comprado hace poco.

Me pregunto si está a punto de decir algo sobre mi elección de comida. Sé que estoy delgada. Demasiado delgada. Pero después de años luchando por llegar a lo más alto de nuestra compañía de ballet y de que me dijeran que tenía que tener un aspecto determinado para nuestra boda, es difícil cambiar de mentalidad. Además, con todo lo que ha pasado desde la boda, mi apetito ha sido casi inexistente.

Se encoge de hombros y vuelve a bajar la mirada.

—De acuerdo.

Sigo leyendo las páginas de plástico que tengo delante.

—Oooh. Tienen Buddyz Best de barril.

La diversión se dibuja en su atractivo rostro.

—Puedes conseguir algo mejor, ¿sabes?



Me río.

—Claro que lo sé. Pero le he tomado el gusto.

Jasper cierra el menú, se reclina en la silla y cruza los brazos. Sus bíceps sobresalen del suave jersey de punto gris que lleva puesto.

Intento no mirar fijamente.

—¿Segura que no lo estás pidiendo por llevar la contraria?

Me inclino hacia atrás y reflejo su posición. Sus ojos de medianoche se posan por un instante en mi hombro antes de volver a posarse en mi cara.

—No. *Me encanta*. Apuesto a que sabe diferente en grifo. Incluso mejor.

Su sonrisa se ensancha.

—Sí. Estoy seguro de que la calidad está muy afectada.

Asiento con la cabeza.

—Me pregunto si estará disponible en botellas.

Resopla.

—Tendré que probar los tres para emitir un juicio de verdad.

Se inclina sobre la mesa con una chispa en los ojos y una pequeña sonrisa en sus labios perfilados. Su aroma fresco -menta y algo terroso, como una de esas ramitas secas de eucalipto- se esparce por la habitación mientras sus largos dedos golpean la mesa dos veces.

—Nuevo objetivo para este viaje por carretera: probar Buddyz Best absolutamente en todos los sitios que podamos. Convertirnos en verdaderos conocedores.

Me río y muevo la cabeza mientras me inclino hacia delante. La gravedad me atrae hacia él y nuestros ojos se cruzan. Se clavan con tanta fuerza que no puedo apartar los míos. Sus azules oscuros son como un vacío. Me absorben y, durante una fracción de segundo, todo lo que nos rodea se pierde en el torrente



de sangre de mis oídos.

—¡Muy bien! ¿Están listos? —La camarera aparece a nuestro lado.

Los dos nos ponemos en marcha y nos sentamos derechos.

Con un rápido carraspeo, Jasper se recupera.

—Sí. Sloane, adelante.

Me acomodo el cabello detrás de las orejas y sonrío a la chica cuyas mejillas han vuelto a sonrosarse.

—Quiero una ensalada verde con vinagreta, por favor. —Le devuelvo el menú y miro a Jasper cuando dice que tomará lo mismo.

Aunque no me hace ni caso.

—Pero también pediré los bocaditos de bacalao rebozado y el popcorn chicken.

Ella asiente, sonriendo tan ampliamente que casi me duelen las mejillas por ella.

—Yo también tomaré una pinta de Buddyz Best —le digo.

Jasper extiende su menú.

—Que sea una jarra.

Nos lee el pedido y se va corriendo. Siento que el resto del personal nos mira, pero no les hago caso. La mirada de Jasper me revuelve el estómago y me aprieta los muslos.

Vuelvo a mirar por la ventana el lago oscuro e intento ordenar mis pensamientos.

Porque he estado mirando fijamente a Jasper Gervais desde que tenía diez años, y de repente... él me devuelve la mirada.



—Creo que el popcorn chicken combina mejor. —Me reclino en el asiento y me acaricio el estómago. Una vez que tuvimos nuestras ensaladas, Jasper hizo la excelente observación de que la cerveza no combina muy bien con la lechuga. Explicó que no le estaríamos dando el sabor justo si no la probáramos con algo adecuadamente grasiento y salado.

Así es como me encontré devorando carnes fritas y considerando sus méritos mientras disfrutaba de una segunda jarra de cerveza barata que no sabe tan bien sin importar con qué la acompañe.

A lo que sabe, sin embargo, es a rebelión. Y por ahora, eso es suficiente para mí.

Jasper asiente, evaluando los platos que tenemos delante.

—Creo que tienes razón. Pero me encanta el pescado y las patatas fritas con vinagre.

Sí, también pedimos patatas fritas. Según Jasper, decir 'pescado' y no 'pescado y patatas fritas' es raro. Durante toda la glotonería, no ha dicho ni una palabra sobre mi peso ni ha mencionado lo mucho o poco que como. Sólo me ha puesto comida delante y me ha hecho partícipe de la diversión de probarlo todo con él.

Incluso con todo tan jodido, no recuerdo la última vez que me sentí tan relajada.

Esta noche estoy disfrutando de ser yo misma, y me siento bien sin preocuparme de las calorías o de cómo perciben todos a mi alrededor cada uno de mis movimientos.

—Justo. Eso fue increíble también. Además, esas patatas fritas son



totalmente caseras.

Se mete otro en la boca, mastica y asiente con aprecio.

—Creo que tienes razón. ¿Quieres jugar una partida de billar antes de que volvamos y nos desmayemos?

Levanta la barbilla justo por encima de mí, con los ojos clavados en mi hombro. De nuevo. Cuando me giro para mirar la mesa de billar, le echo un vistazo furtivo para ver si he derramado algo allí o me ha salido un pelo largo de un lunar o algo así.

Al ver que mi piel está limpia, tarareo contemplativa al divisar la mesa de billar. No está demasiado concurrida, pero tampoco vacía. Hay gente pululando por allí, lo que demuestra lo mal que se me da jugar al billar.

Y odio ser mala en las cosas. Odio fracasar. Odio perder. Soy competitiva hasta la médula.

—Realmente no sé cómo.

—Bueno, tendré que enseñártelo. —Jasper se levanta a empujones y, con dos pasos, ha rodeado la mesa y se cierne sobre mí con una mano extendida. Parece relajado. La forma en que su cabello se enrosca en la parte de atrás de su gorra hace que me piquen las puntas de los dedos.

—Estoy bien. Sólo te vigilaré.

Se burla juguetonamente.

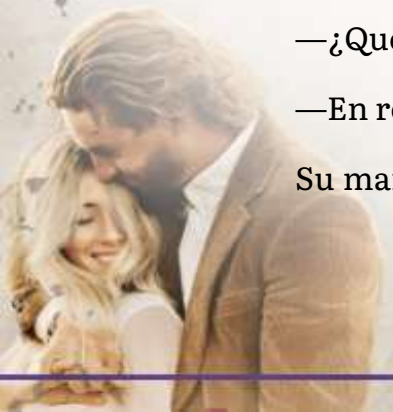
—Vamos, Sunny. ¿WWBD?

—¿Eh? —Mi cabeza se inclina hacia un lado y miro con escepticismo su ancha y cálida palma.

—¿Qué haría Beau? WWBD.

—En realidad creo que es más trabalenguas que decir la frase.

Su mano rebota delante de mí.



—Deja de dar rodeos. Vámonos. Beau jugaría al billar aunque lo hiciera fatal. Y se divertiría apestando[3].

Le hago una mueca sugestiva a Jasper. Estoy segura de que no lo dijo con esa intención, pero después de varias pintas de cerveza de mierda, se me va la cabeza.

Su rostro, habitualmente serio, estalla de inmediato en una sonrisa que le quita el aliento, mientras recorre la habitación con la mirada y suelta una carcajada. Dientes blancos. Hoyuelos ocultos bajo la barba incipiente. Es imposible mirar a Jasper sonriendo y no sonreír también.

Se me escapa una carcajada y golpeo con la palma de la mano la suya mientras me levanta.

—Bien. Pero voy a *apestar*.

Su lengua se desliza por sus labios de forma casi sugerente, meneando la cabeza como si estuviera en apuros. Algo en la combinación hace que un dolor se despliegue detrás de mis caderas. Es sexy sin esfuerzo. Me distrae por completo.

—Pero te vas a divertir haciéndolo. —Me señala mientras suelta mi mano y toma nuestras cervezas antes de volverse hacia la mesa de billar vacía de la esquina.

Nos estamos pasando de la raya con esta broma, incluso para nosotros, pero el alcohol que corre por mis venas me hace sentir más atrevida de lo habitual.

—¡Siempre lo hago! —le digo alegremente a su ancha espalda que presiona rítmicamente contra la tela gris de su camisa mientras se aleja, sabiendo que lo seguiré porque tiene mi cerveza y un culo de muerte.

Veo cómo inclina la cabeza hacia atrás al escuchar mis palabras. Una



3 En inglés: Sucking, que significa apestar o Chupar.

pequeña oración por paciencia, estoy segura.

—Jesucristo, Sunny.

Después de dejar nuestras bebidas en una mesa alta, toma dos tacos y se vuelve hacia mí con un brillo desafiante en los ojos. El corazón me da un vuelco y el alivio me golpea como un maremoto. Estaba tan preocupada por él. Cuando se encierra en sí mismo, me asusta. Me preocupa que si retrocede demasiado, si se desliza por esas grietas oscuras, no pueda volver a salir.

O no volverá a salir igual. Melancólico y tímido, pero dulce. Jasper Gervais es tan dulce bajo su exterior huraño que casi hace que me duelan los dientes.

Ese es otro lado de él que poca gente llega a ver. Y creo que eso también me gusta de él. No regala su atención de cualquier manera. No tararea distraídamente por lo que le dices mientras navega por su teléfono. Si tienes la atención de Jasper Gervais, lo tienes todo, y eso es porque él quiere que la tengas.

No sólo me escucha. Me *oye*. Me *ve*.

Y hay algo precioso en eso, en la forma en que puede mirar a alguien y hacerle sentir la única persona de la habitación. No es ostentoso, no es el alma de la fiesta, pero sabe cómo hacer que una persona se sienta especial, que se sienta querida y cuidada.

Nunca he conocido un alma más *presente*.

¿Cómo es? Me habla. Siempre lo ha hecho. Es como una manta cálida en la que quiero envolverme. ¿Y cuando sus ojos brillan y su sonrisa es suave como ahora?

Olvídalo. Es impresionante.

—¿Lista para jugar?

—Hagámoslo. —Mis ojos se abren de par en par. Dios mío. ¿Qué me pasa?



— Billar. Hagamos el billar. —Levanto una mano—. Jugar al billar. No hacer el billar. Ja. —Rápidamente tomo mi cerveza y le doy un trago mientras Jasper se ríe de mí.

*Hermoso imbécil mata-cerebros.*

—¿Tengo que cortarte?

—Cállate, Gervais. Vamos a jugar.

Le arde fuego en los ojos y me mira fijamente.

—De acuerdo, Sloane. Vamos a jugar.



# 15

## Sloane

Jasper: ¿Por qué tardas tanto ahí dentro?

Sloane: Me estoy dando una charla de ánimo borracha.

Jasper: ¿Qué es eso?

Sloane: Es cuando me echo agua en la cara a mí misma en el espejo. Luego me digo que me recomponga y sea genial.

Jasper: ¿Estás hablando sola en el baño de mujeres para ser… genial?

Sloane: Exactamente.

Jasper: Sunny. Sé menos genial. Ven a salvarme. La camarera sigue intentando hablar conmigo.

Sloane: Así que habla con ella.

Jasper: No me gusta hablar con la gente.

Sloane: Hablas conmigo.

Jasper: No eres *gente*.

Sloane: Lmao. ¿Qué soy entonces?

Jasper: Mi persona.



—Basta. Ya estoy muerta.

Ladra una carcajada mientras rodea la mesa y se inclina sobre ella. ¿Se supone que el billar es sexy?

Porque Jasper hace que parezca sexy.

Su duro cuerpo se apoya en la tapa de fieltro verde. Sus manos venosas envuelven ligeramente el taco.

La forma en que sus ojos se entrecierran como si esto fuera una final de la Stanley Cup o algo así. La forma en que esa sonrisa infantil ilumina su cara cuando me quejo de que me patea el culo. Odio perder... y sin embargo, por verlo sonreír así, perdería una y otra vez. Me sentaría en un tejado frío. Bailaría bajo la lluvia. Me iría de viaje y bebería cerveza de mierda y comería comida grasienta.

Por Jasper haría cualquier cosa. Excepto decirle eso.

Porque cuando me rechace, me romperé. Un millón de pedacitos de mí esparcidos al viento. No importa que mi amor por él sea patético y trágicamente no correspondido.

Simplemente es así. El cielo es azul. La hierba es verde. Y he amado a Jasper Gervais desde el primer día que puse mis ojos en él.

Con unas cuantas pintas de cerveza barata de más, es fácil admitirlo porque mis muros mentales se han evaporado por completo. Soy una mujer de veintiocho años con un enamoramiento infantil unilateral que me consume el alma. Es hilarante si lo pienso.

Una risa de niña borracha brota de mí, y no me río conmigo, definitivamente me río *de* mí.

—¿Ves? Acabas de hacer un chiste sobre estar muerta. Te ríes de la mierda más morbosa.

Jasper me sonríe desde debajo de su gorra, apoyado en el taco de billar



vertical.

Sacudo la cabeza con una sonrisa y bebo otro sorbo. Realmente me río de cosas inapropiadas.

Si *él* lo *supiera*.

—Realmente soy un desastre en esto. Yo también me odio un poco por ello —respondo, pero me río mientras lo digo.

Su barbilla se inclina hacia mí antes de moverse en mi dirección desde el lado opuesto de la mesa.

—Toma. Deja que te enseñe. Lo estás sujetando demasiado fuerte.

Jasper deja su taco en la pared y se coloca detrás de mí. Su aroma a menta fresca me recuerda cuando lo escuché ducharse en la misma habitación de hotel que yo. El olor de su jabón se esparcía por el vapor cuando salía de la ducha con una toalla alrededor de la cintura y tatuajes oscuros que dibujaban cada línea de músculo. No llegué a verlos todos porque no quería quedarme embobada.

Me obligué a mirar fijamente el e-reader en mi regazo. Pura tortura. Me quedé mirando la misma página del mismo libro durante los diez minutos, como si a mi capacidad de leer le hubieran crecido alas y hubiera salido volando de mi cabeza con solo pensar en él desnudo y enjabonado.

Claro, hemos vivido en la casa del rancho durante la última semana, pero había tanta otra gente entrando y saliendo del lugar que nunca sentimos que estuviéramos realmente solos, aparte de las noches que pasamos sentados en el tejado.

¿Ahora? ¿En la carretera juntos? Es como si estuviéramos completamente aislados.

—Así. —Sus pectorales chocan contra mis hombros cuando se coloca detrás de mí, rodeándome el torso con los brazos como si fueran una jaula. Mi cuerpo se agarrota, y él no ayuda cuando dice suavemente—: Relájate, Sloane.



Inclínate sobre la mesa.

Mis mejillas se inflaman como una cereza y trago saliva antes de hacer lo que me dice. Doblo las caderas, deslizo la mano izquierda por el taco y la alineo con la bola blanca.

Ya soy mala jugando al billar, y que Jasper imite cómo me folla por detrás en público no va a hacer que mejore. Todas las bolas son sólo un borrón de color ante mí porque mi cuerpo está completamente concentrado en el suyo. La sensación. El olor. La forma en que mi pecho vibra por las mariposas que se agolpan allí.

Me río.

—Creo que una vez vi esto en una película de Hallmark.

Su mano derecha me toma el codo y la izquierda se desliza por mi brazo mientras ajusta suavemente mi posición.

Lo que más me preocupa es machacarle el culo como una gata en celo. Las botellas de cerveza son reales. Tan reales como la espiral de vergüenza será mañana.

*Sé genial.*

*Sé genial.*

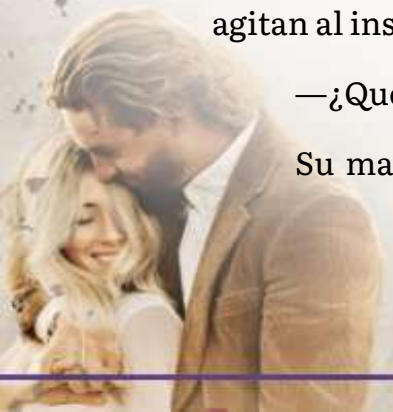
*Tranquilízate.*

Incluso mi voz interior se resopla mientras me doy otra charla de ánimo interna.

—Esto no es una película de Hallmark, Sunny. —Su cálido aliento me acaricia el cuello y me revuelve el cabello. Respiro rápido y mis pezones se agitan al instante cuando sus caderas se alinean con las mías.

—¿Qué es? —Mi voz sale como un susurro ronco.

Su mano izquierda sube, su pulgar roza una vez el hueso de mi muñeca



antes de deslizar sus dedos sobre los míos.

—Relájate. —Me mueve suavemente la muñeca. Creo que intenta indicar que mi mano está demasiado tensa. Y entonces observo embelesada cómo las yemas de sus dedos se empolvan sobre el enorme anillo de diamantes que aún adorna mi dedo.

—Este es un amigo enseñando a otra amiga cómo sostener un taco de billar correctamente.

—Bien. —Se siente como hundirse en ese lago helado de nuevo. Una fría dosis de realidad.

Tira de mi taco hacia atrás mientras me ayuda a alinear el tiro y luego lo empuja hacia atrás por el pliegue de mi pulgar. Cuando la punta cubierta de tiza golpea la bola, nos quedamos inmóviles. Su cuerpo sobre el mío. Mi cuerpo contra el suyo.

En ese momento, nos apretamos el uno contra el otro.

Sólo escucho el ruido metálico de las bolas chocando entre sí y los latidos de mi corazón. Observamos juntos, respirando el aire que el otro exhala, cómo la sólida bola morada cae en la tronera.

Y luego se aleja. Como siempre. Y yo sigo inclinada sobre la mesa, pensando demasiado en una interacción perfectamente inocente.

Como siempre hago.

La voz que escucho a continuación suena como tiza retorciéndose en la punta de fieltro de mi taco de billar.

—¡Oh, Dios mío! ¿Eres Jasper Gervais?

Ni siquiera necesito mirar para saber que Jasper ofreció una sonrisa incómoda y su característica inclinación de cabeza para provocar los chillidos de niña que ahora asaltan mis oídos.

Me levanto y me dirijo al perchero sin mirar atrás. Aprieto el taco contra



las garras que lo suspenden en la pared antes de girarme y contemplar la escena.

Me permito un profundo y desesperado respiro antes de esbozar una sonrisa y dirigirme hacia la cerveza que me espera.

Dos chicas adulan a Jasper. Las veo, pero no realmente. Como siempre, solo veo a Jasper. La forma en que su cuerpo se tensa, la ligera mancha melocotón que asoma bajo su barba incipiente por sus mejillas, sus manos doblándose obsesivamente en el ala de su gorra.

Me deslizo a su lado, tomo mi cerveza y veo cómo los ojos de una chica se fijan en mi anillo.

—Oh, mierda. ¿Están juntos? —Su dedo se mueve perezosamente entre nosotros.

Jasper gira la cabeza en mi dirección, clavando sus ojos en los míos como si yo pudiera salvarlo. Pero, ¿salvarlo cómo? No estoy segura. Y menos después de que me dijera de la forma más clara posible que soy su amiga mientras me inclinaba sobre una mesa de billar.

Si eso se sintió platónico para él, bueno, que me jodan de costado, debo estar totalmente borracha.

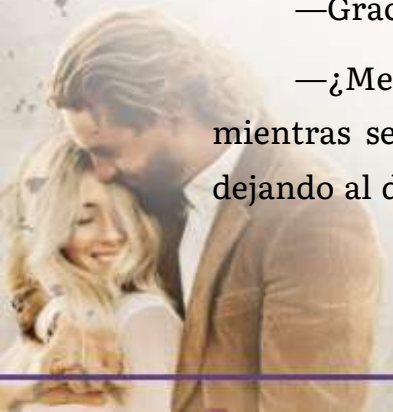
—No. Somos amigos.

La chica sonríe y suspira aliviada.

—Bueno, felicitaciones por el compromiso. —Los ojos de todos se posan en mi mano, y yo levanto la cabeza lentamente, ofreciéndole a cambio una débil sonrisa.

—Gracias.

—¿Me firmas la parte de atrás de la camiseta? —pregunta su amiga mientras se baja el abrigo y se echa el cabello por encima de un hombro, dejando al descubierto su espalda y su cuello desnudo a mi estúpido-hermoso-



amigo-primo, que se limita a tomar el bolígrafo que le tiende la otra chica.

Cuando la mano de él pasa por encima del hombro de ella para sujetarle la camisa, me alejo y pido otra cerveza que no necesito porque no puedo soportar la visión de su mano sobre otra mujer.

Siento como si hubiera carbón caliente ardiendo en mis entrañas.

Giro mi mano en un gesto de *vamos a ponernos jodidamente en marcha* hacia el camarero, y él me sonríe. Probablemente se da cuenta de que me tambaleo o de que tengo los ojos vidriosos. ¿Pero saben qué? Me da igual. He sido muy obediente con mi familia. He sido una profesional en mi carrera. Y he tenido algunas semanas de mierda. Si quiero ver mi vida dar vueltas por el retrete, al menos puedo tomarme unas deliciosas Buddyz Bests mientras lo hago.

Miro a Jasper por encima del hombro. Sus manos siguen apoyadas en la espalda de la chica mientras se agacha para firmarle su camisa blanca.

Si la envidia fuera un arte, yo sería una maestra. A lo largo de los años, me he torturado viendo los premios de la NHL. Lo he visto año tras año con una mujer diferente, cada una más despampanante que la anterior. Las veía arregladas, paseando por la alfombra roja, sonriendo a las cámaras y, cuando terminaba, me metía en la cama e imaginaba lo que estarían haciendo en ese mismo momento.

Me los imaginaba chocando copas de cristal llenas de champán de lujo, rodeados de otros jugadores en algún club lujoso, seguidos de una tranquila habitación de hotel, donde Jasper le quitaría su vestido brillante y ceñido. Porque ellas siempre son elegantes y brillantes.

Sus labios.

Sus manos.

Sus gemidos.



Imaginarlo es más fácil que verlo de cerca.

Envuelvo con las manos los resbaladizos vasos de pinta que aparecen ante mí y vuelvo a nuestra mesa.

—Quiero que me firmes las tetas —es la primera frase que escucho, y me hace bajar los vasos de cerveza con más fuerza de la que pretendía. La borrachera choca con la rabia y hace que el líquido dorado me salpique en las manos.

—Sólo firmo papel, ropa y productos promocionales —es la sencilla respuesta de Jasper. Seguro que ha escuchado esta petición de firmas en tetas muchas veces.

Me doy la vuelta y me limpio las manos en los vaqueros, sin importarme las manchas de humedad que dejan.

La chica se acerca y pone los ojos en blanco como si lo que ha dicho no importara.

—Vamos. Aquí apenas hay nadie. —Sus labios se inclinan en una sonrisa y ella tira del escote de su ya profundo cuello en V hacia abajo aún más—. Aquí mismo.

—Lo siento, no.

¿Se está disculpando con ella? Sus ojos se posan en los míos y, para su honra, ni siquiera echa un vistazo a su escote que ahora muestra el ribete de su sujetador rojo de encaje.

—¿Prefieres hacerlo en el baño para que nadie pueda ver?

Sus ojos están tensos y escrutadores. Parece un perro mirándome a través de los barrotes de un refugio, desesperado por que alguien lo salve, lo proteja. Creo que siempre lo ha necesitado de alguna manera.

Sosteniendo su mirada azul marino, bebo un trago y, maldita sea, cuanto más Buddyz Best bebo, mejor sabe.



—Chica, para. Te estás avergonzando a ti misma —le suelto, desviando la mirada hacia la mujer que le está enseñando las tetas como si fuera el plato del día en un restaurante de comida rápida.

Me estoy encogiendo por Jasper, pero también por ella.

Hilarantemente, me estoy encogiendo para mí también.

Encogimiento por todas partes.

Sus ojos se entrecierran y sus hombros tiemblan.

—Sólo se hace el duro. —Se vuelve hacia Jasper con una lenta sonrisa felina estirándose en sus labios—. Pero yo soy paciente. Y me gusta jugar.

Resoplo de la manera más poco femenina, mi consumo de alcohol realmente sale a relucir. Pero es como si me estuviera observando desde arriba. La pequeña Sloane bajando por una pendiente resbaladiza sin poder parar.

—¿Jugar a qué? ¿Acoso sexual?

La chica cruza los brazos bajo sus pechos, empujándolos hacia arriba de nuevo. Y Dios, son realmente grandes. Admito que siento un poco de envidia.

—Rico viniendo de la chica que acaba de estar toda apretada contra un hombre que no es su marido. Apuesto a que a tu verdadero marido le encantaría saber que estás aquí prostituyéndote con un jugador de la NHL.

Una sonora carcajada brota de mi garganta y todos me miran, atónitos.

—¿Prostituyéndose? —Tiene gracia. Sterling usaría sin duda el término 'prostituirse'.

Me vuelvo a reír y las chicas me miran como si estuviera mal de la cabeza. Y no se equivocan.

La idea de que Sterling sepa que estoy de viaje con Jasper, que estamos compartiendo habitación de hotel, jugando al billar y divirtiéndonos, es de repente profundamente satisfactoria.



E hilarante.

Puedo imaginar vívidamente la vena de su frente palpitando y sus carnosos dedos enroscándose sobre sí mismos mientras pisa fuerte y exige que vuelva a casa. De repente, Sterling Woodcock no es más que un niño pequeño maleducado y con la cara roja en mi cabeza, y la imagen me pone al borde del abismo.

La risa brota lentamente y, antes de darme cuenta, me estoy riendo tan fuerte que se me saltan las lágrimas.

Jasper niega con la cabeza, pero en su cara se ve claramente la diversión. Se acerca y me pasa un largo brazo por los hombros.

—Hora de irse, Winthrop. —Se vuelve para guiarnos, con las chicas claramente confundidas.

—¡No! Necesito terminar mi Buddyz Best para poder completar mi formación como entendida. Y tú tienes que firmarle las tetas a esa chica para que siga fingiendo que quiere tu autógrafo cuando lo que quiere es que le acaricies los melones.

El sonido de una burla y la visión de las chicas dándose la vuelta para marcharse llama mi atención momentáneamente.

—Espero de verdad que localice a Sterling y le cuente esto.

La risa de Jasper retumba contra mí mientras me lleva a nuestros abrigos, y eso solo me hace reír más. Es tan satisfactorio. Aunque esté haciendo el ridículo. Ya no me importa. El punto de preocuparse fue hace dos cervezas.

—Sunny, estás borracha , y todos los melones van a permanecer en la sección de productos.

—Eran grandes, Jas. Y tan redondos. —Levanto las manos delante de mí e imito que aprieto unos pechos—. Estoy un poco celosa si te soy sincera. Mataría por unos melones así. ¿Sabes en qué tienda los venden? Pagaría un



buen dinero.

Me cubre con mi abrigo y se echa el suyo sobre el brazo antes de tirar el dinero sobre la mesa. Luego vuelvo a abrazarme a él y salimos a la noche oscura y helada.

—Eres perfecta tal y como eres, Sloane. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Normalmente me acicalaría y me pensaría demasiado esa frase, pero ahora mismo me limito a soltar una risita.

—¿Estás diciendo que mis melones son bonitos? —Saco pecho y los acaricio.

—Un día de estos me vas a meter en un lío —responde.

—¿Me firmarías los melones si yo te lo pidiera?

—Necesito traerte un poco de agua.

—No seas un palo en el barro, Gervais. Responde a la pregunta.

—No lo sé, Sloane. —Se le escapa el aliento mientras recorremos el corto camino de vuelta a nuestra habitación de hotel—. Es difícil imaginarte pidiéndome eso porque me conoces muy bien. Realmente demostraste que entiendes lo mucho que odio esa mierda disparando por la cadera[4] como una loca total.

Mi cabeza da vueltas y me apoyo en su robusta figura.

—¡O! —Levanto un dedo triunfalmente—. ¡Disparando desde las tetas!

—Señor, ayúdame —gime.

—¡Como las chicas de Austin Powers! Ya las conoces. ¿Los sujetadores bala? Qué genial.



4 Shooting from the hip/ Disparar por la cadera: Reaccionar sin considerar cuidadosamente sus palabras o acciones.

—Gracias por cuidarme, Sunny —es todo lo que responde mientras me da un apretón.

Apoyo la cabeza en el borde de su hombro.

—Siempre, Jas. Además, creo que les gusté mucho a esas chicas.



# 16

## Jasper

Harvey: ¿Ustedes tienen un lugar seguro para pasar la noche?

Jasper: Sí. Hotel en Rose Hill.

Harvey: ¿Dos habitaciones o una? ;)

Jasper: No seas raro. Una habitación, dos camas.

Harvey: No soy raro. Tú eres el que está colado por tu prima.

Jasper: Ella no es mi prima.

Harvey: ¡Ja! Pero no negaste estar colado.

Sloane está borracha.

Hilarantemente borracha.

Totalmente sin filtro.

Y apoyándose en mí mucho más fuerte de lo que nunca imaginé que alguien de su tamaño podría.

Sus risitas suaves acompañan el zumbido bajo de las luces de neón amarillentas que hay sobre nosotros en el pasillo del hotel, y ella sigue pisándome los pies.

—Eres una bailarina. ¿No se supone que debes ser grácil?



Me ignora y levanta la cabeza en mi dirección.

—¿Te has dado cuenta de que tienes un grano justo...? —Me señala un punto cerca de la línea del cabello que se curva alrededor de la sien.

Resoplo.

—No, Sloane. Últimamente no me preocupa mi piel.

—Es molesto. Seguro que te lavas la cara con champú, nunca te hidratas y sólo te pones crema solar cuando estás de vacaciones. Y sigues teniendo ese aspecto. —Su mano me señala el cuerpo.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la llave de la habitación.

—Me lavo la cara con jabón líquido.

Ella gime y echa la cabeza dramáticamente hacia atrás, mirando al techo.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué? Mi cara es parte de mi cuerpo.

—No tiene lo que hay que tener. —Se balancea mientras tira de sus zapatos y yo reprimo una carcajada—. Aunque huela divinamente, a menta y a lo que sea.

—Menta y eucalipto. El mismo jabón que uso desde hace años. ¿Qué cosas necesita mi cara?

Un zapato pasa volando y golpea la pared.

—¡Vaya! —Sus ojos se abren de par en par y vuelve a reírse. Me alegro de que sea una borracha feliz. No creo que pudiera soportar que estuviera triste ahora—. Vitamina C. Péptidos. Ácidos exfoliantes. No vas a rejuvenecer. Deberías considerar el retinol, pero luego tienes que ponerte protector solar todos los días. Dios mío. —El siguiente zapato sigue su ejemplo y ella entra en el cuarto de baño—. Tengo la mejor idea.

—Sunny, no estoy seguro de que este sea el momento en el que se te



ocurran tus mejores ideas.

—¿Me estás llamando borracha, Gervais? —grita desde la pequeña habitación.

Escucho ruidos mientras me quito los zapatos y enderezo los suyos junto a la puerta.

—Nunca. Estás perfectamente sobria. Pero te voy a traer una botella de agua y te la vas a beber, ¿de acuerdo?

—¿Hay alguna de esas botellitas de Grand Marnier o lo que sea? Los hoteles siempre están llenos de alcohol que nadie bebe. Quiero decir, ¿quién bebe Grand Marnier?

Suelto una carcajada y me dirijo a la nevera. Hay dos botellas de agua.

—No creo que este sea un hotel del tipo Grand Marnier.

Sale de la puerta del baño en cuanto me enderezo, con una botella de plástico en cada mano.

Pero también tiene otras botellas en la mano.

—¡Faciales! —chilla.

—¿Qué? —Parpadeo una vez, mirando su suave cabello rubio y sus ojos alegres.

Sostiene una botella morada y un bote verde de cristal con algo y me los agita como si fuera estúpida.

—Me beberé tu agua si me haces un tratamiento facial.

Tengo que decir que el primer lugar al que va mi cabeza no es a los productos de belleza.

—No te preocupes. Yo también te daré uno.

Me viene a la mente la imagen de Sloane a horcajadas sobre mi cara, con mis manos en su culo mientras me mira fijamente a los ojos.



No es la primera vez. Normalmente, alejo el pensamiento, pero esta noche me siento lo suficientemente suelto como para dejar que perdure. Para verla moverse. Para pensar en los sonidos que podría hacer.

—¡Anímate, Gervais! —Salta sobre la cama, deja caer los productos de cuidado de la piel sobre el colchón y me hace un gesto hacia ella, doblando los dedos sobre la palma de la mano.

En serio, no ayuda. Toda la sangre de mi cuerpo corre hacia el sur, y la cubro lanzándole una botella de agua.

—Bebe esto primero —le digo mientras vuela.

Pero esta noche sus reflejos son lentos y la botella le da en la cara. Justo en la nariz.

Los chicos y yo nos tiramos botellas de agua en el banco todo el tiempo. Es algo natural. Se estremece y jadeo mientras doy largas zancadas hasta la cama para ver cómo está. Tiene las manos juntas sobre la cara y mueve los dedos para examinarse.

Me siento *fatal*. *Me* siento *mal*. La idea de que alguien le haga daño a Sloane -incluso yo- hace que el fuego corra por mis venas.

Cuando le toco el hombro, me mira y... Se echa a reír.

—¡Jas! ¡Me acabas de tirar eso a la cara, torpe hijo de puta!

—¡No lo hice! —Sacudo la cabeza en señal de negación—. ¡No era mi intención! Lo siento mucho. ¿Estás bien?

Se ríe más fuerte.

—¡Estoy bien! Estoy bien. Totalmente bien. —Sus palabras resuellan alrededor de su risa.

Mis palmas aprietan sus hombros al tiempo, lo que atrae su atención hacia mi cara.



—Sunny, estás loca ahora mismo. Necesitas beber un poco de agua.

Sus labios se retraen mientras lucha por mantener la compostura.

—De acuerdo. —Asiente y abre la botella de agua que tiene al lado. Se la lleva casi a los labios y se detiene, mira hacia otro lado y vuelve a estallar en carcajadas—. ¡No puedo creer que me hayas pegado en la cara así!

Me froto la barba, intentando no reírme, pero es contagioso.

—No era mi intención.

—Lo sé. Pero no deja de ser gracioso.

Ahora cruzo los brazos, intentando transmitirle lo serio que estoy.

—No tiene gracia.

—Eso es sólo porque no te viste la cara. —Ella contorsiona sus facciones en una expresión muy exagerada de horrorizado shock.

Y luego se ríe un poco más.

Gruño y dejo caer la gorra sobre el escritorio.

—Seguro que te echaban de clase por reírte.

Su dedo índice sale de la botella de plástico y me señala mientras bebe un trago de agua.

—Hechos.

No puedo evitar reírme. Me lo imagino. La cama se hunde un poco cuando me siento en el borde, no demasiado cerca de Sloane. Ella sigue sorbiendo su agua mientras se le pasa la risa, y yo tomo los dos productos que ha sacado del baño.

—De acuerdo, bien. Te haré un tratamiento facial.

Esta vez, cuando se ríe, el agua sale rociada hacia el frente de la habitación.



—Dios mío. —Me tumbo en la cama y me paso un brazo por la cara, sintiendo que mi cuerpo vibra mientras me río con ella. Siempre me ha causado ese efecto. Su carácter alegre es contagioso. A veces me resisto, y ahora mismo no sé por qué.

Se tapa la boca con una mano y por detrás dice—: Lo siento. No puedes confiar en mí ahora.

—Bien. Más agua. Luego puedes ponerme cualquier cosa vudú que sea esto.

—Manera de evitar decir *facial*. —Ahora está sentada sobre sus rodillas, mirándome desde arriba mientras sorbe cuidadosamente su agua.

—Por favor, no me escupas agua en la cara —le respondo mientras la miro fijamente y nuestros ojos se clavan el uno en el otro sin soltarse. Sin el ala de mi gorra, me siento expuesto, al descubierto, pero por ella no estoy seguro de que me importe tanto.

Que la gente me mire demasiado de cerca me pone nervioso, hace que me pique la piel. Pero con los ojos de Sloane sobre mí, todo lo que siento es calidez.

Cuando el contacto visual silencioso parece prolongarse demasiado, levanto el tubo morado y leo las instrucciones mientras ella se acaba toda la botella de agua. Una vez vacía, la arroja por encima del hombro. Con una sonrisa de satisfacción, toma el tubo, abre el tapón y exprime arcilla blanca en la punta de los dedos.

—Dice que primero debes lavarte la cara con agua tibia.

Sloane pone los ojos en blanco.

—Rico viniendo del tipo que se limpia la cara con jabón corporal.

Y luego me lo unta en la frente. Por la nariz. Por los pómulos. Sus ojos adoptan una mirada ligeramente lejana mientras sus suaves dedos se deslizan por la piel de mi rostro. Frunce el ceño, concentrada, y sus ojos de iris glaciar



recorren cada rincón de mi cara mientras extiende meticulosamente la arcilla. Me atrapa mirándola fijamente, y yo dejo de mirarla, cerrando los ojos como si eso pudiera ayudarme.

Excepto que, tras la intimidad de mis propios párpados, su tacto me hace saltar chispas de electricidad por la piel y la oscuridad se transforma en la imagen de ella inclinada sobre la mesa de billar frente a mí. Aún puedo sentir su esbelto cuerpo bajo el mío, aún puedo sentir cómo se crispaba mi polla antes de que tuviera que obligarme a no apretarme contra ella.

Porque los amigos no machacan sus pollas en los culos perfectos de sus amigas. Simplemente no se hace.

A pesar de esa regla de amigo, siento la familiar sensación de hinchazón de todos modos, y me hace tambalearme y alejarme de su tacto.

—De acuerdo. Así está bien —refunfuño, con la espesa sustancia arcillosa hormigueándome y tirándome de la cara—. Tu turno.

Asiente con la cabeza, con los ojos un poco abiertos. No sé qué le ha pasado por la cabeza mientras me restregaba eso por la cara, pero ahora hay una tensión inmediata entre nosotros. Las notas juguetonas han desaparecido. Como en el lago. Como en la maldita mesa de billar.

Tomo el tubo y exprimo una porción de arcilla con la punta de los dedos. Al acercarme a su cara, miro fijamente su boca en lugar de sus ojos, pensando que así me distraerá menos.

Me equivoco.

Todo sobre Sloane Winthrop es una maldita distracción. Y llevo mucho tiempo intentando no darme cuenta.

Cuando le rozo el pómulo con los dedos, respira agitadamente. Nuestras miradas se dirigen a mi mano, que tiembla sutilmente bajo el escrutinio.

Trago saliva y sigo adelante, obligándome a fijarme en mis dedos y en



dónde extiendo la arcilla en lugar de en su melancolía. Tengo que tener cuidado con ella. No quiero que le caiga en el cabello. O en sus ojos. Me gustaría que mi punto más bajo de la noche siguiera siendo golpearla en la cara con una botella de agua.

Cuando extiendo el material sobre su mandíbula y lo paso por su barbilla, las puntas de mis dedos se deslizan sobre su labio inferior. Lo veo a cámara lenta. Blanco tiza sobre rosa felpa. Mis dedos. Su labio. La forma en que se aplana y presiona hacia un lado con la menor presión. Todo en ella es tan suave y maleable.

Vuelve a jadear, abre la boca, y esta vez mis ojos se clavan en los suyos. Son grandes y brillantes, de todos los tonos de azul. Un caleidoscopio de colores. Un cielo de pradera. Un huevo de petirrojo. Un lago glaciar. Rayas de algo más oscuro, haciendo resaltar todos esos colores pálidos.

Y ese maldito jadeo es un relámpago en mi ingle.

—¿Sabes qué? —Sus pestañas caen como una cortina, y se aparta, desplegándose de la cama—. Terminaré esto yo misma. No te obligaré a hacerlo.

Antes de que pueda decir nada, está en el baño y el lavabo está abierto. Cuando llego, se está restregando la cara y evita mirarme a los ojos.

Al final me dedica una sonrisa plana mientras me echa una mirada furtiva a través del espejo, con los ojos clavados en mi cara, que está cubierta de lo que parece pintura blanca seca. Se me pega a la barba incipiente y se agrieta en algunos puntos.

En cierto modo me recuerda a mí mismo. Un caparazón frágil. Una pequeña grieta y todo puede estallar.

—¿Estás bien?

—Sí —dice un poco demasiado alegre mientras se seca la cara—. Me acabo



de dar cuenta de que debería irme a la cama si no quiero sentirme como una mierda mañana.

Cuando se va, suelto un fuerte suspiro y dejo caer las palmas de las manos sobre el mostrador que tengo delante.

No estoy seguro de lo que nos pasa hoy, pero los dos nos vamos a sentir como una mierda mañana, independientemente de la ingesta de alcohol.

Porque Sloane tendrá resaca. Y yo voy a estar cansado de estar despierto toda la noche luchando contra pensamientos sobre todas las cosas sucias que quiero hacerle y esos labios suaves e hinchados.



# 17

## Sloane

Sloane: Envía ayuda.

Summer: ¿Ayuda con qué? ¿Están bien?

Sloane: Tengo tanta resaca. Me quiero morir.

Willa: Bien. Espiral de vergüenza. ¿Te lo tiraste?

Sloane: No. Nos dimos faciales y nos desmayamos torpemente.

Willa: Choca esos cinco. Me encanta cuando Cade me da un facial.

Summer: Buen Dios.

Sloane: Eso no es lo que quise decir.

Realmente lo clavé cuando dije que me iba a sentir como una mierda total por la mañana.

Es como si hubiera tenido una premonición o algo así. Porque mi cabeza late con fuerza, hay un peso que me recuerda mucho a la vergüenza presionándome el pecho y el silencio en el camión es jodidamente *ensordecedor*.

Jasper y yo nos dimos los buenos días. Me preguntó cómo tenía la nariz y le puse los ojos en blanco. Se comporta como si me hubiera golpeado con una bola rápida, no como si me hubiera lanzado una endeble botella de agua que me rodó por la cara.



Porque sí, recuerdo todo lo de anoche con un detalle insoportablemente claro. Estaba lo bastante borracha como para que nada me importara una mierda, pero no lo bastante borracha como para olvidarlo.

La mayoría de las veces diría que emborracharse y no desmayarse es una victoria. Pero anoche me habría desmayado con gusto. Habría evitado que me repitiera esa cinta en la cabeza.

El cielo sobre nosotros es gris oscuro y la nieve cae en copos gordos que golpean el parabrisas. El parabrisas donde ambos mantenemos la mirada fija.

Porque la mierda está incómoda esta mañana y probablemente sea porque me puse como una fiera con sus fans y luego lo arrastré de vuelta a nuestra habitación de hotel donde le pregunté si me firmaría los melones y si me haría una limpieza facial.

¿Qué puedo decir? Todos tenemos nuestros puntos de ruptura, y parece que yo he alcanzado el mío.

Echo un vistazo al velocímetro y vamos bastante por debajo del límite de velocidad.

Si vives cerca de las montañas el tiempo suficiente, sabes cómo son las nevadas fuertes antes de que lleguen. Y esto es así.

Yo lo sé. Y Jasper lo sabe.

Y conozco a Jasper lo suficiente como para saber que dentro de su cabeza ahora mismo, está agonizando por nuestra seguridad. Ese es su modo por defecto.

—Debes pensar que soy idiota —así empiezo nuestra conversación.

Su cabeza gira tan bruscamente hacia mí que me pregunto si le habrá hecho daño en el cuello. Su rostro se suaviza cuando sus ojos se posan en mí, y mi corazón da un vuelco. En unos segundos, ese rostro cincelado se vuelve hacia la carretera, con los nudillos blancos sobre el volante.



—No creo en absoluto que seas idiota.

—Mi vida es un caos y lo ignoro por decisión propia. Y anoche fui definitivamente idiota —bromeo, volviéndome para mirar por la ventanilla del copiloto las rocas y los árboles que se agolpan en el puerto de montaña con tanta fuerza que parece que pudiera abrir la ventanilla y tocar esa piedra oscura y escarpada. Los carámbanos se adhieren a los bordes afilados por la fuerte helada que cayó durante la noche.

—No. Te merecías soltarte. Fuiste divertida. Lo necesitaba. Me divertí. Nos divertimos.

—Hmm. —Dejo que sus palabras reboten en mi cabeza. *Nos divertimos*—. Siento si te he avergonzado.

—¿Cómo pudiste avergonzarme? —Parece realmente confundido.

—Con esas chicas. Yo fui una gran bloqueadora de pollas.

Ahora se ríe en voz baja.

—Y agradezco el bloqueo.

—Sólo dices eso. No finjamos que no disfrutas de la compañía femenina.

Me sorprende cuando responde sin rodeos—: Me gusta el sexo. Lo demás es demasiado.

Intento tragar saliva y acabo ahogándome, como la ganadora que soy ahora mismo. Siempre está tan callado. No esperaba que la palabra *sexo saliera de* sus labios tan fácilmente. Y mucho menos que dijera que le gustaba.

Me recupero con—: Te he visto salir con mujeres en esos premios elegantes y esas cosas. Buen intento.

Se encoge de hombros, y sus gruesos bíceps suben y bajan con el movimiento.

—Las apariencias engañan. A veces es una amiga de un amigo.



Normalmente es alguien a quien sólo veo de vez en cuando. Que consigue lo que quiero y no pide más.

—¿Como una follamiga? —Casi quiero decir amigos con derecho a roce. Pero la idea de que sea amigo de otra mujer es peor. El sexo es el sexo. ¿Amistad sin embargo? Con Jasper, la amistad es amor.

Se aclara la garganta.

—Básicamente.

Eso es algo tan jodidamente Jasper que decir. Escurridizo y reservado.

—Signifique lo que signifique. —Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirar las montañas. No sé cómo manejar esta nueva tensión entre nosotros. Antes, sólo estaba yo en mi cabeza. Ahora sus ojos se detienen demasiado, al igual que su tacto. Dedos entrelazados con los míos. Su mano en la parte baja de mi espalda.

—Significa que conocer a alguien a quien realmente le guste por *quién soy* y no por lo *que soy* parece francamente imposible en este momento de mi carrera. Significa que puedo pasar tiempo a nivel superficial con la gente, pero siempre vuelve a lo que hago por trabajo o cuánto dinero gano o lo famoso que soy. Significa que nunca puedo conocer a una persona sin que esa notoriedad se cierna sobre mí, y eso significa que cuestiono todo y a todos.

Me paso la lengua por el labio inferior y se me aprieta el pecho mientras desentraño todo lo que acaba de confesarme.

—Incluso mi madre aparece cuando salgo en las noticias o si me ve en la tele.

Me congelo. Jasper *nunca* habla de sus padres.

—¿Lo hace? —Mi voz es pequeña, y le miro con atención.

—Siempre.

—¿Sólo para… saludar?



Se burla y levanta una comisura de los labios. Pero no es por diversión. Es más bien un giro irónico, una tapadera para un profundo dolor.

—No, Sunny. Por dinero.

—Lo siento. ¿Sabes dónde está? —No es suficiente. No es suficiente. Pero no sé qué más decirle. Estoy fuera de mi profundidad con su accidente y todo lo que vino a raíz de él.

Me parece injusto que a una persona puedan ocurrirle tantas cosas terribles. Que un ser humano pueda desafiar las probabilidades tan completamente. Que el universo no haya podido esparcir un poco del dolor de Jasper sobre más gente para aligerar un poco su carga.

Su hermana. Su madre. Su padre. Ahora Beau.

Es cruel, y hace que me duela el corazón por él, siempre me ha dolido. Esos malditos ojos tristes en ese primer día de verano que me ahogué en ellos. Un abismo azul oscuro. A veces siento que me hundí en el fondo de ese océano profundo y me instalé allí.

Me perdí en los ojos de Jasper y nunca me fui.

—Ella va y viene. Ya sabes cómo es. Tras la muerte de Jenny, empezó a automedicarse. Y en un año, era otra persona, viviendo otra vida. Una que la llevó de albergue en albergue. De prisión a rehabilitación. A... Ya ni siquiera lo sé. —Hace una pausa, y todo lo que puedo pensar es que se convirtió en una persona que destrozó a su hijo más de lo que ya estaba—. Es culpa mía.

Sus palabras suponen un duro golpe.

He vivido una vida tan bonita y privilegiada, atada con un brillante lazo de satén. Nunca me han golpeado. Nunca perdí a un familiar. Nunca experimenté dolor físico que no fuera obra mía. Claro, mis padres tienen sus manías, pero nunca se han propuesto hacerme daño, ni se han preocupado tan poco por mí que hicieran algo que pudiera causarme dolor.



Pero imagino que así es como se siente.

—No *es* culpa tuya.

—Lo es. Y le envío el dinero para expiarlo.

Un gemido silencioso me duele en la garganta. Siento náuseas en el estómago y no sé si es la resaca o el tema de conversación.

—No tienes nada que expiar.

—Yo...

—No —le digo bruscamente, dando una palmada firme para interrumpirlo—. Nada de nada. Nada de nada. Te lo he dicho antes y te lo seguiré diciendo hasta el día que me muera. Tú eras un niño, ella era una niña, y fue un accidente.

Su respiración suena pesada, casi agitada, mientras ambos miramos por la ventana.

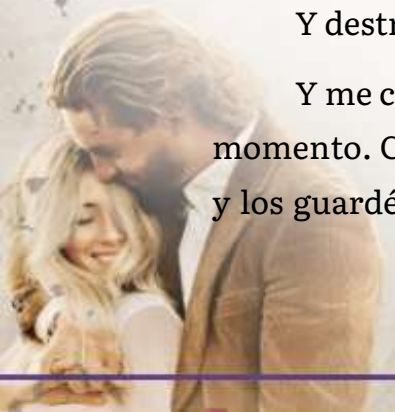
—Aún recuerdo la noche en que te conté lo que había pasado. Recuerdo que lloraste, lo que fue aún peor que decirlo todo en voz alta. Verte llorar... tan joven e ingenua...

Lo hice. Sollocé. Me desgarré por él, queriendo tomar parte de su dolor y hacerlo mío. Si el universo no lo ayudaba a compartir la carga, decidí que lo haría yo sola.

Aquella noche, con la luna como única testigo, un chico devastado divulgó sus secretos más profundos y oscuros a la persona más inconsecuente que pudo encontrar. Una chica que nunca lo miró con lástima, sólo con adoración.

Y destrozó su corazón por ella. Dejó todos los pedazos rotos a sus pies.

Y me convertí en la guardiana de esas piezas. No me opuse a la crudeza del momento. Creo que ni siquiera lo entendí realmente, pero recogí cada trocito y los guardé en mi corazón para que estuvieran a buen recaudo.



Con el tiempo le encontré sentido a su historia. La reflexioné. Me convertí en parte de ella, me inserté de algún modo. Y esas piezas se convirtieron en semillas. Semillas que regué, cuidé y mantuve a salvo para él.

Pero las semillas crecen y ahora las raíces de él y de aquella noche envuelven tan fuertemente mi corazón que nunca podré desprenderme de Jasper Gervais.

No hay un alma en el mundo que pueda extirpar esas raíces y el dominio que tienen sobre mí.

—Aprendí con mis padres que por muy ferozmente que ame a alguien no es suficiente para que se quede. ¿Y tú? Te conté cada pequeño y sucio detalle y podrías haberme odiado. Pero te quedaste. Bailaste.

—Nunca podría odiarte, Jas. —Las lágrimas me punzaron los ojos. Hice lo único que sabía hacer. Bajo la luz de la luna, en un campo de exuberante hierba verde, me levanté y dejé que los movimientos fluyeran por mi cuerpo. La melodía clásica sonaba en mi cabeza. La única música real era el silencio de una sofocante y cálida noche de verano en las praderas.

Y la única persona del público era un chico guapísimo de ojos embrujados que observaba cada uno de mis movimientos y me dijo que era precioso cuando terminé. Luego se fue. Y yo sólo podía esperar que durmiera. Que se sintiera un poco más ligero.

Puede que él fuera un adolescente abandonado y yo una niña ingenua, pero aquella noche sólo éramos dos almas con un secreto. Y después de eso, amigos improbables.

—Me sorprende que no te rieras cuando te lo dije. —Se ríe entre dientes.

Me giro y le doy un puñetazo en el brazo, sintiéndome un poco irritada con él por seguir siendo tan malditamente duro consigo mismo.

—Cállate.



—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Probablemente tirarte una botella de agua a la cara.

Se le escapa una risa aliviada y veo cómo se le retuercen las manos en el volante, con los ojos aún fijos en la carretera.

—No te lo he tirado a la cara. No es culpa mía que tu coordinación mano-ojo sea una basura.

—Díselo a mi nariz. —Me la froto dramáticamente, aunque no me duele nada.

—El enorme bulto nuevo que tiene te sienta bien. Añade algo de carácter a esa cara por lo demás perfecta.

Está intentando volver a las bromas amistosas. Del tipo que hacemos tan bien. Del tipo que surgió entre nosotros una vez que todo estuvo sobre la mesa. Después de esa noche, nunca dudé en contarle nada a Jasper. Por supuesto, a medida que crecíamos, las cosas cambiaban, pero teníamos esa base de honestidad cruda a la que siempre podía recurrir.

Confío en él, y creo que él confía en mí. No sé por qué confió en mí aquella noche. Tal vez, sólo necesitaba descargarse, y yo era la chica llena de amor de cachorro que ya estaba levantada vigilándolo, que 'casualmente' estaba dando un paseo.

En cualquier caso, nos conectó. Para toda la vida, al parecer. Porque no creo que le haya contado a nadie todos los detalles de ese día. Que levantó la mano en esa señal. Que su familia se vino abajo a raíz de ello. Que se siente responsable. Que Beau lo encontró viviendo en un auto en un campo detrás del colegio porque su madre había desaparecido y su padre de mierda había empezado una nueva vida y no había vuelto a casa a por él en absoluto.

La mención de *la cara perfecta hace* que vuelva a reinar el silencio en la cabina, y con todo el silencio, mi mente divaga.



Me pica la curiosidad y pregunto—: ¿Has tenido noticias suyas?

Sabe que me refiero a su padre sin siquiera decirlo. Harvey ha llenado ese vacío para él lo mejor que ha podido, pero no hay forma de superar a un padre que te deja por elección propia. Un padre que te culpa del peor día de tu vida.

Se aclara la garganta y me mira por debajo del ala de su gorra.

—No.

Asiento con la cabeza, conteniendo la rabia que su padre biológico siempre despierta en mí.

—Conduje hasta allí una vez, ya sabes. Sólo para ver. Estacioné en la calle y observé su casa durante un día entero. Su esposa. Sus hijos. Un maldito gato. Siempre quise un gato, y él no me dejaba tener uno.

—¿Te vio?

—Eventualmente.

—¿Qué te dijo?

Su garganta trabaja al unísono con sus manos sobre el volante, y se encoge de hombros.

—Podría matarlo —murmuro, pasándome la mano por los labios como si pudiera reprimir las palabras que quiero escupir sobre ese 'hombre' que abandonó a su único hijo superviviente para empezar de cero sin él. El dolor nos retuerce a todos de formas insólitas, y me gustaría ser más indulgente teniendo en cuenta por lo que él ha pasado.

Pero no puedo. Todo lo que veo es a Jasper y lo que le hizo.

Sé que mi padre puede ser un idiota dominante, pero se preocupa por mí a su manera.

Jasper se ríe tristemente.

—Esa es la cuestión, Sunny. No dijo nada en absoluto. Me vio. Nos



miramos a los ojos. Y simplemente cerró la puerta y apagó la luz del porche. Se fue a la cama.

—Lo siento. —Se me quiebra la voz al disculparme y extiendo los dedos para rodearle el hombro, rozando con las yemas los rizos de su nuca.

Inclina la cabeza hacia mí y las yemas de mis dedos rozan el hueso de la parte superior de su columna. Lo rozo lentamente y noto cómo su cuerpo se relaja bajo mis caricias.

Vuelvo a pensar que no es suficiente para curar sus heridas. Pero es lo que tengo. Puedo ser una persona que sabe realmente *quién* es y no lo *que* es. Puedo escuchar. Cuando hable, siempre lo escucharé.

—La mierda nos pasa a los mejores, Sunny, y yo no soy el mejor de nosotros.

—Para mí lo eres —es lo que le digo.

Mis ojos se fijan en el diamante que llevo en el dedo y me estremezco al verlo. Necesito quitármelo, pero lo estoy retrasando. Y no porque eche de menos a Sterling.

Es porque me preocupa que, si me quito este anillo, haga algo estúpido y desesperado en lo que concierne a Jasper. Es como un cinturón de seguridad mental, una de las pocas cosas que me mantienen a salvo de mí misma y de una decisión impulsiva.

Pero alargo la mano, le quito la que tiene más cerca del volante y enlazo fuertemente mis dedos con los suyos sobre la consola central.

Y el anillo no me detiene.



# 18

## Sloane

Papá: Sloane, es hora de que respondas a mis llamadas. Te crié mejor que esto. Sé que puedes ser muy emocional, pero esto es ir demasiado lejos. Contrólate y compórtate como una Winthrop.

Harvey: ¿Cómo lo están llevando, chicos?

Sloane: Bien. Pasé la noche en Rose Hill. Debería estar en Ruby Creek esta tarde. Te mantendré informado.

Harvey: ¿Cómo está mi chico?

Sloane: Bien. Está bien.

Harvey: ¿Y tú cómo estás?

Sloane: Con resaca.

Harvey: ¿Te llevó a beber?

Sloane: Más o menos.



Volví a sacar la cabeza por la ventanilla cuando coronamos el puerto de

montaña. La visibilidad ha empeorado. Veo las luces traseras rojas de los pocos vehículos que nos rodean y noto cómo el camión se esfuerza por subir la empinada cuesta. Por el retrovisor lateral, veo las grandes pacas redondas atadas a la plataforma, dos capas que encajan como piezas de puzzle y cubiertas con lonas atadas para evitar que se mojen.

Mis oídos estallan cuando alcanzamos la altitud máxima e iniciamos el descenso, con la parte delantera del camión apuntando hacia abajo de repente. Jasper emite un suave gruñido y me giro para mirarlo. Tiene las cejas fruncidas y mira entre el salpicadero y la carretera.

—Baja la música, Sloane.

Ya hay silencio, pero lo hago de todos modos porque el tono de su voz me chirría. Hay una nota de ansiedad, una nota de autoridad, que me pone los pelos de punta.

Aumentamos la velocidad y, cuando cambio de marcha para mirar el velocímetro, éste aumenta segundo a segundo. Una luz de emergencia se enciende en rojo justo al lado.

—Jas —exhalo—. ¿Qué pasa? —Siento una opresión en el pecho y, sin saber lo que pasa, levanto la mano derecha para agarrar el asa del techo.

—Te has abrochado el cinturón, ¿verdad, Sunny? —Jasper muerde, sin mirarme ni una sola vez.

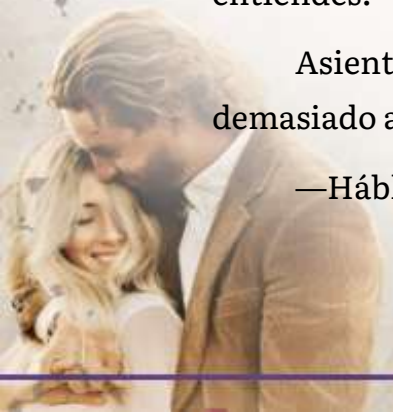
Mis ojos se posan en nuestros cinturones.

—Sí —el miedo invade mi voz.

—Sloane. Tranquila. Voy a mantenerte a salvo, ¿de acuerdo? Dime que lo entiendes.

Asiento rápidamente, pero de mis labios no sale ninguna palabra. Están demasiado apretados.

—Háblame, Sunny. ¿Quién te encontró aquella noche cuando te perdiste



en el bosque jugando a capturar la bandera?

Vamos cada vez más rápido.

—Lo hiciste.

—¿Quién te vendó los pies?

—Tú —gimoteo, mirando cómo sube el velocímetro.

—¿Quién te sacó de esa puta farsa de boda? —gruñe, bajando el tono, como si fuera el momento de enfadarse por eso. Cuando ambos estamos a punto de morir.

—Tú, Jas. Tú. Siempre tú. —Mi mano se agarra a la parte delantera del asiento con tanta fuerza que siento que podría rasgar el cuero.

—Los frenos que se conectan al remolque están funcionando mal. Sólo puedo reducir la velocidad hasta cierto punto.

Jadeo. Pero Jasper está estoico. Pálido pero estoico. Los ojos fijos en la carretera.

Toca el claxon con fuerza cuando nos acercamos demasiado rápido detrás de un auto, instándoles a que se aparten. Se le escapa un suspiro cuando hacen señales y cambian de carril.

—Hay un carril de huida por delante que voy a usar, pero va a estar lleno de baches. Quiero que te agarres tan fuerte como puedas y respires, confía en mí. Eres valiente. Lo tienes. —No sé si me habla a mí o a sí mismo—. ¿Lo tienes? ¿Confías en mí? —Su voz es fuerte ahora, aguda, tan diferente de los tonos suaves y murmurados a los que estoy acostumbrada de él.

—Sí, por supuesto. Confío en ti.

Me mira rápidamente y asiente.

Los instantes siguientes transcurren en un silencio sepulcral, con los nudillos blancos y la respiración contenida. Es un momento casi etéreo. Como



si estuviera viendo un vídeo a cámara lenta en el que nos dirigimos a la muerte.

Cuando el carril aparece a través de la espesa nevada, sobresaliendo bruscamente por la ladera de la montaña, me muerdo el interior de la mejilla.

Es *muy* empinado.

Sé que de eso se trata, pero eso no impide que el terror abyecto florezca en mi pecho.

Cierro los ojos cuando nos estrellamos contra la grava de la carretera. El impacto sacude el camión y mi cuerpo mientras Jasper nos pone a salvo. O al menos eso espero. No puedo mirar, pero no he notado que volquemos ni choquemos, así que eso es una victoria.

En cuestión de segundos ya no nos movemos. El camión se detiene en la pronunciada pendiente y, con una mano firme, Jasper acciona el freno de emergencia antes de volver a agarrar el volante con fuerza.

El episodio duró unos instantes, pero me parecieron horas. Me vibra todo el cuerpo, el pecho me golpea tan fuerte con los fuertes latidos del corazón que parece que me traquetea la vista.

—Jesucristo. Santa mierda. ¿Estás bien? —Susurro todas mis palabrotas favoritas, suelto el asa y pongo una mano temblorosa sobre mi pecho.

Al cabo de unos segundos, no hay respuesta, así que me vuelvo para mirar a Jasper. Tiene las manos apretadas y todo el cuerpo parece de piedra. Es una estatua, tan inmóvil que apenas puedo verlo respirar.

—¿Jasper?

Su fuerte nariz apunta hacia delante y su piel tiene el color del papel blanco y nítido de una impresora, como si toda la sangre hubiera abandonado su cuerpo.

—Jas. —Lo toco tímidamente y le aprieto el hombro, pero no responde. De repente estoy menos asustada por nuestra situación y más por él—. Me estás



asustando.

Su mandíbula se flexiona y traga saliva, pero sus ojos permanecen fijos en el parabrisas, el viento aúlla mientras los altos y oscuros pinos se mecen y la nieve blanca se arremolina a nuestro alrededor.

Está en estado de shock, eso puedo deducirlo. Y aunque no soy psicóloga, imagino que este suceso fue demasiado parecido al día del que hablábamos.

El día en que todo se vino abajo.

Porque el hombre a mi lado parece traumatizado.

Sin pensarlo, me desabrocho el cinturón y hago algunos movimientos rápidos. Le quito la mano del volante y me subo a su regazo, a horcajadas sobre sus piernas, intentando que me mire a mí y no al parabrisas, como si estuviera congelado en el tiempo… en otro tiempo.

Mis manos se apoyan en sus hombros y le doy una pequeña sacudida.

—Jasper. Mírame.

Sus ojos no se mueven y el pánico se apodera de mí. Le quito la gorra con cuidado y la tiro al asiento del copiloto. Es demasiado difícil verlo desde debajo del ala y, en el fondo, sé que esa es la razón por la que siempre lo lleva.

Trata constantemente de pasar desapercibido, pero incluso cuando se esconde, lo veo.

Deslizo las palmas de las manos por la parte superior de sus hombros y subo por los lados de su robusto cuello hasta que mis dedos se entrelazan con el cabello de la parte posterior de su cráneo. Menta verde y eucalipto. El aroma me seduce cada vez. Es una descarga de electricidad para mis sentidos. Me doy cuenta de que si se lava la cara con ese jabón probablemente también lo use como champú.

Las puntas de mis dedos se mueven por sí solas, masajeando la base de su cráneo. ¿Me estoy tomando libertades que normalmente no me tomaría? Por



supuesto. Pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, y todo este acto de madera petrificada en la ladera de una montaña me tiene estresado.

Presiono mi frente contra la suya, tratando de forzar su línea de visión hasta la mía.

—Jas. Estoy aquí. Nos mantuviste a salvo. Todo va bien. Lo hiciste muy bien. Gracias por cuidarme siempre.

Parpadea una vez, y es como si apartara una capa de sombra oscura que cubría sus iris. Donde hace un momento rozaban el negro, vuelven a ser del azul marino suave que conozco tan bien, suaves como el terciopelo, iluminados con vetas de tela vaquera y pequeñas chispas de brillo donde se refleja la luz.

—Sloane. —Suspira y un aliento cálido golpea mi garganta. No mueve la frente, pero sí las manos. Dan forma a mi cintura y las siento temblar.

Lo único que hago es seguir frotándole la nuca, tranquilizándolo de la única forma que sé.

—¿Estás bien? —Su voz es arenosa y vacila ligeramente en *bien*.

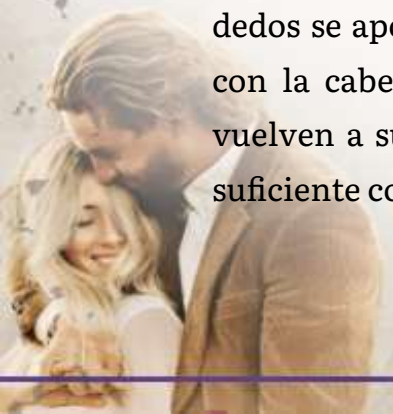
Asiento con la cabeza, haciendo rodar mi frente contra la suya.

—Estoy bien. Estoy bien.

Se aparta y, como si no me creyera, sus manos hacen inventario de mi cuerpo. Recorren mi cuerpo y me aprietan los huesos de la cadera a través de mis finos leggings. Se deslizan por la parte superior de mis muslos, y él me observa embelesado, como si necesitara verlo y sentirlo para creerlo.

No basta con que yo se lo diga.

Su respiración se vuelve agitada y los temblores que empezaron en sus dedos se apoderan también de sus brazos. Cuando me mira a los ojos, asiento con la cabeza, intentando tranquilizarlo. Pero eso no lo detiene. Sus dedos vuelven a subir por mis piernas y sus manos se extienden por mi espalda, lo suficiente como para cubrirla por completo.



—¿No te duele nada?

—No me duele nada —confirmo, quedándome mortalmente quieta, sin querer romper el momento que sea ahora mismo.

Él lo necesita y yo también. Pero de dos maneras muy distintas.

Cuando el calor de su tacto me recorre los hombros, me rindo a mi cuerpo y dejo que mis pestañas se cierren durante un breve instante. Me deleito en sus suaves manos, que se deslizan al unísono por mis brazos, revisando cada punto como si fuera la muñeca de cristal más preciosa.

—Estás a salvo. —No sé si me lo dice a mí o a sí mismo.

Pero lo afirmo de todos modos.

—Estoy a salvo.

Cuando llega a mis muñecas, que están a ambos lados de su cuello, las agarra y vuelve a encontrar mi mirada. Inspira durante cuatro segundos. Y exhala durante cuatro segundos.

Y sólo existimos en los ojos del otro. Encerrados. Cargados.

—¿Segura que no te duele la nariz? —Me pregunta por la nariz, pero me mira los labios.

Mi lengua los recorre mientras intento calmar mis nervios. Este momento es intensamente íntimo.

He tenido toda una vida de momentos íntimos con Jasper, pero ninguno se había sentido así, con el aire a nuestro alrededor denso, pesado y caliente.

Empujándonos juntos de alguna manera.

Su dedo pasa por el puente de mi nariz. Apenas es un roce. Es un susurro.

—¿Te duele, Sloane?

Veo cómo sus labios se juntan y se separan para formar las palabras. Y Dios, quiero besarlo. Quiero que me bese. Quiero que este momento no termine



nunca. Quiero con impotencia vivir en este camión, en la nieve, en la cima de una montaña con él y no irme nunca.

Mis pestañas se agitan, e inclino la barbilla hacia abajo poco a poco para evitar que nuestros labios se alineen, para evitar hacer algo que me avergüence... o peor, que nos arruine.

Estamos tan cerca. Lo suficientemente cerca como para que él... me dé un suave beso en la punta de la nariz y me robe el aliento en el proceso.

Mis ojos se clavan en los suyos. Muy abiertos. Conmocionados.

—Siento haberte tirado eso.

Sólo puedo asentir con la cabeza. Tengo la boca seca. Escucho pitidos en los oídos. Mis ojos son absorbidos por su cielo de medianoche.

Vuelve a inclinarse hacia delante y me besa la frente. Le agarro el cabello con los dedos y me acerco. Inclino la cabeza como si pudiera acurrucarme contra él, como si pudiera arrastrarme hacia él y acurrucarme en su pecho. Quiero que esté tan unido a mí como yo lo estoy a él.

Inclina la cabeza, los ojos buscando. Una pregunta silenciosa. Y yo le respondo con la cabeza.

Entonces sus labios se posan en mi mejilla. Su mano se desliza hasta mi nuca y me acaricia el cráneo.

Estamos tan cerca. Tan pegados el uno al otro. Como si ninguno de los dos quisiera que el otro se alejara.

Jasper arrastra sus labios por la parte superior de mi pómulo, su barba rasposa sobre mi piel, salpicándola de pequeños fuegos que nunca quiero apagar.

Me besa la comisura de la mandíbula y, cuando saca la punta de la lengua, gimo.

Descaradamente. Desesperadamente.



Me acerca más. Su fuerte brazo me rodea la cintura y me aprieta contra él.

—Jasper —susurro.

En respuesta, me agarra del cabello y me tira de la cabeza hacia un lado, arrastrando su boca caliente hacia abajo y luego hacia arriba por mi cuello. Aprieto más las piernas contra él, escuchando solo el latido de mi corazón en los oídos y el profundo gemido que vibra en su pecho.

—No puedo perderte nunca —gruñe.

—No lo harás —respondo en voz baja, justo cuando la punta de su nariz roza la concha de mi oreja.

—Puede que lo haga.

—Nun...

Antes de que pueda decir *nunca*, me corta con—: Porque creo que estoy a punto de joderlo todo entre nosotros.

Y luego me besa.

Sus labios se amoldan a los míos y sus dedos se entrelazan en mi cabello mientras su agarre se vuelve suave.

Me quedo inmóvil de asombro -con incredulidad absoluta- y cuando lo hago, él se detiene, apartándose mientras su cálida palma se desliza por mi garganta para mirarme a los ojos.

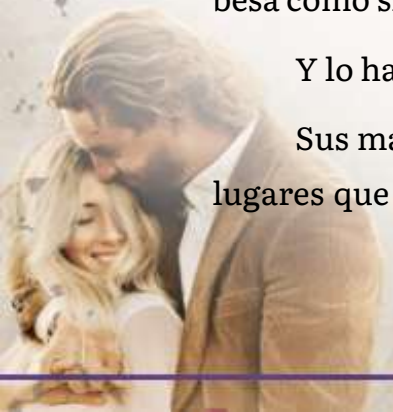
—Lo siento...

Lo corto lanzándome de nuevo contra él. Y él no pierde un puto segundo.

No me besa como un amigo. Me devuelve el beso con el mismo fervor. Me besa como si quisiera consumirme.

Y lo hace.

Sus manos son marcas calientes sobre mi cuerpo, tocando y apretando en lugares que nunca olvidaré. Sus labios son cálidos y firmes. Es suave, pero me



da órdenes. Me inclina la cabeza como quiere. Marca el ritmo de nuestros lánguidos besos hasta que adopta un ritmo más exigente.

Hasta que su lengua se desliza en mi boca y sus dientes me pellizcan el labio inferior.

¿Y yo? Me vuelvo masilla en sus brazos. Llevo años perdida por él, pero hoy, en un camión silencioso, en medio de una tormenta de nieve, me he dejado perder *en* él.

Él toma y yo doy.

Yo tomo y él da.

Hago rodar mis caderas contra las suyas y él gime—: Sloane.

Me aprieta la mano en el cabello y noto su sordo ardor tirándome del cuero cabelludo. Su mano opuesta desciende perezosamente por mi caja torácica hasta posarse en mi cadera, sus largos dedos se extienden despreocupadamente por la curva de mi culo y su pulgar roza el contorno de mi tanga.

Todo es lento. Penosamente lento. Tan representativo de nosotros en muchos sentidos. Pero también hay un toque de desesperación en ambos.

Un duro mordisco a cada movimiento.

Me tiemblan los pezones. Me late el corazón. Mi cuerpo se enciende. Mis caderas vuelven a rodar.

Esta vez su dura longitud me presiona. Gimo, excitada y aliviada a la vez. He pasado años pensando que Jasper Gervais no podía desearme, pero ahora su cuerpo cuenta otra historia.

Y también sus palabras.

—Sunny, me vas a hacer perder la cabeza.

—Bien —murmuro contra su boca—. Estaremos locos juntos. Estoy tan



cansada de hacerlo sola.

Estoy lista para arrancarle la ropa y empalarme en él, aquí y ahora. Estoy enloquecida. Me siento más borracha que anoche.

Vuelvo a besarlo, volcando en él toda mi frustración y mi anhelo. Y él me lo devuelve multiplicado por diez. Me tumba y me roba el aire de los pulmones.

Y entonces me aparta. Me agarra el cabello con una mano, levanta mi cabeza hacia él y me mira.

Sus ojos recorren cada rincón de mi cara mientras me evalúa.

Me lee como a un puto libro y luego me dice algo que llevaba mucho tiempo deseando escuchar.

—No estás sola. Estoy a tu lado.

Suelto un suspiro tan grande que mi cuerpo se hunde cuando me abandona.

—Pero este no es el momento ni el lugar. No es seguro. Y tú eres demasiado valiosa para arriesgarte.

A la mierda mi seguridad. Si muriera montando a Jasper Gervais en el asiento del conductor de este camión, me parecería bien. Qué manera de irse. Salir con una explosión, por así decirlo.

—¿Cuándo es la hora y el lugar? —Exhalo en su lugar.

Me da un beso fantasma en los labios húmedos e hinchados y me acerca la oreja a la boca.

—Cuando yo lo diga —ronca.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Cuando me aparto, sus ojos vuelven a ser oscuros y se posan en mis labios, luego en mis pechos, antes de subir de nuevo a mi cara.

Me agarra la cabeza suavemente.



—Ahora vuelvo. Tengo que comprobar los frenos para poder bajar la colina. Abróchate el cinturón, por si acaso.

Asiento con la cabeza y él me levanta, depositándome en el asiento del copiloto sin esfuerzo. Sale por la puerta y se adentra en la nieve sin decir una palabra más.

Y me siento aquí, estupefacta, esperando que esté bien. Y haciendo un inventario de todo lo que le hizo a mi cuerpo cuando dijo: *Cuando yo lo diga*.



# 19

## Jasper

Jasper: Malas carreteras. Problemas de frenos. Pasaremos la noche en un pueblo llamado Blisswater Springs.

Harvey: ¿Ganas un premio por usar la menor cantidad de palabras posible? ¿Están bien? ¿Puedes explicarte?

Jasper: Te llamaré desde el hotel. Estamos bien. A salvo. No necesitas preocuparte.

Harvey: Vamos. Dame algo. ¿Una cama o dos?

Jasper: Hablamos más tarde.

Las puntas de los dedos me hormiguean tan intensamente como el resto del cuerpo. Sloane está callada e introspectiva a mi lado. Cuando volví al camión, me miró con ojos cómicamente abiertos, apretando los labios para ocultar una sonrisa o para evitar decir algo.

Estamos de vuelta en la autopista. El cableado está firmemente sujeto con el conector, y me resulta más fácil respirar… a menos que piense demasiado en Sloane retorciéndose en mi regazo, su culo rechinando contra mi polla.

Estaré parando en el mecánico más cercano para que revisen el conector de los frenos porque eso no debería haberse soltado en absoluto. Según Google,



eso significa que pasaremos algún tiempo en un pueblo llamado Blisswater Springs.

—¿No vamos a hablar más? —suelta Sloane, cortando el silencio—. Como sé que generalmente no eres un gran hablador. Pero ¿podemos no ser incómodos acerca de… —Su mano se agita delante de ella.

—¿Sobre el beso?

—Sí. Fue un momento estresante. Un momento de locura. Podemos estar tranquilos al respecto.

He pensado en besar a Sloane desde hace mucho tiempo, tanto si quería admitirlo como si no.

De hecho, casi adoptó el apellido Woodcock para el resto de su vida porque me he pasado tanto tiempo pensando en ello en lugar de hacer nada al respecto.

Puede que este no sea el momento perfecto para resolver mi mierda en lo que respecta a Sloane Winthrop, pero es *un* momento. Y si he descubierto algo en esta tragedia shakesperiana de la vida, es que la vida es sólo momentos todos ensartados juntos como luces de Navidad multicolores. Siempre acaban gustándote más unos colores que otros.

Alegres, trágicos, pacíficos, divertidos. Momentos inolvidables y momentos que desearíamos poder olvidar.

Y besar a Sloane en este camión no es uno de esos. Es un momento al que tengo toda la intención de aferrarme.

En el pasado, me dijeron que me alejara de ella. En el pasado, me importaba esa advertencia.

¿Pero en este momento? Me importa una mierda.

—No fue un momento de locura —digo con naturalidad.

—¿Perdón? —Parece incrédula.



—Definitivamente quería besarte.

Se burla, cruza los brazos y se pone roja.

—Apenas reaccionabas unos segundos antes. Estabas en shock, así que me perdonarás si no te creo.

—No necesito que me creas para que sea verdad.

No sé por qué después de años de mantener la boca cerrada, ahora estoy soltando todo esto. Lo más probable es que sea porque vi nuestras vidas pasar ante mis ojos. Cuando miré a Sloane a mi lado y vi sus preciosos ojos azules cerrados, los dedos agarrados al asiento, los hombros encogidos hasta las orejas, me di cuenta de que podía ser mi último momento con ella.

Mi último momento y ella nunca sabría lo que ella es para mí. Lo mucho que ella es para mí. Que ella es *todo para mí*. Y eso es una puta locura. Como un desperdicio. Para un hombre que conoce la pérdida tan íntimamente, ¿por qué iba a perder algo tan valioso?

Creo que me di cuenta de eso en la cena en la que vi a Sloane sentada junto a un hombre que hablaba por encima de ella cada vez que podía. Estaba a punto de casarse con un pedazo de basura machista humana, pero podría haberme tenido a mí... si me hubiera querido.

Si se lo hubiera dicho.

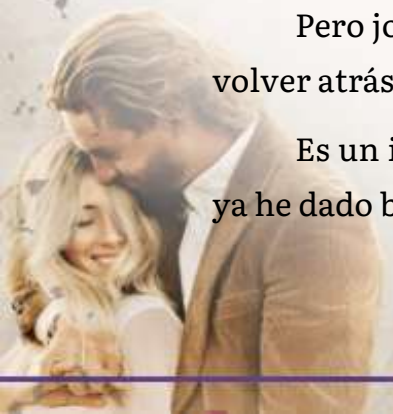
Y ella no lo sabía porque yo estaba demasiado atrapado en mi propia cabeza para decírselo.

Demasiado paralizado por mi miedo a perder a la gente que me importa.

De perderla a *ella*.

Pero joder, ¿perder a alguien y que no sepa que te importa? ¿Desear poder volver atrás y decírselo?

Es un infierno especial. Uno en el que no tengo intención de vivir porque ya he dado bastante de mí a mis demonios, no pueden tenerla a ella también.



—Casi me caso con otra persona.

Niego bruscamente con la cabeza y la miro. Parece *enfadada*, que no es la reacción que esperaba. Pero yo también, porque la mera mención de que se va a casar con alguien me provoca una furia tan ardiente que ni siquiera sé qué hacer con ella.

—Sí. Habría sido una pena porque jodidamente apesta.

—¡Ja! Jodidamente increíble. —Se le desencaja la mandíbula y se queda mirando por la ventanilla del copiloto—. ¿Te conozco desde hace cuánto? ¿Dieciocho años? ¿Casi la mitad de tu vida? ¿Y este... este *sentimiento se* te ocurre ahora?

Se le escapa una carcajada sin gracia y sacude la cabeza.

»¿Alguien más vino a jugar en tu cajón de arena y te pusiste territorial después de años sin mirarme? Eso me *encanta*. No soy una boca de incendios para que mees en ella, Jasper. —Sus manos se alzan junto a su cabeza—. Como si... Se supone que me tengo que creer que acabas de despertar y tu amiga de la infancia de repente es muy besable estos días? Por Dios. Qué gracioso. Si no me gustaras tanto, te patearía en las bolas por esto.

Debería estar preocupado, pero todo lo que puedo pensar es que *ahí está ella*. La chica petardo. La primera bailarina que entrena como una loca y bebe cerveza barata como si fuera vino fino.

Le digo la verdad, con los ojos en la carretera.

—No se me acaba de ocurrir ahora.

Pone los ojos en blanco y levanta los hombros, como si al enderezarse en su asiento se sintiera menos vulnerable.

—Es la verdad. —Ojalá las carreteras fueran mejores para poder prestarle toda mi atención y mirarla a los ojos. Borrar esa expresión petulante de su cara y besarla de nuevo. Hacer que me crea. Porque sé que no he estado imaginando



estos momentos entre nosotros. Esos en los que el aire se vuelve tan pesado que parece más de lo que puedo soportar.

—No te creo —repite, pero esta vez su voz es un poco ronca.

—Tú me devolviste el beso —digo justo cuando me asalta la idea de que tal vez todo esto sea muy unilateral y me haya desviado terriblemente. Después de todo, mi experiencia con las mujeres más allá del sexo es inexistente.

Excepto por Sunny. Ella es la chica a la que le cuento todo. La chica que siempre estuvo ahí en mis peores días y en mis noches más oscuras. No porque yo se lo pidiera, sino porque eso es lo que somos el uno para el otro.

No importa cuántos años hayan pasado. Siempre seremos eso el uno para el otro.

—No me digas. —Ha vuelto a cruzar los brazos sobre las costillas y mis ojos recorren la forma en que sostiene sus pechos. El cosquilleo en mis dedos es ahora una picazón por explorar cada centímetro de su cuerpo, por mostrarle todas las formas en que la deseo.

Joder, la quiero.

Sloane es calmante. Ella es el ojo de la tormenta. El verdadero norte. De alguna manera nuestras brújulas siempre nos traen de vuelta el uno al otro.

Cuando nos detenemos en el primer semáforo en rojo en Blisswater Springs, me giro en mi asiento y pregunto—: ¿Qué se supone que significa eso, Sloane? Estaba allí. Sentí cómo te apretaban los muslos cuando te tiré del cabello. Te escuché gemir cuando te besé. ¿Vamos a sentarnos aquí y seguir fingiendo que ahora las cosas no son diferentes entre nosotros?

—¡Siempre se han sentido así para mí! —estalla, con los brazos abiertos y los ojos brillantes de emoción—. Y tú *nunca* te habías dado cuenta. ¿Pero *ahora* sí? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Saltar de alegría y darte las gracias por bendecirme con tu interés?



Palidezco y se me humedecen las manos en el volante. Respondo como un loco, intentando explicarme tras lo que acaba de decir.

—Quiero decir... todos sabíamos que tenías un enamoramiento desde niña. Yo era adolescente. Pero tú eras sólo una niña. Y luego lo superaste. Tuviste novios y el ballet. Yo tenía el hockey y un entrenamiento interminable. Nos hicimos amigos en la ciudad. Te *comprometiste*.

Sus labios rosa pálido se entreabren como si estuviera a punto de decir algo, pero rápidamente se vuelven a juntar. Se vuelve hacia el parabrisas, con la mirada tan fija que casi parece dolorosa. Los segundos se alargan y estoy seguro de que no va a responderme. Y joder, eso es lo que me merezco por todo lo que acabo de soltarle.

Pero justo cuando el semáforo se pone en verde, su voz triste me golpea como un puñetazo en las putas tripas.

—Nunca lo superé, Jas.

Cuando la besé, conté hasta cuatro en mi cabeza. Me dije que le daría cuatro segundos, pero ella tardó más.

Fue un momento de locura.

O tal vez todos los momentos en los que he intentado negar lo que sentía por ella han sido momentos de locura encadenados. Luces de un solo color.

¿El arrepentimiento tiene un color?

—Compruébalo otra vez —le dice Sloane a la mujer que está detrás de la recepción del pequeño hotel de estilo resort—. Tiene que haber algo.

Escuchar a Sloane explicar que necesitamos habitaciones separadas parece su propio momento de locura. Pero voy a dejar que lo tenga.



Porque *conozco a* Sloane. Sé cómo procesa las cosas.

Lo que no sabía es que su amor de la infancia nunca desaparecció. Debería sentirme mal por no haberme dado cuenta. Debería sentirme como un idiota. Pero me siento... aliviado.

Veo una oportunidad. Un rayo de esperanza.

—¿Algo con dos camas por lo menos? ¿Qué tal una cuna plegable? Soy casi del tamaño de un niño. —Se mira a sí misma.

Ahogo una risita y miro por la ventanilla hacia el estacionamiento, donde sigue nevando copiosamente.

—Podemos pedir que suban un catre, por supuesto. —La mujer del mostrador sonríe pacientemente, los ojos rebotan entre nosotros con curiosidad, como si no entendiera qué está pasando.

—Eso estará bien —Sloane fuerza, una sonrisa practicada en su rostro. La máscara está perfectamente colocada. Lleva el moño recogido como a ella le gusta cuando está lista para una actuación... o para la batalla.

A eso recurrió en el camión. Bajaba la visera y utilizaba el espejo para recogerse obsesivamente el cabello. Nunca quedaba lo bastante liso, así que se lo arrancaba y volvía a hacerlo.

Lo hizo cinco veces. Lo sé porque las conté. No había mucho más que hacer una vez que se acostumbró a ignorarme. También me costaba apartar los ojos de ella tras la revelación de su enamoramiento.

Esta mujer ha sido mi amiga durante dieciocho años.

¿Cómo se me ha podido pasar?

O se le daba bien esconderlo o yo no miraba. Probablemente fue una combinación de ambos.

Unos cabellos rubios rebeldes captan la luz en el anticuado vestíbulo del hotel. Casi me dan ganas de señalárselos para molestarla.



Porque cuando se enfada, la verdad sale a la luz.

—Gracias por su ayuda —le dice a la mujer mientras se vuelve hacia mí, mostrando dos tarjetas llave. La sonrisa de su cara ha pasado de ser forzada a parecer una locura—. Vámonos —canta un poco demasiado alto antes de marcharse enfadada, esperando claramente que la siga.

A las pocas zancadas, estoy a su lado, mirando la puerta del ascensor.

—Cuarto piso —dice rígida.

—De acuerdo.

—Una cama king-size.

—Está bien.

—No. Dormiré en un catre rodante. Me lo van a subir.

—Sunny, eso no es necesario. Es sólo una cama. Dormimos juntos la otra noche.

Se sube el bolso al hombro y levanta la nariz.

—Sí, bueno, eso fue antes de avergonzarme y decidir que estaba cabreada contigo. Así que me quedo con el catre.

Me resisto a poner los ojos en blanco. Me alegro de que no sea el felpudo que era con aquel imbécil, pero tampoco estoy acostumbrado a que se enfade conmigo.

Cuando suena el ascensor, la adelanto con un gesto y dejo que mis ojos se posen en su culo mientras entra. Hace solo un día la vi entrar en el lago en ropa interior, pero parece que hayan pasado semanas.

Supongo que han pasado años.

—¿Sabes algo de tu padre? —Pregunto mientras se cierran las puertas.

—No. Quiero decir, bueno, sí. Ha mandado mensajes. Y llamado. Y enviado correos electrónicos. Pero francamente, no soy fan de su tono, así que



también lo estoy ignorando. Al menos hasta que me pregunte cómo estoy o si estoy a salvo en vez de exigirme que vuelva.

—Justo.

Escucho el ruido de sus dientes sobre la suave música del ascensor.

—Ahora que lo pienso, ya no me gustan los hombres en general. —Una mano se mueve arriba y abajo en mi dirección—. Todos ustedes.

—También es justo.

Ahora gira hacia mí.

—¿Por qué tienes que ser tan jodidamente agradable, Jasper?

—Porque soy tu amigo, Sunny. Nada cambiará eso. Si necesitas quejarte de algo, aunque ese algo sea yo, seré esa persona para ti.

—¿Y si vuelvo a Sterling?

Todo mi cuerpo se paraliza. *Ni una puta oportunidad*. Sé que me está provocando. Y está funcionando.

—No.

—¿Crees que puedes entrar así como así, decirme que estás —sus manos forman comillas sarcásticas mientras continúa— *interesado* apenas unas semanas después de que yo estuviera destinada a casarme, y que voy a tomar tu mano y saltar hacia el atardecer? Después de estas dos últimas semanas, debo parecerte muy estúpida, pero no lo soy *tanto*.

La puerta se abre y ella sale corriendo del ascensor por el pasillo enmoquetado, con la irritación que desprende. Se ríe. Se ríe de verdad.

Porque claro que lo hace. Sólo ella se reiría en un momento así.

—Esto es una locura —murmura al doblar la esquina y encontrar nuestra habitación. Con un golpe de llave, entra en la habitación y deja su bolso en una silla. Se dirige furiosa hacia las ventanas, donde se queda de pie con las manos



en la cadera, silueteada por el blanco del lado opuesto del cristal.

—No vas a volver con él.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Tal vez lo haga. Tú no me dices lo que tengo que hacer, Jasper.

*Todavía no. Pero lo haré.*

—No lo harás.

Gira, su voz atraviesa la habitación como si me hubiera lanzado un dardo al pecho.

—¿Y por qué no?

— ¡Porque él te chupa la vida! —Se echa hacia atrás, claramente sorprendida por el volumen de mi voz—. Y quiero devolverte la vida.

Esta vez su risa no es nada divertida.

—Años, Jasper. *Años*. Durante años he sido la prima pequeña, la hermana pequeña, la buena amiga. Durante años te he *visto*. Esperándote cada verano. Te vi salir con mujeres que no eran yo, que *nunca* serían yo. Estaba *enferma* por ti. Y entonces acepté lo que éramos. Acepté que siempre te querría y que tú nunca me querrías. Me convencí a mí misma de que a veces los grandes amores de nuestras vidas serán nuestros amigos más íntimos. Y me pareció bien.

Se me cae el estómago, se me agarrota el pecho y me entran náuseas.

—Me puse jodidamente cómoda en mi cabeza donde podía desearte de esa manera pero tenía la seguridad de saber que no me querías de vuelta. ¿Y ahora? ¿Simplemente cambias de opinión? ¿De repente? ¿Cuando las emociones ya están a flor de piel para los dos? Esto es una locura.

—No acabo de cambiar de opinión. —Temo lo que estoy a punto de decirle. Ya está enfadada con su padre, y detesto la idea de ser yo quien la haga



odiarle. Porque escuchando lo que me acaba de decir, sé que esto la lastimará.

—¡Haz que esto tenga sentido para mí, entonces!

Se me cae la voz, y también los ojos.

—Fue tu padre.

—¿Qué?

Hago palanca en los bordes de mi gorra, tirando del ala hacia abajo para protegerme.

—Fue el otoño en que conseguiste un puesto en tu compañía. Por fin te hiciste profesional. Conseguiste un papel en El *Cascanueces*. Fui a ayudarte a mudarte a tu nuevo piso en el centro. Tenías dieciocho años y yo veinticuatro.

—Lo recuerdo. —Su voz es tranquila, suena ahuecada.

—Nos divertíamos montándolo todo.

Ella asiente.

—Lo hicimos.

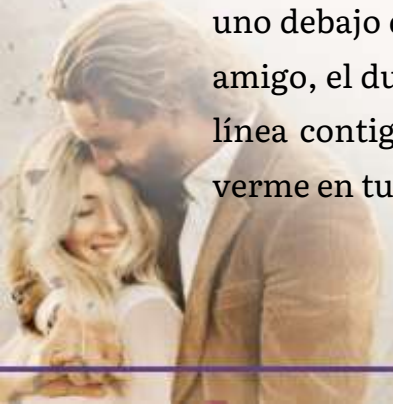
—Me había asegurado un puesto en los Grizzlies. Me abrí camino desde el equipo de la granja.

—Lo recuerdo —repite.

—Todo iba tan bien para los dos. Estaba tan feliz por ti. Tan emocionado de verte en el escenario. Tener a una amiga de casa en la ciudad conmigo.

Ahora le brillan los ojos.

—Pero tu padre me encontró saliendo de tu casa. —Trago saliva y me miro las manos, los brazos flácidos a los lados, antes de cruzarlos y deslizarlos uno debajo del otro como un escudo—. Me amenazó con mover los hilos con su amigo, el dueño del equipo, y echarme de la plantilla si alguna vez cruzaba esa línea contigo. Me dijo que me mantuviera lejos de ti. Que no quería volver a verme en tu presencia a solas.



Sigue sin decir nada. Sus ojos azules me miran con una intensidad desconcertante.

»Eras todavía una niña para mí entonces. Realmente no pensaba en nuestra relación de esa manera, pero me asustaba igual. Sloane, tienes que entender, *no tenía nada* a mi nombre excepto ser bueno en el hockey. Ser jodidamente bueno en el hockey. Lo suficientemente bueno como para salir de la cuneta en la que me dejaron. ¿Y tu padre? Es lo suficientemente poderoso y conectado como para cumplir sus amenazas.

Su labio inferior se tambalea y sus ojos parpadean.

—¿Pero por qué querría que te alejaras de mí?

Mi cara se frunce y me paso una mano por la barba incipiente, escuchando el chirrido en mis oídos.

—¿De verdad no lo adivinas, Sloane? Es porque no soy uno de ustedes. Soy de, creo que lo llamó 'el lado equivocado de las vías'. No hago viajes de seis cifras para cazar leones ni conduzco un Maybach. Salí de la nada y me hice algo trabajando como un burro y dando un espectáculo para las masas. Estoy en deuda con hombres como tu padre, pero nunca seré uno de ellos. Soy un Eaton de corazón. Un chico de pueblo. Y siempre lo seré, no importa cuántos ceros haya en mi sueldo. Y para ser franco, estoy contento con eso.

—Pero no me importa tu sueldo. Nunca me ha importado. —Su voz es tan pequeña, tan quebradiza.

Suspiro y alzo la mano para apretarme el ala, queriendo consolarla pero sin querer tampoco pasarme.

—Ya sé que no. Pero es lo que he intentado decirte todo este tiempo. No l*e importas*. No le importa que Sterling sea una mierda para ti. No le importa lo que tú quieras. Le importa lo que él necesita. No podía arriesgarse a que tú o yo arruináramos sus planes o su reputación con mi sucia educación y mi jodida dinámica familiar. Y yo era demasiado joven y estaba demasiado desesperado



para desafiarlo. Me perdí tu primer ballet profesional en el gran escenario porque tenía miedo. Te mantuve en la zona de amigos durante años porque tenía miedo.

Permanece inmóvil. La brillante fachada que ha asignado a su padre todos estos años se ha resquebrajado y una lágrima cae por su mejilla. Una gota perfecta se desliza por su pálida piel, y la realidad de sus manipulaciones se filtra en un goteo lento y devastado.

Esa frustración surge en mí al verla, y le digo lo que he estado queriendo decirle durante Dios sabe cuánto tiempo.

—Los tiempos han cambiado, Sloane. Ya no tengo miedo. No eres mi maldita amiga. Sólo eres *mía*.



# 20

## Sloane

Papá: Sloane. Contesta este maldito teléfono. AHORA. Has terminado de faltarme al respeto. Y si te vas de juerga con ese huérfano sin hogar, habrá consecuencias.

Sumerjo la cara en el agua caliente, con la esperanza de que haga que las lágrimas de mis mejillas se mezclen. El vapor de las aguas termales de Blisswater me envuelve mientras caen gordos copos de nieve blanca.

Me siento en el banco de azulejos, sumergido, y observo. En el instante en que entran en contacto con la superficie del agua, se funden en la nada.

Me siento alarmantemente afín a ellos. Todo lo que creía saber sobre mi vida se ha desvanecido en una conversación de cinco minutos.

Lo peor de todo es que estoy enfadada conmigo misma por no haberlo visto. Porque cuanto más pienso en ello, más creo que he sido voluntariamente ignorante respecto a mi padre.

¿Qué niña quiere pensar que su padre no tiene en cuenta sus intereses? No fui sutil sobre mi enamoramiento en los primeros días. Él y mi madre lo habrían sabido, lo habrían visto.

Y nos movió a todos como piezas de ajedrez. ¿Para qué? ¿Para la óptica?



¿Para cerrar un trato? Para beneficiarse a sí mismo.

Por más que lo intento, es lo único que se me ocurre. Tenerme conectada con Jasper no era beneficioso para él, así que se aseguró de que nunca sucediera.

Me sentí muy mal cuando Jasper no acudió a mi primera actuación. Me mandó un mensaje y me dijo que estaba revisando la cinta del partido. Envió flores en su lugar.

Debería haberme alegrado de haberlo conseguido por fin. De que me enviara flores. Pero en lugar de eso, lloré en el camerino mientras me limpiaba grandes cantidades de maquillaje.

Vuelvo a sumergir la cara en el agua para lavarme las lágrimas frescas que han caído.

Cuando vuelvo a levantar la cabeza y vuelvo la cara hacia el aire fresco de la noche, alguien se sienta a mi lado.

Ni siquiera necesito mirar para saber quién es. Conozco su olor. Conozco su tamaño. Sé cómo reacciona mi cuerpo cuando se acerca.

Lo conozco tan bien. Y sin embargo no sabía *esto*.

Dejo que mi cabeza se recueste contra el borde de la piscina y permito que mi cuerpo se relaje y se sumerja en el agua.

No hablamos. ¿Qué hay que decir? Tanto y tan poco a la vez. Su brazo me roza y luego su dedo meñique envuelve el mío.

No sé cuánto tiempo estaremos sentados así. La nieve cae. Los dedos entrelazados. El vapor nos rodea. Por los altavoces suena una ligera música instrumental y escucho los chillidos de alegría de los niños que saltan a la piscina fría al otro lado de la cubierta.

Las lágrimas siguen saliendo silenciosamente de mis ojos. Desearía poder detenerlas, pero no puedo. El dolor en el pecho es insistente, y los 'y si...' o



'podría haber sido...' me consumen.

*¿Y si mi padre no se hubiera topado con él esa noche?*

*¿Y si sus ascensores se hubieran cruzado? Uno subiendo mientras el otro bajaba.*

*¿Y si no me hubiera obligado a ocultar mis sentimientos y a seguir adelante con otras relaciones?*

*¿Qué podría haber sido si se lo hubiera contado todo a Jasper?*

*¿Qué habría sido de nosotros si él hubiera hecho lo mismo?*

*¿Estaríamos juntos?*

*¿Mis padres lo apoyarían?*

*¿Me importaría siquiera? ¿O lo tiraría todo por la borda por una oportunidad con Jasper?*

Las preguntas no cesan y me ahogan bajo su peso. Dicen que la comparación es el ladrón de la alegría, y comparar lo diferente que podría ser mi vida si una pequeña interacción no hubiera sucedido es definitivamente hacer eso.

Es como imaginar qué harías si te tocara la lotería. Es divertido soñar hasta que te deprimes por el hecho de que nunca ocurrirá.

Una lágrima caliente se desliza por un lado de mi cara y el agua se agita a mi lado, seguida de las callosas yemas de los dedos de Jasper rozándome la mejilla. Su roce me quita el hipo.

Sigo sin abrir los ojos. En lugar de eso, me permito sentirle. Jasper ha secado muchas de mis lágrimas por un corazón roto, por la frustración, el síndrome del impostor, los pies en carne viva. Pero nunca así. Nunca por ser el que me hace darme cuenta de que he sido una marioneta.

Todos en mi vida me han tratado como la pequeña bailarina dentro de un



joyero. Bonita de mirar y de escuchar cuando estás de humor, pero fácil de encerrar cuando tienes otra cosa que hacer.

Estoy furiosa conmigo misma por sonreír y girar cada vez que alguien abría esa caja. Estoy enfadada conmigo misma por no hacerles un gesto con el dedo y negarme a dar vueltas sin sentido. No estoy enfadada con nadie más.

Todo va dirigido a mí misma.

Y de alguna manera me cuesta más perdonar. Creo que en el fondo esperaba algo mejor de mí. Me pregunto si Jasper también se siente así. Joder, debe ser una carga muy pesada de llevar.

Su mano ancha se desliza por mi mejilla, su pulgar y su índice agarran mi barbilla para girar mi cabeza hacia él.

—Sunny, mírame.

La autoridad de su voz hace que me recorra un escalofrío por la espalda a pesar de estar sentada en agua perfectamente caliente. Abro los ojos e inmediatamente me fijo en los suyos.

Me siento transportada al primer día que lo vi, alto, larguirucho y juvenil. Incluso entonces se movía como un atleta. Su forma de andar, sus ademanes. Todo en él gritaba fuerza y agilidad. Aún lo hace, pero multiplicado por diez.

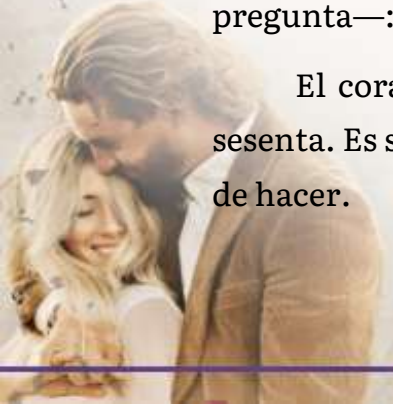
Mirarlo es casi insoportable en este momento.

Sus iris son zafiros oscuros bajo el cielo nocturno mientras trazan mi rostro. Mis ojos. Mi boca. Mi garganta.

Luego más abajo.

Un frío copo de nieve se posa en la punta de mi nariz justo cuando me pregunta—: Dime cómo hacerte sentir mejor.

El corazón se me acelera en el pecho, como un auto que pasa de cero a sesenta. Es su voz. Son sus manos. Su cercanía. Es la pregunta abierta que acaba de hacer.



Podría decirle que me llevara a nuestra habitación y me follara, que me arruinara tanto que sólo pudiera pensar en él y en dónde me está tocando, y lo haría.

Abro la boca para decirlo, pero luego me reprimo, sintiéndome tan fuera de mí. Como si tuviera un latigazo cervical. Como si necesitara ordenar mis pensamientos antes de decir o hacer algo estúpido.

Como arruinar completamente esta amistad.

—Voy a darme una ducha —le digo con rudeza, sosteniéndole la mirada y observando cómo hunde la barbilla en un sutil gesto de asentimiento.

Y entonces avanzo por la piscina, el agua acaricia mi cuerpo como seda que recorre mi piel. La sensación de sus ojos recorriendo mi espalda y mi culo mientras subo los escalones de la piscina es embriagadora.

Mi cuerpo me grita que vuelva con él. Pero no quiero ser esa bailarina en un joyero con él.

No quiero que sienta que tiene que salvarme.

Quiero salvarme.

Salgo del baño envuelta en una bocanada de vapor caliente. Tengo la piel rosada y en carne viva de lo caliente que estaba el agua y de lo fuerte que me la he frotado.

Siento como si hubiera escaldado toda una capa de mí misma ahí dentro. Encontré un pequeño núcleo de fuerza escondido debajo y me aferré a él. Decidí que no seré la chica que sigue la corriente de lo que quieren los demás a su alrededor.

Voy a hablar más alto.



Voy a sentirme cómoda decepcionando a otras personas para evitar decepcionarme a mí misma. No voy a disculparme por hacer las cosas como quiero hacerlas.

Estoy lista para ser yo sin pedir disculpas y dejar ir a las personas de mi vida que no aprueban la persona que soy ahora.

Jasper levanta la cabeza y recorre con la mirada mi cuerpo y la pequeña toalla blanca que me envuelve el torso. No se molesta en dejar de mirarme ni en ocultar la intensa mirada de deseo que pinta sus rasgos.

Y decido deleitarme con eso. La parte mezquina de mí espera que le duela. Espero que sienta una fracción de la nostalgia que he sentido por él mientras estaba sentado, sin decirme por qué ha estado tan cerca y tan lejos a la vez.

—La ducha es toda tuya. La cerradura del baño no funciona. —Levanto un pulgar sobre mi hombro y camino directamente hacia mi bolsa de lona que está al lado del pequeño catre atroz en el que me he dicho que voy a dormir.

No sé muy bien qué pretendía demostrar. La nuevo yo haría que Jasper durmiera ahí, pero una mirada a él y a su corpulento cuerpo me dice que eso no es una opción.

Lo quiero demasiado para hacerle eso. Y yo le gusto demasiado como para decirme que no. Dios. Estamos tan jodidos.

—Gracias. —Lo escucho moverse por la habitación, las tablas del suelo bajo la alfombra crujen al pasar.

Intento forzarme para no girarme y echarle un vistazo mientras avanza.

Pero fracaso.

Miserablemente.

Dejo que mis ojos recorran sus hombros anchos y tonificados, la forma en que sus músculos ondulan en su espalda al caminar. La hendidura que recorre la columna vertebral. Los tatuajes en escala de grises que rodean sus brazos y



uno solitario que asoma en sus costillas. Sólo puedo verlo porque levanta un brazo y se pasa una mano por el cabello, pero se parece muchísimo a. . .

No.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mi bolso. Cuando escucho el chasquido de la puerta del baño al cerrarse, suelto la toalla y me pongo rápidamente unos pantalones cortos negros de dormir de Calvin Klein y una camiseta negra ajustada de tirantes. No llevo sujetador. Mis pechos no son tan grandes como para que importe. Este material elástico los presiona sin problemas.

Me siento en el catre y un resorte atraviesa el endeble colchón y me pincha el culo. No pasa nada. No me torturé con zapatillas de punta durante años para desanimarme por una pequeña molestia.

Mientras me recuesto en el chirriante catre, la imagen del tatuaje de Jasper sigue apareciendo en mi cabeza. Siempre he sabido que Jasper tiene muchos tatuajes. Lo que empezó siendo uno se convirtió en muchos. Cubren sus bíceps, se retuercen sobre sus hombros y se arrastran por sus antebrazos. Todos son negros, los más antiguos más descoloridos que los nuevos.

Para mí, sólo aumentan su atractivo. Los hombres como Sterling no se hacen tatuajes. Se hacen tratamientos faciales. Jasper no es 'uno de los nuestros', como diría mi padre, un comentario que suena mucho más ofensivo ahora que me he quitado las anteojeras.

Jasper no se parece en nada a los hombres con los que crecí. Es crudo y sucio y ama tanto que se hace daño en el proceso.

Y quiero saber qué es ese maldito tatuaje.

Me levanto, cruzo la habitación y abro la puerta del baño de un tirón, entrando en el espacio.

Una mano fuerte apoya la corpulenta figura de Jasper contra la pared de la ducha mientras la otra agarra su polla, bombeándola arriba y abajo



lentamente.

Su cabeza se vuelve hacia mí.

El cabello caramelo mojado le enmarca la cara, y el chorro de la ducha le azota la columna antes de caer a chorros sobre su espalda musculosa y su culo perfectamente redondo.

Siempre supe que Jasper tenía un cuerpo estupendo, que pasaba largas horas entrenando y trabajando y cuidándose, pero es... digno de revista. Su cuerpo parece tallado en piedra.

Junto con su polla.

—Lo siento —digo al instante, congelada en el sitio, mirando fijamente su cuerpo bien proporcionado. Es un hombre grande y también lo es su. . .

—No, no lo haces. —Sus ojos tienen un brillo perverso mientras se fijan en mí. Se endereza, pero su mano sigue girando lánguida, despreocupadamente, como si fuera perfectamente normal que se masturbara mientras yo lo miro.

—No quería irrumpir aquí.

—Sí, lo hacías. —Ahora me sonríe, y mis rodillas flaquean un poco.

Me conoce demasiado bien como para hacerse el tonto. Además, me prometí que dejaría de disculparme por ser yo misma.

Y yo *realmente* quiero ver a Jasper desnudo.

Me quedo aquí, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua, sin saber qué hacer ahora porque... su mano sigue moviéndose. Los músculos y las venas de sus antebrazos se agitan mientras bombea.

—Sloane, cierra la puerta y siéntate en el mostrador.

*Bombeo*.

—¿Perdón? —Mi corazón se agita salvajemente en mi pecho.

—Cierra la puerta.



*Bombeo.*

—Y pon ese pequeño culo apretado sobre el mostrador.

*Bombeo.*

Me arden las mejillas.

—Ambos sabemos que quieres mirar.

Quiero negarlo, decirle que está loco. Que somos amigos y no quiero arruinar nuestra relación.

Pero la verdad es que quiero arruinarlo. Mucho.

Puede que mi cerebro esté en modo zorra, ¿pero mi corazón? Mi corazón está en modo zorra. Doy un par de pasos y subo mi *pequeño culo apretado* a la encimera.

*Bombeo.*

—Buena chica —me elogia el tonificado Adonis de la ducha, y mis dedos se aprietan contra el borde de la encimera con fuerza suficiente para partirse una uña.

Es tan descarado, tan distinto del hombre tranquilo y melancólico que conozco. Sus ojos me lamen la piel como fuego y no deja de sacudirse mientras me incinera. Cada músculo de su cuerpo está tenso, cada línea definida. Sus pectorales. Sus abdominales. Esas afiladas líneas en V que descienden hasta donde tiene lugar toda la acción.

Una voz primitiva dentro de mí me dice que lo educado es apartar la mirada. Pero esta noche no estoy siendo la mujer educada que me han dicho que debería ser.

Así que miro fijamente. Lo asimilo todo. La cabeza redonda y lisa. La gruesa circunferencia.

La mata de pelo que lleva a su tonificado vientre.



Me relamo distraídamente y él gime. Levanto la mirada hacia esos ojos azul marino que conozco tan bien. Me tienen cautivada. Están hirviendo con un calor que nunca había visto. Ha hecho un buen trabajo mirándome como si fuera una amiga, pero ahora mismo no lo es.

Me mira como si fuera *suya*.

—Sloane —ronca mientras sus dedos se enroscan en la pared de vinilo—. Mírame. Háblame.

Vuelvo a lamerme los labios, moviéndome y sintiendo lo resbaladiza que estoy de tanto mirarlo. Si me metiera una mano en los pantalones, podría correrme en cuestión de segundos.

—Sigue —es todo lo que le respondo, apretando los muslos mientras me deleito con el húmedo sonido de su ritmo acelerado.

—¿Llevas algo debajo de esos pantalones cortos, cariño?

No pensé que su voz pudiera bajar más, pero lo hace.

—No. —Me tiembla la cabeza rápidamente y trago saliva.

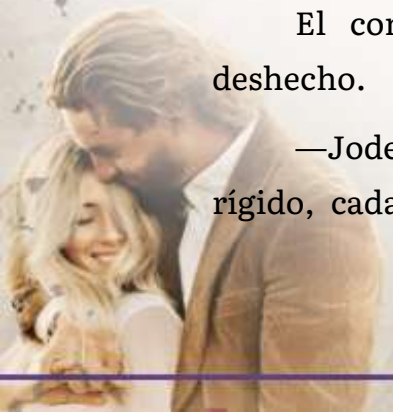
El gemido de respuesta de Jasper es pura masculinidad.

—Podría apartarlos tan fácilmente y verlo todo. —Sus palabras vibran en mi cuerpo, golpeando mi núcleo con una punzada casi dolorosa de anhelo. De *eso*. Exactamente lo que está describiendo.

Su mirada baja y me retuerzo bajo su peso. Me mira fijamente el vértice de los muslos, donde los pantalones me aprietan demasiado. Luego se fija en mis pezones duros, en el subir y bajar frenético de mi pecho, antes de volver a clavar sus ojos en los míos.

El contacto visual es desconcertante. Es erótico. Parece salvaje y deshecho.

—Joder —maldice antes de volver a murmurar *Sloane*. Su cuerpo se pone rígido, cada uno de sus duros bordes se tensa mientras se tira de la polla



salvajemente.

Y entonces el primer chorro de su semen salpica la pared de cristal frente a él. Un gemido sale de mi garganta al verlo. Otro chorro. Y otro más.

Se siente desordenado y animal, y mi cuerpo es una bola ardiente de nervios mientras lo veo desmoronarse delante de mí con mi nombre en los labios.

Nunca me he sentido más importante para alguien, y el hombre ni siquiera me ha tocado.

Su barbilla cae sobre su pecho y le veo jadear, con el cuerpo agitado. Me pasa lo mismo. Es como si acabara de hacer una coreografía entera a toda intensidad.

Mis ojos rebotan entre su cuerpo y el semen que resbala por el cristal.

Mueve el cabezal de la ducha, flexionando los músculos mientras enjuaga el cristal antes de cerrar la ducha y salir del agua. No se molesta en cubrirse. No tiene ni una pizca de conciencia de sí mismo.

De hecho, cuando me ve mirando, *sonríe*.

Las gotas de agua abrazan su piel de una forma que me produce una envidia irracional.

Entonces toma una toalla y vuelvo a verlo.

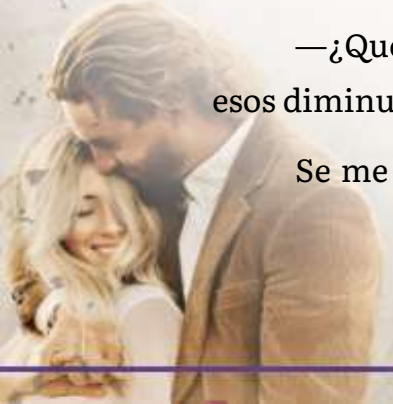
El tatuaje.

—He venido porque quería ver eso. —Una mano temblorosa señala su caja torácica.

Se quitó la toalla.

—¿Querías ver cómo me follaba la mano mientras fingía que eras tú en esos diminutos pantaloncitos? ¿Por eso irrumpiste aquí?

Se me aprieta el torso y se me pone la carne de gallina en la nuca, sudor



frío en las sienes.

Trago saliva y sigo adelante.

—Estoy hablando del tatuaje, Jas.

Ahora levanta la vista, ve adónde apunto y levanta el brazo izquierdo. Veo la pequeña bailarina tatuada en su piel. Se parecen a las del interior de un joyero en las que había pensado antes.

—Oh. —Suspira—. Eso.

—Eso. Eso.

Jasper deja caer la toalla y cierra el espacio que hay entre nosotros, completamente desnudo y seguro de sí mismo, con la polla aún llena y un aspecto jodidamente delicioso. Me pone una mano en cada rodilla y me las abre. Mantener las piernas apretadas me estaba quitando el dolor de mi interior, y gimo antes de morderme el labio inferior para callarme. Estoy empapada y estoy segura de que él lo sabe.

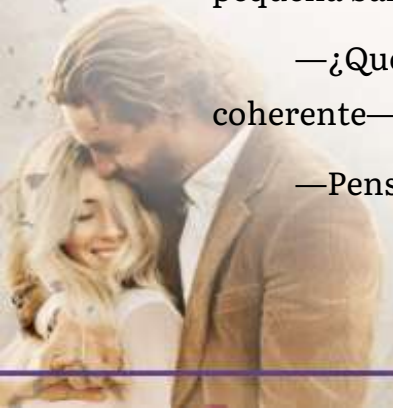
Se mete entre mis piernas abiertas como si supiera que ese es su sitio y levanta el brazo izquierdo para dejarme ver de cerca el tatuaje.

Es delicada y tiene una expresión serena, como de muñeca, con las manos en alto en perfecta posición de pirueta. Las cintas de sus zapatillas de punta le rodean los tobillos mientras gira, y los puntitos texturizan el encaje de su tutú.

Alargo la mano y recorro con la punta de los dedos el tul entintado, como si la textura pudiera ser real. Pero lo único que encuentro es piel suave, músculos firmes y una aguda respiración del hermoso hombre que tengo delante. Jasper observa mis dedos mientras los deslizo por cada detalle de la pequeña bailarina que lleva bajo el brazo.

—¿Qué...? —Sacudo la cabeza, tratando de poner mis palabras en orden coherente—. ¿Qué es esto?

—Pensé que te resultaría familiar —bromea, dejando que lo asimile



mientras sus caderas chocan contra el interior de mis muslos. Su gruesa polla tan cerca.

Inclino la cabeza y lo miro.

—¿Por qué?

Sabe que me refiero a por qué tiene tatuada una bailarina cuando el resto son dibujos: escamas, líneas y formas geométricas que me recuerdan a un caleidoscopio.

Su nuez de Adán se balancea.

—Porque me perdí tu primer baile profesional. —Se aclara la garganta, mirándome las manos y evitando mis ojos—. Tenía tantas ganas de estar allí después de todas las veces que habías estado ahí para mí, así que fui e hice algo esa noche para conmemorarlo a mi manera.

Pestañeo rápidamente para aclarar mis ojos.

—Dijiste que estabas revisando la cinta del partido.

Su mano derecha me aprieta la rodilla y se desliza por mi muslo, los dedos se cuelan bajo el dobladillo de mis pantalones cortos, levantando más polvo que nunca.

—¿De verdad crees que me perdería tu gran noche para revisar la cinta del partido?

—Yo... —Me detengo porque, no. Si lo pienso bien, sé que no lo haría. Siempre ha estado ahí para mí, y esa noche fue una excepción. Mirando atrás, no tiene sentido que se lo perdiera—. Pero has venido desde entonces.

—Empecé a ir cuando me imaginé que tu padre no estaría allí para atraparme. Tu noche de debut fue demasiado arriesgada. Pero vi el espectáculo. Fui a las pocas semanas de empezar y me senté solo en el patio de butacas.

Apoyo la palma de la mano en sus costillas y vuelvo la cara hacia la suya,



su aliento recorriendo mis labios húmedos.

—¿Por qué

Sus pupilas se mueven entre mis ojos antes de suspirar y decir—: Tardé un tiempo en darme cuenta. Años, de hecho, para ordenar mis sentimientos, darles sentido, averiguar de dónde venían y adónde iban. Creía que sólo eras una amiga. ¿Pero que me dijera que me mantenga alejado? ¿Que me dijera que no podía tenerte? Rompió algo dentro de mí. ¿Decirme que no era lo suficientemente buena para ti? Todo lo que hizo fue hacerme querer ser lo suficientemente bueno para ti.

Gimo.

—Siempre has sido lo suficientemente bueno para mí.

Me agarra la barbilla y me mira detenidamente bajo las brillantes luces.

—Nunca sentí que lo fuera. Pero ahora sí.

Mi cabeza nada con su admisión. La excitación se pelea con la frustración. El deseo lucha con la autopreservación.

—Necesito un minuto —le digo mientras le empujo suavemente. Y salgo del baño.

Después de años de anhelar a Jasper Gervais, estoy en shock. Y no puedo pensar con claridad con su cuerpo desnudo contra mí.

Me siento agotada. Me siento triste. Estoy enfadada.

Me siento tan jodidamente caliente que podría estallar.



# 21

## Sloane

Me meto en mi chirriante catre, sintiendo cómo se tambalea mientras me reprendo por haber sido tan testaruda como para pensar que esta desvencijada cama infantil -que probablemente haya sufrido algún accidente nocturno- era mejor idea que dormir en la misma cama que Jasper.

El golpe de sus pies en la habitación hace temblar el catre. Estoy de espaldas a él y con los ojos cerrados, así que mi sentido del oído se agudiza. Lo escucho ponerse la ropa. La cremallera de su bolso. El chasquido de su enorme y estúpida cabeza al entrar por el cuello de la camisa.

La cabeza que aparece cada vez que cierro los ojos últimamente. ¿Cómo pudo verme así durante tanto tiempo y no decir nada? ¿Verme salir con otros, casi casarme con uno?

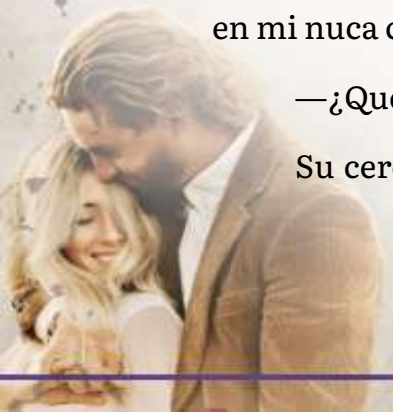
Supongo que debería hacerme la misma pregunta. Quizá tengo una cabeza pequeña y estúpida. Quizá los dos éramos tan buenos ocultándolo y convenciéndonos de que el otro nunca podría sentir lo mismo que nos hemos pasado años mirándonos a distancia.

Todo esto es profundamente estúpido.

De repente noto el calor de su cuerpo detrás del mío, su suave exhalación en mi nuca cuando se arrodilla junto al catre.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Su cercanía. Su voz. Es demasiado. Un escalofrío me recorre la espalda y



aprieto los labios para reprimir cualquier ruido desesperado que pueda salir de ellos.

—Me voy a dormir. Tú también deberías. Ha sido un día muy largo —le susurro roncamente.

—¿De verdad crees que voy a dejarte dormir en esta broma de catre? ¿O que simplemente me iré después de eso?

—No necesito…

—Ven a la cama —me insta, sin echarse atrás.

—Estoy en la cama —refunfuño obstinadamente.

—La cama grande, Sloane.

—En serio, vete a la mierda, Gervais. Vete a acurrucarte con tus secretos, imbécil agotador y melancólico. No voy a dejar este colchón. Me estoy poniendo firme.

Lo miro por encima del hombro y me sonríe un poco.

—Ahí estás.

—Sí —resoplo, dándome la vuelta y oyendo crujir el colchón—. Aquí estoy.

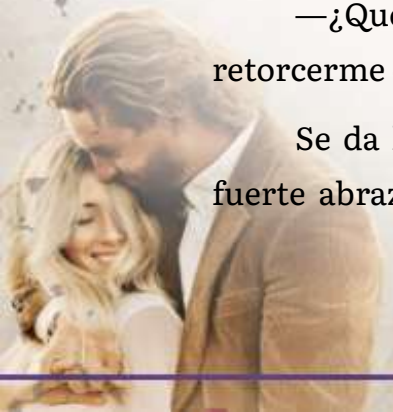
Las manos se introducen entre el delgado colchón y las bobinas de metal que hay debajo. Me pongo rígida cuando Jasper acerca su boca a mi oreja.

—Te dije que no dormirías aquí. Y lo dije en serio, joder.

Cuando me levanta, chillo. El colchón es tan mierdoso que se enrosca a mi alrededor, convirtiéndome en un pequeño taco Sloane.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le grito, sin querer retorcerme demasiado en mi precaria posición.

Se da la vuelta conmigo y con el colchón y toda la ropa de cama en su fuerte abrazo y da tres largas zancadas hacia la cama antes de dejarme caer



suavemente sobre la cama king-size.

Me incorporo y lo miro con rabia, pero no me hace caso. De hecho, se da la vuelta, toma el catre, lo arrastra hasta la puerta y lo tira al pasillo con un fuerte ruido metálico. Luego cierra la puerta y vuelve a la cama.

Con cara de satisfacción.

—¿Me has escuchado, Gervais? Te he preguntado qué demonios crees que estás haciendo.

Retira las mantas de su lado de la cama, unos centímetros más abajo de donde yo estoy tumbada a su lado, y se deja caer sobre la cama.

—¿Estás sonriendo? —Mi voz es estridente ahora.

—Me dijiste que no ibas a dejar ese colchón, Sunny. Sólo intento respetar tus deseos.

Le doy un puñetazo en el bíceps y se *ríe*.

—Tus cambios de humor están fuera de control. ¿Lo sabes? —Me vuelvo a tumbar, dándole la espalda. Golpeo mi almohada, la agitación recubre cada movimiento—. Todo el mundo habla de que las mujeres son demasiado emocionales. Demasiado hormonales. Me inclino a pensar que el problema son los hombres. Las mujeres estaríamos bien sin todos ustedes jodiéndonos.

Lo escucho esforzarse por contener la risa mientras me tumbo de lado, mirando a la pared. El silencio se extiende entre nosotros hasta que me pregunto si se habrá dormido.

—Tienes razón —responde finalmente.

—¿Yo? ¿Sobre qué? —Mi cerebro no se enciende porque hoy hemos hablado de tantas cosas, discutido sobre tantas cosas pasadas. Ya ni siquiera sé en qué tengo razón. O si siquiera me importa tener razón.

—Todo.



No respondo. Me tumbo a su lado en la habitación oscura y pienso. Y pienso. Y pienso. Lo que me lleva a dar muchas vueltas incómodas en la cama. Porque en lo que pienso es en su semen goteando por el cristal de la ducha. En cómo se flexionaba su cuerpo. En cómo sonaba mi nombre en sus labios.

Lo que pienso me inquieta y me hace desear no estar tumbada a su lado. Está demasiado cerca y he visto demasiado. Desearía poder desencenderme. Pero no sé cómo.

—Sloane, ¿piensas dormir esta noche? —Su voz atraviesa la silenciosa habitación—. ¿Estás incómoda? ¿Tengo que deshacerme de ese colchón de mierda por ti? —Puedo escuchar la burla en su voz.

—Estoy muy a gusto. Muchas gracias.

*Lo que quiero decir es que estoy dolorosamente cachonda gracias a tu pequeño espectáculo, pero también estoy enfadada ahora mismo.*

Suelta una risita, un rumor suave y profundo en la oscuridad. Siento que se acerca.

—¿Estás muy nerviosa, Sunny?

Me sobresalto cuando la yema de su dedo me toca la parte superior de la oreja. Recorre el borde exterior hasta el lóbulo. Cuando su tacto se desplaza a un lado de mi cuello, ligero y reverente, me estremezco.

Niego con la cabeza.

Su dedo desciende y explora el borde de mi clavícula.

—¿Necesitas que te eche una mano?

Estoy a punto de decir que no en voz alta, pero sus dedos saltan a mi boca, presionándome los labios y haciéndome callar.

Deja caer su cabeza hasta mi oído.

—Te vi ahí mirándome, Sunny. Te vi apretando los muslos. Tan



jodidamente necesitada. —Sus dedos abandonan mis labios y se mueven para juguetear con el fino tirante que cuelga de mi hombro—. Ahora que lo he visto, no puedo dejar de verlo. Es un juego para mí. Así que voy a preguntártelo una vez más. ¿Necesitas que te eche una mano?

Suspiro, soñando con dejarme ceder, aunque sólo sea un minuto. Quiero ceder y me dije que empezaría a tomar lo que quisiera.

—Estoy disgustada. Estoy confusa. Estoy enfadada por el estado de mi vida. Pero yo... sí, quiero eso.

Me baja la correa y me da un beso en el hombro.

—Sé que lo estás. —Me estremezco—. Pero podemos enfadarnos juntos. Porque no soporto ver su anillo en tu dedo.

Miro mi mano aplastada sobre la almohada y busco el anillo, repentinamente desesperada por quitármelo, pero la mano contraria de Jasper me empuja el brazo hacia abajo antes de deslizarse bajo la tela negra de mi camiseta de tirantes.

Me toca el pecho y me pellizca el pezón. Me agito contra la sábana que cubre mi cuerpo y gimo.

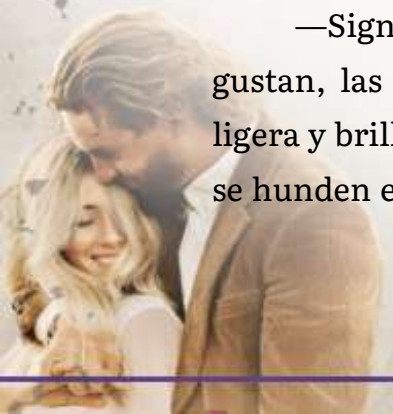
—Voy a hacer que te corras, con *su* anillo puesto, como un última *que* lo *jodan* a ese imbécil. Y luego podrás volver a estar enfadada con el mundo. No te culpo ni un poquito. Y cuando termines de tener tu momento, hablaremos.

Me burlo, pero no muerdo.

—¿Qué significa eso? ¿*Hablaremos*?

Sus dientes rozan mi hombro.

—Significa que te quiero, Sloane. Pero soy complicado. Las cosas que me gustan, las cosas que quiero, la forma en que funciona mi cabeza. Eres tan ligera y brillante. No quiero empañarte. No quiero hacerte daño. —Sus dientes se hunden en mi hombro, y yo retrocedo contra él, jadeando—. Más que nada,



no quiero perderte.

—No lo harás. Te prometo que no lo harás —exhalo, jadeando mientras me retuerce el pezón con la fuerza suficiente para llegar al borde del dolor.

Jasper se ríe, una risita oscura que promete mucho.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Sloane. Tengo un don especial para alejar a la gente. Siempre se van. Y nunca están tan tristes de dejarme atrás.

¿*Es eso realmente lo que piensa*? Mi corazón se abre de par en par para él. Como siempre.

Desliza la mano por debajo de mi camiseta de tirantes y la arrastra perezosamente por el costado de mi cuerpo, apartando la endeble sábana a medida que avanza. Tan fresco y confiado.

Tan practicado.

Tengo las rodillas recogidas delante de mí, así que me sube el dobladillo de los calzoncillos, dejando al descubierto la curva de mi culo y palmeándolo suavemente antes de apretarlo con un gemido silencioso.

Y entonces me toca, me acaricia el centro, extendiendo la humedad que sabía que había. Lo desliza por todo mi coño, pintándome con mi excitación como si estuviera demostrando algo.

Su frente se apoya en mi hombro y gime tan profundamente que parece que le duela tocarme.

—Tan jodidamente húmeda para mí —dice mientras sus labios me suben por el hombro y me lanza lentos besos por el cuello hasta la oreja.

Sus dedos se arremolinan y presionan mi clítoris mientras me estrecha con firmeza, haciéndome gemir.

Haciéndome sonar tan jodidamente necesitada.



Me chupa el cuello, lo bastante fuerte como para dejarme una marca.

Estoy a punto de protestar, pero me roba el aliento al instante al introducirme dos dedos. Mi cuerpo se arquea para acogerlo.

—¿Has estado fingiendo que otras personas eran yo todos estos años? ¿Igual que yo? Apuesto a que sí.

—Oh, Dios. —Gimo y empujo sus dedos.

Los saca y los vuelve a meter, dolorosamente despacio.

Saboreo el puro anhelo en cada movimiento.

Es una tortura deliciosa. Y eso es lo que me gusta.

—Puede que lleves su anillo, pero los dos sabemos que era mi polla la que cabalgabas en tu cabeza —me ronca sobre la piel.

La vergüenza se mezcla con la excitación. No se equivoca. Bueno, no del todo. Se equivoca al decir que Sterling y yo no teníamos mucho sexo. Durante el poco tiempo que estuvimos juntos, me las arreglé para tener un montón de migrañas o quedarme entrenando en el estudio hasta tarde.

Sus dedos me acarician y me siento gotear, cada vez más excitada cuanto más me toca.

Cuanto más me habla.

Se levanta sobre un codo para mirar hacia abajo sobre mí.

—Mírame, Sloane.

Hasta ahora he mantenido la mirada fija en la pared oscura que tengo delante. Mirarlo es como... mucho. Como desnudarme para él cuando le he dicho tanto y él me ha dado tan poco.

Decido quedarme de cara a la pared, proteger los pequeños retazos de mi corazón y mi dignidad que aún puedan ser míos. Porque Jasper Gervais consume cualquier otra parte de mí.



Saca los dedos y yo ruedo sobre mi espalda, dispuesta a exigirle que siga, pero en cuanto mis ojos se cruzan con los suyos, sus manos vuelven a sujetarme.

—No me gusta pedirlo dos veces —dice antes de hundirme los dedos en el coño. Aprieto y gimo, aliviada de tenerlo de nuevo dentro de mí—. Ojos en mí.

Lo único que puedo hacer es mirar fijamente sus ojos azul oscuro tan clavados en mí. Su cuerpo trabaja expertamente sobre el mío, y esa exquisita presión aumenta, retorciéndose desde cada rincón de mi cuerpo.

Estoy enfadada con él por todas las cosas que no me ha contado. Pero también estoy unida a él.

Probablemente ya le haya perdonado. Probablemente irremediablemente enamorada de él.

—Cuando te estás follando a otro, ¿en quién piensas? —raspa—. Quiero escucharte decirlo.

—¿Por qué? ¿Estás celoso? —Le aguijoneo, intentando evitar lo inevitable, intentando que me dé alguna pizca de sentimiento cuando siempre está tan malditamente encerrado.

No lo duda.

—Los celos son sólo la punta del iceberg. No sabes cuántas veces he deseado ser yo quien te tocara. —Su mano recorre mis curvas mientras habla—. El hombre palmeando estas bonitas tetas. El hombre con la cabeza entre estos muslos haciéndote gritar. El hombre llenando este coñito apretado cada noche.

Mi respiración se vuelve agitada.

—Dime, Sloane.

Esta es una de esas cosas que guardo en los oscuros recovecos de mi mente, lejos de la luz del día.

¿Y ahora me pide que lo admita?



Añade un tercer dedo y me acaricia el clítoris con el pulgar, haciéndome sacudirme salvajemente.

—Tú. Siempre has sido tú. —Escupo las palabras con fuerza. Es la única forma de que pasen la parte lógica de mi cerebro que me dice que guarde estos secretos bajo llave.

—Claro que sí —gruñe—. Y ahora voy a recordarte por qué.

Y entonces sus labios se estrellan contra los míos, reclamándome como siempre había soñado que lo haría. Nos volcamos en este beso. En lo bueno. Lo malo. El anhelo. El dolor. El amor.

Su cuerpo se ablanda y se coloca sobre mí, con una mano enredada en mi cabello y la otra entre mis piernas. Me ajusto, me separo y le doy mejor acceso. Me entrego a él y él me da un poco de sí mismo.

Después de todo, es Jasper. El chico de ojos tristes y corazón de oro. Siempre he confiado en él y siempre lo haré.

El pensamiento de él, de nosotros, envuelve la forma mágica en que sus dedos me tocan, y me precipito hacia ese borde. Mi visión se vuelve borrosa, siento los labios entumecidos y un dolor se despliega detrás de los huesos de mi cadera.

—Jasper —susurro entre besos suaves y escrutadores—. Oh, Dios. Oh, mierda. Oh, oh...

Y entonces caigo en caída libre. Mi cuerpo se agita mientras me invade una poderosa liberación. Se me nubla la vista mientras disfruto del orgasmo más intenso de mi vida. Y Jasper sigue abrazándome con fuerza, observando cada pequeño movimiento que hago con embelesada fascinación.

Con adoración.

Luego, sus labios bajan y me besan por toda la cara. Mis dedos se enredan en su cabello mojado, y mi cuerpo se ablanda cuando dice—: ¿Ves, Sloane?



Puedes llevar el anillo de otro, pero los dos sabemos que siempre has sido mía.



# 22

## Jasper

Me dije que sólo la tocaría cuatro segundos.

Me dije que sólo la besaría durante cuatro segundos.

Me dije que sólo me enfadaría por ver ese puto anillo brillante espolvoreando sobre *mi* tatuaje durante cuatro putos segundos.

Y resulta que soy un maldito mentiroso.

Todavía la estoy tocando. Todavía tengo mis dedos metidos en su apretado coño. Mis labios siguen arrastrándose por toda su suave y jodida piel.

Y todavía estoy furioso de que ella está usando ese anillo llamativo.

*Mía.*

¿Por qué demonios le dije eso? ¿Por qué demonios me he vuelto tan malditamente posesivo desde el segundo en que supe que estaba prometida? ¿Por qué siempre la he considerado mía y nunca me he sentido amenazado por ello hasta *él*?

Estoy al cien por cien fuera de control, y *odio* esta sensación. Los pensamientos intrusivos se agolpan en mi cabeza y mis muros se derrumban.

*Arruinando nuestra amistad.*

*Ella dejándome.*

*Ella odiándome.*

Me permito pensar en esas cosas durante cuatro segundos. Luego las meto



en una caja y las guardo con todos los demás pensamientos que me comen vivo, incluidos los que he guardado bajo llave sobre Sloane.

Me retiro de su cuerpo suave y cálido porque hice lo que prometí -tomar lo que quería, lo que ella *necesitaba*- y ahora nos vamos a dormir.

Hablaremos de todo con la cabeza fría por la mañana, cuando la ira y años de frustración sexual contenida no nos dominen.

De ambos lados. Porque no soy idiota. Sloane Winthrop ha estado girando cabezas durante años, y estoy seguro de que no soy inmune. Su cara. Su cuerpo. Todo en ella es exteriormente atractivo.

Maldita distracción.

Pero es lo que hay dentro de ella lo que es tan especial. Su corazón. Su cerebro. Su capacidad de empatía.

Ella es inusual. Es demasiado propensa a hacer lo que la gente le dice para no irritar a nadie.

Se dé cuenta o no, no necesita a otro hombre en su vida que la controle.

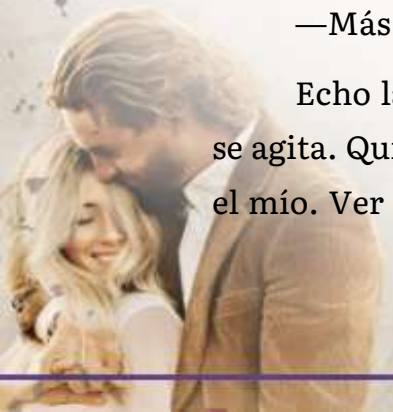
Y mi necesidad de tomar el control es una bestia que mantengo encerrada dentro, lejos de la chica que he puesto en un pedestal. No me apetece poner a prueba esa mierda con la única chica que me ha importado mientras ambos nos sentimos tan crudos.

Porque, ¿y si lo hago y me deja? No sobreviviría.

Con un último beso en su cálida mejilla, me retiro, tratando de entender qué carajo he hecho en mis segundos de locura. Si cuatro segundos eran la meta, los he sobrepasado.

—Más —murmura ella, con voz espesa por la excitación.

Echo la cabeza hacia atrás y miro al techo rezando por... algo. Mi cuerpo se agita. Quiero darle más. Saborearla. Darle la vuelta y cubrir su cuerpo con el mío. Ver cómo se corre una y otra vez.



Sus manos me alcanzan y me duele el pecho mientras lucho contra el impulso de devolverle la mano.

—Eso es todo esta noche, Sunny —digo, mi voz suave pero firme—. Ven aquí. —Abro los brazos, dispuesto a empujar ese asqueroso colchón al suelo y abrazarla toda la noche.

—¿Qué quieres decir con eso? —Se gira para mirarme.

—Quiero decir, eso es todo. Por esta noche. —Me paso una mano por el cabello, tirando con fuerza mientras la ansiedad se apodera de mí.

*Ya has jodido esto, maldito idiota cachondo.*

—No voy a hacer más mientras estés enfadada conmigo. No quiero hacerte daño.

—Nunca me harías daño.

Se me escapa un suspiro. Escucharla decir eso me duele físicamente. Mina toda la culpa con la que me gusta andar porque ella tiene razón. *Nunca* le haría daño.

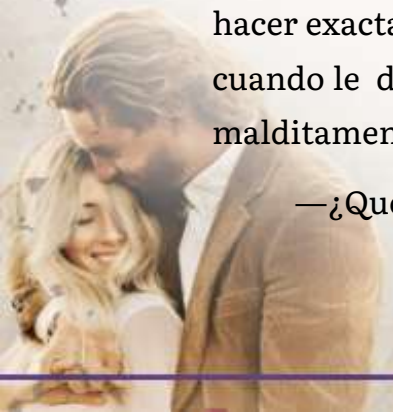
—Es complicado —es mi estúpida respuesta.

Ella suspira.

—Las cosas contigo siempre lo son. —Su mano recorre mi antebrazo—. Dime qué pasa, Jas. Puedo verte enloqueciendo ahí dentro. —Me señala la cabeza con la barbilla. Siempre ha sabido cuándo me vuelvo loco. Es como si tuviera un sexto sentido.

—Yo sólo... me gusta... —*Joder*. No tengo problema en decirle a una mujer cualquiera lo que me gusta sexualmente. Es poder. Es control. Es verla hacer exactamente lo que le digo. No es sólo sexo, es probarme a mí mismo que cuando le digo a alguien qué hacer, el resultado es bueno. Puedo hacer que sea malditamente bueno para ellas.

—¿Qué te gusta? —Sus ojos están muy abiertos, su cara tan perfecta, su



tono tan aceptador.

Odiaría que ella me viera diferente. La quiero, pero tengo miedo de *cambiarnos* en el proceso.

—Hablaremos mañana. Vamos a dormir. —Mi cuerpo zumba. Puede que le haya echado una mano, pero todo lo que hice es volver a ponerme nervioso en el proceso.

Me mira a la cara durante unos instantes. Una risa frustrada brota de sus labios, su cabeza tiembla sobre la almohada mientras se agacha para taparse el cuerpo con la sábana.

—Bueno, al menos eres coherente con lo de que se te da fatal hablar de tus sentimientos. —Se da la vuelta resoplando y murmura—: Los chicos son tan jodidamente tontos. Gracias por el orgasmo.

—Fue uno bueno, ¿no? —No necesita confirmarlo. Sé que lo fue. Yo también lo sentí.

Me encuentro con unos segundos de silencio y luego un frustrado, *Ugh*, antes de que ella se acurruque y me de el tratamiento de silencio.

Sonrío. Al menos está a mi lado. Cabreada y en un colchón de tamaño infantil encima de la cama de matrimonio perfectamente espaciosa es mejor que al otro lado de la habitación e incómoda.

Me tumbo aquí pensando en cómo toda esta noche es *nuestra* quintaesencia. Altibajos, placer y dolor, felicidad y tristeza. Secretos y verdades.

Con Sloane el resto de la mierda del mundo no importa porque cuando estoy a su lado, siempre me siento bien. Me tranquiliza. Ella me calma. Siempre lo ha hecho.

Ella es esa persona para mí.

Estoy fuera de mi profundidad con ella, pero esta es Sloane. Mi *Sloane*. No



importa lo que pase, estamos ahí el uno para el otro.

Mi *Sloane*.

Lo pienso de nuevo y Dios, qué bien se siente.

Me despierto con el cuerpo de Sloane sobre el mío. Su colchoncito de chatarra cuelga del borde de la cama porque está claro que lo apartó en mitad de la noche.

La última vez que me desperté así con ella, me escapé con el rabo entre las piernas. Pero hoy no tengo esa inclinación.

En lugar de eso, me tumbo aquí y disfruto de la cálida presión de su cuerpo, sus suaves pechos apretados contra mi pecho y sus dedos extendidos sobre el tatuaje que me hice para recordarla.

Es mi tatuaje favorito.

Para mi persona favorita.

Aún puedo sentir cómo su cuerpo se apretó alrededor de mis dedos anoche. La forma en que se mojó más cuando le hice admitir que pensaba en mí mientras estaba con otra persona.

Definitivamente hay una parte de mí que se excitó con eso también. Verla desmoronarse con su anillo en el dedo fue satisfactorio.

Jodido.

Y satisfactorio.

Una risita retumba en mi pecho y Sloane se agita. Juro que veo cómo la conciencia se apodera de ella, cómo cada miembro vuelve a la vida, cómo su mano sale de debajo de mi camisa.



—Ugh —es lo primero que dice cuando se separa de mí.

No puedo evitar reírme.

—Yo también me alegro de verte, Sunny.

—Tú y tus múltiples personalidades ya me están dando dolor de cabeza, Gervais. —Me lanza una mirada que podría hacer que algunos hombres se marchitaran, pero yo... No creo que pueda hacer nada que me asuste.

—He escuchado que los orgasmos pueden ayudar —respondo, negándome a desanimarme por su estado de ánimo.

Se burla. O quizá se ríe. No estoy seguro, porque ya se está levantando y se dirige al baño. Mis ojos recorren su torso y los shorts negros de algodón que tan fácilmente se echó a un lado anoche.

Mi polla se engrosa al ver su culo redondo alejarse.

Esta mañana siento cada año de nuestra frustración contenida y me pregunto por qué me molesto en resistirme cuando todo lo nuestro parece tan condenadamente inevitable.



# 23

## Jasper

Jasper: ¿Alguna novedad?

Harvey: Todavía nada.

No me habla mientras empaquetamos nuestras cosas. No me habla en el auto. No me habla en todo el camino desde las montañas hasta la granja de Violet en Ruby Creek.

Sloane sube el volumen de la radio y se queda mirando por la ventana. Ahora mismo puedo verla haciendo en su cabeza lo mismo que siempre dice que puede verme hacer. Está asustada y no puedo culparla. Le he echado mucho encima.

Su padre siendo un pedazo de mierda. Yo ocultando mis sentimientos por ella.

Luego la hice correrse en mis dedos mientras le hacía admitir que pensaba en mí mientras follaba con su prometido.

Puede que me haya pasado con esa parte, pero estoy irracionalmente contento por ello.

Mi lado celoso salió a jugar, y no lo contuve en absoluto. Dejé que clavara sus garras, y ahora me preocupa haberla avergonzado en el proceso.



Me dijo tanto, y yo le di tan poco a cambio. Como siempre hago.

Cuando giramos por la carretera que lleva al rancho Gold Rush, la sorprendo comprobando su teléfono, ya que ninguno de los dos teníamos cobertura al bajar por el conector.

Quiero asomarme y ver quién le manda mensajes. Woodcock no ha parado y su padre tampoco. Pero ahora se hace la enfadada conmigo, así que no pregunto.

Cuando llegamos a las lujosas instalaciones de entrenamiento de caballos de carreras, vuelvo a mirarla. Se le ha ido toda la sangre de la cara y tiene los ojos pegados a la pantalla, el dedo suspendido sobre ella, temblando.

Miro hacia atrás, hacia el camino de entrada circular perfectamente pavimentado, con cuidado de girar lo suficientemente amplio como para no pillar una curva con el remolque. Este sitio parece caro de arreglar.

Donde Wishing Well Ranch es todo postes de madera, caminos de tierra y acabados rústicos, este lugar es de cristal, postes de valla de vinilo blanco y toques modernos por todas partes.

Hay una maldita araña colgada sobre la entrada del granero.

Y debajo de ella está Violet.

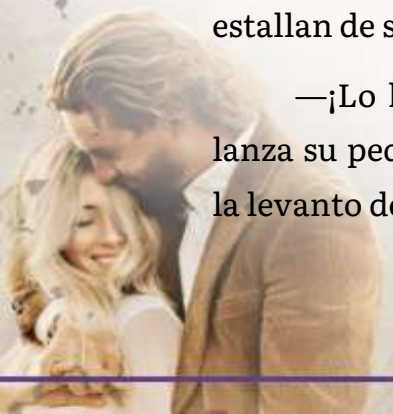
Sonriendo.

Y sollozando.

En cuanto estaciono el vehículo, corre hacia la camioneta, con la cara manchada y apareciendo a mi lado mientras abre la puerta de un tirón.

Apenas he puesto mis Blundstones sobre el asfalto cuando las palabras estallan de sus labios.

—¡Lo han encontrado! Está a salvo. —*Salvo* sale como un sollozo, y ella lanza su pequeño cuerpo hacia mí, los brazos apretados en mi cuello mientras la levanto del suelo.



*Lo encontraron. Está a salvo.*

*Lo encontraron. Está a salvo.*

*Lo encontraron. Está a salvo.*

Las palabras resuenan en mi cerebro. Si las repito bastantes veces, puede que las asimile.

Siento la humedad de las lágrimas de Violet. La hermana pequeña que aún tengo. Se me abre el pecho. Como he estado tan concentrado en cómo me sentó la desaparición de Beau, me olvidé de pensar en los demás.

He sido egoísta. Tan jodidamente egoísta.

—Lo tienen. Lo tienen, Jas.

La rodeo con mis brazos mientras llora en mi hombro y se me llenan los ojos.

—¿Dónde? ¿Cómo? —murmuro contra su cabello.

—No lo sé. Todos hemos intentado llamarte, pero salta el buzón de voz. No hay cobertura, supongo. Todo lo que sé es que lo encontraron y está recibiendo atención médica. Seguro que papá tendrá más noticias.

Los dos suspiramos y la dejo caer lentamente al suelo. Es tan pequeña, pero ahora parece aún más pequeña.

Gira la cabeza y ve a Sloane de pie en la parte delantera del camión, mirándonos, con lágrimas cayendo por su cara.

—¿Está bien? —Su voz se quiebra y su mano vuela sobre la boca para contener el sollozo.

Violet asiente y abre los brazos a su prima para abrazarla. Sloane vuela hacia ella, las dos mujeres se abrazan y lloran.

Me limpio la nariz e inclino la cabeza hacia el cielo, con la esperanza de que las lágrimas que brotan vuelvan a derramarse por dondequiera que hayan



venido.

El cielo es jodidamente azul, como los ojos de Sloane. Ni una nube hasta donde alcanza la vista. No es la primera vez que me pregunto qué estará mirando Beau en este momento. ¿Luces brillantes de hospital? ¿Un portaaviones de algún tipo? ¿La parte de atrás de sus párpados?

Veo a Cole, el marido de Violet, acercándose a nosotros. Parece oscuro y premonitorio, pero no lo es. Bueno, a menos que seas el tonto que despreció a su mujer, entonces tiene el mismo interruptor que Beau como militar.

El interruptor que se enciende y se convierten en el hombre que puede matarte con sus propias manos.

Me hace un gesto con la cabeza mientras su mano se desliza por la nuca de Violet, y me entran ganas de tocar a Sloane con la misma comodidad, la misma posesión.

Cuando su mujer se vuelve hacia él y desaparece en la jaula de sus brazos, es Sloane quien se vuelve para mirarme.

—Está bien —vuelve a decir.

Asiento con la cabeza, sintiendo que se me hace un nudo en la garganta y me pica el puente de la nariz.

Se acerca a mí al mismo tiempo que yo me acerco a ella. Toda la tensión que había entre nosotros se desvanece por lo desesperadamente que nos necesitamos. Una de sus manos me agarra la camisa, mientras la derecha se desliza por dentro de la chaqueta y se coloca sobre el tatuaje. La aprieto con fuerza y, cuando su frente se apoya en mi pecho, dejo caer mis labios hasta la coronilla de su cabello.

Como siempre.

—Todos estamos bien —respondo con brusquedad contra su cabello.

Por mis venas corre alivio puro.



Ella se acurruca contra mí y yo me acurruco contra ella. Nos aferramos el uno al otro como lo hemos hecho durante la mayor parte de nuestras vidas.

Porque, pase lo que pase en el mundo, todo es mejor con ella en mis brazos.



# 24

## Sloane

Sloane: Dale a tus chicos abrazos de mi parte. Y a ustedes mismos. No me lo puedo creer.

Summer: No puedo dejar de llorar. Estoy tan aliviada. Les mandamos abrazos.

Willa: Abrazaré a Cade por ti si tú te tiras a Jasper por mí.

Sloane: Cuando me tire a Jasper, me lo tiraré para mí.

Summer : ¡Oooooooo! Posesiva. Me gusta.

Willa: Espera. ¡¿Has dicho CUÁNDO?!

Estoy feliz y agotada a la vez. Estoy de vuelta en un camión enorme, pero esta vez, Violet está al volante. Yo estoy sentada en el asiento del pasajero delantero, y sus tres amigas más cercanas están en la parte de atrás.

Billie, que tiene el don de hacernos reír a todos, proclamó que descargar heno es un trabajo de 'chicos' y que todos deberíamos ir por vino para bebérnoslo directamente de la botella. Da un poco de miedo, si te soy sincera.

Es como Willa.

*En* crack.



Luego está Mira, con su cabello negro, sus ojos penetrantes y su sonrisa cómplice. Tengo la sensación de que conoce todos mis secretos más profundos y oscuros con solo mirarme.

Y Nadia, que es un poco más joven, es tan guapa que no puedo dejar de mirarla. Es como si se hubiera bajado de una pasarela de Victoria's Secret para llegar a la granja.

Charlan alegremente en la parte de atrás mientras Violet y yo nos sentamos en un silencio agradable pero aturdido en la parte de delante. Es como si no me hubiera dado cuenta de la tensión que arrastraba por Beau hasta que se me ha quitado el peso de encima.

Ahora me golpea un agotamiento de todo el cuerpo que se extiende desde la punta de los dedos de las manos hasta la punta de los pies. Podría dormir una semana.

—¿Estás bien? —Violet me mira, con la coleta alta cayéndole por encima del hombro.

—Sí. —Suspiro—. Sólo tan, tan cansada.

—Ustedes tuvieron un largo viaje.

—Así fue.

*Largo* ni siquiera empieza a cubrirlo.

Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—Siempre me pregunté cuándo se fijarían el uno en el otro.

Mi cabeza gira hacia ella.

—¿Perdón?

—Tú y Jasper. Los dos han estado tan enamorados el uno del otro durante tanto tiempo. Vi ese abrazo. Además, vi la expresión de su cara ese día cuando le conté por primera vez lo de tu compromiso. ¿Y el día de tu boda? —Ella



resopla—. Creo que estaba buscando una razón para irrumpir y sacarte de allí. Pobre idiota emocionalmente atrofiado que es.

Parpadeo, con la mente en blanco.

—No está emocionalmente atrofiado. —Siempre me lanzo a defender a Jasper, pase lo que pase.

Violet me mira de reojo.

—Sí, lo está. Me casé con uno de esos, así que los reconozco cuando los veo.

—Espera —dice Nadia—. ¿No son primos?

El dedo de Mira se agita de un lado a otro.

—No. Es el hermano adoptivo.

Veo la sonrisa de Nadia en el retrovisor.

—Joder. Qué cachondo.

Gruño, pero no puedo decir ni una palabra antes de que Billie hable.

—Deberías follártelo.

No puedo evitar reírme. Mi cuerpo se estremece porque este escenario es demasiado.

Las emociones están a flor de piel. Estoy delirando.

Violet también se ríe.

—Billie, ese es siempre tu consejo.

—Lo intenté —digo desde detrás de mis manos porque esconderme mientras admito esto se siente más fácil—. Dijo que primero teníamos que hablar.

—¿Pero ha pasado algo? —Violet no puede ocultar su curiosidad. Siempre fue del tipo de chica habladora.



—Sí. —Bajo las manos, mirando el techo del camión—. Algo pasó.

Billie canturrea pensativa detrás de mí. Como si estuviera a punto de dar un consejo profundo.

—Deberías exigirle que te folle.

Resoplo y se me llenan los ojos de otro tipo de lágrimas. Son de las buenas, de las que salen al reír e intentar contenerlas. Miro por el retrovisor hacia el asiento trasero.

—A mí me funcionó —dice Mira con una sonrisa felina en los labios.

—No me cuentes esas cosas de mi hermano, por favor. —Nadia se da la vuelta y mira por la ventana, con una expresión de asco exagerado en la cara—. Podrías hacer lo que yo hice y volverlo loco hasta que enloquezca.

Billie vuelve a hablar.

—No. Saca una Violet. Envíale desnudos.

Violet no rehúye la afirmación de Billie como habría hecho cuando era más joven. En lugar de eso, una sonrisa orgullosa se dibuja en su rostro mientras conduce por la carretera nevada hasta que llegamos al Neighbor's Pub, el bar y la licorería más destartalados que he visto en mi vida. Un cartel parpadeante anuncia ¡¡¡CERVEZA Y VINO FRÍOS!!!

Con signos de exclamación y todo.

Se siente adecuadamente sucio para la versión actualizada de mí en la que estoy trabajando. Ya me gusta.

—O simplemente haz lo que yo hice y ponlo tan celoso que pierda la cabeza, aporree tu puerta y luego te golpee contra la encimera de la cocina —añade Billie.

Me río con más ganas, igual que los demás, y me entra un calorcito en el pecho. Me encantaría tener amistades así en mi vida. Creo que podría tenerlas con Willa y Summer.



Cuando salimos de la camioneta, con el ánimo aligerado por las bromas sobre mi desastrosa vida personal y el incendio de mi amistad, relación y enamoramiento de toda la vida, pregunto—: ¿Crees que aquí venden Buddyz Best Beer?

—Claro que sí —dice Billie por encima del hombro mientras abre de un tirón la puerta de madera. De repente, ya no me siento tan mal por todo. Todos mis seres queridos están a salvo y contentos.

Violet tiene una pequeña tripulación feliz aquí. Encontraron a Beau. Las cosas entre Jasper y yo están desordenadas ahora, pero… somos nosotros.

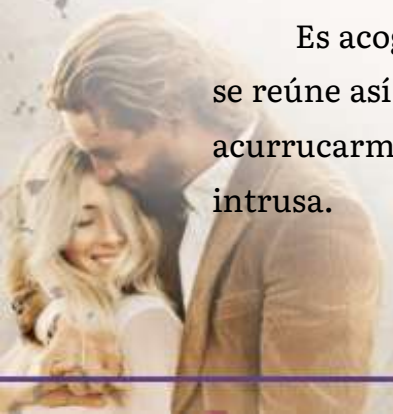
Siempre acabamos juntos de alguna manera. Sólo tenemos que dejar de luchar contra ello.

Stefan, el marido de Mira, nos preparó una comida enorme y gourmet. Durante la cena, todo el mundo en la amplia casa de Billie y Vaughn compartía claramente mi sensación de alivio.

Vaughn soltó chistes que aligeraron considerablemente el ambiente. Cole y Griffin eran callados pero amistosos. La sensación de familia entre todos los amigos me calentó el corazón. El vino fluyó con facilidad, al igual que la conversación.

Las ventanas del comedor dan a la prístina granja, y todos los niños se han quedado dormidos en el enorme salón hundido mientras una película de Disney sigue rodando en la pantalla.

Es acogedor y reconfortante, y me doy cuenta de que este grupo de gente se reúne así a menudo. Hay un nivel de comodidad entre ellos en el que quiero acurrucarme, pero todavía me siento un poco alejada de todo. Sigo siendo una intrusa.



Simplemente no es Chestnut Springs.

No dejo de mirar a Jasper al otro lado de la mesa, deseando verlo sonreír, deseando verlo aliviado y feliz después de semanas viéndolo devastado.

Esta noche no lleva gorra, y eso hace que sea muy fácil ver todas las expresiones de su cara. Quiero saber que está bien, pero desvío rápidamente la mirada cuando sus ojos se clavan en los míos.

Mis mejillas se calientan y siento un hormigueo en la columna vertebral, y mi cerebro me sumerge de nuevo en la noche anterior, cuando deslizó sus dedos entre mis piernas y me hizo correrme más fuerte que nunca.

Le dije tanto y él me dijo tan poco. Seguía conteniéndose y eso me dolía. Siempre he sentido que soy su persona, su lugar seguro para desahogarse, pero en los últimos días me he dado cuenta de que sigue guardando muchas cosas bajo llave.

No me lo ha contado todo y eso no debería importar. Todos tenemos esos secretos, supongo. Pero así es. Quiero saberlo. Siempre quiero ser la persona que más sabe de él.

Eso siempre ha sido lo único que he tenido con él que ninguna otra mujer puede reclamar.

Puede que no conozca su cuerpo. Puede que no haya memorizado todos sus tatuajes. Pero conozco su corazón.

Estoy íntimamente familiarizada con todas las piezas que me ha dado a lo largo de los años.

Pero no son suficientes. Yo también quiero el resto.

Cuando se produce una pausa en la conversación, reprimo un bostezo. Violet, sentada a mi lado, me da unas palmaditas en la rodilla.

—¿Cansada?

Asiento con la cabeza.



—Sí. Creo que voy a retirarme por esta noche.

—Bien. Llevé tus maletas a la pequeña cabaña cerca del arroyo. Así los niños no te despertarán a las cinco de la mañana.

—Perfecto.

Billie se inclina y me susurra al oído—: Esa cabaña se conoce por aquí como la Choza del Amor.

Violet la mira sin impresionarse.

—Así lo llamábamos cuando Vaughn y tú vivían allí.

Billie levanta las manos en señal de rendición.

—Bien. Sólo digo que hay un buen 'fóllame' juju ahí.

Empujo para ponerme en pie, sonriendo ante sus payasadas, pero me quedo inmóvil y miro a la descarada morena.

—Espera. ¿Este es el lugar del mostrador de la cocina?

Se encoge de hombros con una sonrisa cómplice.

—Soy una maniática de la limpieza. No te preocupes. Lo he desinfectado.

Entorno los labios para no soltar una carcajada, pero Jasper llama mi atención desde el otro lado de la mesa.

—Iré contigo. —Señala con la cabeza a los hombres del otro extremo de la mesa—. Gracias por la cena. Ha sido excelente.

Hay abrazos y despedidas, pero todo se mezcla con el fuerte latido de mi corazón, porque en cuestión de minutos sólo estamos Jasper y yo paseando por una tranquila granja bajo el oscuro cielo nocturno.

Hemos estado aquí antes.

Juntos en la oscuridad.

Pero nunca me había sentido así.



Jasper introduce el código en la cerradura de la puerta. La tensión entre nosotros es tan fuerte que ninguno de los dos se ríe de que el código sea 6969. Estoy cansada y nerviosa a la vez.

Entramos y me quito los zapatos, sin apartar los ojos del suelo. Me duché y me cambié en la casa principal cuando llegamos, pero aún no he entrado en este lugar.

Es un acogedor concepto abierto con vigas de madera a la vista. Supongo que el tramo de escaleras conduce a un dormitorio. ¿O dormitorios? No estoy segura porque no parece que haya espacio suficiente para más de uno.

Pero nadie nos preguntó sobre eso. Así que o definitivamente hay dos camas o mi prima y sus amigas están haciendo de casamenteras en la puta Choza del Amor.

—Bonita casita —digo distraídamente mientras miro a mi alrededor.

La espalda de Jasper se tensa contra la camiseta azul marino que lleva puesta mientras se sirve un vaso de agua del dispensador de la nevera. Me tomo un momento para contemplar la anchura de sus hombros, su postura siempre tan inmaculada, y la forma en que se estrecha hasta la cintura.

Por ese culo redondo de chico de hockey.

Levanto la cabeza y miro el techo, todo tablones de madera y vigas transversales. Encima de mí cuelgan lámparas industriales de hierro forjado y un ventilador, que contrastan con la alfombra persa que hay bajo mis pies. Unos mullidos sofás de cuero miran hacia las altas ventanas en forma de A.

—Debes de sentirte aliviado por lo de Beau —digo justo cuando Jasper se da la vuelta y se apoya en la encimera de la cocina. Me pregunto distraídamente



si será *esa encimera*, pero decido no sacar el tema ahora.

—Sí. Será bueno verlo. Con suerte, vamos a obtener más información de Harvey una vez que llegue allí .

Asiento con la cabeza. Más tarde nos enteramos de que Harvey volaba hacia el este, a un hospital militar donde habían trasladado a Beau para que pudiera estar con él.

—¿Vamos a quedarnos por aquí? ¿O volvemos directamente?

Su cabeza se inclina, y la expresión que pone cuando se dirige al hielo pinta sus facciones.

El enfoque. El borde. La mirada entrecerrada.

—No lo sé, Sloane. ¿Qué es lo que quieres?

Suspiro pesadamente, echando los hombros hacia atrás y manteniendo la cabeza alta donde estoy, cerca de la puerta principal.

—Por una vez, me gustaría que me dijeras qué te pasa por la cabeza. Estoy cansada, Jasper. Cansada de adivinar, cansada de pasar de puntillas por los sentimientos de los demás, cansada de dar tanto y recibir tan poco a cambio. Y no sólo de ti, de todos. ¿Puedes decirme algo real por una vez? ¿Qué sientes? ¿Cuál es nuestro plan? ¿Nos quedamos aquí? ¿O volvemos en auto? Realmente no es complicado. Y como tú eres el que está en una línea de tiempo con el equipo, voy a suponer que tienes un plan. Porque siempre lo tienes.

Me fulmina con la mirada, así que continúo.

»Es que, *como siempre*, no sientes la necesidad de hablar de ello. —Agito una mano delante de mí, con la frustración impregnando mi tono—. O de cualquier cosa. Supongo que es mucho mejor para ti mantener todo encerrado y luego cegarme con toda tu mierda a la vez. Así que, ¿me puedes avisar o algo?

Veo cómo se le desencaja la mandíbula, cómo aprieta el vaso de agua con los dedos, cómo se le ondula el antebrazo al apretarlo. Nos miramos fijamente y



me clavo en esos ojos que conozco tan bien, deseando que diga *algo*. Me he pasado años monologando mientras él escuchaba, pero ya no quiero hacer ese papel para él. La frustración se me agolpa en el pecho antes de saltar.

—¡Dios mío, Jasper! ¡Di algo, joder!

—Siento que podría derrumbarme bajo el peso de no querer decepcionarte. Me paraliza el miedo a perderte.

Sus palabras absorben todo el aire de la habitación. Como un puñetazo directo a las tripas.

Recuerdo que de niña me caí del columpio del rancho y me quedé sin aliento.

Él estaba allí… frotándome la espalda y diciéndome que mantuviera la calma. Abro la boca para responder, pero me corta.

—La idea de necesitarte tanto y defraudarte. —baja la mirada, sacudiendo la cabeza—. Me mata, joder.

—Nunca me vas a perder —le susurro, con ganas de correr hacia delante y tocarlo pero queriendo dejarle espacio. No quiero acorralarlo ni asfixiarlo.

—Casi te pierdo. —Da un par de pasos hacia delante y creo que va a acercarse a mí. Pero coloca el vaso de agua en la isla de mármol antes de apoyar las manos en ella, como si la isla fuera lo único que le impide cruzar la habitación hacia mí de nuevo.

Como si luchara por mantenerse alejado de mí.

—En ese carril desbocado de la montaña. Por las maniobras de tu padre. Por *él* —añade, bajando los ojos hacia el anillo que llevo en el dedo, el que claramente no me impidió en absoluto cruzar esa línea con Jasper.

—¡Entonces llévame de vuelta! Llevo años soñando contigo y nunca supe que me veías como algo más que una amiga. —Se estremece, pero ya no me



contengo más—. He estado lamiendo esas heridas durante tanto maldito tiempo, Jasper. Y tú has sido demasiado cobarde para decir nada. Así que dilo ya. ¡Dime lo que quieres!

Gime y baja la cabeza un instante antes de clavarme su mirada de medianoche.

—Eso es lo que quiero. Eso es lo que me excita. Decirte lo que tienes que hacer y que me escuches. Controlar. —Sus mejillas se sonrojan bajo la barba incipiente—. He intentado no hacerlo. Pero con todo lo que me ha pasado en la vida, se ha convertido en... —Se pasa una mano agitada por el cabello—. Parte de mí. Pero no quiero que hagas algo que te incomode sólo para darme eso. Eso no es lo que necesitas. No es lo que quiero para ti. Yo te veo. Veo por lo que has pasado. He visto a esos hombres en tu vida diciéndote qué hacer, usándote como peón. Y no quiero ser otro imbécil diciéndote lo que tienes que hacer.

La excitación se despliega en mis entrañas, el calor se filtra hasta la punta de cada miembro.

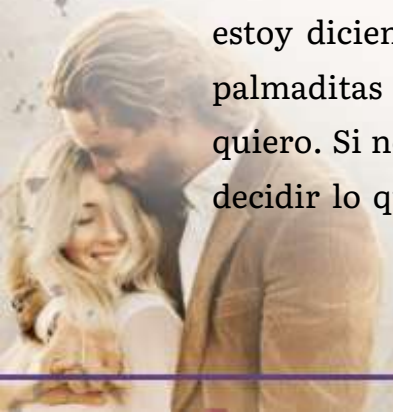
—¿No lo entiendes, Jas? He visto todas tus partes más oscuras y sigo aquí. Sigo queriendo más. Deja de intentar asustarme. No va a funcionar.

Ahora parece dolido.

—No quiero ser otro hombre que...

Lanzo la mano hacia delante y le corto el paso.

—Hablas de no decirme lo que tengo que hacer, de que no quieres decepcionarme, pero estoy harta de que me traten como si fuera demasiado frágil o demasiado prístina. ¡No quiero ser una damisela en apuros! Así que deja de tratarme como tal. No soy un trofeo. ¡No me estás *diciendo* que haga nada! Te estoy diciendo que quiero que me tomes, y tú estás aquí sentado, dándome palmaditas en la cabeza como si fuera estúpida, diciéndome que no sé lo que quiero. Si no me gusta algo, te lo diré, joder. Pero por el amor de Dios, deja de decidir lo que me gusta o no. Lo que puedo o no puedo soportar. Lo que me



sienta bien o no. Deja de contenerte conmigo.

Mi respiración se entrecorta cuando termino. Decir lo que pienso me hace sentir *bien*. Me siento poderosa, frustrada y... viva.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que me creas? ¿Antes de que me lo respondas? —Sacudo la cabeza, incrédula ante este hombre al que conozco tan bien, pero al que no conozco en absoluto—. Siempre has sido tú, Jasper. Siempre serás tú.

Suspiro pesadamente.

»Por favor, dime qué hacer con eso.



# 25

## Jasper

Escucho a Sloane, feroz y decidida, teniendo toda la maldita razón.

Me dice que tome lo que quiero, que tome lo que ella quiere, y no hay nada que me detenga. Han encontrado a Beau. Podré volver al equipo. Lo único que queda sin terminar es Sloane y yo. La contención que llevo dentro se rompe cuando la miro fijamente. Pecho agitado. Mejillas sonrojadas. Es como un cordón de zapato demasiado apretado. He estado tirando tan fuerte que mi mano firme vuela hacia atrás con el peso de mi resistencia.

Justo, injusto. Apropiado, inapropiado. Todo se desvanece bajo la rabia y la excitación de tantos años perdidos con esta mujer. Estuvimos a punto de perdernos mucho más.

No quiero perderme ni un segundo más. Y me *dijo* que dejara de contenerme. Mi voz sale áspera y rasposa cuando digo—: Quítate la ropa, Sloane.

Se sobresalta un poco, pero sus dientes superiores se hunden en el labio inferior y sé que lo desea tanto como yo.

Vuelvo a apoyarme en la encimera para tener una mejor visión de la sala de estar, sintiendo el roce del borde contra las palmas de las manos. Si esto es lo que quiere, pienso tomarme mi tiempo.

Pienso saborearla.

Si Sloane dice que puede conmigo, entonces tiene razón... ¿Quién soy yo



para decirle que no puede?

Se abre la parte superior de sus vaqueros holgados y los deja caer alrededor de sus delgados tobillos antes de quitárselos. Sus ojos azules como el cristal no se apartan de los míos ni un segundo. Sin dejar de mirarme, se desabrocha la suave camisa de franela que lleva puesta. La tela escocesa rosa claro y crema se abre y deja al descubierto el sujetador de encaje rosa sin relleno que abraza sus pechos.

Recorro con la mirada sus largas y delgadas extremidades. Retazos rosados de nada cubren los lugares donde pienso pasar toda la noche.

Cuando la camisa se desprende de sus muñecas y cae al suelo detrás de ella, se le dibuja una sonrisa en los labios. Se queda de pie, sin parecer cohibida.

De hecho, la forma en que su lengua se desliza por sus labios me dice que está ansiosa.

Sus pálidas mejillas se ruborizan y su piel, iluminada únicamente por la lámpara de pie del rincón, tiene un brillo dorado.

—Todo. —Muevo una mano por su cuerpo, observando cómo el rubor se desliza por sus clavículas y se acerca a sus pezones, que empujan contra la delicada tela.

Cuando se quita el sujetador, no me molesto en fingir que no estoy mirando su cuerpo. Sus pechos son perfectos, pequeños y turgentes, con los pezones pálidos y oscuros apuntándome directamente. Pidiendo mi atención.

Gimo al verla y veo cómo aprieta los muslos. Se le aprieta el estómago.

—Apuesto a que estás jodidamente empapada —murmuro, viendo cómo sus pulgares se enganchan en la cinturilla de las bragas a juego.

Ladea la cabeza y se encoge de hombros. Mi polla se estremece.

Cuando tiene las bragas en los tobillos, donde deben estar, recorro sus piernas, deteniéndome en su coño y en el brillo de la humedad entre sus suaves



labios.

—Eres perfecta.

—Gracias —susurra ella, sin aliento.

Me relamo los labios y me ajusto los pantalones. Esto es pura tortura, pero creo que a los dos nos gusta.

Ambos estamos a la expectativa. Los tres metros que aún nos separan prácticamente zumban con ella.

—Usa un dedo, sólo uno, y muéstrame lo mojada que estás, Sloane.

Su pecho sube y baja mientras sus ojos permanecen clavados en mi cara. La excitación la invade por completo, y la vocecita que me decía que podría odiarme si revelaba mi lado dominante se queda felizmente callada.

Veo un brillo en sus ojos. Ninguna duda. En su lugar, un desafío.

Su mano se desliza por su vientre y, con un gemido silencioso, se introduce un delgado dedo en el coño.

Se desliza dentro, confirmando lo que ya sabía. Segundos después, levanta una mano temblorosa con el índice empapado de su excitación.

—¿Estás nerviosa?

—No. Dios no —es su respuesta.

—Bien. Ahora métete ese dedo en la boca y límpialo.

Se le escapa una ligera risita incrédula y no puedo evitar esbozar una sonrisa. Sólo ella se reiría ahora. Cuando gira la palma de la mano hacia la cara, mostrándome el dorso, se me borra la sonrisa de la cara. Porque mis ojos captan un destello de luz en su dedo cuando lo desliza entre sus labios.

Mis dedos se agarran al mostrador detrás de mí, hasta el punto del dolor, mientras intento contener al monstruo de ojos verdes.

Pero fallo.



—Sloane.

—Mmmm-hmm —Tararea, sigue chupándose el dedo y me mira con ojos azules de cierva. Quiero preguntarle a qué sabe.

En vez de eso, me parto.

Señalo el suelo bajo mis pies y digo—: Suelta ese puto anillo y arrástrate.

Abre la boca, baja la mano y sus pestañas se agitan un par de veces mientras asimila lo que acabo de decirle.

Pero ella no duda. *Sonríe*.

Se quita el anillo del dedo y lo tira por la habitación antes de arrodillarse. Pensé que vacilaría. Creo que una parte de mí pensaba que podría demostrarme a mí mismo que tenía razón y que ella me odiaría por esto. Que podría presionarla demasiado y me mandaría a la mierda.

Pero sus manos tocan el suelo y se arrastra hacia mí. La casa se queda en silencio mientras su cuerpo se mueve con una gracia inherente, como si tuviera música en la cabeza.

—¿Así? —Sus labios en forma de corazón se curvan seductoramente mientras unos brazos tonificados se extienden ante ella, y tengo que parpadear un par de veces para creer lo que estoy viendo. Sus movimientos son felinos, nada tímidos. Pero lleva años actuando sobre un escenario.

Suave y tranquila no tiene por qué significar tímida. Y mi chica no parece nada tímida ahora mismo.

—Sí —gruño, y mi cuerpo se tensa al verla. Cuando se acerca lo suficiente como para arrodillarse a mis pies, todo mi cuerpo tiembla de contención.

¿Y para qué?

Sigue mirándome como si yo hubiera colgado la luna. Como siempre lo ha hecho.



—Joder, Sloane. —Verla desnuda debajo de mí me hace sentir tan bien que es casi insoportable. Suelto el mostrador y me pongo en cuclillas, agarrándola por la barbilla y buscando en sus ojos cualquier atisbo de incomodidad, pero todo lo que veo es necesidad.

Mi mano opuesta se desliza entre sus muslos, los dedos empujan suavemente a través de sus húmedos pliegues.

Está empapada.

Gime, pero no me deja de mirar, así que sigo jugando con su coño. No empujo, sólo la acaricio. Veo cómo se retuerce, cómo sus caderas intentan sacudirse contra mi mano.

Pero ella juega a la perfección. Se queda ahí y me deja explorar.

—¿Te ha gustado gatear para mí? —le pregunto.

Sonríe, pero hay un destello de tristeza en sus ojos. Un disparo instantáneo en mi pecho.

—Jasper, parece como si llevara años arrastrándome detrás de ti. Esto no es nada nuevo para mí.

Sus palabras asestan un golpe que no vi venir.

Dejo de mover los dedos, le agarro la cabeza y le susurro—: Lo siento —con voz entrecortada. Presiono mis labios contra los suyos y caigo de rodillas ante ella—. Dios. Lo siento mucho, joder.

Tomo su boca, aferrando su cuerpo desnudo contra mí, deseando poder retroceder en el tiempo y contárselo todo cuando empecé a sentirlo. Pero me conformo con lo de ahora, ya que es lo mejor que tengo.

El beso empieza apretando nuestras bocas, necesitadas de estar unidas, pero rápidamente se vuelve frenético. El beso adquiere un tono de frustración cuando sus dientes me pellizcan el labio inferior y sus manos agarran el dobladillo de mi camisa.



Me la quito y la tiro en cuestión de segundos. Y entonces me pongo de pie, levanto su pequeño cuerpo conmigo y doy un par de pasos por la cocina.

Con un movimiento de mi brazo, todo lo que hay en la isla vuela al suelo con gran estrépito. Fruta. Un cuenco. Una revista. Mi vaso de agua aterriza en el lado opuesto de la habitación y se rompe en mil pedacitos contra el suelo de madera. La casa, perfectamente limpia, se pone patas arriba en cuestión de segundos.

Nada de eso importa porque las piernas me rodean la cintura. Los labios me besan por toda la cara, por el cuello. Los dedos me tiran del cabello. Me ataca con un fervor que nunca había experimentado.

Uno que nunca me había sentido inclinado a igualar hasta ella.

El sexo siempre ha sido un juego. Otro evento para controlar. Pero no hay nada que controlar sobre nosotros ahora mismo.

Y ni siquiera me importa.

La tumbo de espaldas en la isla, deseando explorarla. Sisea y arquea la espalda para separarse del frío mármol, levantando sus perfectas tetas.

No sé dónde mirar primero, pero como siempre, son sus ojos los que captan mi atención. Todo ese azul. Mi mirada recorre la esbelta línea de su cuello y se desvía hacia los mechones de suave cabello rubio que se pegan a sus labios húmedos e hinchados.

Mis manos se deslizan por su cintura, dándole forma, y me deleito en lo grandes que parecen mis manos rodeándola. Le acaricio los pechos, del tamaño perfecto para agarrarlos.

Aprieto sus pezones puntiagudos con el pulgar y observo cómo arquea la espalda.

—¿Te gusta?

—Sí, sí —sisea con los ojos cerrados y la lengua recorriéndole los labios de



la forma más distraída.

Me muero de ganas de ver cómo se envuelven alrededor de mi polla.

Pero primero sigo deslizando las manos por su cuerpo, notando cómo se le pone la carne de gallina. Cuando llego a sus hombros, trazo con los dedos la línea de su clavícula, mientras la otra mano sigue subiendo y rodea su bonita y esbelta garganta. Su porte es siempre tan regio.

He soñado con envolver una mano aquí. Así que lo hago.

Aprieto, pero no demasiado, inclinándome sobre ella, dándole un rápido pellizco en el lóbulo de la oreja antes de preguntar—: ¿Qué te parece, Sloane? ¿Te gusta?

—Sí.

Su segura respuesta es un chorro de electricidad directo a mi polla. Mis dedos aprietan un poco más y veo cómo sus mejillas se enrojecen. Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura. Aflojo y acerco mis labios a los suyos, acariciando suavemente su cuello antes de volver a besar sus pechos. Sus uñas me suben por la espalda, me pasan por los hombros y me bajan por los brazos con reverencia.

Empiezo suavemente con un pezón, lamiéndolo y besándolo, excitándome con la forma en que gime y se retuerce.

La forma en que sus uñas se clavan en mi piel, un poco salvaje.

Y entonces le doy un fuerte tirón, rozando mis dientes mientras lo hago. Es la forma en que jadea y se agita lo que realmente me emociona.

—Qué sensible —murmuro, moviéndome hacia el otro lado y dándole el mismo tratamiento. La pongo cómoda y luego la presiono un poco. Un pequeño mordisco.

Sus uñas se enredan en mi cabello y me arañan el cuero cabelludo.

Luego le lamo el vientre. Se retuerce cuando deslizo la lengua justo por



debajo de la línea del hueso de su cadera, así que dedico más tiempo a explorar. Cuando arrastro los dientes hasta allí, emite un gemido.

Le planto una palma en medio del pecho y la presiono hacia abajo.

—Quédate quieta, Sloane. Déjame disfrutar.

—Que te jodan, Jasper —resopla y se contonea con más fuerza.

Me río entre dientes y vuelvo a rodearle el cuello con la mano.

—Lo harás, Sunny. Pero no hasta que yo lo diga.



# 26

## Sloane

Hago el mismo maldito ruido cuando se mueve a la cadera opuesta. No sabía que era un punto sensible para mí, pero Jasper lo localiza al instante. Mi pulso late bajo la palma de su mano. Se acelera cuando sus dientes rozan el hueso de mi cadera, y su agarre alrededor de mi garganta se aprieta cada vez que me muevo.

El calor invade cada miembro. Mi pulso palpita por todas partes. Nunca me he concentrado totalmente en una cosa, excepto cuando bailo. Pero ahora sí. Mi mente no vaga por mi lista de tareas pendientes ni por el próximo episodio de mi serie favorita. Se queda en Jasper y en la forma en que toca mi cuerpo como un instrumento que conoce de toda la vida. Como un virtuoso.

Por mucho tiempo que haya pasado teniendo sexo con Jasper en mi cabeza, no esperaba que me hiciera cosas sobre las que sólo había leído, o visto, pero que nunca había tenido el valor de pedir. De todos modos, no estoy segura de que los chicos con los que salí me hubieran complacido.

Pero Jasper no es un niño. Es un hombre.

Su mano se aleja de mi garganta y casi quiero rogarle que la vuelva a poner. Me recorre el centro del cuerpo, me da un golpecito en el hueso de la cadera y me dice—: Ahora separa estos muslos tan bonitos para mí.

Mi pulso se acelera cuando capto su mirada en la cocina a media luz. Ahora mismo no es el Jasper melancólico, ni tampoco el Jasper dulce.



Está... no sé. No reconozco esta mirada, pero me gusta. Me encanta. Especialmente me encanta estar en el extremo receptor de la misma

Sin pensarlo dos veces, desengancho las piernas de su cintura. Lo he estado abrazando por miedo a que volviera a alejarse, pero parece que esta noche hemos superado esa fase.

Es como si me viera con otros ojos.

Aparto cualquier atisbo de timidez y abro las piernas, desnudándome ante él.

Jadeando y goteando.

Estoy a punto de rogarle que me toque cuando sus grandes y cálidas palmas se posan en el interior de mis muslos, alisando el interior hacia mis rodillas y abriéndome aún más.

—Tan jodidamente flexible. —Sus pulgares rozan mi piel, y juro que podría correrme solo con que me pase las manos por encima.

Estoy a punto de explotar y apenas hemos hecho nada.

—Tan jodidamente hermosa. —Sus ojos azul oscuro se arrastran por mi cuerpo como las yemas de los dedos, su peso ardiente rozando mi piel mientras tira de mí para sentarme—. ¿Estás tomando anticonceptivos, Sloane? —Me mantiene los muslos abiertos, mirándome entre ellos. Haciendo que me retuerza.

—Sí —siseo—. Sí. DIU. —Por lo visto, ahora estoy monosilábica.

—¿Algo más que necesites decirme?

Sé lo que está preguntando. Intenta preguntarlo con delicadeza.

Está siendo responsable, pero no deja de tocar la fibra sensible.

Me incorporo.

—No lo sé, Jasper. ¿Por qué no me lo dices tú? Tú eres el que siempre anda



con mujeres diferentes.

Sus dedos palpitan en mis piernas y sus ojos se clavan en los míos. Una sonrisa de complicidad se dibuja en sus labios.

—Me gustas con las garras fuera, Sloane. —Me levanta las manos del mostrador y me pone una en cada rodilla—. ¿Esto es incómodo? ¿Sentada aquí?

¿Incómodo? ¿Me está tomando el pelo? Ya ni siquiera sé lo que es la comodidad. Sólo puedo pensar en correrme con sus manos sobre mí.

—No.

—Bien. —Se lame los labios mientras me mira fijamente, mordiéndose el labio inferior para reprimir una sonrisa—. Quédate así.

Y luego se da la vuelta y… se va.

Giro la cabeza para mirarlo. Lista para gritarle.

—¿Qué dem…?

—Estaba a punto de decirte que nunca he tenido sexo sin condón, Sloane. —Se agacha y recoge el cuenco del suelo—. Estaba a punto de decirte que la única forma de que estuvieras más hermosa era con mi semen en ese pequeño y apretado coño.

—Jesús —murmuro, sintiendo que el rubor se apodera de todo mi cuerpo.

Toma despreocupadamente un plátano y lo pone en el cuenco, seguido de un par de manzanas que ahora deben de estar hechas una mierda.

—Pero tenías que hacer ese comentario sarcástico. Una pequeña indirecta celosa. Así que ahora puedes esperar.

Sacude la cabeza y me tiemblan las manos sobre las rodillas. Quién me iba a decir que estar aquí sentada, expuesta, esperando a que me follara, me pondría más cachonda.

Empiezo a jadear y él toma una escoba y un recogedor del rincón y barre



con cuidado los trozos de cristal que hay detrás de donde estoy sentada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto, casi riéndome de lo loco que es esto.

—No puedo permitir que mi chica pise cristales, ¿verdad? —Se abalanza sobre mí y me chupa el cuello mientras se dirige a la basura. Lo suficientemente fuerte como para dejarme una marca.

Antes pensaba que mi corazón estaba acelerado. ¿Pero ahora? Ahora puede que se haya parado del todo.

Se lava las manos en el fregadero de la cocina antes de volver, imponiéndose sobre mí, sin un ápice de diversión.

Se inclina y me besa el hombro.

—He pasado mucho tiempo pensando que no te merezco —susurra. Se inclina aún más y sus labios se dirigen a la parte superior de mi mano, que sigue aferrada a mi rodilla—. Que eres demasiado buena para alguien como yo.

—Jasper. —Alargo la mano y le acaricio la mejilla; una pierna lo engancha a mí mientras él se endereza. Cuando dice cosas así quiero verle los ojos. Me importa una mierda seguir sus órdenes.

Pero no me hace ningún reproche. En lugar de eso, inclina la cabeza hacia mí, y su cuerpo grande y cálido se pliega en torno al mío.

—Creo que ya no sufro esa forma de pensar. De repente no me importa merecerte cuando está tan claro que me perteneces y siempre me has pertenecido.

Gira la cabeza, me da un beso en el centro de la palma de la mano y vuelve a bajar por mi cuerpo mientras me tumba metódicamente sobre la fría encimera. Mis pezones duros como piedras suben y bajan mientras respiro con dificultad. Se inclina frente a mi coño abierto, empujándome aún más sobre la encimera mientras me pasa las piernas por encima de los hombros.



Azules oscuros aún sobre azules bebé.

—¿Pero, Sloane?

—¿Sí? —Respondo al instante, levantándome sobre los codos para verlo mejor.

—He terminado de compartir.

Luego baja la cabeza hacia mi coño y me hace ver las estrellas con cada lametón perfectamente colocado, cada gruñido que hace vibrar mi cuerpo. Incluso las yemas de sus dedos clavándose en mis muslos me vuelven loca. Sus manos no dejan de moverse, de explorar, de volverme loca.

Me agito contra el duro mármol cuando me mete el clítoris en la boca con fuerza. Su lengua trabaja suavemente y luego se desliza bruscamente. Se desliza directamente dentro de mí mientras me folla con ella. Añade dos dedos, enroscándolos en un punto al que solo he llegado con un juguete. ¿Pero Jasper? Lo encuentra al primer intento, empujándome hacia la liberación. Un tren de vapor que avanza por la vía del éxtasis.

La emoción me recorre todo el cuerpo.

—Jasper, voy a...

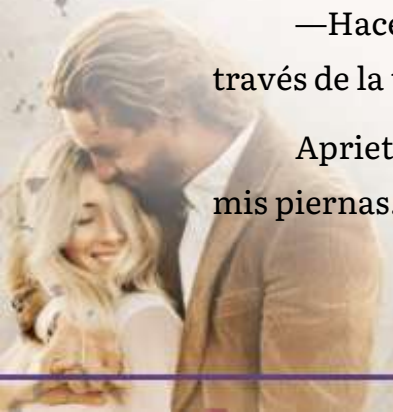
Se aparta. La boca se ha ido. Sin mano. Cuerpo *dolorido*.

—¿Qué haces? —gimoteo, echando la cabeza hacia atrás con frustración.

Me sonríe y se relame los labios mientras se coloca encima de mí. Tiene las manos en el botón de los vaqueros, abriéndoselos despreocupadamente y bajando la cremallera. Veo lo que parece una dolorosa erección, a punto de atravesar el vaquero oscuro.

—Hacerte esperar —responde mientras se los quita y se frota la polla a través de la tela de los bóxers.

Aprieto y aflojo ante la gravilla de su tono, y su mirada desciende entre mis piernas.



—¿Por qué? —Mi voz es entrecortada cuando agacho la mano para tocarme.

Sus ojos se encienden cuando me rodeo el clítoris sin pudor.

Me deja salirme con la mía unos segundos antes de levantarme la mano y meterse el dedo travieso en la boca. Con un sonoro chasquido, lo saca.

—Porque me gusta verte retorcerte. Me gusta hacerte esperar.

Se quita los calzoncillos y... mis ojos se quedan fijos, pegados a su larga y dura longitud.

Ojalá tuviera algo genial y sexy que decir después de todo lo que me ha dicho esta noche. Pero su polla me ha dejado literalmente sin palabras.

—¿Quieres decirme algo, Sunny?

—Estás jodidamente bueno —es lo que suelto.

Sólo Jasper Gervais tendría un cuerpo de titán, una cara de modelo y una polla de estrella del porno.

Con una risita profunda, recorre su gorda cabeza arriba y abajo por mi raja, tomándose unos segundos extra para presionar con fuerza contra mi clítoris. Me muerdo el labio para no gemir, para no sonar demasiado desesperada.

Lo veo pasar su polla por todo mi coño. Empuñándola con firmeza. Provocándome con la punta. Introduciéndola, viendo cómo mi cuerpo se estira para él, y sacándola de nuevo.

—¿Quieres que te folle, Sloane?

—Síií —siseo.

Levanta su gruesa polla y vuelve a golpearla lascivamente en mi húmedo núcleo.

—Pídelo educadamente.



—Tienes agallas, Gervais —le digo, poniéndome cachonda.

Arquea una ceja como diciendo: *Adelante*. Y no he llegado hasta aquí para echarme atrás ahora, así que sin dudarlo le digo—: Sí, *por favor*.

Todo mi cuerpo es un enorme latido. Sólo un pulso cubierto de carne desesperada. Nunca me he sentido tan deseosa y nunca me he sentido tan deseada.

Como si fuéramos dos extremos opuestos de un imán, no hay forma de resistir la atracción.

Hay fuerzas más allá de nosotros en el trabajo ahora, y estamos a su merced.

Quizá sea la ciencia.

Tal vez sea el destino.

Pero cuando Jasper se desliza dentro de mí y murmura con una sonrisa juguetona—: Qué chica tan educada —lo único que sé es que está *bien*.

Somos correctos.

Mis pestañas se agitan mientras lucho por acomodarme a su tamaño. Me tiemblan las piernas al rodear su cintura y engancharse sobre su firme trasero.

Sus manos empiezan en mis muslos y se deslizan sensualmente por cada curva mientras está sentado dentro de mí. Sus dedos palpitan sobre mis pechos y sus caderas empujan hacia delante a pesar de que ya no puede penetrarme más. Me rodea la caja torácica con los brazos y tira de mí hacia él, extendiendo las manos posesivamente sobre mi espalda mientras la plenitud de mi interior se desplaza.

—Jasper, es demasiado —murmuro, dejando caer la frente contra su pecho.

Me planta un beso en el cabello y se retira, como si fuera a concederme un respiro. Deja caer la cabeza junto a mi oreja y susurra—: Puedes soportarlo



—justo antes de volver a entrar.

—¡Oh Dios! —Grito mientras entra y sale. No demasiado rápido, pero tampoco demasiado lento. Cada movimiento es medido, controlado, y con él, por *supuesto*, lo es.

Su carrera.

Su juego mental.

Su vena protectora.

Su trauma.

Todo tiene mucho sentido.

—¡Joder, Jasper! —Jadeo mientras me acaricia. Me besa con fuerza. Me lleva al límite y nos tira a los dos hacia atrás. Dejo que se ocupe de mí como tiene que hacerlo, y me deleito en ello. Confío implícitamente en él. Me resulta tan fácil.

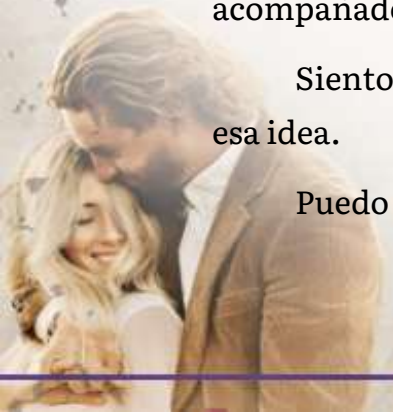
Me deleito con su atención, con el movimiento de sus manos sobre mi piel, con el perfecto ajuste de sus labios contra los míos, con la forma en que canta mi nombre al oído mientras se mueve contra mí. Sus caderas golpean bruscamente mi culo durante unos segundos antes de aflojar y dejarme sin sentido con movimientos lentos y profundos que aumentan la presión en mi interior de la forma más deliciosa.

—Eres tan jodidamente perfecta —murmura—. Tan jodidamente apretada.

Me siento como si estuviera cabalgando sobre las olas del océano, con el cuerpo suave y relajado, el ruido blanco del agua retumbando en mis oídos acompañado de sus profundos retumbos de adoración.

Siento mi cuerpo más suyo que mío, y estoy completamente en paz con esa idea.

Puedo sentir cada cresta, cada vena, cada pulso de él dentro de mí. Y eso



me vuelve loca. Lo araño, con mis uñas rastrillando su espalda. Lo insto a que me dé más. Lo muerdo. Mi necesidad de él es totalmente salvaje.

—Más cerca. Más profundo. Más —le suplico, y él me da todo lo que le pido y más. Sus ojos siempre vuelven a los míos, observándome muy de cerca. Catalogando cada pequeño movimiento, cada jadeo de placer.

Aprendiéndome como yo lo aprendo a él.

—Jasper... —Gimo cuando me vuelve a tumbar con cuidado sobre el frío mármol. Sus manos se pasean reverentes, revolotean por mi garganta un momento antes de bajar hasta mis caderas—. Por favor, no pares. Estoy tan cerca.

Mis manos rodean sus antebrazos venosos y mis ojos recorren su torso perfectamente definido. Está salpicado de sudor y se tensa cada vez que sus caderas se flexionan hacia mí.

Me mira la mano izquierda antes de volver a mirarme con su intenso contacto visual.

—Dime que eres mía, Sloane. —Sus empujones se ralentizan, y la mirada que me dirige muestra un destello de inseguridad.

Uno que no necesita estar ahí.

Sin dudarlo, digo las palabras.

—Soy tuya, Jasper. Siempre lo he sido.

Una mano se desliza hacia abajo para frotarme el clítoris mientras me folla con tanta fuerza que mi cuerpo resbala y se clava en el mármol.

—Y siempre lo serás —gruñe mientras combustionamos, cada uno perteneciendo más al otro que a sí mismo mientras siento cómo se sacude y se derrama dentro de mí.



# 27

## Jasper

Vuelvo a dejarme caer sobre su jodido cuerpo perfecto, arrastrando besos suaves y desordenados por su pecho bañado en sudor. Intento enderezar la vista, parpadeando y deseando que mi ritmo cardíaco se estabilice.

Todas mis fantasías sexuales más calientes han contado con Sloane. Y ninguna de ellas era tan caliente como la real.

Sus dedos me peinan la nuca.

—Es una pena que haya alcanzado mi punto álgido a los veintiocho —exhala entrecortadamente—. Estoy segura de que cada experiencia sexual será cuesta abajo después de eso.

Suelto una risita que vibra en todo su cuerpo. Me encanta sentirme así de conectado a ella ahora mismo. Como si pudiera enviarle mensajes subliminales y ella lo *supiera*.

—Sunny, sólo estamos empezando. —Me separo, y mi polla se desliza de su calor. Le sigue un chorro de semen que se derrama. Sosteniendo su mirada durante un momento, me agacho y uso un dedo para volver a metérselo. Mi polla se endurece mientras la masturbo, casi listo para empezar de nuevo cuando ella gime y se aprieta a mi alrededor.

Me pongo de pie, deseando verla ahora mismo. No sólo siendo mía, sino pareciéndome realmente mía.

Mis ojos recorren su cuerpo, todo extendido para mí. Mi rastrojo dejando



quemaduras en su pecho. Mi semen dentro de ella. Y sonrío, sintiéndome increíblemente satisfecho con el desastre que hemos hecho.

—Joder —resopla, con los ojos entrecerrados, mientras sigo deslizando mi dedo dentro y fuera de ella.

—¿Es eso una petición, Sloane?

Sus labios se curvan y sus hipnotizantes ojos azules adoptan una mirada soñadora y lejana en la que quiero perderme.

—No, Jasper. Es una exigencia.

Inmediatamente la agarro, la atraigo hacia mí y la levanto en brazos.

—Lo que mi chica quiera —ronroneo contra su cabello mientras la llevo al salón.

Luego la dejo caer en el sofá, la pongo a cuatro patas y arrastro su culo hasta su posición antes de ceder a todas sus exigencias.

Repetidamente.

Esperaba despertarme con la cabeza de Sloane apretada contra mi pecho. En lugar de eso, me despierto con ella desnuda y a horcajadas sobre mí, pasándome las manos por todo el pecho, sus tetas perfectas con esa seductora forma de C bajo ellas.

—Los ojos aquí arriba, Gervais. —Sus dedos pellizcan y dan un pequeño tirón al pelo de mi pecho, atrayendo mi atención hacia su cara.

—No intentaba encontrar tus ojos, Winthrop. —Le lanzo una sonrisa malvada, una que no sale a jugar mucho.

Me doy cuenta de que no sonrío mucho, y punto. Normalmente no me



siento inclinado. Pero con Sloane, surgen de la nada. Hay un poder especial en ser capaz de hacer sonreír a una persona sólo por existir.

—Cerdo —resopla, bajando la barbilla tímidamente y volviendo a trazar las líneas de mis tatuajes con los dedos.

—He pasado años perdiéndome en tus ojos, Sloane. ¿Pero el resto de ti? Es todo nuevo. Imagino que esto es lo que es ir a Disneylandia por primera vez. Sobreestimulante.

—Mis tetas son...

—Perfectas —la corto, captando la mirada de autodesprecio que se lanza a sí misma.

Sloane pone los ojos en blanco y hace una pausa.

—Espera, ¿nunca has estado en Disneylandia? —Se tapa la boca con una mano y abre mucho los ojos, como si hubiera hablado antes de pensar en mi infancia. Incluso antes de ese día, las vacaciones familiares caras no estaban en las cartas para nosotros—. Mierda, lo siento.

—No lo hagas. Prefiero esta versión de Disneylandia. No hay que hacer cola. El viaje es todo mío. —Levanto la mano y le toco suavemente los pechos antes de deslizar una mano bajo las sábanas y darle una palmada en el culo—. ¿Tiene Cenicienta un culo como este? Porque si no, no me interesa.

Una tímida sonrisa adorna sus labios y su suave cabello roza sus clavículas mientras me mira fijamente. El sol entra por la claraboya que hay sobre ella y la hace brillar.

No es la primera vez que tengo la sensación de que todo es diferente entre nosotros. Y, sin embargo, igual. No hay incomodidad. No hay esa sensación que suele aparecer cuando quiero estar solo.

Prefiero quedarme aquí tumbado mirándola.

—Hola, Sunny. —Mis manos se posan en sus caderas, la sujetan con



suavidad y mis dedos recorren la base de su columna.

—Hola, Jas. —Sus dedos se extienden sobre el tatuaje de bailarina de mis costillas y nos miramos fijamente durante unos instantes—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Lo que tú quieras. —Mis manos palpitan, y sus mejillas se vuelven rosadas mientras mi polla se endurece bajo ella.

—¿Vamos a dejar esta casa de campo? —Su cabeza se inclina cuando me hace la pregunta.

—Probablemente sería lo más educado si lo hiciéramos.

—¿Desde cuándo te preocupas por ser educado? Sueles sentarte en un rincón con el ala de la gorra bajada para que nadie te hable.

—Sí, pero no funciona. Me hablas de todos modos.

Me da una palmada juguetona en el pecho.

—Bien, de acuerdo. Iremos a ver a todo el mundo... —Me mira el pecho y me pellizca el pezón—. Pero todavía no.

Tarareo, quitándole las manos de encima y poniéndomelas detrás de la cabeza como si estuviera tumbado en alguna playa.

—Definitivamente, todavía no.

Sus ojos se clavan en los míos y me mira a la cara.

—Dime qué tengo que hacer.

—¿Sí?

Se muerde el labio, intentando no sonreírme.

—Sí.

—¿Estás dolorida?

—¿Has visto tu polla?



—Responde a la pregunta, Sloane.

Se burla y pone los ojos en blanco, con cara de malcriada.

—Sí. Quiero decir, estoy un poco dolorida...

—Bien. Ven aquí y siéntate en mi cara.

Cuando salgo disparado hacia delante y la agarro, chilla.

Y cuando la hago correrse, grita mi nombre.

—¡Esto no es justo! —Sloane llama desde el lado opuesto del estanque, el aliento caliente resoplando en pequeñas nubes delante de ella—. ¡Ustedes tienen un jugador de la NHL en su equipo!

Vaughn, el marido de Billie, grita desde nuestro lado—: ¡Para ser justos, su equipo no pertenece a la NHL este año!

Cole gime y pone los ojos en blanco.

Griffin, el marido de Nadia, al que también reconozco como jugador de fútbol retirado, le da un puñetazo en el hombro con un refunfuñado *Imbécil*.

—Lo siento, hombre. —Vaughn se ríe—. Fan de toda la vida de los Titanes de Vancouver. No es nada personal.

Golpeo el hielo con el bastón y le sonrío.

—No pasa nada. Lo entiendo. No hay gustos cuando alguien es fan de los Titans.

Un coro de *oooohs* suena a nuestro alrededor.

Todos estaban de acuerdo en que había que tomarse un día libre. Decidieron jugar al shinny en el estanque helado, y no me disgusta.



Con el peso de la ausencia de Beau sobre mis hombros, estoy deseando volver al hielo. Pero en lugar de equipo para patinar, lo que tengo son patines aburridos sobre hielo irregular y guantes de trabajo con un palo viejo y pesado y almohadillas antiguas.

—De acuerdo, ya está bien de hablar mierda. —Stefan, el más refinado del grupo, se acerca patinando y hace un gesto a todos los hombres para que se acerquen a él.

—¿Qué eres? ¿El capitán ahora? ¿Sólo porque eres el cerebro malvado del grupo?

Vaughn pone los ojos en blanco, claramente el juguetón.

—Es el cuello alto. —Griffin señala el jersey de hombre perfectamente pulido—. Sólo un hombre con suficientes pelotas para ser capitán sería atrapado muerto llevando uno.

—¡Chicos! —Stefan se ríe—. Mi cuello está caliente así que déjenme en paz. Preocúpense por Mira. —Ladea la barbilla por encima de mi hombro hacia donde le sonríe la mujer de largo cabello negro que sale de debajo de un sombrero crema—. Tiene esa mirada loca y competitiva. Conocemos a estas mujeres. Están locas.

—¡Aquí, aquí! —Vaughn asiente con entusiasmo—. No se puede confiar en ellas.

Cole se endereza.

—Cuidado con lo que dices, Dalca.

—Como quieras, G.I. Joe. —Le hace un gesto para que se vaya y continúa—: Tenemos que ganar. O arriesgarnos a que las mujeres nos castren por completo. —Stefan ni siquiera puede soltar la última parte de su ridícula charla sin reírse.

—Ya llevas cuello alto. —Griffin sacude la cabeza.



—¿Están listos, pequeñas zorras? —Billie llama desde el otro extremo del estanque—. ¿O se van a quedar todas en círculo hablando de sus sentimientos mientras esperamos?

—¡Nena, estás muerta! —le grita Vaughn.

Ella sonríe y le guiña un ojo.

La charla continúa mientras se dirigen al centro del hielo para dejar caer el disco. Pero no estoy viendo eso.

Estoy vigilando a Sloane.

Sloane que acaba de quitarse el abrigo y lleva *mi* jersey. Los reflejos dorados sobre la base granate hacen juego con su cabello, y el gran oso pardo de la parte delantera la hace parecer más adictiva de lo que es.

De alguna manera, toma un jersey oversize y hace que quede condenadamente bien. Demasiado bien.

¿Y cuando se da la vuelta con Gervais escrito en la espalda? Sonrío detrás de la jaula de mi casco.

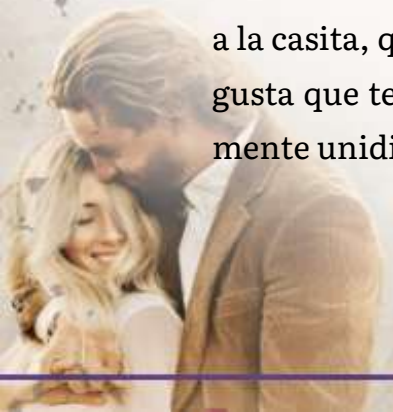
Mi nombre también le queda bien.

El juego es tan amateur que podría parar los tiros de todos mientras duermo, pero dejé entrar algunos... sólo para mantener las cosas emocionantes.

Lo que más me gusta son las bromas y la camaradería.

Ver a Sloane dar vueltas por el hielo con mi camiseta es lo que me da un semi durante todo el partido.

Y es cuando patina hacia mí y me susurra al oído—: Jas, cuando volvamos a la casita, quiero que me pongas de rodillas y me enseñes exactamente cómo te gusta que te chupen la polla —hace que Mira se pueda escabullir de mí y de mi mente unidireccional para marcar el gol de la victoria.



—¡Ya lo tengoooooo! —Las manos de Sloane vuelan por encima de su cabeza mientras aplaude con las otras mujeres, celebrando su victoria de lo que Billie acuñó como 'La Copa Kindergarten' porque '*sólo a un grupo de hombres-niños se les podría ocurrir un juego de niños contra niñas*'.

Sloane se ríe. Ella es ligera y brillante. Ella es Sunny. Me hace sonreír tanto que me duelen las mejillas.

No puedo dejar de mirarla.



# 28

## Sloane

Willa: Uní a Violet a este chat para obtener la imagen completa. ¿Qué probabilidades hay de que la dulce Sloane y el malhumorado chico de hockey se enrollen antes de volver a Chestnut Springs?

Summer: ¿Por qué te interesa tanto esto?

Willa: Nadie se merece el apellido Woodcock. Tendría que parecerse a Henry Cavill y follar como Peter North para que lo pasara por alto.

Violet: Ew. ¿Has visto a Peter North? Tan bronceado. Tan grasiento.

Willa: Por eso dije que tendría que parecerse a Henry Cavill.

Summer: Espera, por favor. Googleando a Peter North.

Violet: Lmao. Cuidado.

Summer: Bueno, parece... talentoso. No me enoja.

Willa: Sólo estoy enfadada con Sloane por no responder.

Violet: Basado en la forma en que ella y Jasper se han estado mirando, creo que podría estar ocupada.

Sloane: Ustedes son un montón de perras entrometidas y sucias.

Summer: ¿Dónde está la mentira?

Willa: ¡Sólo dinos! En una escala de uno a Peter North, ¿cómo de grande es la P Jasper?



Salgo de la ducha por enésima vez desde que Jasper y yo empezamos a follar. Parece que ensuciarme es su nuevo pasatiempo favorito. Y definitivamente no me quejo.

—Sube a la cama —escucho desde detrás de mí.

Un escalofrío me recorre la espalda antes incluso de volverme hacia él. La mordacidad de su voz hace que mi interior se retuerza de anticipación y, cuando me giro para mirarlo, me mojo al instante.

Hace que babees estando en calzoncillos y una camisa de franela abierta. Veo *mi* tatuaje asomando por encima de sus costillas, y me asalta un destello cegador de celos, que me araña dolorosamente el fondo de la garganta al preguntarme cuántas mujeres habrán pasado sus manos por encima de ese tatuaje.

—¿Soy la única? —suelto, ignorando su orden de subirme a la cama.

Su cabeza se inclina, y ahora parece casi depredador.

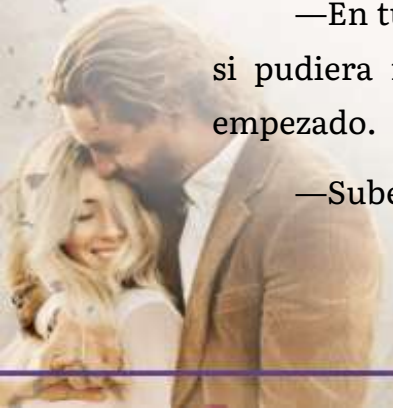
—¿La única qué?

Me doy cuenta de que no está de humor para esta conversación. Me doy cuenta de que ha dejado que su cabeza se desvíe hacia donde no debería, y esta mirada es eso.

Jasper está nervioso, probablemente por el viaje a casa, y yo lo presiono de todos modos.

—En tu vida. Con la que estás. —Aprieto más fuerte la toalla blanca como si pudiera mantenerme a salvo de esta conversación tan insegura que he empezado.

—Sube a la cama —repite—. Ahora.



Quiero exigirle que me responda, pero también quiero fingir que nunca se lo he dicho. Me acerco a la cama y me siento en el borde, probablemente con un aspecto tan mohíno como el que siento de repente.

Tal vez sea porque nuestra estancia aquí ya ha terminado después de dos cortos días. Esta mañana hemos hecho las maletas y ha vuelto a enganchar el camión a un remolque vacío.

Quizá sea porque esta mañana he tenido que despedirme de Violet y de todos los demás antes de que volvieran al trabajo. Echo de menos ver a mi prima. Es mi amiga más cercana y constante.

O tal vez es sólo el maldito lío caliente de este último par de semanas que se acumulan y me hacen sentir un poco emocionalmente retorcido.

—Túmbate. Pero date la vuelta. Quiero tu cabeza a un lado de la cama.

Hago lo que me dice. La emoción de la forma en que me ordena aleja las dudas de mi mente. Sigue siendo Jasper. Mi *Jasper*. El chico de ojos tristes y corazón de oro en el que he confiado durante años.

Aquí tumbada esperando, lo escucho acercarse. En unos segundos está en mi campo de visión, por encima de mí. Ojos serios, mandíbula apretada.

Se inclina y me besa, tirándome del cabello mojado para inclinarme la cabeza. Este beso no es suave ni de búsqueda, es de reclamo.

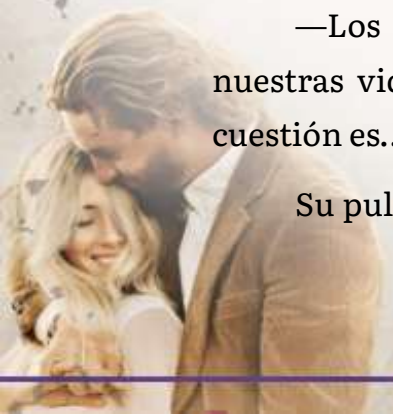
Cuando decide que ya está hecho, se aparta y me gruñe al oído—: Eres la única, Sloane. No lo dudes nunca.

Su tono no da lugar al debate, pero yo suelto—: Sé que ha habido…

Me interrumpe con un movimiento despectivo de la cabeza.

—Los dos somos adultos, Sloane. No finjamos que no hemos vivido nuestras vidas. Los dos hemos estado con otras personas. Pero la verdadera cuestión es….

Su pulgar me acaricia la mandíbula mientras aparta la toalla, dejando mi



cuerpo al descubierto mientras sus ojos devoran cada centímetro.

—La verdadera pregunta es: ¿importa alguna de esas otras personas cuando sólo te veo a ti? ¿Cuando sólo pienso en ti? ¿Cuando no he hecho más que obsesionarme cada vez más contigo desde que me dijeron que me alejara de ti?

Gimoteo. O gimo. O hago algún tipo de ruido que podrías hacer cuando alguien te da un puñetazo en las tripas.

—¿Importan, Sloane? ¿Importan? ¿Parece que algo de eso importe frente a lo que tú y yo estamos pasando ahora mismo? ¿A la vista de dieciocho años de amistad? ¿A la vista de querernos el uno al otro durante tanto tiempo? ¿Alguna otra persona es siquiera un factor? ¿Incluso un parpadeo en el radar?

—No —susurro al instante. Cuando lo dice así, no.

No. No. No. No. No.

—Nada de eso importa.

—Así es. —Sus dedos recorren mis labios—. La respuesta es no. Nada de eso importa. Porque somos tú y yo. Somos nosotros. Improbables e inevitables a la vez. Somos para siempre.

Asiento con la cabeza, reprimiendo el repentino escozor de mis ojos. Porque Jasper no es un hombre demasiado emocional, y puede que sea la *primera* vez que lo escucho admitir lo que todo esto significa para él.

Lo que significo para él.

Con un rápido apretón en la garganta, murmura contra mi cabello—: Ahora cuelga la cabeza del borde de esta cama y abre la boca.

Contemplo embelesada cómo su impresionante polla se balancea sobre mí, sin calzoncillos. Anoche me puso de rodillas y me enseñó a chupársela, como yo le pedí. Me corrí por sus sucias palabras y la presión de mis muslos



apretándose mientras se la chupaba. Sin duda, era la primera vez que alguien me convencía para tener un orgasmo.

Me relamo los labios cuando deja caer su polla sobre mi cara y me coloca suavemente. Luego está apoyado sobre mi cuerpo, con las manos apoyadas en la cama a ambos lados.

Los paneles de su camisa abotonada caen como cortinas a ambos lados de mi cara. Abro la boca con avidez y su suave longitud se desliza entre mis labios. Su aroma fresco y terroso se arremolina a mi alrededor. Es una combinación embriagadora.

—Juega con tus tetas, Sloane. Quiero mirarte mientras tomo tu boca.

Gimo sobre su longitud y empiezo a tocarme los pechos. Me acaricio los pezones. Pierdo la cabeza mientras él marca un ritmo lento entre mis labios.

Este ángulo es nuevo para mí, y me lloran los ojos de lo atrás que es capaz de empujar, pero siempre tiene cuidado conmigo. Cuidado de no empujar demasiado fuerte o demasiado lejos. Cuidado de no hacerme daño ni alarmarme.

Y, sin embargo, me empuja más lejos que nadie, lo cual me encanta. En la escuela me presionaba más. También con el ballet.

—Tan jodidamente buena. Esta boquita caliente, Sloane. Chupando pollas como si hubieras nacido para ello. No tienes ni idea de lo bien que te sientes envuelta alrededor de mi polla. Es jodidamente adictivo.

Empuja con fuerza y yo hago un leve ruido de náuseas, las lágrimas me nublan la vista mientras me pellizco los pezones.

—¿Es demasiado, cariño?

Sacudo la cabeza enérgicamente y tarareo sobre su longitud, apretando las piernas y sintiendo cómo resbala la humedad entre ellas. Es demasiado lejos, desde el punto de vista lógico.



Pero me gusta. De verdad, de verdad.

Se ríe, con la mano en mi cintura.

—Tan jodidamente hambrienta. —Sus dedos golpean ligeramente la parte superior de mi muslo—. Ábrete para mí.

Su mano presiona el interior de mi muslo, guiándolo hacia la cama para que quede completamente expuesta a él mientras me folla la boca sin parar. Lejos, pero no tanto como para que me vuelva a dar una arcada.

—¿De quién es este coño, Sloane?

Me da una palmada y escucho lo mojada que estoy por encima de mis gemidos. Le digo un 'tuyo' ahogado alrededor de la polla, porque no se retira para darme un respiro.

—Así es. —Su voz es tan baja que casi no lo escucho.

Hay demasiado. Siento demasiado. Él es demasiado.

Sus dedos expertos recorren mi interior y mis caderas se agitan hacia él, levantándose de la cama.

Estoy lista para correrme, lista para dejar que me separe pedazo a pedazo y ver cómo sucede.

Si algo he aprendido en los últimos días es que Jasper disfruta diciéndome lo que tengo que hacer y viendo cómo lo hago.

Sólo eso puede hacer que se le ponga dura. Sólo eso puede mojarme. Así que supongo que funciona para nosotros. Al igual que esta posición lo hace.

Su polla está en mi boca y él sigue ese ritmo entre mis piernas con un solo dedo. No es suficiente. Quiero más. Quiero esa plenitud cuando explote. Y estoy tan cerca.

Mi cuerpo debe delatarme, la excitación que gotea por mis piernas combina a la perfección con la saliva de mi mejilla.



—¿Te gusta que te llene, Sloane? Parece que sí. —Se inclina hacia delante, presionando su boca perversa en la parte superior de mi coño desnudo—. Aunque parece que has sido mimada.

Su desaliño me pone de los nervios cuando me rocía el bajo vientre con la boca y me hace retorcerme bajo él.

—Una princesita mimada que necesita aprender a ser paciente.

Con un último beso en mi ombligo, se retira de mi cuerpo. De la cama, de mi espacio, de mi boca.

Me deja vacía, palpitante y tan jodidamente necesitada.

—¡Jasper! —Gimo su nombre—. ¿Me estás tomando el pelo ahora mismo?

Escucho el crujir de la ropa detrás de mí antes de que diga—: Vamos, Sunny. Tenemos que ponernos en marcha.

—Sólo necesito…

—Sloane. —El tono frío de su voz impide que mi mano siga deslizándose por mi cuerpo—. Sé que no necesito decirte que sólo se te permite tocar *mi* coño cuando yo lo diga.

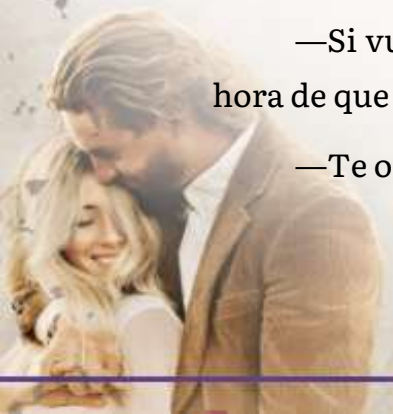
No puedo evitarlo. Me río y me paso las manos por la cara, exasperada.

—Que Dios me ayude, Gervais. Ojalá pudiera volver atrás y contarle a mi yo adolescente lo que le espera dentro de diez años. Se habría desplomado en el acto.

Escucho su risita profunda, la que me cala hasta los huesos. La que me recuerda a su versión adolescente y tímida. La que sigue siendo una faceta del hombre complicado que es hoy.

—Si vuelves, asegúrate de decirle que tiene la cara llena de babas y que es hora de que saque su buen culo de la cama.

—Te odio —le respondo riendo.



Pero siempre me río en el momento equivocado.

Y ahora mismo me río porque no odio a Jasper en absoluto.

Lo amo. Lo amo como aquella chica de hace diez años nunca hubiera imaginado.

—¿Echas de menos bailar?

Nuestra conversación empezó entrecortada durante el largo trayecto de vuelta a casa porque yo sólo podía pensar en sujetar a Jasper y montarle la polla hasta que me quitara de encima el molesto orgasmo que me estaba consumiendo. Finalmente, su erección disminuyó y sus vaqueros se tensaron menos. Por desgracia para mí, creo que mi ropa interior podría no ser salvable.

Pero entonces empezamos a hablar de hockey y me interesé por algo más que el dolor entre las piernas. Me contó sus planes para cuando vuelva a Calgary. El entrenamiento. La terapia deportiva. Él come tipos específicos de comidas, que suenan como un montón de pavo y salmón.

Su entusiasmo es contagioso. Es tan fácil dejarse atrapar por él cuando está animado y despreocupado como ahora.

El sol brilla y las carreteras son perfectas. Aprecio estos momentos con él.

—No como yo pensaba. O bueno, debería decir que *sí*, pero creo que sólo me lo perdía porque hubiera preferido estar corriendo repetidamente por la misma coreografía sin sentido mientras me gritaban en ruso que planear una boda con alguien con quien no quería casarme.

Uf. Realmente sé cómo matar un momento de relajación, ¿verdad? Jasper aprieta momentáneamente el volante y se hace un silencio espeso. Intento no reírme de cómo he llegado y he soltado una bomba A en nuestro feliz viaje sin



ni siquiera intentarlo.

Pero igualmente se le escapa una risita divertida.

—Dios mío, Sunny. —Los labios de Jasper se tuercen y su cabeza tiembla.

Me río entre las manos durante un minuto antes de recuperar la compostura.

—De todos modos, desde hace un par de semanas, no lo echo de menos de la misma manera. He estado triste pero no estresada, si eso tiene algún sentido. Quería bailar para sacar toda la ansiedad de mi cuerpo, para cansarme lo suficiente como para no pensar demasiado. Pero bailar en el gimnasio de Summer era... relajante de alguna manera. Nadie me miraba. Ponía la música *que* quería. Hice la coreografía *que quise*. Sólo tenía que ser yo misma, y eso era terapéutico, creo. Nadie me decía lo que podía o no podía hacer.

—Hasta que rodé por ahí —refunfuña Jasper sombríamente.

Me río un poco y me acerco a la consola, con la esperanza de hacer pasar el roce accidental de su polla por una palmadita tranquilizadora en la pierna.

Mi mano se posa en su musculoso cuádriceps, deslizándose hacia dentro.

—Sí, pero la diferencia es que me gusta cuando lo haces. Quiero que lo hagas. Te dije que lo hicieras.

Sus mejillas se crispan por el esfuerzo de ocultar una sonrisa. Mis dedos avanzan entre sus piernas y mi meñique se desplaza para recorrer su impresionante longitud.

—Sunny.

Lo miro de reojo, poniendo una expresión de falsa inocencia en mi cara.

—¿Sí, Jas?

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Palmeándote la pierna? —Entorno los labios, manteniendo los ojos lo



más abiertos posible.

—Esta mirada inocente en tu cara es adorable cuando hace sólo unas horas colgué tu cabeza de esa cama de cuatro postes y te vi ahogarte con mi polla.

Inmediatamente me salen manchas calientes en la cara. Me pongo una mano sobre el pecho y me alejo de él.

—Estoy escandalizada.

—Sí. —Se ríe entre dientes, asomándose al espejo retrovisor—. Estás a punto. Vuelve a tu asiento y quítate los pantalones.

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo? Yo conduzco.

—¿No estás incómodo?

—He estado luchando contra ponerme duro a tu alrededor durante años. Estaré bien. Quítate los pantalones. Ya estoy cansado de esperar.

Parpadeo una vez. *Años*. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Me convencí tanto de que nunca se interesaría por mí que dejé de mirarle de verdad?

La respuesta es sí. Llegó un punto en que casi dolía mirarlo tan de cerca. Pensar en cosas tan específicas.

—Sloane. —Su voz es autoritaria, y esa es la voz de 'The Daddy', yo decido. Hay un interruptor que se pulsa y pasa de Jasper tranquilo y distante a *eso*.

Sea cual sea la voz, me catapulta a la acción. Ya me he quitado las botas, me quito los suaves calcetines térmicos y los dejo caer en el hueco para los pies antes de levantar el dobladillo de mi grueso jersey de lana y despegar los leggings negros de mi cuerpo.

Sus ojos permanecen en la carretera, pero cuando voy a deshacerme de



mis bragas, me dice—: No, esas se quedan.

—Pero están…

—¿Un incómodo recordatorio de lo desesperado que estás?

—Ja. —Una carcajada brota de mis labios—. Sí, es una forma de decirlo.

Una sonrisa de suficiencia adorna sus labios mientras me mira brevemente.

—Bien.

Gimo y reclino la cabeza contra el asiento, con los muslos desnudos apretados mientras espero.

Al no recibir más indicaciones, lo miro.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, siéntate ahí y cuéntame lo que piensas hacer cuando volvamos a la ciudad.

—Pero… eso no es caliente.

Se ríe.

—No. Pero es una conversación necesaria.

—¿Por qué tenía que quitarme los pantalones para ello?

Se encoge de hombros mientras mira despreocupadamente por encima del hombro para cambiar de carril.

—Sólo me gusta verte retorcerte. Cuéntame tu plan.

Con un suspiro pesado, me muerdo el labio y me giro para mirar por la ventanilla del acompañante.

—Bueno, tengo que ir al ático de Sterling y empaquetar las cosas que guardé allí.

Jasper está mortalmente quieto a mi lado.



—Iré contigo.

—Sí. —Resoplo—. Eso debería ir muy bien. Puedo arreglármelas.

—Sé que puedes arreglártelas. Pero aún así voy a ir.

Exhalo lentamente, dejándolo pasar por ahora.

—Y voy a tener que llamar a mi padre. Afrontar la música en ese frente.

—Debería disculparse contigo.

Asiento solemnemente.

—Eso podría ser cierto. Pero Robert Winthrop no es muy dado a disculparse, así que no voy a contener la respiración. La mayoría de las cosas que saqué de mi piso cuando terminó el contrato a finales de agosto están en cajas en casa de mis padres. Así que tendré que pensar qué voy a hacer. Dónde voy a ir.

—Mi casa.

—¿Crees que mudarnos juntos es la mejor idea? —Dios. Realmente odio esta conversación.

—¿Por qué no? Ahora abre las piernas. Tira tus bragas hacia un lado con una mano y frota círculos lentos en tu clítoris con la otra.

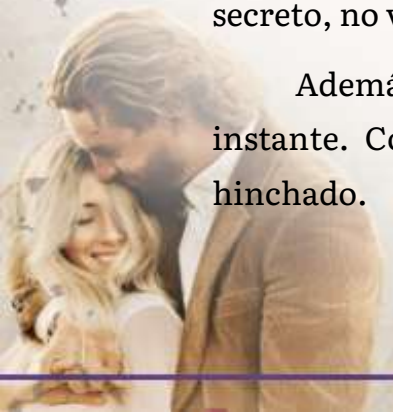
Lanzo una carcajada incrédula.

—¿Estás bromeando ahora?

—No, Sloane. Pareces tensa. Relájate.

Niego con la cabeza mientras hago lo que me ha ordenado. Me ha dejado muy alterada esta mañana y, por mucho que me guste jugar a este juego en secreto, no voy a rechazar un orgasmo que me ayude a superarlo.

Además, no se equivoca. Paso de estar tensa a zumbar de expectación al instante. Con dos dedos, engancho la tela húmeda y encuentro mi clítoris hinchado.



Presiono con firmeza antes de dar vueltas, mordiéndome el labio para no hacer ruido.

—Tengo casas en Chestnut Springs —me dice, como si mantener esta conversación mientras juego conmigo misma fuera algo perfectamente normal. Tengo que contener la sonrisa. Nunca me imaginé esta faceta de Jasper y me encanta. Le gusta tener el control y elegir esto con él me hace sentir que recupero una parte de mí misma que nunca me había permitido. Mi propio control.

—Múltiples. Tendrías que desplazarte. O puedes pasarte los próximos meses bailando en el gimnasio de Summer. Pero puedes tener una.

—¿Múltiples casas?

Él asiente, aclarándose la garganta.

—Sigue frotando, Sloane. He comprado una manzana entera. Una hilera de negocios a un lado -incluido el gimnasio de Summer- y un conjunto de casas al otro. Pensé que necesitaría algo que hacer cuando me jubilara, y arreglar un montón de viejos bungalows en una ciudad que me encanta sería un divertido proyecto de pasión. Algo para mantener las manos ocupadas.

Al escucharlo, baja la mirada hacia mi mano. Se le desencaja la mandíbula antes de volver a mirarme a los ojos.

—Además, me enteré de que tu padre quería comprar esa manzana y poner un estúpido centro comercial o algo así. Arruinar la ciudad con su mierda de galletas brillantes. Así que lo jodí en el proceso yendo personalmente a la inmobiliaria. Así son los pueblos pequeños. Confían y les gusta quien conocen. Y ella me conocía.

Estoy un poco estupefacta por lo que acaba de decirme, pero no pienso con claridad con los dedos entre las piernas. Además, se ha subido las mangas de la sudadera, lo que me permite ver las venas que salen de sus manos y llegan hasta sus antebrazos tatuados.



—Pero podrías haberte gastado todo ese dinero en cazar leones —bromeo, observando cómo se flexionan los músculos bajo la tinta negra.

—Mete un dedo —muerde al instante.

Y lo hago.

—Ahora dos.

Gimo y deslizo fácilmente un segundo dedo dentro de mí, presionando dentro y fuera unas cuantas veces.

—Los pies en el salpicadero —me dice, agachándose para ajustarse la polla en los vaqueros.

—Dios mío —murmuro. El rubor de mis mejillas se extiende instantáneamente por mi pecho, mis pechos, mi vientre. Todo mi cuerpo arde por él.

Subo los pies al salpicadero, haciendo que el ajuste sea mucho mayor. Gimo por la sensación.

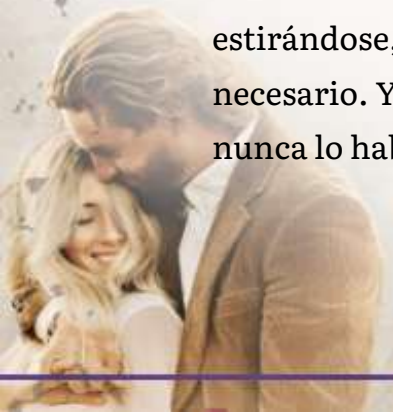
—Te encanta esto. Lo sé. —Me levanta la barbilla—. Las rodillas abiertas para que pueda ver.

—¿Seguro que esto es seguro? —Le tomo el pelo.

—No hay nada seguro sobre lo mucho que te deseo, Sloane. Nunca lo ha habido. Ahora añade un tercer dedo. Quiero verte trabajar por ello.

Su cabeza vuelve a la carretera. Es un tramo recto y tranquilo en una tarde perfectamente soleada entre semana. Jasper nunca correría riesgos innecesarios.

Mientras deslizo un tercer dedo dentro y siento el mordisco de mi cuerpo estirándose, decido que este riesgo es muy necesario. Venirme es muy necesario. Y seguir sus órdenes de esta manera hace que mi cuerpo zumbe como nunca lo había sentido.



—¿Cómo se siente, Sloane?

Cierro los ojos, imagino su cuerpo sobre el mío y gimo.

—Tan bueno.

—¿Ahora finges que soy yo quien está entre tus piernas y no tus dedos?

Abro los ojos de golpe y lo miro fijamente.

—Folla tus dedos y responde a mi pregunta.

Mi mano entra y sale lentamente, se siente jodidamente bien. Es sucio y pervertido y tan diferente a la versión reservada de mí. Me convertí en otra persona bajo el pulgar de toda la mierda que me rodea, así q u e me permito el lujo de sentirme sucia y libre para tomar lo que quiero.

—Sí. Estaba pensando en ti. Siempre estoy pensando en ti.

Una sonrisa suave y satisfecha se dibuja en sus labios. Todo en él es tan hipermasculino, duro y dominante pero cariñoso a la vez. Jasper siempre me hace sentir que me cogerá cuando me caiga. Siempre lo ha hecho.

—¿Quieres venirte?

—Sí —jadeo, aún introduciéndome los dedos con deseo.

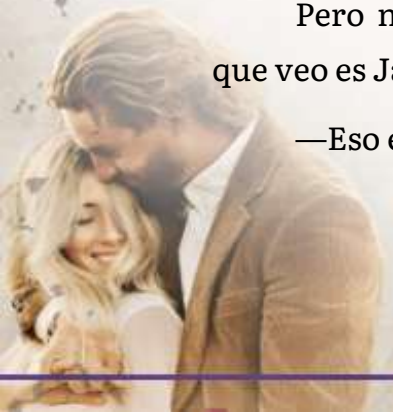
—Lástima. —Se ríe entre dientes. Se *ríe*, joder—. Vuelve a ponerte los pantalones y espera.

Suelto un fuerte gemido y me golpeo la cabeza contra el asiento. Al instante cruzo las piernas para aliviar la oleada de placer que se agolpa en mi interior.

Como si fuera a estrangularlo. Apagarlo.

Pero no funciona. Cada terminación nerviosa está disparando. Todo lo que veo es Jasper. Nunca he estado tan jodidamente excitado en mi vida.

—Eso es simplemente cruel. ¿No estás tan incómodo?



Se encoge de hombros, demasiado satisfecho de sí mismo.

—Sí. Aunque no es peor que verte salir con perdedores durante años.

Me burlo de eso.

—Eres un masoquista.

Ni siquiera se inmuta.

—Creo que un terapeuta sugirió eso una vez.

—O simplemente me odias en secreto. —Con mano temblorosa, tomo los leggings que tanto me apetece ponerme. Incluso pasar la tela sobre mi piel me va a volver loca. Sólo va a ponerme más cachonda.

—Confía en mí, Sunny. No odio nada de ti. Pero sí odio que hables de *él* mientras te tocas.

—Yo no... La caza del león.

Me guiña un ojo. Un guiño juguetón, guapo y jodidamente *exasperante*.

—Te odio.

Chasquea la lengua y hunde un poco la cabeza, lo que hace que su espesa cabellera se alborote. Hoy no lleva sombrero.

—Lo mencionaste esta mañana. Por alguna razón no me preocupa tanto. Te retractarás cuando haga que te corras tan fuerte que no puedas ni andar.

Suspiro, queriendo alejar el recuerdo de que, de hecho, ya he dicho eso hoy. Lo he dicho e inmediatamente he pensado que no era cierto.

Que lo amaba en su lugar. Sé que lo amo.

Pero aún me cuesta creer que pueda amarme de la misma manera.



—Está oscuro. Paremos aquí otra vez para pasar la noche. —Jasper enciende el semáforo para girar hacia Rose Hill, su voz sangra cansancio. Sólo estamos a unas horas de casa, pero tiene razón. Está oscuro y nuestra conversación ha caído en una calma cansada tras diez horas de viaje.

Sólo puedo pensar en sexo.

Cómo pasé de bailar tan rigurosamente y trabajar tantas horas que apenas se me pasaba por la cabeza a estar asilvestrada por ello es realmente una maravilla digna de contemplar.

Decido que a partir de ahora me referiré a este fenómeno como El efecto Jasper Gervais.

*¡Él te bordeará por un día y te convertirá en una feliz puta desesperada!* Ese podría ser su eslogan.

En este momento soy la prueba viviente, retorcida y tensa de ello.

Cuando volvemos al Rose Hill Inn, estacionamos en el lado arbolado del estacionamiento para acomodar la caravana vacía que tenemos detrás.

De repente estoy desesperada por respirar aire fresco. El camión huele demasiado a menta y eucalipto. También estoy nerviosa y agitada y...

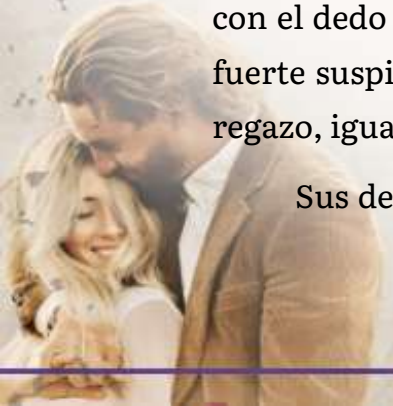
—¿Adónde crees que vas? —La voz de Jasper me interrumpe mientras busco el pomo de la puerta para escapar de la asfixiante tensión sexual que hay entre nosotros.

Me sobresalto y vuelvo a mirarlo.

—Fuera. —Levanto un pulgar por encima del hombro.

—Ni hablar. Creo que ya hemos esperado bastante. —Me hace un gesto con el dedo y me agarra del jersey, tirando suavemente de mí hacia él. Con un fuerte suspiro, me subo a la consola central y me pongo a horcajadas sobre su regazo, igual que aquel día en la pista.

Sus dedos suben por los lados de mi cara, por encima de mis pómulos, se



enganchan en mi cabello y me lo echan hacia atrás, detrás de las orejas.

—No tienes ni idea de lo encantadora que eres. De lo que me distraes. Lo mucho que me ha gustado verte seguir mis instrucciones todo el día —murmura, recorriendo con la mirada cada uno de mis rasgos mientras su polla dura como una roca se introduce en mi culo—. Quiero volver a intentarlo. Sin prisas. En ningún sitio. Sin accidentes de auto. Sólo tú y yo. —Su voz es tan suave, sus manos tan tiernas.

—Sólo tú y yo —le susurro.

—Quiero tus ojos en los míos cuando te corras en mi regazo. —Me toma la cabeza con delicadeza y dejo caer mis labios sobre los suyos con avidez. Sus brazos de acero me envuelven. Me rodean de una forma tan perfecta. Me hacen sentir tan segura. Tan querida.

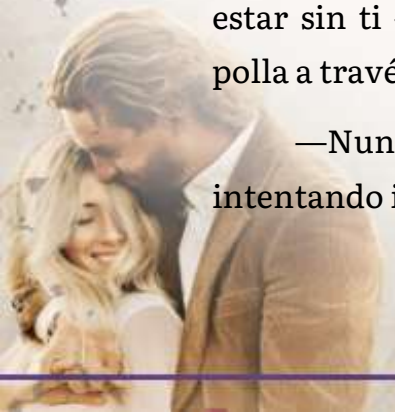
Me derrito contra él. Mis manos recorren su pecho, su garganta, su cabello. Tocarlo libremente es un placer.

Cuando se aparta, me quita los pantalones, una pierna cada vez. Después me quita la ropa interior. Me desnuda y se empapa de la vista, iluminada sólo por el resplandor de los faros. Cada roce de sus dedos es reverente, cada mirada está cargada.

Primero me besa, y me duele el pecho por su dulzura. Sus labios son firmes y suaves a la vez. Mientras se reclina en el asiento, lo ayudo a quitarse los pantalones, le froto la polla y le acaricio los huevos, asegurándome de meterle una mano bajo la camisa para pasarle los dedos por la bailarina que me regaló.

—No sé cómo he podido estar tanto tiempo sin ti —murmura, pasándome el cabello por detrás de la oreja y acunándome el cráneo—. No quiero volver a estar sin ti —añade, metiéndose el puño y deslizando la gruesa cabeza de su polla a través de mi núcleo.

—Nunca tendrás que hacerlo —susurro mientras le devuelvo el beso, intentando igualar su crudeza con la mía.



—Prométemelo. —Sus ojos se clavan en los míos y asiento.

—Te lo prometo.

Luego se clava dentro de mí, empujando apenas un centímetro, y mi espalda sigue inclinándose hacia él. Mi cuerpo se inclina voluntariamente bajo sus caricias mientras me mantiene en posición, y cuando desciendo lentamente por su férrea circunferencia, sintiendo cada centímetro de él, susurra—: Sloane —con un hilo de voz.

Nuestros cuerpos se funden el uno con el otro en el oscuro camión. Arrancamos perezosamente. Cariñosamente. Pero pronto nuestras manos y besos se vuelven frenéticos. Mi cuerpo está a punto de estallar.

—Jasper, voy a…

Me agarra la barbilla y me separa la cara de la suya un poco.

—Frótate el clítoris, cariño. Ven para mí.

Cuando él exhala, yo inhalo su aliento. Está dentro de mí de muchas maneras. Ni siquiera sé si se da cuenta.

Su polla golpea ese punto, rozo con los dedos mi hinchado manojo de nervios y me hago añicos, con los ojos clavados en los suyos.

—¡Ah! Joder. Jasper.

—Sloane —gruñe, justo cuando su mano baja hasta mi garganta y me besa ferozmente. Mi nombre está en sus labios mientras se derrama dentro de mí, sonando un poco descontrolado. Un poco fuera de control.

Y me da un poco de esperanza de que Jasper Gervais pueda amarme como yo lo amo a él también.



# 29

## Jasper

Jasper: Estamos a salvo en casa. ¿Cómo está Beau?

Harvey: Oh, bueno. Me alivia que hayan vuelto. Beau está de buen humor, todo sea dicho. Quiere llamarte. Aunque ahora mismo está durmiendo.

Jasper: Estamos aquí. Cuando quieras. ¿Cuándo volverá a casa?

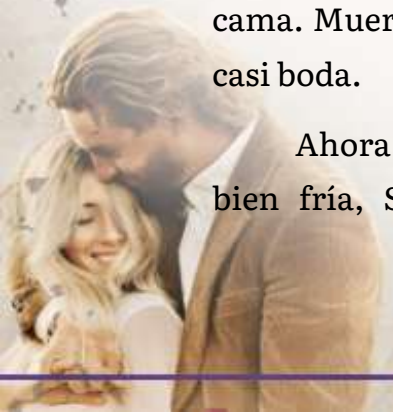
Harvey: Podría ser un tiempo. Está en buenas manos aquí.

Lo primero que hice cuando volvimos a la gran casa vacía del rancho Wishing Well fue arrastrar a Sloane hasta mi dormitorio de adolescente y follármela mientras usaba mi jersey.

Es en lo único que pienso desde que salió del camerino con una sonrisita burlona. Más difícil para ella sonreír con mi polla en su boca. Pero me encanta la sonrisa de satisfacción que me dedicó después.

Luego nos desmayamos, con los miembros enredados en la pequeña cama. Muertos para el mundo. Parece que han pasado meses desde el día de su casi boda.

Ahora estamos deshaciendo las maletas y disfrutando de una Buddyz Best bien fría, Sloane está abajo empezando a lavar la ropa, y yo me siento



jodidamente doméstico y feliz por toda la situación mientras doblo la cesta que acaba de traer.

Puedo vernos haciendo esto para siempre. Viajando juntos. Durmiendo la siesta juntos. Haciendo tareas juntos. Yo acercándome y apretando un suave beso en su mejilla, sólo porque puedo, y luego continuando con mis cosas. Incluso hacer cosas aburridas es infinitamente menos aburrido con Sloane a mi lado.

—¡Jas! ¡Harvey está FaceTiming! ¿Puedo contestar? —llama desde abajo.

Me congelo a mitad de doblar la fea camiseta que Cade me echó por llevar.

—¡Sí! —le respondo antes de soltar la camisa y salir de la habitación dando zancadas, cubriendo todo el terreno posible sin correr. Hemos recibido algún que otro mensaje de Harvey, pero no mucha información. Sé que intenta no preocuparnos, pero la estrategia de 'menos es más' no me tranquiliza con la forma en que funciona mi cerebro.

—¡Holaaaaaa! —escucho la soleada voz de Sloane que viene de la cocina mientras me acerco a ella por detrás—. ¡Mírate, Beau! Dios, me alegro de verte.

Cuando me acerco lo suficiente para ver la pantalla, se me abre el pecho de par en par.

Harvey está sentado junto a Beau y ambos sonríen a Sloane.

Cuanto más me acerco, puedo ver lo delgado que parece Beau, que su expresión está un poco dibujada. Pero está ahí. Respirando. Hablando. *Vivo*.

—¡Oh! ¡Ahí está! —Sloane puede verme en el pequeño rectángulo de la parte superior de la pantalla mientras me acerco. Me acerco a ella y, sin pensarlo, le rodeo el estómago con un brazo y acojo a mi amigo, mi hermano.

Él y yo estamos unidos, pero no somos ñoños. Beau no es un tipo ñoño. A veces pienso que es tan oscuro como yo y que lo disimula mejor. Es decir, no es un capullo huraño cuando tiene un mal día.



Pero yo soy yo, así que abro con—: Oye, imbécil. Estás hecho una mierda.

Beau se ríe, una sonrisa irónica tuerce su boca.

—Cuando llegue a casa, voy a patearte el culo, Gervais. Pero sin cascos ni protecciones.

—Si eso es lo que hace falta para llevarte a casa, lo permitiré. Te he echado de menos, hombre.

Ahora esboza una sonrisa forzada, sus ojos tienen un aire familiar.

—Yo también te he echado de menos.

Sloane me mira a la cara por encima del hombro, como si lo que ve reflejado en la pantalla no fuera suficiente. Nuestras miradas se cruzan por un momento. Ella sonríe ante lo que ve allí, y justo cuando se vuelve hacia la pantalla del teléfono, Harvey suelta un fuerte silbido.

—Bueno, estaré... —Mueve la cabeza.

Beau resopla.

—¿Qué? —pregunto, apartándome y cruzando los brazos sobre el pecho. Porque no soy estúpido. Sé lo que acaban de ver.

La sonrisa de Harvey es un poco demasiado amplia cuando dice—: Fueron y convirtieron eso de los primos que se besan en algo de la vida real.

Cierro los ojos y respiro hondo. Nunca he sido inmune a Harvey y sus chistes malos, pero siempre he pasado lo bastante desapercibido como para no ser su principal objetivo. Por un momento me pregunto si Cade se siente así.

Sloane jadea.

—¡No somos primos!

Beau le da un codazo a su padre, jugando con él como siempre.

—Creo que podrían estar haciendo algo más que besarse. Mira lo roja que está.



Levanto la vista por la esquina del teléfono para ver su cara y, efectivamente, Sloane está haciendo su mejor imitación de Tomate.

—No somos primos. —La apoyo, pero mis labios se crispan. Nos van a gastar esta broma durante mucho tiempo, así que mejor aguantar los golpes.

—Quiero decir... claro. No del tipo que hará un bebé con cola o algo así —empieza Harvey, ganando impulso cuanto más reaccionamos todos. Es como un niño demasiado grande—. Pero siguen siendo primos, en mi opinión.

—Literalmente nadie te preguntó, Harv.

—Oye, papá. —Beau inclina la cabeza hacia Harvey y extiende la mano para acariciar la nuca de su hijo.

Harvey parece agotado y aliviado a la vez. Muevo un poco la nariz para ahuyentar el escozor que surge allí.

—¿Sí, hijo?

—En una escala de uno a bebé-primos-con-colas, ¿dónde pondrías a Jasper y Sloane?

—Oh, Dios mío. —Sloane se desploma sobre la encimera, sosteniendo el teléfono sobre su cabeza, agitándolo como si yo debiera quitárselo.

—Como un cinco, probablemente.

—Beau —los corté con un divertido movimiento de cabeza, tomando el teléfono de la mano de Sloane—. ¿Qué tan mal herido estás? Porque voy a hacerte pagar por esa broma.

Lo dije en broma, pero puedo decir que mi comentario los tranquiliza a ambos. Tengo un verdadero don para ser un aguafiestas. Sloane se levanta y apoya su hombro en mi pecho para aparecer de nuevo en la pantalla.

Beau se aclara la garganta.

—Algunas quemaduras leves. —Se señala las piernas—. Puede que



necesite unos meses. Entonces podré llevarte.

Me fijo en la vía intravenosa que desaparece en la parte superior de su mano.

—¿Qué pasa?

—Tengo que quedarme aquí un tiempo. Luego podrán trasladarme a casa. A todos los que se quejan les alegrará saber que mis días de pluriempleo como James Bond han terminado.

Sloane asiente con la cabeza. No parece dispuesto a revelar nada más, y yo no soy de los que presionan cuando alguien quiere mantener las cosas en secreto, así que no lo hago. Vuelvo a nuestra amistad habitual.

—Sí, pero Bond consigue coños.

Beau suelta una carcajada y yo sonrío al escucharlo. Joder, qué alegría verlo y escucharlo reír.

—Hombre, te estás enrollando con tu prima. Ni siquiera me hables de eso.

Sloane se levanta de puntillas delante de mí, como un dragoncito ardiente, toda protectora y demás.

—¡Beau Eaton! No importa Jasper. *Voy a* patearte el culo cuando te vea. Justo después de abrazarte y decirte cuánto te quiero.

Beau sonríe, con más naturalidad de la que he visto en su rostro en toda esta conversación, pero veo que se está cansando.

—Me gustaría verte intentarlo, Sloaney. Pero aceptaré el abrazo.

Harvey debe darse cuenta de que Beau también se está desvaneciendo, porque interrumpe—: De acuerdo, ahora vamos a llamar a Cade y Willa, así que voy a intervenir. Diviértanse, tortolitos. Ya era hora de que se dieran cuenta. Jasper te ha estado espiando bajo el ala de ese maldito sombrero durante años. Así que tengan cuidado. Sepan que el abuelo Harvey amará al bebé, con cola y todo.



—¡Harvey! ¿Estás...?

Beau se ríe cuando Harvey me interrumpe.

—¡Los queremos, gamberros! Adiós.

Y entonces la imagen se corta con un silbido monótono.

Cuando miro hacia abajo, Sloane se ríe tan fuerte que se le llenan los ojos de lágrimas y se las seca con el dorso de la mano.

—Maldita sea. Harvey es una bestia.

—No importa Beau. Harvey está muerto —bromeo, sabiendo que nunca lo cumpliré.

—¿Jas?

—¿Sí? —Inclino la cabeza y miro a la mujer que ha girado para apretar su cuerpo contra el mío.

—¿De verdad me has estado espiando desde debajo de esa gorra?

Me encojo de hombros y aprieto su cabeza contra mi pecho. En el mismo lugar de siempre: apretándola contra mi corazón y rociando mis labios sobre su cabello.

—Quiero decir, Sunny... ¿has visto tu culo?

—No deberías estar aquí, Gervais. No han pasado dos semanas. Voy a fingir que no te he visto. —Roman vuelve a centrar su atención en los papeles que tiene en las manos mientras intenta pasar a mi lado por el pasillo trasero de nuestras instalaciones.

—Pues yo sí. Y usted me necesita, entrenador.

—No me digas lo que necesito, Jasper. Ese no es tu trabajo.



—Hemos estado en una racha perdedora. —Como si no lo supiera. Él es el que se sienta en el banquillo, viendo todo lo que pasa. Para mí, no he sido capaz de mirar. Demasiado duro. Demasiado enloquecedor.

—Síp. —Hace sonar la *p*, aún sin prestarme atención—. Y también perdíamos cuando tú jugabas.

—Necesito jugar. Necesitas que juegue...

El hombre mayor se detiene delante de mí y me interrumpe con un gesto especulativo.

—No, necesito la *mejor* versión de ti que tiene la cabeza bien puesta. Y necesitas estos últimos días de tiempo muerto para hacerlo.

—¿Tiempo muerto? ¿Qué soy yo? ¿Un niño de siete años?

Roman sacude la cabeza y vuelve a mirar la mierda superinteresante que debe haber en el papel que tiene delante.

—A veces parece que todos ustedes son sólo un montón de niños de siete años.

Casi me río.

—Lo encontraron. Está vivo.

Al escuchar eso, el entrenador levanta la cabeza.

—¿Sí?

—Sí. —No puedo evitar la sonrisa tímida que tuerce mis labios.

—Pues claro que sí, Jasper. —Roman sonríe, arrugando la piel en las esquinas de sus ojos—. Es la mejor puta noticia que he escuchado en años.

Me da una palmada en el hombro. Dos veces. Y me da un fuerte abrazo antes de separarse, con una mano en cada hombro para mirarme a los ojos.

—Quiero jugar.



Asiente con la cabeza.

—¿Has estado entrenando?

Dudo que Roman considerara un partido de shinny de chicos contra chicas -más una cantidad récord de follar- un entrenamiento, pero el ejercicio es el ejercicio, así que digo—: Sí.

Me mira de forma especulativa y yo pongo cara de no revelar nada. No es la primera vez que falto a la verdad con la dirección.

En mi contrato también me prohíben montar a caballo. Sin embargo, eso no me impide levantarme y ayudar a marcar el ganado cada verano y trabajar con el ganado para la reunión familiar en otoño.

No soy tan bueno como Rhett o Cade-o Violet-pero sigo siendo un chico de campo de corazón. Puedo ensillar un caballo y arrear una vaca.

—De acuerdo. Vendrás a entrenar los próximos tres días. Muéstrame que has recuperado la concentración y te dejaré jugar.

—Sí, entrenador. —Endurezco mis facciones, intentando no delatar que realmente quería jugar esta noche. Ahora mismo, si es posible. Había apartado el hockey de mi mente. No sentía que lo necesitara, no lo echaba de menos, porque mi cerebro estaba demasiado lleno de pena y autocompasión. ¿Pero ahora? Ahora me pican los dedos.

Con una inclinación de cabeza, me doy la vuelta para salir por las puertas hasta donde Sloane espera a salvo en mi todoterreno.

—Oye, ¿Gervais?

Las palabras de Roman me hacen girar justo cuando me acerco a la barra metálica de empuje de la puerta de salida.

—¿Sí?

Se señala la cabeza.



—¿Dónde está tu gorra?

Parpadeo una vez, atando cabos a su pregunta. Levanto la mano y me paso la palma por el cabello para comprobarlo. Llevar la gorra del equipo ha formado parte de mi identidad durante la mayor parte de mi vida.

—No lo sé. Supongo que olvidé ponérmela.

El hombre me hace un gesto con la cabeza y sonríe antes de marcharse.

Esa vez le dije la verdad. Cuando nos preparamos, ni siquiera pensé en ponerme la gorra esta mañana.

Supongo que no sentía que lo necesitara.



# 30

## Jasper

Cade: ¿Quieres venir a una deliciosa comida casera esta noche? Me encantaría verte.

Jasper: ¿Por qué hablas así de raro?

Cade: ¿Cómo qué?

Jasper: No importa. Le preguntaré a Sloane.

Cade: ¿Están golpéandose todavía?

Jasper: Jesús, Willa. Devuélvele a Cade su teléfono.

—No. —Cruzo los brazos sobre el pecho y fulmino a Sloane con la mirada desde el asiento del conductor de mi Volvo.

—Sí. —Levanta la barbilla.

—No me voy a quedar en el puto auto como un niño pequeño, Sloane.

—Escucha, tienes que lidiar con tu mierda. Yo tengo que ser la que se ocupe de la mía.

Gimo y me paso una mano por la cara.

—Me estás haciendo parecer una especie de imbécil dominante.

—Si el zapato encaja —dice y aprieta los labios, encogiéndose un poco de



hombros.

Inclino la cabeza hacia atrás.

—Sólo quiero que estés a salvo. No me gusta Woodcock. No confío en él.

—Probablemente ni siquiera esté en casa. —Ella mira por la ventanilla del pasajero el alto edificio de cristal por encima de su hombro—. Es media tarde y él es un adicto al trabajo.

—¿Y si está?

—Y si está, entonces esa es una conversación que tendré con él. No te necesito ahí de pie resoplando como un toro furioso detrás de mí.

—Esperaré fuera —concedo.

—¿Fuera del edificio?

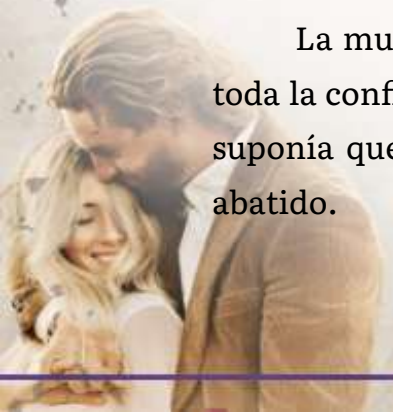
—No. —Me desabrocho el cinturón de seguridad y rodeo el vehículo para abrir su puerta—. Estaré en la puerta de su unidad.

Cuando miro hacia el auto, Sloane suspira. Pero veo que sus labios se crispan. Nunca me perdonaría que le pusiera una mano encima, y no me fío de ese cabrón ni un pelo.

—Bien —resopla, cogiéndome la mano al salir.

Sin soltarle la mano, abro la puerta trasera y saco la caja de cartón que hemos traído. Entramos en el lujoso edificio y nos dirigimos directamente al ascensor. Al cerrarse las puertas, nos veo en la pared espejada del pequeño espacio y leo el lenguaje corporal de Sloane. El modo en que se ha arrellanado a mi lado, la forma en que su largo flequillo le cubre la cara, el modo en que sus dientes rozan repetidamente su labio inferior.

La mujer puede bailar en un escenario delante de miles de personas con toda la confianza del mundo, pero esto la tiene nerviosa. Estas personas que se suponía que se preocupaban por ella - que se suponía que la querían- la han abatido.



La hacen sentir insegura. Y los odio por ello.

Le doy un pulso tranquilizador con la mano y levanta la cabeza. Me mira en el espejo.

—Hola, Jas —susurra.

—Ven aquí, Sunny. —La atraigo suavemente hacia mí, girándola hacia mi pecho, donde puedo sentir su aliento en mi camisa, sentir los latidos de su corazón contra mis costillas.

Casi no parece real cómo nos hemos deslizado tan fácilmente en esta nueva relación. Parece como si hubiéramos estado juntos todo el tiempo, y supongo que en cierto modo es así.

—Me sentiré mejor una vez que saque todas mis cosas.

—Deberías dejarme...

—Jasper, para. Necesito hacer esto por mí misma. Recuperar mi vida por mí misma. Tienes el pasillo, encárgate de ello.

Vuelvo a apretarle la cabeza, apoyando la mejilla en su cabello. Vuelvo a mirarnos en el espejo.

Su rubio brillante, mi castaño cálido, su piel de porcelana, la mía más bronceada. La forma en que se ajusta a mí y me complementa. No parece que pueda ser una coincidencia.

Parece algo mucho más grande que nosotros.

—Te las vas a ver conmigo quitándote esos vaqueros y comiéndote el coño en este ascensor al bajar —murmuro contra su cabeza.

Se ríe mientras hace rodar su frente por la camiseta gris oscuro que se extiende sobre mi pecho.

—A veces eres tan cavernícola.

Se tensa cuando el ascensor suena y se detiene lentamente en el piso



treinta y uno. Las puertas se abren y dejan ver un pequeño vestíbulo. No hay más puertas, solo la grande y elegante que tenemos delante.

En la esquina superior hay una cámara de seguridad, cuya luz roja parpadea como un desafío.

Lanzo la caja hacia la majestuosa entrada y agarro la cabeza de Sloane, empujándola contra la pared, aplastando mi boca contra la suya.

El primer ruido que hace suena a sorpresa, el segundo es un gemido. Sus manos me suben por el pecho y me rozan con las uñas cuando las vuelve a bajar. Sus labios se ablandan y mi agarre relaja su mandíbula.

Nunca he podido asustarla. Es implacable y leal. No importa cuánta gente me deje, ella nunca lo hace.

No importa lo que diga o lo que haga, lo que me guste. Ella se levanta a mi encuentro. Se convierte en masilla en mis manos mientras la beso hasta dejarla sin sentido antes de enviarla al ático que compartió con su ex hace apenas unas semanas.

Llevo treinta minutos aquí fuera, demasiado tenso para mirar el móvil. En lugar de eso, escucho en la puerta como un asqueroso, intentando averiguar si escucho voces o no. Escucho pies arrastrándose, posiblemente incluso zumbidos, procedentes de la unidad.

Supongo que si Woodcock estuviera allí, escucharía muchas quejas y lamentos.

Evitar irrumpir allí es una hazaña hercúlea. Y ni siquiera son celos, ni preocupación por su seguridad, porque estoy casi seguro de que está sola.

Es que me estoy dando cuenta de que no me gusta nada estar lejos de ella.



No sé si es la necesidad de recuperar el tiempo perdido, o si simplemente estoy siendo un cabrón pegajoso, pero prefiero estar ahí dentro ayudando a empaquetar sus cosas que aquí fuera dándole vueltas a cada pequeña partícula de mi vida.

Y la suya.

Escucho el tirón del pomo y su figura menuda sale por la puerta. Está luchando contra el peso de la caja y aún así se las arregla para parecer más ligera.

—Hola. —Su voz es brillante, un poco entrecortada.

Me precipito hacia ella, le quito la caja de los brazos y le doy un beso rápido en los labios, sintiéndome desesperado por ella. Aliviado. Quiero llevármela de vuelta a la burbuja en la que estábamos los dos solos en la carretera.

Sí, todo en nuestras vidas personales era una mierda en ese momento. Pero éramos nosotros, solos. Sin todas estas otras cosas con las que lidiar.

—¿Todo bien? —Pregunto.

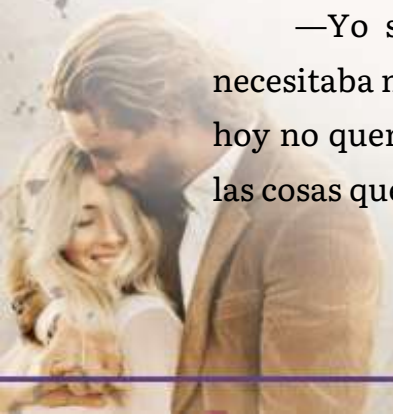
—Sí.

—¿No estaba allí?

—No. —Ella sacude la cabeza enérgicamente, extendiendo la mano hacia adelante para presionar el botón del ascensor—. Sólo yo, quemándome por ahí para encontrar mis cosas. Es curioso… —Mira por encima del hombro hacia la puerta.

—¿Qué?

—Yo sólo… Pensé que iba a volver allí para recoger mis cosas. Que necesitaba mis cosas. Pero en cuanto entré, quise volver aquí. Contigo. Diablos, hoy no quería estar aquí en absoluto, y me dije a mí misma que sólo recogería las cosas que eran importantes. Las cosas que significaban algo para mí. Así que



caminé buscándolas pero... no las encontré.

—¿Ese imbécil le hizo algo a tus cosas?

—No, no. Es sólo que... nada de lo que hay allí significa nada para mí. He vivido allí unos meses y *no tengo apego a nada*. No había nada... importante. Ni un solo recuerdo de mi tiempo con él que quisiera. La gente dice que soy demasiado sentimental, pero no pude encontrar ni una sola cosa ahí por la que sentirme sentimental.

Joder, qué triste. No me gusta Sterling, pero Sloane es una historia diferente. Y escuchar que estaba viviendo una vida que tenía tan poco significado para ella duele, joder. Deslizo la mano que me sobra por la parte baja de su espalda para tranquilizarla.

—¿Qué tengo en esta caja?

—Ah, ¿eso? Sí. Acabé tomando todo lo que era mío y metiéndolo ahí.

Resoplo.

—¿Pensé que nada de eso importaba?

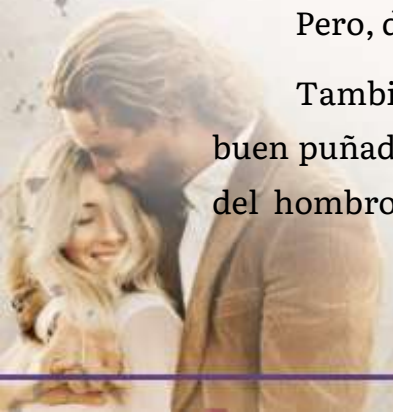
Levanta la cara y parece de la realeza mientras levanta la barbilla.

—No es así, pero no voy a dejar ni un trozo de mí ahí dentro. Ni mis patatas fritas favoritas. Ni un cepillo de dientes. Quiero desaparecer de su vida. Desaparecer —chasquea los dedos— como si nunca hubiera existido en ese ático. Durante un tiempo, sentí que se merecía una explicación. Pero creo que ya no. Era el único cierre que necesitaba.

Da un pequeño paso para acercarse a mí, que es toda la confirmación que necesito. En el fondo, sé que nunca hemos elegido entre los dos.

Pero, de todos modos, se siente bien ser elegido.

También me siento bien cuando deslizo mi mano hacia abajo y le meto un buen puñado en su culo vestido de Levi's mientras le guiño un ojo por encima del hombro a esa luz roja que parpadea. Porque sé que Sterling Woodcock



revisará estas cintas.



# 31

## Sloane

Jasper: ¿Cómo está mi chica? Volveré esta noche. ¿Nos vemos en el rancho?

Sloane: Sí. Muy bien. Especialmente cuando me llamas así.

Jasper: ¿Mi chica?

Sloane: Sí. Jaja. Nunca pensé que escucharía eso.

Jasper: Sunny, siempre has sido mi chica.

El agua resbala por mi espalda en el silencioso estudio. No hay barra y el suelo es demasiado blando para las puntas.

Y no recuerdo una época en la que me gustara tanto bailar.

Posiblemente de niña, antes de que se volviera competitiva y viniera acompañada de críticas sobre mi cuerpo. Antes de que me dolieran tanto los pies que apenas podía andar.

Durante más de un mes, he bailado como he querido, ignorando todas y cada una de mis responsabilidades y disfrutando de cada momento de independencia.

Me pongo en el palco y veo todos los partidos de Jasper.



Espero en la salida y siento que el corazón se me acelera cuando su figura alta y ancha aparece en el umbral. Me deleito cuando viene directo hacia mí, me besa y me aprieta contra su pecho. Le hago el amor siempre que quiero.

Bailo cuando quiero.

Como lo que quiero.

Sólo atiendo las llamadas que quiero.

Duermo hasta que quiero.

Gasto mi dinero duramente ganado como quiero.

Por fin vivo para mí misma y me siento capacitada para ello.

Me siento renacer.

Jasper y yo nos hemos refugiado en la casa que tiene al final del bloque. Está justo detrás del gimnasio de Summer, así que no me cuesta nada hacer vida social y bailar.

Cuando Jasper se va a jugar fuera de casa, me voy de noche con Willa y Summer, o a cenar con Harvey, o ayudo a Cade a revisar todos los bebederos eléctricos del rancho. O me quedo despierta hasta tarde dando capas de pintura a los bungalows de Jasper.

He visto vídeos en YouTube sobre cómo instalar grifos nuevos, y Jasper nunca me dice que no puedo o que no debo o que es algo que debe hacer un hombre.

Nadie lo sabe.

En lugar de eso, entra, sonríe un poco con las manos en los bolsillos y me dice que tiene un aspecto fabuloso. Qué gran trabajo he hecho. Lo capaz que soy.

Me hace creer en mí misma.

Luego me manda en la cama, pero esa parte me gusta.



El resto me hace darme cuenta de lo impotente que me han enseñado a ser toda mi vida. Despierta en mí una rabia desconocida, que me impide responder a ninguna de las llamadas de mi padre.

Lo echo de menos y a la vez estoy furiosa con él. Echo de menos a quien creía que era -la relación que creía que teníamos- y, sin embargo, esta nueva perspectiva que he adquirido me hace aborrecerlo al mismo tiempo.

He tenido tiempo y espacio para reflexionar sobre la forma controladora en que trata a mi madre, la forma en que siempre la ha tratado. La forma en que habla al personal de servicio, la forma en que pisotea a cualquiera que considere por debajo de él.

Lo cual es alarmantemente parecido a cómo me ha tratado a mí. La única diferencia es que conmigo usa una voz azucarada y me llama 'cariño' mientras me empuja a los lugares que él quiere. Los lugares que más le benefician a él mientras me chupa el alma.

Sin esta distancia, no sé si me habría dado cuenta. Seguiría siendo un bonito maniquí, nacida y criada para aparecer en su mundo.

Pero esa era ha terminado. Pienso enfrentarme a él en algún momento, para exigirle el respeto que nunca me ha dado. Y cada día estoy más cerca. Cada día me hago más fuerte.

La distancia me ha aportado perspectiva, pero también un orgullo totalmente nuevo de mi capacidad, de mi inteligencia. Mujeres como Summer y Willa a mi alrededor refuerzan mi fortaleza interior.

Y el apoyo de hombres como Jasper, Harvey, Rhett y Cade me hace sentir menos consciente de esta nueva versión de mí misma. La que hace bailes raros en la trastienda de un gimnasio y bebe café a las once de la noche para poder arrancar la alfombra de pelo verde vómito hasta las dos de la mañana y admirar los suelos de madera que hay debajo.

Me siento... encontrada. Me gusta ayudar a Cade y Harvey en el rancho.



Disfruto haciendo trabajos esporádicos. Aún me gusta bailar, pero lo he recuperado para mí. Ahora mi cuerpo no se alborota cuando bailo, sino que canta con él.

No sé qué me deparará todo esto a largo plazo, pero soy provisionalmente feliz.

Tentativamente optimista.

Me siento en el suelo y me pliego sobre las piernas, hundiéndome en el estiramiento. Mi cuerpo está caliente y mantecoso y siento una profunda sensación de logro, como si hubiera aplanado otra esquinita del mapa de mi vida que tenía arrugado en la cabeza mientras bailaba hoy.

Jasper vuelve de un partido fuera de casa y vamos a celebrar una cena navideña en el rancho Wishing Well. Falta una semana para Navidad, pero hay un ambiente en el rancho que siempre hace que parezca Navidad.

Cálido. Acogedor. Familiar.

Una Navidad de película, sin un vestido de gala ni un canapé de caviar a la vista.

Enrollo los dedos alrededor de los arcos de los pies y aprieto los pechos contra las piernas, los huesos de los abdominales contra el suelo.

Cuando mi teléfono zumba al otro lado de la habitación, lo ignoro. Zumbó mientras bailaba, cortando la música de mis auriculares, pero no tenía ganas de parar. Quienquiera que sea, esta vez no se rinde. Vuelve a sonar. Con un suspiro, decido que ya he hecho suficiente ejercicio como para abandonarlo. Me vuelvo a sentar, me dirijo a la mesa del rincón con el gran equipo de música y tomo el teléfono.

*Royal Alberta Ballet* Co. aparece en la pantalla. Probablemente se preguntan si la primera bailarina en la que han invertido años de desarrollo y dinero ha terminado de joder. No les he contestado sobre la temporada de



primavera. Vi el correo electrónico y simplemente... no me apetecía responder.

Deslizo el símbolo verde del teléfono por la parte inferior de la pantalla y tomo la llamada.

Todo el mundo estaba celoso del partido de hockey que Jasper y yo contamos cuando volvimos de Ruby Creek, así que pasé la tarde ayudando a Rhett a despejar un tramo poco profundo y muy helado del arroyo, cerca de la casa de Beau, aún vacía, para echar unas partidas navideñas de shinny.

Por lo que sé, Beau no volverá hasta año nuevo. Nos dijo 'quemaduras leves', pero desde el regreso de Harvey, ha quedado claro que *leve* podría ser un eufemismo.

Sólo sé que se pondrá bien y que volverá a casa. Jasper está deseando verlo.

No estoy segura de que el hombre que verá ahora sea el mismo que antes de desplegarse.

Rhett me dejó en la casa principal hace diez minutos. Está nevando, pero el banco junto al pozo de los deseos está despejado. El cielo está tan lleno de estrellas que tomo asiento con toda mi ropa de nieve, inclino la cabeza hacia atrás y miro fijamente los trozos de luz brillante mientras espero a que llegue Jasper.

Constelaciones. Planetas. Satélites.

Todo está más claro en Chestnut Springs. No sólo las estrellas.

Recuerdo a Jasper sentado en este mismo lugar una lluviosa noche de verano. Fue la noche en que me lo contó todo. Fue la noche en que le bailé



porque no sabía qué decir. Fue la noche en que quedamos irrevocablemente atados el uno al otro.

Escucho el crujido quebradizo de los neumáticos contra la nieve compactada en la carretera principal de grava, seguido del suave sonido de rodadura al golpear el camino de asfalto que lleva a la casa principal. Cuando unas brillantes luces blancas se vuelven hacia la casa, el corazón me palpita en el pecho.

Hace dieciocho años que conozco a Jasper Gervais y todavía me emociono cuando estoy a punto de verlo.

Sigo deseando que llegue a casa todos los días.

Todavía sonrío cuando recibo un mensaje.

Nunca me cansaré de él. De eso estoy segura.

Su todoterreno pasa por delante de mí y me sonríe a través de la ventanilla. Parece feliz.

Más feliz de lo que nunca lo he visto. Y no puedo evitar esperar que yo contribuya a su felicidad.

*Que* lo hago feliz. Porque me hace jodidamente feliz.

Sale de un salto, vestido con clase con un chaquetón marrón camel sobre un traje gris marengo. Zapatos de vestir marrones en los pies. Es puro sexo.

—Vengo directo del aeropuerto —dice mientras rodea la parte delantera de su vehículo y me mira como si fuera su primera comida en días.

Me estremezco bajo la intensidad de su mirada. Sus iris combinan a la perfección con el cielo azul marino que nos cubre como una manta. Sus largas piernas se comen el suelo y sus zapatos de vestir crujen sobre la nieve compacta.

—Ya lo veo. Estás muy elegante, Gervais. —Sonrío y giro un dedo—. Da una vuelta. Déjame ver ese culo.



Suelta una risita, un ruido sordo que juro que hace vibrar el aire entre nosotros antes de levantarme y cambiar de sitio conmigo.

—Prefiero agarrarme al tuyo —jadea, me da un beso casto en los labios y me coloca fácilmente en su regazo.

Mis piernas se sientan a horcajadas sobre las suyas y sus anchas palmas agarran firmemente cada nalga mientras me mira a la cara y susurra—: Te he echado de menos, Sunny.

Pongo los ojos en blanco.

—Sólo fueron dos días.

—Demasiado tiempo —refunfuña, dirigiéndome su característica mirada melancólica—. Lo único que has hecho ha sido volar, jugar al hockey y volver.

—Sí, pero me gusta que estés en mis partidos.

—*Has* jugado mejor desde que tú y yo... —Muevo las cejas sugestivamente, y sus dedos palpitan en mi culo.

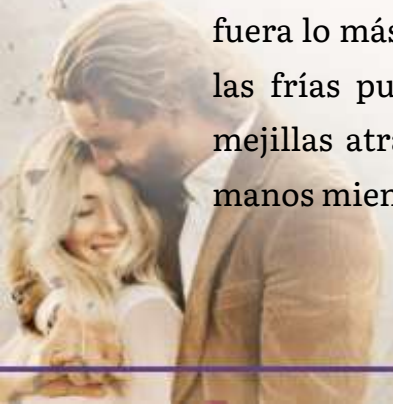
—¿Intentas llevarte el mérito de nuestras victorias?

—Es ciencia, Gervais. No puedes discutirlo. Estabas apestando y ahora no. Tu racha ganadora va a batir récords a este paso. Mi coño da buena suerte. El hacedor de reyes. No... —Levanto una mano—. El Hacedor de la Copa Stanley.

Jasper me da una expresión plana.

—No voy a llamar a tu coño El Hacedor de la Copa Stanley, Sunny.

Suelto una risita, sintiéndome toda una niña y mareada sentada en el regazo de mi amor de la infancia, en la nieve, bajo un cielo estrellado, como si fuera lo más normal del mundo. Y entonces agacho la cabeza para besarlo, con las frías puntas de nuestras narices rozándose. La barba incipiente de sus mejillas atraviesa el fino tejido de mis guantes y me araña las palmas de las manos mientras sostengo su hermoso rostro.



Cuando de niña practicaba mis coreografías aquí fuera, soñaba con besarle, con sus manos sobre mí, con su cuerpo cálido y seguro bajo el mío.

Pensé que le quería entonces, pero no estoy tan segura. Estaba encaprichada de él. ¿Y ahora? ¿Ahora? Es diferente. Somos diferentes.

—Yo también te he echado de menos, Jas —susurro contra sus labios mientras me separo para pasarle las manos por el cabello, intentando recordar la última vez que ha llevado gorra. ¿Quizá cuando hace ejercicio? O cuando trabajamos juntos en casa. Ahora la gorra le sirve más para apartarse el cabello de la cara que para esconderse detrás de ella.

Parece que ya no se esconde. Tal vez ambos lo estamos.

—Hoy me han llamado —continúo, observando sus cejas pobladas y las finas arrugas de su frente.

—¿Sí? —Sus manos frotan círculos firmes sobre los globos de mis nalgas, calentándome mejor que mis leggings térmicos.

Cae una ligera nevada y observo cómo un copo cristalino se posa en sus oscuras pestañas, suspendido allí un instante hasta que parpadea.

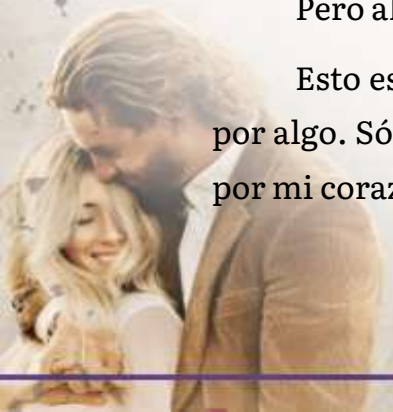
—Sí. El bailarín de apoyo del Hada de Azúcar del *Cascanueces está de* baja por gripe y el bailarín principal del papel tiene una tendinitis de Aquiles que necesita reposo. Me han pedido que intervenga mañana en la última función antes de Navidad, ya que bailé el papel el año pasado.

—¿Y? ¿Estás contenta con eso?

Que la persona con la que estás te pregunte qué te parece algo no debería parecerte un gran problema.

Pero ahora me doy cuenta de que nadie me lo ha preguntado nunca.

Esto es nuevo para mí. No salta para decirme si debo o no debo alegrarme por algo. Sólo me pregunta cómo me siento. Como si lo que pasa por mi cabeza, por mi corazón, mereciera su atención y su respeto.



Y creo que le quiero aún más por eso.

—Sí —susurro, poniéndome sentimental mientras lo miro fijamente—. Creo que sí.

Jasper esboza una suave sonrisa en los labios, aún brillantes por el brillo labial de los besos de bienvenida que le he dado. Sus hoyuelos asoman tras la barba incipiente y casi me desmayo en el acto.

La forma en que me mira hace que se me calienten las mejillas a pesar del frío. Incapaz de soportar la dulzura sacarina del momento, dejo caer la cara sobre su pecho. Aspiro su aroma característico y me acurruco contra él mientras me rodea con sus brazos.

Nos sentamos así hasta que los autos bajan por la calzada. Giro la cabeza al ver las luces que se encienden al acercarse. El vehículo de delante es un Audi sedán blanco perla, y detrás hay un enorme camión plateado con gruesos neumáticos de invierno y un ruidoso motor.

El Audi chirría al detenerse en lo alto de la rotonda, y una mujer rubia y menuda sale volando del lado del conductor apuntando con el dedo al camión, con el llavero tintineando bajo la mano. Tiene las llaves metidas entre los dedos como garras. Como si estuviera preparada para una pelea.

—¿Estás loco? —grita.

Jasper se incorpora debajo de mí y me abraza contra su pecho. Noto cada miembro tenso, como si estuviera listo para entrar en acción. Después de apagar el motor, un hombre guapo y moreno baja del enorme y ruidoso camión. Y no un guapo cualquiera, de los que hacen girar cabezas cuando van por la calle.

Las luces del patio iluminan la sonrisa de su cara y, cuando Jasper lo ve, su cuerpo se relaja.

—Tranquila, Tink —dice el hombre con buen humor pero un poco



burlón—. Vas a reventar un vaso sanguíneo dando pisotones así.

—¿Tink? —grita ella, parándose a unos dos metros de él, nada afectada por su buen aspecto.

Agita una mano sobre ella despreocupadamente.

—Sí. Tienes ese aire de Campanilla enfadada. Me gusta. —Sus ojos recorren su cuerpo con aprecio, pero no con lascivia.

—Estás como una puta cabra, ¿lo sabías? Conduces como un imbécil detrás de mí durante diez minutos, ¿y ahora me sigues hasta aquí? ¿Para... para... mirarme y compararme con un duendecillo de Disney? —La mujer sigue echándole la bronca, con sus rasgos de muñeca retorcidos en una máscara furiosa—. Eso fue peligroso. Podrías matar a alguien.

Mi cabeza zumba entre ellos mientras van de un lado a otro.

—Creo que en realidad es un hada. Y para que conste, conducir veinte por debajo del límite de velocidad también es peligroso y podría matar a alguien. Sobre todo a mí. Por aburrimiento —bromea, apoyando una cadera en el camión y cruzando los brazos sobre el pecho, sin parecer preocupado.

—¡Está oscuro y nevado! No conozco la zona. Podría haber vida salvaje. Conducir despacio es seguro siempre y cuando un campesino de cuarenta no me esté dando por culo en su camioneta de mierda, haciéndome señales con las luces largas.

El cuerpo de Jasper se estremece de risa y yo me tapo la boca con una mano para disimular la carcajada a punto de estallar.

—¿Quién es ella? Creo que la quiero.

—Esa es la hermana mayor de Summer, Winter.

Mis ojos vuelven a la interacción cerca de la puerta principal. El todoterreno de Jasper nos oculta, pero tenemos un buen punto de vista para ver el inusual, pero superior, espectáculo navideño.



—Ohh. ¿*Esa* Winter?

—Sí. Esa Winter.

Las cejas oscuras del hombre se disparan sobre su frente, y me doy cuenta de que está intentando no reírse.

—He escuchado que si quieres que te den por el culo, lo mejor es una polla pequeña. Así que quizá yo sea tu hombre.

Winter se queda cómicamente boquiabierta y yo me cubro toda la cara con las manos para contener la risa.

—¿Y quién es él?

Jasper suelta una carcajada, claramente disfrutando de este intercambio tanto como yo.

—Ese es Theo.

—Creo que no lo conozco. —Vuelvo a mirar al hombre bien afeitado. Sus ojos brillan como ónice pulido, con unas pestañas tan oscuras y largas que me dan envidia—. Es guapo.

Jasper me pellizca el culo. Con fuerza. Y chillo contra su pecho.

—Theo Silva. Jinete de toros. Rhett ha sido su mentor por un tiempo.

Winter levanta la mano izquierda y levanta la cadera.

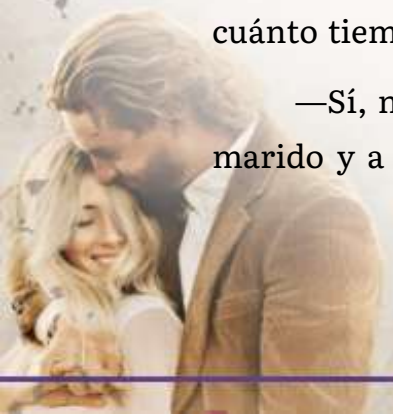
—Estoy casada, puto cerdo. Ahora vete.

Theo se encoge de hombros y sonríe.

—Casada por ahora, tal vez.

La voz de Rhett llama mi atención hacia la puerta principal. No sé cuánto tiempo lleva ahí parado mirando.

—Sí, no te preocupes, Winter. Definitivamente vamos a liberarte de ese marido y a enterrarlo en el campo de atrás. Será como esa canción de Dixie



Chicks. Rob es el nuevo Earl.

Winter se presiona las sienes con los dedos.

—Tienes suerte de hacer tan feliz a mi hermana pequeña, Eaton.

Rhett suelta una risita y, de repente, Winter parece agotada y muy extenuada.

Parece a punto de desmoronarse. Quiero cruzar el camino de entrada y abrazarla, pero tampoco quiero salir de nuestra posición de mirones.

—Pero Theo es sólo un bebé. No puedes corromperlo, Winter —continúa Rhett mientras Winter le lanza una mirada exasperada y suspira pesadamente.

Theo pone los ojos en blanco.

—No soy un bebé. Tengo veintiséis años.

Rhett se burla.

—No, no los tienes. Tienes veintidós años.

—Amigo. Tenía veintidós años cuando te conocí en el circuito. Me he hecho mayor. Estás haciendo lo que mi madre hace con sus mascotas. Llegan a cierta edad y entonces ella dice que tienen esa misma edad hasta que un día simplemente mueren.

Rhett se ríe entre dientes.

—Bueno, lo seré. Eres como esa tienda con los vestidos escasos. Forever 22.

—Sí. Definitivamente te estás haciendo viejo. Esa tienda se llama Forever 21.

Rhett pasa una mano por el aire como si ahuyentara una mosca.

—No importa. Sólo sé lo de los vestidos escuetos.

—¿Han terminado? Necesito un trago si voy a quedarme aquí toda la



noche. —Los brazos de Winter se cruzan sobre su estómago de forma protectora. Por lo que sé, Summer y ella han estado distanciadas toda su vida, y por una buena razón. Pero en los últimos meses, han estado tratando de arreglar ese puente.

—Ah, sí, Winter, te presento a mi protegido Theo Silva. Theo, te presento a la doctora Winter Hamilton, mi futura cuñada.

—Winter Valentine —corrige ella con rigidez.

—Por ahora —reitera Theo y le guiña un ojo.

Ella pone los ojos en blanco, lo que hace sonreír más a Theo, que le tiende la mano para estrechársela.

Ella pasa por delante de la mano extendida de Theo sin mirarla dos veces, y él le da la razón pasándose la palma por el cabello, bromeando como si no estuviera intentando estrecharle la mano en absoluto.

—Llama a tu perro, Eaton —murmura al pasar junto a Rhett y entrar en la casa de troncos del rancho.

—¡Guau! —Theo emite un profundo ladrido en el aire nevado de la noche, y Rhett se ríe de él mientras Winter desaparece.

—Eres un idiota, Theo.

—Amigo. Creo que estoy enamorado de tu cuñada. Es tan fogosa.

Rhett sacude la cabeza mientras se da la vuelta para volver a entrar en la casa, con Theo pisándole los talones.

—Como dije, hombre, eres un idiota.

La puerta se cierra y Jasper y yo volvemos a acurrucarnos el uno contra el otro en el silencioso banco.

—Bueno... —empieza, subiendo los brazos por mi espalda—. ¿Deberíamos entrar? No quiero perderme la cena. Va a ser buena. Ya me doy cuenta.



—Sí. —Me río entre dientes, besando su mejilla erizada—. Vámonos.

Intento zafarme de su regazo, pero sus manos me aprisionan y me mantienen donde estoy.

—Primero, ¿puedo ir *al Cascanueces*? Quiero verte bailar. Quiero estar ahí. Primera fila. Un gran ramo de rosas. Todo entero.

—Será mejor que estés allí, Gervais. —Le sonrío, con el corazón hinchado en el pecho. Tener a la gente que quiero entre el público es lo mejor, y de repente me da un vuelco el corazón por la pérdida que siento en lo que respecta a mis padres.

Puede que no estén, y pasaré las Navidades sin ellos por primera vez en veintiocho años.

Mi cumpleaños también es esta semana. Me pregunto distraídamente si también me lo perderé con ellos.

Pero mientras estamos de pie, Jasper me aprieta la mano y me acerca. Y no hay nada en el mundo que me haga sentir mejor.

No puedo tenerlos a ellos, pero lo tengo a él. Y cuanto más tiempo paso viviendo mi propia vida, más creo que es un buen cambio.

Jasper lo vale.



# 32

## Jasper

Beau: Papá me dijo que pagaste cuatro veces el valor nominal por un boleto para ver bailar a Sloane. Les pagan demasiado por correr por el hielo con cuchillas.

Jasper: Es una inversión.

Beau: ¿En qué?

Jasper: Nosotros.

Beau: Oh, amigo. Estás tan ido.

Jasper: Eres un idiota.

Beau: Sólo tú habrías esperado tanto. Casi me da pena que se haya enamorado de alguien tan lento como tú. ¿Dan medallas olímpicas a la paciencia? Podrías darle la tuya.

Jasper: Sabes lo que el imbécil de su padre me dijo.

Beau: Sí. Pero eso fue entonces. Ese tipo no es una mierda ahora. Eres el puto Jasper Gervais. Medallista de oro olímpico. Futuro campeón de la Copa Stanley. Modelo de portada de Sports Illustrated. Maldito primo.

Jasper: Estoy muy contento de que estés vivo. Pero también te odio.

Beau: Te odio también, hermano.



Sloane es increíble. Teje magia en el escenario.

Desde hace un par de meses conozco bien su cuerpo, pero aún me asombra su forma de moverse, su atención al detalle. Desde la punta de los dedos de los pies hasta la punta de los dedos de las manos, controla a la perfección cada movimiento sin ni siquiera intentarlo.

Se ha metido en este papel y lo ha hecho con un esfuerzo incomparable. Salta por el escenario y aterriza con tanta suavidad que, desde la primera fila, me siento como si estuviera con ella.

En el momento . . ajeno al ornamentado teatro y a todas las personas que me rodean.

Pero ella siempre ha tenido ese efecto en mí. La capacidad de sacarme de mis casillas con sólo charlar, bailar o apoyarme una mano en el hombro.

Es como si ella y yo estuviéramos atados, pero ella es la fuerte. El pilar. Y cuando las aguas turbulentas me arrastran río abajo, todo lo que tengo que hacer es seguir la cuerda que me ata de nuevo a ella.

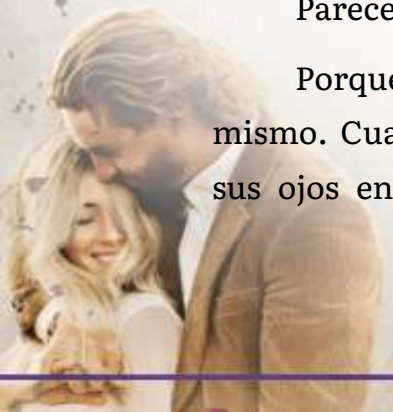
Siempre me lleva de vuelta a ella.

Verla hacer algo que le gusta desde la primera fila y no desde el fondo del estadio es algo especial. Me pica el lugar donde tiene el tatuaje y aprieto el brazo contra él.

Me perdí la primera, pero no me perdería el resto si pudiera evitarlo, incluso si eso significa un hombre adulto sentado solo en primera fila en el ballet.

Parece lo menos que podría soportar por ella.

Porque me encanta tenerla en mis partidos, y sé que ella debe sentir lo mismo. Cuando las bailarinas se alinean para hacer sus últimas reverencias, sus ojos encuentran los míos y una sonrisa de infarto se extiende por su



cautivador rostro.

Y entonces me doy cuenta... Haría cualquier cosa por ver sonreír a esta chica.

En cuanto se cierra el telón de terciopelo, me levanto y me dirijo hacia una puerta lateral que conduce a los bastidores, donde me dijo que la esperara. Pero no la espero.

Estoy impaciente.

Empujo la puerta giratoria, con los dedos ansiosos por tocarla, el pecho dolorido por tener su cabeza apoyada en él y la polla hinchada después de tanto tiempo viendo su puto cuerpo apretado deslizarse por el escenario.

Menos mal que no la veía bailar mucho cuando entró en la compañía. No habría sido capaz de mantener mis manos fuera de ella, y ahora simplemente no me importa.

Ahora sé que mis manos pertenecen a ella.

—¿Puede decirme dónde está Sloane Winthrop? —le pregunto a una mujer que camina por el tenue pasillo con un portapapeles en la mano y las gafas subidas en la parte superior de la cabeza.

Me mira de arriba abajo con expresión inexpresiva.

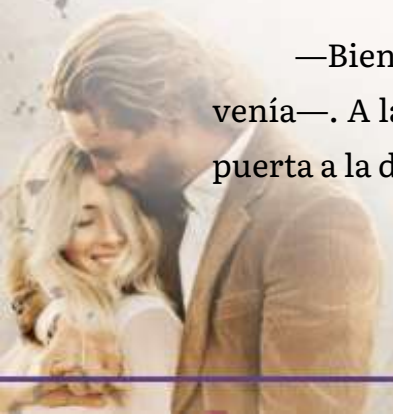
—¿Quién pregunta?

Dudo, pero sólo un momento.

—Su novio.

Me mira de nuevo, esta vez más despacio, pero con un pequeño giro en los labios.

—Bien por ella. Está por allí. —La mujer se gira y señala la zona de la que venía—. A la izquierda cuando llegues al final y luego por ese pasillo. La última puerta a la derecha.



Le ofrezco una sonrisa contrariada, sabiendo que debe de haber habido conversaciones mientras Sloane y yo estábamos fuera. Anunciaron su boda con Sterling en el periódico. Sus colegas se habrían enterado, tal vez incluso lo conocieran a él.

—Gracias. —Asiento con la cabeza y paso junto a la mujer, sintiendo su mirada clavada en mí mientras me dirijo al pasillo. Los bastidores son un hervidero de actividad. Hay bailarines por todos los pasillos, riendo y charlando. Oigo el chasquido de una botella de champán mientras se relajan para las vacaciones de Navidad.

Girando a la izquierda, siento el tirón. El tirón hacia Sloane. Tras años negándome el placer de su proximidad, mi cuerpo ha perdido toda la paciencia conmigo y desea desesperadamente estar cerca de ella.

Mis nudillos golpean contra la puerta rotulada con *Sugarplum Fairy*.

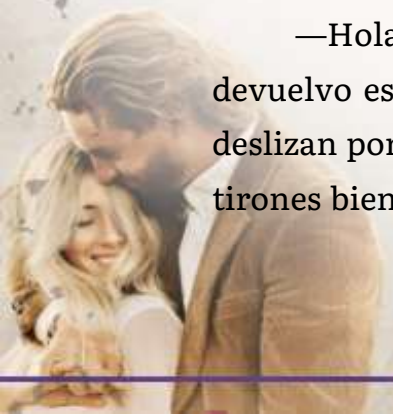
—¡Un momento! —La voz de Sloane sólo aumenta la tensión en mi cuerpo, y cuando finalmente abre la puerta, estoy sobre ella.

Le pongo la mano en el cuello y mis labios chocan contra los suyos mientras me elevo sobre ella. Se tensa un momento, claramente sorprendida, pero no tarda en recuperarse. Sus manos se deslizan por los brazos de la chaqueta de mi traje mientras la acompaño de espaldas al vestidor, cerrando la puerta de una patada.

La giro al instante, empujándola contra la pared junto a la puerta. Porque ahora mismo no vamos a llegar más lejos.

Tenía demasiado buen aspecto. Había demasiados ojos puestos en ella. Más que sólo los míos. Y me siento un poco desatado y muy territorial.

—Hola, Jas —resopla juguetona contra mis labios, pero lo único que le devuelvo es un gruñido bajo mientras vuelvo a tomar su boca. Mis manos se deslizan por la fina bata de algodón que envuelve su esbelto cuerpo. Tras unos tirones bien dados, desaparece y se acumula a sus pies, en el suelo, donde debe



estar.

—Has estado perfecta —suspiro, recorriéndola con la mirada. Ojos muy abiertos y pecho agitado. Un body endeble sobre las mallas. Zapatillas fuera. El traje ornamentado se ha ido.

—¿Sí?

—Sí. —Pulso el fino tirante de su body antes de bajárselo, dejando que cuelgue de su tonificado brazo—. Te robaste el espectáculo. Todos los ojos de la casa estaban puestos en ti.

Se ríe, y mi pulgar se dispara para presionar contra sus labios, silenciándola.

—No bromeo. Todo el mundo miraba lo mío.

Su boca se abre bajo la yema de mi pulgar. Sonrío e inclino la cabeza hacia su cuello, recorriendo con la punta de la nariz la curva inclinada.

—Y ahora quiero devolvértelo. Recordarte a quién perteneces.

Suelta un pequeño grito ahogado cuando me arrodillo frente a ella, me quito el body de un tirón y abro con los dedos un agujero en las endebles mallas.

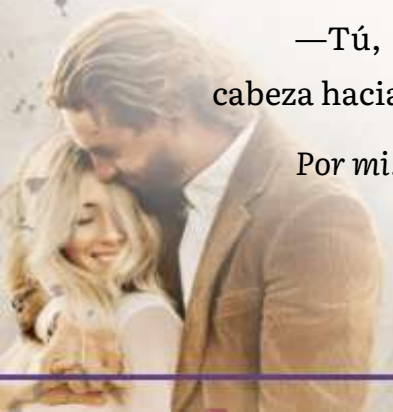
Le meto un dedo y su coño se aprieta por la sorpresa. Aún no está lista, pero lo estará.

Le abro más el orificio y le subo una pierna por encima del hombro, observando cómo se abre para mí mientras gime y deja caer los dedos en mi cabello. Me zambullo con una larga y lenta lamida. Se retuerce contra mi lengua.

—¿A quién pertenece esto, Sloane?

—Tú, tú, tú —canta sin aliento, y cuando levanto la vista, ha echado la cabeza hacia atrás, extasiada. Ya está tan jodidamente loca por mí.

*Por mi.*



Levanto la pierna opuesta hacia mi hombro, de modo que se sienta a horcajadas sobre mi cara mientras la empujo contra la pared: una mano sobre su estómago para mantenerla en su sitio y la otra alrededor de su muslo derecho, clavando los dedos con fuerza.

Hago un festín con ella contra la pared. Empiezo despacio, lamiéndola por los lados y luego por el centro. Le doy en todas partes menos en el clítoris. Me excita provocarla y sentir cómo se retuerce contra mí mientras intenta desesperadamente mover las caderas para que yo toque ese punto.

Pero no cedo. Noto cómo aumenta su excitación, noto la tensión en la forma en que sus piernas se aferran a mi cuerpo. Bajo la mano y deslizo dos dedos dentro de ella. Ahora es tan fácil. Por segunda vez esta noche, estoy en primera fila. Su apretado coñito se abre y aprieta alrededor de mis dedos mientras se los meto en tijera bajo las brillantes luces de su camerino.

La humedad se escapa, haciéndonos un maldito lío.

—Jasper. —Ella gime—. Más. Por favor.

—Tan jodidamente educada —murmuro, levantando la vista para verla mirarme con ojos brillantes y pesados. Mis dedos rozan su clítoris y ella se estremece a mi alrededor—. Tan apretada, preparada y necesitada de mí. Y has bailado tan jodidamente bien para todos. Creo que esta noche te mereces más, ¿no?

Asiente con la cabeza, con los dientes superiores presionando el labio inferior. Lo desesperada que parece ahora me hace sonreír.

Tan desesperada por mí como yo por ella. Así que la recompenso por eso.

Vuelvo a meterle dos dedos y suelto la boca a la vez. Mis dientes rozan su clítoris mientras mis dedos la masturban, y ella suelta un gritito. Me aferro a ella y me la meto en la boca, sin dejar de trabajar con los dedos y la lengua, excitándome al ver cómo su grito se transforma en un fuerte gemido.



Un gemido que termina con—: Oh, Dios. Jasper. Me voy a correr.

Mis dedos se retuercen sin cesar. Se agita a mi alrededor, con las piernas temblorosas y los dedos tirando casi dolorosamente de mi cabello mientras se deshace sobre mí.

Y tampoco en voz baja. Grita mi nombre, más alto de lo que debería, pero no me importa. Me excita que la gente sepa lo que estamos haciendo aquí.

Después de años manteniéndolo en secreto, sienta bien sacarlo a la luz.

Cuando sus miembros se ablandan, miro hacia arriba, con los dedos aún metidos dentro de ella.

Sus ojos me brillan.

—Bueno, eso fue inesperado. ¿Mejor que hacerse otro tatuaje? —Arquea una ceja y yo hago lo mismo mientras me alejo de su cálido cuerpo.

—Mucho mejor y ni siquiera he terminado. —Empujo para levantarme, llevando su cuerpo conmigo, deslizándola por la pared mientras mi mano libre se agarra a mis pantalones.

Cinturón. Botón. Camisa. Boxers.

Lo arranco todo de cuajo y me meto dentro de ella mientras sus piernas me rodean la cintura.

—¿Follarte a la elegante primera bailarina contra la pared como la asquerosa chica que realmente es? Mucho, mucho mejor que hacerse otro tatuaje.

Mis caderas se flexionan y me abalanzo sobre ella de nuevo.

—Joder —sus ojos parpadean y se cierran mientras su cabeza rueda contra la pared. Ahora está tan ida que ya no podemos fingir que nuestros cuerpos no vuelven loco al otro.

—Mírame, Sloane. —Mis dedos encuentran su garganta y le dan un



apretón de advertencia.

Abre las pestañas y me mira directamente a los ojos. Sin titubeos. Sin timidez. Estoy seguro de que le he quitado toda la timidez en las últimas semanas.

—Más fuerte —me insta.

—¿Cuál? —Empujo mis caderas hacia delante con fuerza, golpeándola contra la pared—. ¿Coño? —Luego le paso la mano por el cuello—: ¿O la garganta?

El calor hierve a fuego lento en sus ojos aguamarina, arden tan jodidamente calientes cuando inclina la barbilla hacia mí en señal de desafío.

—Las dos cosas.

Me quejo.

Siento que desato toda una vida de tensión contenida.

Me siento desquiciado mientras me la follo contra la pared sin piedad, espoleado por sus fuertes gritos y sus uñas clavándose en mi nuca. Mi mano aprieta un poco más la delgada columna de su garganta, como a ella le gusta.

Es pequeña, fácil de manejar a mi antojo, pero Sloane no tiene nada de frágil. Ella toma todo lo que tengo para dar y me encuentra con el mismo fervor.

El húmedo golpeteo de nuestros cuerpos se mezcla con el traqueteo del cuadro en la pared cada vez que me clavo en su cuerpo.

Soy duro e implacable.

Pero a nuestra banda sonora se añade su exigencia de 'más' y 'más fuerte', y yo no me contengo. No hay nada tierno o dulce entre nosotros en este momento, pero tenemos muchos momentos así juntos. Nos abrazamos en mitad de la noche, moviéndonos lentamente juntos. Somos juguetones por las mañanas, mi barba incipiente contra el interior de sus muslos la hace reír y



jadear.

¿Pero ahora mismo?

Esto es terapéutico. Como si nos castigáramos mutuamente por tantos años y momentos perdidos. Si ella quiere más y más fuerte, se lo daré.

Le daré lo que quiera en este momento.

—Jasper, necesito más. —Sus ojos se clavan en los míos. Mi salvajismo se refleja en los suyos. Le doy un áspero beso en la boca y me separo de ella, volteándola. La manoseo y enloquezco con la forma en que se mueve como yo quiero.

—Las manos apoyadas en la pared, Sloane. Inclínate. Abre las piernas. —Ella obedece y yo agacho la mano, rasgando aún más el agujero húmedo de sus medias y tirando del body hacia un lado.

Ella inclina el culo en señal de ofrecimiento, y yo me acerco.

—¿Quieres que te llene, Sloane?

—Sí —gime, apretándose contra mí.

—Dilo —palmeo sus firmes nalgas, separándolas y provocando su entrada con la cabeza de mi polla.

—Quiero que me llenes, por favor.

Sonrío y me inclino junto a su oreja.

—Claro que sí. Estás jodidamente desesperada por ello, ¿verdad?

Es su turno de sonreírme por encima del hombro.

—Sí, pero tú también.

Gira las caderas en un gesto de burla y yo las agarro con fuerza, empujando dentro de ella. Apenas ha aguantado agachada, la he empujado contra la pared mientras mi polla entra y sale de ella, golpeando ese punto que sé que tanto le gusta.



Lo sé por los ruidos que hace. La forma en que me empuja. La forma en que grita.

Mantiene las manos en la pared, como le ordené, pero sigue mirándome por encima del hombro con tanto puto amor en los ojos. Más amor del que jamás he visto. Más amor del que merezco o del que sé qué hacer con él.

El tipo de amor que se sabe que he mancillado.

Le agarro la barbilla y la beso. La beso con fuerza y lleno de todos los sentimientos a los que estoy demasiado jodido para ponerles un título.

Y entonces caemos juntos por el precipicio, en algo que intento que no me asuste. Lucho por mantenerme en el momento, con ella apretada contra mí.

Estamos tan en sintonía. Tan perfectos juntos.

Tan perfectos juntos que unos zarcillos helados se deslizan por mi espina dorsal. Porque yo soy yo. Y siempre que algo es perfecto, se va a la mierda.

La llamada a la puerta es prueba de ello.



# 33

## Jasper

—¡Sólo un segundo! —Sloane se derrite contra mí.

Estamos pegados el uno contra el otro, respirando agitadamente, cuando vuelven a llamar con fuerza a la puerta.

Sonrío pasándole la nariz por la nuca, húmeda de sudor y con pequeños mechones sueltos del apretado moño que lleva en el cabello.

—Probablemente alguien te escuchó gritar y quiere comprobar si estás bien.

Sus hombros tiemblan de risa mientras los beso.

—No estoy bien. Me hiciste un desastre, y mis piernas van a ceder si me dejas ir.

Con una carcajada, me agacho y recojo su bata del suelo, sabiendo que es la forma más rápida y fácil de cubrirla. Mientras yo la sujeto, ella desliza los brazos por las mangas sueltas y yo se la coloco alrededor de los hombros.

La giro para que me mire, le doy un beso rápido en los labios destrozados y retrocedo para arreglarme los pantalones. No me molesto en meterme la camisa por dentro. Me aseguro de estar vestido y vuelvo a esconder la polla.

Los hábiles dedos de Sloane hacen un rápido trabajo con el cinturón que rodea su cintura y, después de mirarme de arriba abajo, asiente. Y se sonroja, apartando los cabellos sueltos con un gesto incrédulo de la cabeza.

Me mira así muchas veces, como si no pudiera creer que estemos aquí,



haciendo esto. A veces siento lo mismo. Como si todo fuera un sueño.

Cuando abre la puerta, el sueño se congela. Nos despertamos bruscamente, como si nos hubiéramos caído de la cama.

Robert y Cordelia Winthrop están de pie en el pasillo. Robert está rojo, casi vibrando de furia. La madre de Sloane está de pie unos metros detrás de él, los ojos caídos en sus zapatos con un rubor avergonzado en las mejillas.

—¿Qué mierda crees *que estás* haciendo aquí? —pregunta Robert.

Sloane se cruza de brazos y se pone rígida al instante.

—Podría preguntarte lo mismo, papá.

—No hablaba contigo, Sloane. La compañía de ballet anunció en el periódico que ibas a sustituirla, y que nunca nos perderíamos a nuestra pequeña en el escenario. Te estoy hablando a *ti*. —Su carnoso dedo índice se clava en mi dirección—. ¿Qué mierda *estás* haciendo aquí con *mi niña*?

Pero tengo más respeto por Sloane que ir allí.

Le dirijo una mirada vacía y me meto las manos en los bolsillos, lo que atrae su mirada hacia mi camisa desabrochada.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

La mano de Robert tiembla mientras empuja su dedo hacia mí con fuerza, justo por encima del hombro de Sloane, como si ella ni siquiera estuviera allí.

—Te dije que te mantuvieras alejado de ella. —Su papada suelta se sacude con la fuerza de su ira.

—Parece que no me informaste de eso. —La mano de Sloane se apoya en la puerta como si estuviera impidiendo que su padre me alcanzara. Protegiéndome como siempre.

En su propio detrimento.

—Sloane, hazte a un lado como una buena chica. Esto no te concierne.



Tendremos mucho que discutir una vez que haya sacado la basura.

¿*Buena chica*? ¿*Se* ha vuelto loco hablándole como si fuera un perro?

Sloane jadea. Siempre he sabido que es un pedazo de mierda, pero creo que esta puede ser la primera vez que ella realmente lo ve.

Con dos largas zancadas, estoy a su lado, bloqueando completamente la puerta.

—Vuelve a hablarle así y verás cómo acaba para ti. —El adolescente cabreado y jodido que hay en mí se enciende. He trabajado duro para controlarme a lo largo de los años, y el puto Robert Winthrop acaba de deshacerlo todo con un tirón bien dado de una cuerda floja.

—¿Olvidas lo que te dije, muchacho? ¿Quieres esa carrera? ¿Quieres ese sueldo? Todavía puedo arruinarte. Puedo quitártelo todo en un segundo. —Chasquea los dedos para enfatizar.

La parte lógica de mí no quiere creerle. La parte lógica de mí sabe que soy un nombre conocido. Una sensación nacional, como dirían los titulares. Indispensable para mi equipo, al menos cuando juego bien.

Sloane se acerca a su padre, empequeñecida por su tamaño pero con la cabeza alta como si no se diera cuenta. Su delicado dedo señala a su padre, firme y fuerte.

—*Háblale* así otra vez y verás cómo acaba para ti.

—Sloane, deja hablar a los hombres. —Él la aleja como si fuera completamente intrascendente para él.

Ella se echa hacia atrás como si la hubiera golpeado. Y supongo que en cierto modo lo ha hecho.

También volvió a hablarle así cuando le dije que no lo hiciera.

Con una mano suave, la empujo detrás de mi cuerpo, la protección brotando de mí.



—Fuera.

—Te arruinaré, Gervais. No estás en el plan para ella. Eres un huérfano que trabaja en la industria del entretenimiento. Ella es prácticamente de la realeza canadiense.

Mi cabeza se inclina, y Robert Winthrop bien podría ser un disco. Porque todo lo que puedo pensar es que necesito detenerlo. Detener su avance en esta habitación. Y detener su estúpida boca.

—Creo que Sloane será quien juzgue eso. Creo que todos vamos a dejar de decirle a Sloane quién es y qué tiene que hacer. Creo que Sloane es muy inteligente y muy capaz de saber lo que quiere para sí misma.

Mi mirada revolotea por encima de su hombro hacia Cordelia, cuyos ojos se clavan en los míos. Parece enfadada, pero no conmigo. Es el tipo de enfado que podría desbordarse en lágrimas calientes y silenciosas.

Conozco esa ira. Conozco esas lágrimas. Saben a arrepentimiento, y eso es lo que está escrito en su cara.

Se parece tanto a su hija que es difícil no ver los paralelismos entre ellas. Es difícil no verla viviendo la vida que Sloane podría ser dentro de unos años. Teniendo que ver a su propia hija empeñada como un bien mueble.

Sacudo la cabeza. ¿En qué puto año estamos? Supongo que debo de ser del lado equivocado de la vía, porque estos matrimonios por transacciones comerciales no forman parte de mi mundo.

—¿Es así, Sloaney? —Robert mira a mi alrededor, inclinándose con condescendencia, parece demasiado divertido por la angustia de su hija.

Quiero darle un puñetazo en la cara y ver cómo se desploma en el suelo. Pero a pesar de mi educación humilde y de ser *un huérfano que trabaja en la industria del entretenimiento*, no soy tonto. Es el tipo de imbécil que entra en el despacho de su abogado y se pone a llorar.



Los dedos de Sloane se unen a los míos mientras se acerca a mí, levantando la barbilla, negándose a acobardarse.

—Tienes que irte. Cuando esté lista para hablar contigo, lo haré. Y me llamo Sloane. No Sloaney.

Robert parpadea una vez y se endereza. Esperaba que se diera la vuelta y le enseñara la barriga, no que le torciera el labio.

Estoy orgulloso de ella. De lo mucho que ha crecido en los últimos meses.

El hombre fornido se tira de las solapas de la chaqueta.

—He hecho una reserva para cenar el miércoles por tu cumpleaños. Si te dignas a honrarnos con tu presencia, sería encantador contar con la presencia de la cumpleañera.

Se convierte tan fácilmente en un idiota condescendiente. Me rechinan los dientes y mis dedos se enroscan con fuerza alrededor de los suyos mientras la otra mano se cierra en un puño.

—Jasper tiene un partido esa noche —dice con naturalidad.

Robert sonríe.

—Está bien. No está invitado. No si quiere mantener ese trabajo.

Sloane hunde la barbilla y gira los hombros hacia dentro. La decepción pinta cada grieta de su cuerpo, pero no responde.

Casi ha salido por la puerta cuando se vuelve y asesta su golpe mortal.

—Piénsalo bien, *Sloane*. Si vas a ser dueña de tu propio destino o lo que quiera que sea esta nueva etapa, tienes que plantearte algunas cosas. ¿Quieres ser la razón por la que Jasper Gervais vuelva al lugar de donde vino? Es un largo camino para que un hombre como él caiga.

A continuación, golpea con los dedos el marco de la puerta y se aleja a grandes zancadas como si fuera el dueño del puto lugar.



Los ojos embrujados de Cordelia son un disparo directo al pecho. La mirada de súplica con la que me mira es pesada e incómoda.

Casi tan incómodo como el silencio que desciende sobre Sloane y sobre mí tras esa conversación.

Quiero decirle que la amo. Las palabras prácticamente me queman la punta de la lengua mientras las contengo. Pero no es suficiente. O quizá demasiado.

Por supuesto, la amo. Siempre la he amado. ¿Pero esto? ¿Ahora? La amo de una manera muy diferente a como he amado a otra persona en mi vida.

Un camión, un hotel, un carril cubierto de nieve, no importa: ella está en casa. Ella es el aire que respiro y eso me aterroriza.

Porque no importa lo ferozmente que ame a alguien, sé que siempre se va.



# 34

## Sloane

Papá: 7 p.m. Miércoles en The Frontier. Toma la decisión inteligente.

Sloane: ¿Inteligente para mí? ¿O inteligente para ti?

Caminamos en un tenso silencio, agarrados de la mano. No creo haber soltado la mano de Jasper más de unos segundos.

Y él ha sido el que me ha tendido la mano. Siempre.

Después de años tendiéndole la mano, me la está devolviendo. Ya no sé si tomarle la mano es lo más inteligente.

Pasé de estar eufórica y cachonda, rebosante de todos los sentimientos sensibleros, a preocuparme de que mi amor pudiera arruinarle la vida a este hombre.

Mi padre ha tirado de la manta con tanta fuerza que me estoy derrumbando. Soy Alicia en la puta madriguera del País de las Maravillas, donde nada tiene sentido.

Excepto que nada en esta situación es encantador o estrafalario.

Paramos delante del pequeño bungalow que más me ha costado actualizar. En el que hemos estado jugando a las casitas. El que compró sólo



para darle a mi padre un sólido *fuck you*. Y ahora veo por qué.

Me siento atónita, viendo la casa bajo una nueva luz. Sentía como si estuviéramos construyendo un hogar aquí. Nos hemos esforzado por hacer el amor en todas las habitaciones. He puesto una corona en la puerta principal y he enroscado luces de Navidad alrededor de las barandillas del patio.

Mi padre se las ha arreglado para empañar incluso esto para mí. Chestnut Springs. Jasper. Mi vida amorosa. Vuelvo a sumergirme en ese baño helado de darme cuenta de que he sido el peoncito perfecto y no he sido lo suficientemente lista como para darme cuenta.

—Tengo que volver pronto a la ciudad para entrenar por la mañana —dice Jasper.

Asiento con la cabeza.

Cuando me preguntó dónde quería estar, le dije: *Llévame a Chestnut Springs*. No tenía ningún deseo de quedarme en la misma ciudad que mi padre.

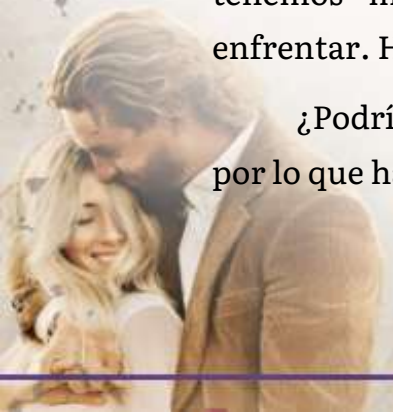
—¿Estás bien? —Sus cálidos dedos aprietan los míos, palpitando como un latido.

Jasper siempre ha sido mi latido, y aún me pregunto si soy suya. Si él siente esto tan intensamente como yo.

Si me ama.

Él no ha dicho las palabras y yo tampoco. En cierto modo, nos hemos sentido tenues, demasiado inestables. Frágiles, como una pila de bloques ligeramente torcidos. Un breve estruendo y todo podría derrumbarse. Ambos tenemos mierda que no hemos sido lo suficientemente valientes para enfrentar. Hemos tenido nuestras cabezas en la arena.

¿Podría amarme si eso significara perder su carrera, su pasión? Es lo único por lo que ha trabajado tan duro. Lo superó todo por ello.



—No —susurro—. No lo estoy.

—Lo siento, Sunny.

—Sí. —Suspiro entrecortadamente y finalmente me giro para mirar a Jasper. Sus penetrantes ojos de medianoche me analizan bajo las cejas fruncidas. Está tan condenadamente guapo con su traje caro. Es un hombre de contradicciones. Áspero y pulido. Caliente y frío. Blando y duro. Alegre y triste. Roto y reparado.

Una colcha de patchwork con la que me encanta acurrucarme.

Sólo con mirarlo se me parte el puto pecho. Podría darle la libertad de conservar todo por lo que ha trabajado tan duro. Aunque me destrozaría hacerlo.

Pero prefiero hacerme daño.

Prefiero tener un agujero con forma de Jasper en el pecho que arrastrarlo fuera del pedacito de felicidad que se ha labrado sólo para que yo pueda quedármelo. Esta vida ha sido tan injusta con él en muchos sentidos. Una y otra vez.

No quiero ser otra cosa injusta con él tomando más de lo que razonablemente puede dar a alguien.

—Sunny... —Se gira en su asiento y me roza la mejilla con sus dedos callosos—. ¿Por qué lloras?

Mi mano libre se tambalea hasta mi cara y sale mojada. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Miro fijamente el agua que brilla en mi mano y recuerdo el día de mi casi boda, cuando vi esa pequeña gota de sangre en mi mano.

La mano de Jasper me acaricia la mejilla y las yemas de sus dedos recorren mi nuca.

—No quiero ser la razón por la que te alejas de tu familia. No quiero



hacerte elegir. Porque sé lo mucho que duele perder a tu familia, por terrible que sea. No quiero decirte lo que tienes que hacer. No se trata de mí. Sólo quiero que seas feliz. Ve a la cena. Arregla tus cercas, quema tus puentes. Lo que necesites hacer. Iré a mi partido. No me importa. —Su pulgar roza mi mejilla y su voz se quiebra—. Sólo dime cómo hacerte feliz.

—No quiero que arruine tu carrera. —Resoplo, aclarándome la garganta mientras miro a los ojos que me han tenido cautiva durante dieciocho años.

Menea la cabeza.

—No lo hará.

—Dijo que lo haría.

—No puede.

—¡Eso no lo sabes! —Mis susurros se convierten en un grito agitado—. No sabes el poder que tiene. Las conexiones. Lo he visto toda mi vida y de alguna manera nunca juzgué la forma en que ejerce ese poder. He sido tan estúpida. Tan ciega.

—No puede. Y tú eres muchas cosas, pero estúpida no es una de ellas. Vas a dejar de decir eso ahora porque ya no vivo con miedo de él, Sunny. Y tú también deberías dejar de vivir con miedo. Pasé años perdiendo el sueño por esa amenaza. Y ya he terminado. ¿Ciego, tal vez? Pero me identifico. A menudo estamos ciegos ante la gente que más amamos.

La expresión en la cara de Jasper ahora mismo es de pura concentración y determinación. Puro amor.

Pero lo supero. Lo alejo. Cierro mi corazón. A veces amar significa perder, y lo amo lo suficiente como para hacerlo. Si él lo necesita, lo haré.

—Pero, ¿y si puede? ¿Y si puede cortarte por las rodillas y hacer que todo desaparezca? No está fuera del reino de la posibilidad en lo que respecta a Robert Winthrop. ¿Entonces qué harías?



Jasper parpadea, quedándose quieto en el silencioso todoterreno.

Mi mano aprieta la suya mientras lo pongo todo sobre la mesa. La pregunta que sé que hará o romperá mi corazón.

—¿Estás dispuesto a arriesgarte?

Entorno los labios, deseando que Jasper diga que por *supuesto que va* a arriesgarse. Pero también estoy deseando que diga que no. Quiero que conserve lo que tanto le ha costado conseguir, no que lo tire todo por la borda por una chica enamorada.

Los segundos se alargan y Jasper no dice absolutamente nada. Tiene la mirada perdida y los ojos fijos en un lugar lejano.

Puedo imaginarme dónde. A un día hace mucho, mucho tiempo. Uno que aún persigue cada una de sus decisiones, uno del que no sé si alguna vez se librará.

Jasper siente que su decisión de ese día le hizo perder a todos sus seres queridos.

Ahora me preocupa que se vea obligado a tomar una decisión que le haga volver allí de nuevo.

Pero no dice nada. No me dice lo que quiero escuchar. Y no me dice lo que no quiero escuchar. Simplemente se congela. Como ese día en el carril de fuga.

Y de alguna manera eso duele más. Siento el corazón desollado en el pecho, como si intentara trepar por mi garganta para escapar del dolor de estar en mi cuerpo.

Mi cabeza entiende su indecisión, pero mi corazón quería que dijera: *¡Sí! Estoy dispuesto a correr ese riesgo*.

Mi corazón *necesitaba* que dijera eso.

Le aprieto la mano una vez más y trago saliva para mantener la compostura. Si puedo bailar de puntillas, podré salir de este vehículo sin



desmoronarme.

—No pasa nada. Lo comprendo. Pero creo que deberías volver a tu casa en la ciudad esta noche. Asegúrate de estar listo para tus partidos de esta semana. Tómate el tiempo y el espacio. Ambos lo necesitamos. Te llamaré.

*Te llamaré*. Casi me río de lo tópico que sueno. ¿Qué podría ser peor? ¿*No eres tú, soy yo*? Como no responde, lo miro a la cara. Sus rasgos muestran una expresión congelada que me resulta familiar.

—Sé que ahora mismo te estás desmoronando. Puedo ver cómo te desmoronas ante mis ojos, Jas. Pero también sé que tienes que ser tú quien se recomponga. Si soy yo, siempre seré yo quien te remiende cuando te rompas. Sacándote de esa cornisa. Y no puedo ser responsable para el resto de nuestras vidas. Eso tiene que venir de ti. —Mi voz se quiebra—. Apenas puedo recomponerme estos días.

Le doy una palmadita en la mano y me alejo, dejando atrás el calor de su vehículo, girándome con la cabeza alta para dirigirme a la puerta principal. Con un ritmo uniforme pero forzado, inspiro por la nariz y espiro por la boca. Me apoyo en mis años de entrenamiento y camino con elegancia, con los hombros echados hacia atrás y la cabeza alta.

No pierdo la compostura hasta que cierro la puerta, el motor se acelera y las ruedas crujen en la calle cubierta de nieve.

Entonces yo también me desmorono.



# 35

## Sloane

Summer: Creo que tenemos que hacer un brunch borracho.

Willa: Estoy. Embarazada.

Summer: No siempre se trata de ti, Willa.

Willa: ¿De quién más podría tratarse?

Summer: Winter acaba de aparecer y preguntó si podíamos tomar un café. Tengo muchas ganas de hablar con ella. Pero. . . No sé de qué hablar con ella. Necesito gente que interfiera.

Willa: ¿Puedes hablar de lo mierda que es su marido? ¿De lo mono que es Theo?

Summer: No tocaré nada de eso ni con un palo de tres metros. Además, Sloane podría estar muerta. Está tirada en el suelo de mi gimnasio mirando al techo.

Willa: Sloane. Atiende tu teléfono. La muerte no es una opción. Eres demasiado joven y sexy. Y todavía no he descubierto lo grande que es la polla de Jasper.

Sloane: ¿Por qué no se lo preguntas?

Summer: Lmao. Sí, Wils. Envíale un mensaje informal.

Willa: ¡Estás viva! ¡Es tan alto! Sus manos son tan GRANDES. Por favor, confirme el tamaño.



Sloane: Sus pies son grandes también.

Las luces de neón que hay sobre mí parpadean y veo cómo una larga bombilla se apaga por completo. De tanto mirarlas, me salen pequeñas manchas delante de los ojos.

Tenía calor cuando terminé de bailar, pero ahora el sudor de mi piel se ha enfriado y la incomodidad se filtra por mis poros. Sigo sin moverme.

La incomodidad es mi nuevo valor por defecto.

Llevo horas en este estudio, bailando hasta que ya no puedo pensar. No quiero pensar. Estuve toda la noche despierta en la cama pensando.

Incluso pensé en responder al mensaje de Jasper esta mañana. Y luego no lo hice porque no sé qué decir.

*Buenos días.*

En realidad, no. No es una buena mañana. Es una mañana de mierda. Y lo amo tanto que fácilmente podría caer en odiarlo. Podría decir algo cruel. Podría hacerle sentir mal.

Puede que me haga sentir mejor durante un minuto arremeter contra él. Hacer que le duela tan intensamente como a mí.

Pero en el fondo sé que ya lo es. Lo *conozco*. Sé que tiene pánico. Está encerrado.

Congelado como en el empinado carril de huida.

Sé que está sufriendo y eso me mata.

Lo peor es que lo alejé. Pensé que sería mejor para él de esta manera. Ahora no estoy segura de que sea cierto. No estoy segura de nada, ni siquiera de



mí misma.

Durante años quise meterme en la cabeza de Jasper. Hasta ahora. Ahora, creo que es mejor no saber lo que pasa dentro de su cabeza.

Así duele menos.

—De acuerdo, has estado aquí tumbado demasiado tiempo. Mi hermana es médico, así que va a venir a revisarte.

Mi cabeza rueda por el suelo para mirar a Summer en la puerta del estudio trasero del gimnasio. Está apoyada en el marco mientras su hermana rubia, igual de adorable, está de pie a su lado, con un aspecto notablemente incómodo con su bata y su chaqueta de plumón.

Me saluda con un gesto torpe y una sonrisa tensa, no tan homicida como la noche que la vi por primera vez.

Levanto una mano en su dirección.

—Estoy perfecta. No hay motivo para alarmarse. Pero tienes que cambiar una bombilla de aquí. —Hago un gesto hacia el techo—. En realidad, si estamos ofreciendo consejos de médico… ¿mirar las bombillas es malo para mis ojos?

Winter se encoge de hombros.

—Probablemente no sea lo ideal.

—De acuerdo. —Suspiro—. Los cerraré. Órdenes del médico.

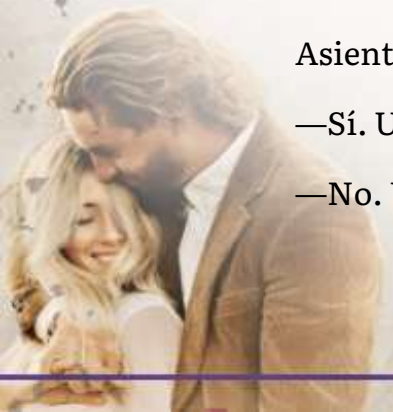
Winter suelta una risita seca, pero Summer no. Sus pasos se acercan y, cuando me da un codazo en el pie con la puntera de la zapatilla, la miro.

—Vamos —dice—. Sé lo que necesitas.

Asiento con la cabeza y cierro los ojos.

—Sí. Una máquina del tiempo.

—No. Un brunch con alcohol.



—¡Summer, es lunes! —Winter suena alarmada y me hace reír.

—¿Y? Acabas de terminar un turno largo, y yo he terminado con mis clientes del día. Willa está aburrida y revienta mi teléfono sobre tamaños de penes. Y Sloane parece medio muerta. ¿Todos tenemos algún sitio donde estar? ¿Cosas importantes que hacer? ¿Estás ansioso por volver a la ciudad?

Winter aprieta los labios y niega con la cabeza.

La señalo, ya un poco achispada. La falta de sueño le hace eso a una chica.

—Chica, lo mismo. Escondámonos en Chestnut Springs con un chico de campo caliente y no volvamos nunca a la ciudad. La ciudad es una mierda, y todos los que viven allí también.

Una pequeña sonrisa se dibuja en el rostro impasible de Winter, que se encoge de hombros con los brazos cruzados.

—Supongo que podría brindar por eso.

—¡Claro que sí! —grita Summer—. Llamaré a Wils y nos reuniremos con ella en Le Pamplemousse.

—Toma, tómate otra. —Willa empuja una mimosa a través de la mesa hacia mí en la encantadora cafetería de estilo parisino iluminada por el sol, desviando mi atención de Rosewood Street, la calle principal de Chestnut Springs.

—Ya tengo una. —Le inclino mi copa de champán.

Me señala la mano contraria.

—Sí, pero esa mano está vacía. Y no me la voy a beber. Estoy embarazada. —Pone los ojos en blanco como si yo fuera tonta y coloca el vaso de forma que



roce la punta de mis dedos.

—¿Por qué lo pediste entonces? —No me resisto. Enrosco los dedos alrededor del tallo del vaso y lo acerco.

Willa se encoge de hombros con una ligera risa.

—No sé, quería formar parte del brunch borrachín.

Winter arquea una ceja a su lado.

—Estás literalmente *aquí*. En un brunch borracho. ¿Qué más necesitas?

Willa mira con nostalgia mis mimosas de doble puño.

—Bebida. Obviamente.

—¿Qué tal un zumo de naranja en una copa de champán? —ofrece Summer con dulzura.

Willa emite un gemido.

—Eso es ofensivo.

Mis ojos rebotan entre las tres mujeres y me doy cuenta de que ya me siento más humana.

Sonreír no es el esfuerzo hercúleo que parecía antes.

Winter bebe un trago.

—Esta bebida sabe fantástica. Debería hacerlo más a menudo.

El codo de Willa le da un codazo en el costado.

—Joder, sí, deberías.

Summer asiente antes de añadir tímidamente—: Me gusta tenerte aquí, Winter.

Levanto mi vaso sobre la mesa.

—Brindaré por eso. Me vendría bien un poco de inspiración invernal. Te vi acomodar a Theo la otra noche, y necesito canalizar eso con los hombres de



mi vida.

Choca su vaso contra el mío, pero ladea la cabeza.

—No estoy segura de ser alguien a quien aspirar en el departamento de hombres. —Entorno una ceja y miro el anillo que lleva en el dedo. Ella se da cuenta y dice—: Sí. Eso.

—¿Cuándo se acaba? —Willa lo pregunta tan despreocupadamente, como si terminar un matrimonio fuera algo fácil. No conozco todos los detalles sucios del matrimonio de Winter, pero sé que es complicadísimo. También sé que ella y Summer tienen una relación frágil y que pasar tiempo juntas así es algo nuevo para ellas.

Todas salieron por mí, pero está claro que tenernos a Willa y a mí aquí da un poco de relleno extra entre las hermanas.

Winter bebe otro trago, vaciando la copa.

—¿Quién mierda sabe? Creo que arrastrarlo lo pone duro o algo así.

Summer tose como si su mimosa se hubiera ido por el tubo equivocado. Pero Winter no parece darse cuenta. El alcohol ya la debe tener floja. Ella inclina la cabeza en mi dirección.

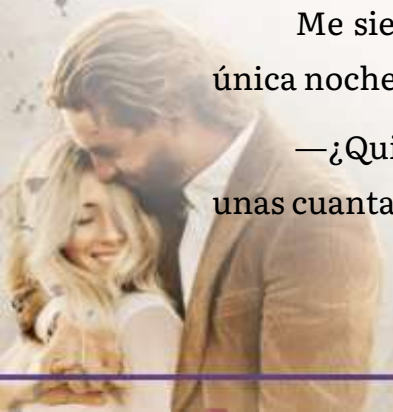
—La idea de Sloane de esconderse en Chestnut Springs está sonando muy, *muy* atractiva. ¿Dónde me apunto para esto?

Le empujo la mimosa que me sobra a través de la mesa y ella la toma sin decir una sola palabra.

Cuanto más miro a Winter, más creo que ella podría necesitar las bebidas más que yo.

Me siento agotada, pero ella parece profundamente cansada, como si mi única noche de insomnio fuera su norma.

—¿Quieres alquilar una casa aquí? —le pregunto—. Estoy actualizando unas cuantas al otro lado de la carretera del gimnasio de Summer.



Eso ilumina la cara de Winter.

—¿Sí?

—Sí. Puedo mostrarte después de este brunch borracho.

—Las casas de Jasper, ¿eh? —pregunta Summer con curiosidad.

—Sí, ¿por qué no nos cuentas más sobre eso? —insta Willa.

Me acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja y bajo la mirada.

—Bueno, en realidad es el dueño de toda la manzana. He estado pintando y…

Willa agita una mano.

—No, no, no. Háblanos de Jasper.

—¡Sí! —Winter levanta su vaso—. Cuéntanos por qué estuviste tirada en el suelo como una hora.

Summer mete la mano bajo la mesa y me da un apretón en la rodilla, siempre tan dulce.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Puedes al menos decirnos si Jasper tiene una polla enorme? —Willa se inclina sobre la mesa.

Asiento con la cabeza.

Winter resopla.

Summer jadea.

—¡Lo sabía!

Summer regaña a Willa con la mirada, abriendo los ojos ante su mejor amiga.

—¿Por qué no empiezas por el principio, Sloane?

Me tumbo en la silla y miro fijamente a las tres mujeres que están sentadas



conmigo.

—Bueno, tendría que remontarme a la primera vez que lo vi, cuando tenía diez años.

Una bocanada de aire sale de los pulmones de todos. Levanto mi vaso.

—Sí. Salud por eso, ¿verdad? Un amor no correspondido durante décadas. Excepto que hace poco descubrí que no era tan no correspondido.

Willa levanta la mano.

—De ahí lo de la novia fugitiva que se acuesta con su amigo, ¿no?

Mi cabeza se inclina hacia delante y hacia atrás.

—Quiero decir, sí. Es un poco más complicado que eso.

—¿Cuál es el problema? —Willa parece confundida.

—Sí, ¿qué hizo? —la amargura sangra en la voz de Winter.

—No ha hecho nada. Ése es el problema. Simplemente se congeló. Tenía el momento perfecto para contármelo todo. Y simplemente se congeló. Está tan roto. Encerrado tan malditamente fuerte. Y conozco las razones. Ni siquiera lo culpo. Yo sólo... quería ser suficiente para él para superarlo.

Parpadeo rápidamente, dando un enorme trago.

—Todo lo que hace por mí dice que le importo. Pero necesito... —chasqueo la lengua y muevo la cabeza bruscamente— No lo sé, joder. Supongo que después de años creyendo que no me quiere, necesito algo más que un simple ritmo feliz y sencillo conmigo. Quiero sentir que no puede vivir sin mí. Como si hiciera cualquier cosa por tenerme. Si no puede encontrar las palabras para decírmelo, quiero acciones. Sólo... *algo*.

Asiento con la cabeza y me siento estimulado por la tranquilidad, la falta de sueño y el champán con el estómago vacío.

—A riesgo de parecer mezquina, quiero que esté tan enamorado como yo.



Lo he deseado durante tanto tiempo. Casi me da rabia que nunca se haya dado cuenta. Quiero que demuestre que se da cuenta ahora.

—Entonces, ¿han... roto? —pregunta Summer, su voz pequeña y tentativa.

—No. No lo sé. —Una risa oscura burbujea en mí mientras me encojo de hombros—. Creo que los dos estamos traumatizados por nuestra educación. Ser adulto es difícil cuando tus padres te joden, ¿sabes?

Summer y Winter se dirigen una mirada cargada antes de que Winter diga—: Sí. Creo que podemos relacionarnos.

—En el fondo sé que Jasper nunca me dejará. Ni siquiera en mi peor momento. Eso es lo que pasa con nosotros. Ambos podemos estar en nuestro peor comportamiento y nunca nos lo echaremos en cara por mucho tiempo.

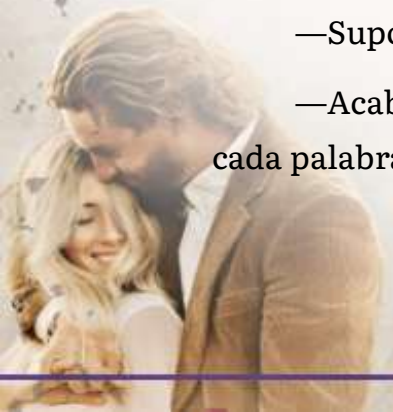
—Ugh. Me encanta. —Willa resopla.

—Quiero que me haga sentir segura. Pero tampoco le he dicho nada para que se sienta seguro, y sé que lo necesita. Básicamente, no tengo ningún plan porque. . . Realmente no sé qué hacer conmigo misma. —Suspiro, mirando las luces sobre mí, sintiéndome un poco responsable por haberlo alejado—. Necesito enfrentarme a mi padre para poder seguir adelante como es debido. Empezar de cero. Primero necesito encontrar mi propia seguridad. Sólo espero no llegar demasiado tarde. Pero entonces, ¿la idea de que pierda el hockey? ¿Su carrera? ¿Su pasión? ¿Todo por mí? Me preocupa no poder enfrentarme a eso.

—¿No has visto cómo te mira ese hombre? —Winter me sonríe aunque sea un momento extraño para hacerlo.

—Supongo que no.

—Acabo de conocerlos en la cena de la otra noche, pero está pendiente de cada palabra. Sigue cada movimiento. No estoy segura de que supiera qué más



estaba pasando en esa habitación. Me hizo... me hizo, bueno, me hizo sentir amargada si soy honesta. Casi dolía verlo. Pero, ja, eso es cosa mía. —Mira por la ventana—. En cualquier caso, le doy a él y a su gran polla mi voto de confianza. Confía en mí. Creo que entrará en razón.

—¿Pero y si no lo hace?

Winter se encoge de hombros y las otros das siguen mirándome con los ojos muy abiertos. Dudo que sepan qué decir. Jasper es un misterio envuelto en un enigma para la mayoría de la gente.

—Entonces sigues adelante.

Sigues adelante.

Doy un profundo trago a mi mimosa. Parece tan sencillo. Tan fácil.

Tan... obvio. Y, sin embargo, tan imposible.

Si pasar de Jasper Gervais fuera una opción, ya lo habría hecho.



# 36

## Jasper

Willa: Hola. Soy Willa.

Jasper: Hola, Willa. Soy Jasper.

Willa: Iba a mandarte un mensaje y preguntarte lo grande que tienes la polla, pero no creo que a Cade le encantara.

Jasper: Me pregunto por qué.

Willa: En vez de eso, pensé en decirte que ahora es tu oportunidad de *probar* lo grande que es tu polla.

Jasper: Gracias por el consejo.

Willa: Eso no era un consejo. Era motivación.

Willa: Además, nunca lo harás mejor que ella. No me importa lo famoso que seas.

—Entonces, ¿te preguntó si te jugarías tu carrera por una oportunidad con ella y no dijiste nada? —Harvey me mira por encima del borde de su taza de café humeante como si yo fuera la cosa más estúpida que ha visto en su vida.

—Fui directamente a casa de Roman y llamamos a la dirección del equipo para arreglar las cosas. Lo explicamos todo.



—¿Le dijiste eso?

Le devuelvo la mirada a Harvey.

—Tal vez debería haberlo hecho, pero quería ir a ella con un plan. *Pruebas*. Quería poder asegurarle que mi carrera estaba a salvo. Que estábamos a salvo.

Harvey debe pensar que mi plan apesta porque dice—: Todos ustedes son idiotas.

Llamé a Sloane el lunes. Ignoró la llamada pero me envió un mensaje para decirme que había salido con Summer y Willa. Eso no me impidió dormir en un colchón inflable en la casa vacía de al lado para estar cerca de ella.

Fui a nuestra casa el martes después de haber terminado en la pista, pero cuando fui a la puerta principal, vi a Sloane y Winter con un paquete de seis cervezas Buddyz Best y cajas de comida china para llevar desparramadas entre ellos. Estaban tirados en el suelo, mirando al techo, riendo sin control. Me pareció un momento tonto para llamar e interrumpir.

También me acobardé. Me atasqué en mi cabeza y dejé que el odio a mí mismo se apoderara de mí. Me alejé, conformándome con posar mis ojos en ella para conseguir una dosis. Volví a dormir al lado.

Hoy es miércoles, y debería estar en la ciudad preparándome para mi partido de esta noche, pero me estoy volviendo loco. Sloane cena con su padre esta noche, y yo tengo un partido de división con dos puntos en juego que necesitamos desesperadamente.

Pero estoy aquí, hablando con el único hombre al que acudiría por un consejo real. Porque, aunque nunca conocí a su difunta esposa, Isabelle, sé que fue un marido excelente. Él tiene que saber una cosa o dos acerca de las relaciones, donde yo no sé nada. No he visto exactamente grandes ejemplos en mi vida.



—Me congelé. Entré en pánico. —Como siempre hago.

—Jasper. —Mi nombre es un suspiro triste en sus labios.

—Intento ser respetuoso con sus deseos —le explico.

—Hijo, voy a decirte algo que sólo le diría a un hombre tan bueno como tú. —Hace una pausa y me mira a la cara—. En este caso, estás siendo *demasiado* respetuoso.

—Gracias por tus sabias palabras. —Resoplo una carcajada incrédula mientras me dejo caer en el sofá, restregándome la cara.

Pero cada vez que cierro los ojos, veo a Sloane.

Está bailando o frotando con cuidado un tratamiento facial de arcilla en mi cara. A veces veo a Sloane asustando a otras chicas en un bar cualquiera. Otras veces está nadando en un lago de montaña. Veo a Sloane en el escenario.

¿El color de las líneas en el hielo? Me recuerdan a sus ojos.

¿Cuando puse demasiada crema en mi café la otra mañana? Su cabello.

¿Cuando uso mi jabón corporal favorito? La forma en que se inclina hacia mí y aspira un gran suspiro.

*Sloane está en todas partes*.

—Entonces, ¿han roto? Las reuniones familiares van a ser incómodas ahora. Violet te va a matar.

—No hemos roto —digo.

Harvey arquea una ceja como si me dijera: *Cuidado con el tono, idiota*.

—¿Cómo sabes que no han roto? ¿Han hablado de ello?

—Porque...

—O mejor pregunta. ¿Cómo sabe Sloane que no han roto? Oh chico, ¿siquiera sabía que estaban juntos?



Gimo y miro al techo. La ansiedad se arremolina en mi pecho. Me la froto como si pudiera aliviarla, pero no sirve de nada.

—Sí. Lo sabe.

—¿Cómo?

—No sé. No nos separas así como así. Estamos... no sé. Somos más grandes que eso.

—Quiero decir, si pueden pasar por alto a los bebés con cola, no estoy seguro de qué podría realmente separarlos.

Sacudo la cabeza.

—idiota.

—Así que eres como... —Su mano agita alrededor—. Almas gemelas en un descanso. Sí, sí. Tiene sentido.

*Almas gemelas*. Eso se siente pesado. Pero no se siente mal.

—¿La amas?

Miro fijamente a Harvey, tratando de entenderlo todo en mi cabeza como si llevara días haciéndolo.

—Claro que la amo. Siempre la he amado.

—¿Le dijiste eso?

Se me cae una piedra en el estómago.

—No.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros sin compromiso, sintiéndome como una niña a la que regañan.

—Ya sabes por qué. Ya lo sabes. Dilo en voz alta.

Mi voz está tensa cuando por fin digo lo que me ha estado reteniendo.



—Porque la gente a la que amo o muere o me deja.

Harvey suspira y vuelve a sentarse en el gran sillón de cuero que hay junto a la chimenea del amplio salón.

—Has sido el niño de los ojos de esa chica durante casi dos décadas y aún no se ha ido. No importa cuánto daño le hagas.

A las náuseas sigue una sensación de hundimiento.

—Nunca quise hacerlo. Te juro que no sabía... no cuando nada podría haber salido de ella de todos modos. Quiero decir, todos lo sabíamos cuando era niña. ¿Pero de adulta? ¿Cómo era esto tan obvio para todos pero ninguno de ustedes, imbéciles, os burlasteis de mí por ello hasta ahora?

—Porque nunca parecía que sintieras lo mismo. Lo hicimos bastante cuando era adolescente. Empezó a parecer cruel. En algún momento ya no era divertido. No sé si alguien te ha dicho esto, Jasper, pero es difícil entenderte. Eres malhumorado y temperamental. Cerrado. Un poco inseguro en el fondo.

—De acuerdo. Sí, lo entiendo. Esto es genial para mi autoestima. Por favor, sigue. —Apoyo los codos en las rodillas y dejo caer la cabeza.

—También eres sensible.

No se equivoca. Vivo en mi cabeza y siento las cosas intensamente. Siempre lo he hecho.

—Y estás asustado —añade, sólo para dejar claro lo mal que estoy jodiendo las cosas...

—Sí. Lo estoy. Estoy jodidamente asustado.

Escucho las pesadas pisadas de Harvey cuando cruza la habitación y se deja caer en el sofá junto a a mí. Cuando me planta la mano en medio de la espalda, me escuece el puente de la nariz.

—¿De qué?



—¿Y si tomo la decisión equivocada? ¿Y si me lo juego todo y me explota en la cara? ¿Y si se da cuenta de que no valgo la pena y me deja? Yo... Estoy paralizado por todos los 'y si...'. Esto no es sólo como *¿qué pasa si dejo pasar un disco*? Entonces pierdo el partido. La vida sigue. ¿Pero esto? Tengo un habilidad para joderle la vida a la gente que me quiere y a la que yo quiero. Es mi especialidad.

—Eso no es verdad. Lo estás viendo mal. Te quiero y no has hecho más que mejorar mi vida.

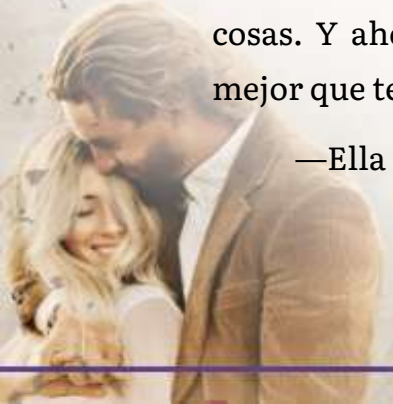
Un ruido estrangulado se aloja en mi garganta, y la mano de Harvey sube, apretándome el hombro. Asiento con la cabeza.

—No conozco a tus padres de Adam, Jasper. Pero tengo que decir que no quiero. ¿Alguien que podría dejarte atrás? No te aman como te mereces. Y sé que Sloane estaría de acuerdo con eso. Esa chica nunca te ha dejado atrás, ni por un momento. No importa lo poco adorable que hayas sido, ella te ha amado de todos modos. Te ha amado cuando tú no la amabas y no pidió una mierda. Creo que todo lo que ella está pidiendo es que la ames de vuelta ahora. Y tú me estás diciendo que ya lo haces pero que eres demasiado gallina para decírselo. Ella ha esperado lo suficiente, ¿no crees?

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Suplicarle que me elija a mí en vez de a su familia? Sé lo que es perder a tu familia. Incluso si son imbéciles, todavía los quieres cerca de alguna manera. No quiero ser el que tome esa decisión por ella.

—No necesitas tomar ni una sola decisión por ella, sólo por ti mismo. Esa chica te ha estado eligiendo durante años. Está harta de esperar a que la elijas de vuelta. No puedo culparla. Eres lento como la melaza para entender las cosas. Y ahora ha roto contigo. ¿Alguien te dijo alguna vez que Sloane es lo mejor que tendrás?

—Ella no rompió conmigo. Y sí, Willa me lo dijo hoy. Son todos muy



considerados. Gracias por ello.

—¿Están hablando?—

Me doy la vuelta y le fulmino con la mirada, pero en el fondo se me acelera el corazón. *¿Ha roto conmigo*? Realmente soy idiota.

—En realidad sólo hay una pregunta, Jasper—. Da un sorbo a su café y me deja colgado.

El viejo tiene que conseguir sus patadas de alguna manera.

*Idiota*.

—¿Cuál es la pregunta?

Se encoge de hombros como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Harías esa apuesta?

—Una y otra vez.

Amo el hockey, pero ni siquiera se acerca a cómo quiero a Sloane. Dos semanas sin hockey comparadas con unos días sin Sloane me demostraron dos cosas: Puedo vivir sin hockey pero no puedo vivir sin Sloane.

Me golpea cariñosamente en la nuca. Si es que eso existe.

—Entonces díselo, idiota.

Un rápido golpe en la puerta llama la atención de ambos. Harvey me da una palmada en la rodilla.

—Yo atiendo. Siéntate aquí y sumérgete en tu propia estupidez mientras preparas un plan para arreglar esto.

Me río entre dientes. Sólo Harvey podía darme una charla emotiva y luego burlarse abiertamente de mí para hacerme reír.

Las bisagras de la puerta crujen y escucho una voz que no esperaba.

—Harvey.



—¿Cordelia?

Me levanto y camino hacia la puerta principal, doblo la esquina justo a tiempo para ver a la madre de Sloane levantando una maleta Louis Vuitton mientras dice—: ¿Alguna posibilidad de que tengas una habitación libre?—Baja la vista hacia la maleta y luego vuelve a mirar a Harvey. Su sonrisa es acuosa—. Me vendría muy bien un lugar seguro para orientarme.

—Por supuesto. Yo…

—Oh —respira cuando me ve—. Estás aquí.

Le hago un gesto con la cabeza, deseando de repente tener la gorra puesta para esconderme detrás.

—Sra. Winthrop.

Me mira fijamente durante más tiempo del conveniente y sus ojos se llenan de lágrimas.

—No dejes que te asuste, Jasper. —Me clava sus ojos azul claro, tan parecidos a los de su hija—. No dejes que te controle a ti también. Es un maestro. Te clava sus garras y de repente te despiertas en los cincuenta sin nada más que un montón de remordimientos. Lo mejor que puedo hacer por ella en este momento es predicar con el ejemplo. No quiero esa vida para Sloane. No lo *quiero a él para* Sloane. Va a necesitar que estés ahí para ella cuando se libere de ellos.

—¿Quiénes? —Pregunto, con la alarma recorriéndome mientras comprendo lo que está diciendo. Lo que ha hecho.

Miro entre Harvey y Cordelia. Los ojos de Harvey se clavan en la hermana pequeña de su difunta esposa con una intensidad que nunca antes había visto.

—Sterling. Robert. Hombres como ellos no toman bien ser despreciados. Maniobran. Planean. Esta cena no será sólo una celebración de cumpleaños. Será un golpe de estado, y no puedo estar allí para eso. No puedo ver cómo



siguen jugando con ella.

Mi corazón palpita en mi pecho, duro y pesado.

—No lo harán.

Su madre suspira y me mira con tristeza.

—Puede que no, pero eso no impedirá que lo intenten.

Tomo las llaves de la mesa de delante y las dejo a las dos con un gesto de cabeza.

—¡Jasper! —Cordelia me llama justo cuando llego a la puerta del conductor—. The Frontier Steakhouse.

Casi me río.

El lugar donde todo empezó. Odio ese maldito restaurante, pero no puedo llegar allí lo suficientemente rápido. Ella nunca me ha dejado atrás, y yo tampoco voy a dejarla atrás.

El único pensamiento en mi cabeza mientras hago el viaje de una hora de vuelta a la ciudad es que Sloane me necesita. Necesita que *esté a su lado*.

Y la amo.



# 37

## Sloane

Mamá: Siento no poder estar allí.

Sloane: Realmente no te culpo. No será una comida larga. Eso te lo aseguro.

Mamá: Me inspiras, Sloane.

Sloane: ¿Inspirarte?

Mamá: Que me importe menos lo que piensen los demás. Para ponerme en primer lugar. A ser más fuerte.

Sloane: No me siento fuerte.

Mamá: Oh, cariño. Pero lo eres. Y nunca me arrepentiré de haberte enviado ese mensaje, porque ese día aprendiste lo fuerte que puedes ser.

Desde donde estoy, tengo una vista perfecta de papá y Sterling sentados uno al lado del otro en una mesa junto a la ventana. Tienen las cabezas juntas y sonrisas en la cara, como dos chiquillos cuchicheando en clase.

*Niños pequeños*.

Eso es precisamente lo que son. Después de pasar los dos últimos meses en presencia de hombres de verdad, veo la diferencia más clara que nunca. No



tiene nada que ver con el dinero o la educación o la reputación pública de una persona. Tiene todo que ver con lo que hay dentro.

Alma. Corazón. Las acciones hablan más alto que las palabras.

Estos dos idiotas pueden decir lo que les de la gana. No voy a caer más en eso. Veo a través de él.

Durante demasiado tiempo, fui una suave y recatada palomita. Y entonces me quemaron. Me chamuscaron. Resulta que soy un dragón y estoy hasta las pelotas de los chicos y sus estupideces.

Mis hombros se echan hacia atrás mientras me apoyo en la pared exterior de Cartier, al otro lado de la calle de La Frontera.

Hoy tengo un poco de resaca. Winter y yo congeniamos. Resulta que tenemos más en común de lo que imaginaba. Es divertida y está totalmente dispuesta a beber demasiada cerveza barata y tumbarse en el suelo conmigo.

Tengo que darle las gracias por el traje que llevo y también por llevarme a la ciudad. También tengo que esperarla como vecina en Chestnut Springs, porque en cuanto acabe con esta estúpida cena de mierda, volveré directamente a esa casita.

Donde pertenezco. Donde me siento yo misma. El resto lo resolveré sobre la marcha, por mí misma.

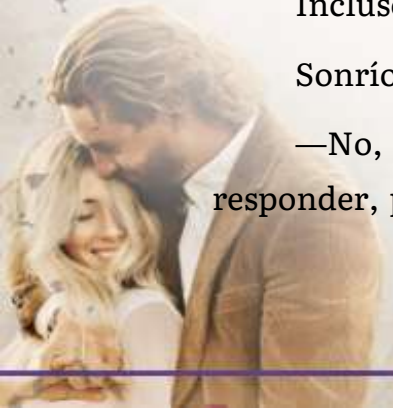
Y hay algo liberador en no tener reglas. Después de toda una vida con un camino y un plan trazados, voy a hacer... lo que me dé la gana.

Ruedo los hombros una vez más, miro a ambos lados de los cuatro carriles de tráfico y salgo a la calle.

Incluso cruzar la calle imprudentemente sienta bien.

Sonrío al anfitrión y levanto una mano.

—No, gracias. Ya sé adónde voy. —Sin darle la oportunidad de responder, paso de largo y me dirijo a la mesa junto a la ventana donde están



sentados dos de los hombres que menos me apetece ver.

Pensé que estaría nerviosa, pero me siento... eufórica.

—Papá, Sterling.

Levantan la cabeza como si se sorprendieran de verme. Normalmente, un miembro del personal me guiaría hasta aquí, pero eso es exactamente lo que no quería.

—Sloaney... —Sterling me mira de pies a cabeza—. Tienes un aspecto muy severo con ese conjunto.

Casi me río. Después de meses ignorándolo, *eso es lo que* tiene que decir.

—Gracias. —Le lanzo una sonrisa sarcástica antes de moverme a la silla junto a la ventana, frente a mi padre. Lo más lejos posible de Sterling.

Los ojos de papá me observan, evaluándome, y me pregunto qué ve. Me pregunto si se dará cuenta de que he levantado el velo y le veo más claro que nunca.

No lo *odio*. Me es indiferente.

Solía decirme que no estaba enfadado, sólo decepcionado conmigo. Y eso es lo que siento por él ahora.

Profundamente decepcionada. Porque siempre lo amaré. Siempre ha sido alguien a quien he admirado, y descubrir que todo era inventado, o que no era fiel a su carácter, es decepcionante. Saber que otro hombre en mi vida no me amaba lo suficiente como para superar su propia mierda, duele.

Pero me duele menos con el cabello recogido, las uñas pintadas de rojo sangre y vistiendo un traje pantalón negro con brillantes solapas de esmoquin.

Winter tenía razón. Me siento lista para patear traseros y tomar nombres.

—Feliz cumpleaños, Sloane —dice Robert, levantando una copa de vino sin ofrecerme ninguna.



Me acerco y me sirvo una grande. Otra metedura de pata en un sitio así es no esperar al camarero, o servirse demasiado como acabo de hacer yo.

Pero ya estoy harta de esperar a que estos hombres hagan las cosas bien, y me merezco una jarra de vino por estar aquí.

—Gracias, papá —respondo finalmente después de dejarlos a ambos colgados con las copas en el aire mientras sirvo. Está claro que ninguno de los dos es lo bastante caballero como para ofrecérmelo.

Las copas chocan y bebemos. Mantengo la mirada fija en mi padre y aprieto los labios, saboreando el vino. Es caro, pero prefiero un Buddyz Best.

—¿Cuándo viene mamá? —Echo un vistazo al restaurante, pero sé que no va a venir. Me dijo que no vendría. Mamá también me dijo que encontró ese vídeo en el teléfono de papá y me lo envió anónimamente el día de mi boda. Supongo que era para chantajearme.

Parece que ella y yo entramos en razón al mismo tiempo. Parece que Robert Winthrop nos ha llevado demasiado lejos.

—Hoy está un poco indispuesta. Somos sólo nosotros tres esta noche.

—En realidad... —dice una voz que no esperaba escuchar. El corazón me da un vuelco en el pecho y pierdo la compostura por un segundo. Me siento como si me moviera a cámara lenta cuando me giro y veo a Jasper de pie al final de la mesa, con un aspecto de infarto en un traje perfectamente entallado, los ojos fijos en mí y una sonrisa de suficiencia en los labios—. Vamos a ser los cuatro. —Se acerca a mí con autoridad, se inclina y me levanta la barbilla hacia él, clavando sus ojos en los míos con una mirada de ferocidad—. Sunny, siento llegar tarde.

*Tarde*.

Es un sentimiento tan simple. Pero me calienta por dentro.

*Está aquí*.



Lo único que consigo es asentir con firmeza, y él me devuelve el gesto antes de darme un beso erizado en la frente y sentarse a mi lado.

Mi roca. Mi consuelo. El chico de los ojos tristes y el corazón de oro.

Me giro hacia él.

—Estás aquí. —Miro el delicado Rolex que llevo en la muñeca—. Ahora mismo.

—Hicimos una promesa en ese camión, ¿recuerdas? No puedo ir sin ti otra vez. Nada es más importante que estar aquí contigo. —Me toca la rodilla por debajo de la mesa e inclina la cabeza hacia mi atuendo—. Estás impresionante, por cierto.

*Nada es más importante que estar aquí contigo.*

Trago saliva un par de veces, incapaz de apartar los ojos del hombre que tengo delante.

La promesa.

Tiene razón. Y yo también se lo prometí.

—Jasper…

Su mano aprieta tranquilizadoramente.

—La respuesta es sí, Sloane.

Mi cabeza se inclina.

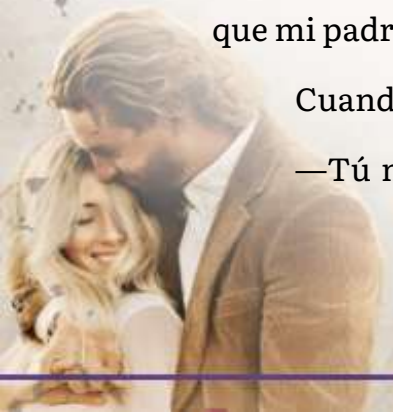
—Sí, ¿qué?

—Tomaré esa apuesta. Todo el día. Cada maldito día.

Me pican los ojos y me quito la humedad. No voy a llorar aquí. No dejaré que mi padre y Sterling se enteren de este momento.

Cuando miro a los dos hombres, la furia es evidente en sus rostros.

—Tú no formas parte de esta conversación, Gervais. —Mi padre lo mira



como si pudiera hacerle acobardarse. Pero ese poder se le ha escapado de entre los dedos, ante sus ojos.

Jasper se echa hacia atrás en la silla, sonríe y se acomoda.

—Al menos tienes razón en algo. No estoy aquí para contribuir. No diré ni una palabra. Sólo estoy aquí para estar con Sloane.

—Te estás pasando —gimotea Sterling, prácticamente vibrando de furia—. Tú no perteneces aquí.

Jasper le sonríe, manteniendo la calma y pinchando a los hombres que tiene enfrente.

—Ya basta —digo bruscamente—. ¿Había algo que ambos necesitaban decirme? Porque creo que fui muy clara. Te dije —señalo a mi padre— que hablaría contigo cuando estuviera preparada. —Desplazo el dedo hacia Sterling—. Pero no quiero volver a hablar contigo.

—Sloane, necesitas superar tus sentimientos heridos.

Arqueo una ceja hacia Sterling.

—No lo entiendes, ¿verdad? Lo que hagas con tu polla no hiere mis sentimientos. Lo que hiciste con tu polla fue simplemente una llamada de atención. Una llamada de atención de que no me importas ni un poquito. Soy indiferente. Ha sido fácil ignorarte porque no pienso en ti para nada.

Cuanto más hablo, más coincide Sterling con el color rojo intenso del vino de su copa. Cuanto más se deslizan los dedos de Jasper por la costura interior de mis pantalones de pernera ancha, más aumenta mi confianza. El mero hecho de tenerlo aquí, a mi lado...

Es todo lo que siempre he querido. Somos mucho mejores juntos que separados.

—Eso es sólo porque te has estado prostituyendo con esta basura de remolque.



Todo el cuerpo de Jasper se tensa a mi lado. Me quedo con la boca abierta por el veneno que desprenden las palabras y el tono de Sterling. Puede que sea la vez que lo he visto más apasionado por algo que no sea whisky de barril y la caza de animales exóticos.

Estoy a punto de decir lo mismo cuando Jasper da un tirón y el chillido ahogado de Sterling llega a mis oídos. Una expresión de alarma se dibuja en sus facciones justo en el momento en que su cara se inclina hacia atrás y desaparece entre una salpicadura de vino tinto y el estruendo de la silla al caer al suelo.

Sterling balbucea mientras lucha por enderezarse.

—¿Acabas de...?

—¿Darle una patada a su puta silla? —proporciona Jasper, cortando la pregunta de mi padre—. Sí. Porque puede que a ti te parezca bien que le hable así a tu hija, pero a mí no. Debo haber aprendido mejores modales en el parque de caravanas.

Mi padre al menos tiene el sentido común de parecer un poco acobardado. ¿Y yo? Hago lo que siempre hago en situaciones inapropiadas.

Suelto una carcajada al ver a Sterling a cuatro patas, empujándose torpemente hasta ponerse de pie.

Camisa de vestir manchada de vino tinto. El cabello todo jodido. Y no en el buen sentido.

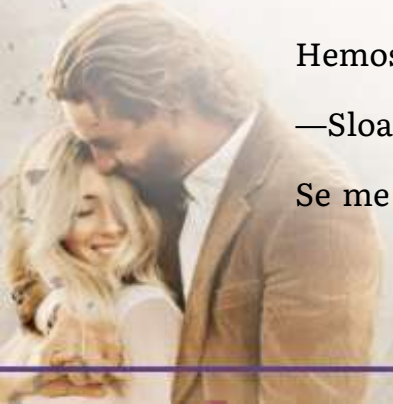
—Estás muerto, Gervais —intenta sonar duro pero todo en ese hombre suena tan condenadamente hueco.

Me hace reír más.

Hemos hecho un espectáculo y tengo la maldita risa floja.

—Sloane, cálmate. La gente está mirando —me dice mi padre.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me los froto, pero las carcajadas no



cesan.

Jasper se inclina y me susurra al oído.

—Si te hace reír, le patearé el culo mientras todos miran.

Escucho la diversión en su voz y me paso una mano por la garganta, rogándole en silencio a Jasper que pare. Porque ahora no hace más que incitarme.

Porque me conoce. Me entiende.

—Sterling —jadeo—. Nunca me casaré contigo. Como... —Se me escapa una risita y la reprimo. Es mucho más ofensivo soltar esta frase riendo. Pero no puedo decir ni una mierda al respecto—. Nunca.

»Y papá... —Sacudo la cabeza, la risa se ralentiza—. Ni siquiera lo sé. Las cosas que me has dicho en los últimos meses... —Pongo una mano sobre la de Jasper—. ¿La forma en que tratas a la gente que amo? Me gustaría pensar que puedo perdonarte, pero tendré que hacer un poco de examen de conciencia para decidir si es verdad o si sólo sigo siendo obediente. Una niña debe querer a su padre, pero él debe quererla a ella. Protegerla a toda costa. Y si estos últimos meses me han enseñado algo, es que tú no me quieres como yo te he querido. Merezco algo mejor.

Miro a Jasper y veo que me mira como hace a menudo. Pero hoy no están tristes. Brillan de orgullo. Me chisporrotean en la piel.

Vuelvo a mirar a los dos hombres que tengo enfrente.

—Estoy harta de conformarme con menos de lo que merezco. Sterling, vete a la mierda para siempre. Papá, averigua cómo merecer una relación conmigo. Quizá algún día podamos hablar.

La silla chirría hacia atrás cuando me levanto de golpe.

Le tomo la mano a Jasper, haciendo ademán de hacerlo delante de ellos. Luego tiro de él, deseando salir de una vez por todas de este restaurante



olvidado de la mano de Dios.

Cuando rozo el brazo de Sterling al pasar, me agarra el bíceps.

—¿Dónde está el anillo? Quiero que me lo devuelvas.

Doy un brusco rodeo con el brazo y me alejo de él justo cuando Jasper se acerca con cara de querer matar a Sterling por atreverse a ponerme la mano encima.

—Lo he perdido. —Vuelvo a reír y me pregunto qué me pasa. Por qué tengo que reírme en los momentos más inapropiados. Ahora mismo estoy verdaderamente desquiciada.

Pero es Jasper quien ríe el último cuando se inclina sobre la oreja de mi ex y dice—: Le he *tirado* el anillo del dedo.

Ojalá pudiera encargar a un artista que pintara la expresión de la cara de Sterling cuando recibe ese golpe. Sería dinero bien gastado.

Jasper me guía fuera del restaurante. Tomamos el mismo camino que hace tantos meses.

Excepto que ahora todo es muy diferente.

Tan en el aire.

Tan imprevisto.

Tan... feliz.



# 38

## Jasper

Roman: La gestión y la propiedad están todos en la misma página. Transmití todo lo que hablamos. Ojalá pudiera ser una mosca en la pared cuando le digan a este cabrón que se largue.

Jasper: Gracias, entrenador.

Roman: Siempre te cubro la espalda, Jasper. Ahora ve por la chica.

Empujo la pesada puerta de madera y aspiro el aire helado de diciembre. Huele a nieve y a tubo de escape. Y sabe a libertad.

—No vuelvas a llevarme a ese puto restaurante —digo, justo cuando me giro para atraer a Sloane hacia mí.

Sus labios son del mismo tono de rojo que sus uñas.

Tiene un aire de mujer fatal que me encanta.

Se ríe, sonando mareada y con los ojos muy abiertos.

—No puedo creer lo que acabo de decir. —Una mano se posa en su mejilla—. No puedo creer que le dijeras que te tiraste el anillo de mi dedo!

Ahora también me río porque esa mierda fue satisfactoria.

—¿Viste su cara?



Sloane asiente, mordiéndose el labio, con los ojos brillantes por el reflejo de los faros de los coches que pasan zumbando.

—Has venido a buscarme —dice, levantando la barbilla y regalándome una sonrisa de lo más bonita.

—Por supuesto. Te dije que nunca quería estar sin ti y lo dije en serio.

—No estaba segura...

—Llevo días enfermo. He venido a casa pero no sabía qué decir. He intentado encontrar una buena razón para quedarme paralizado en el auto la otra noche. Una razón por la que no usé las palabras que realmente quería aunque podía sentirlas en la punta de la lengua. Pero no hay excusa. —Le acaricio el cabello—. Llevo tanto tiempo escondiéndome, espiándote desde debajo del ala de mi sombrero, que me he acomodado ahí. Siento llegar tarde en tantos sentidos. No sólo a cenar, sino a entenderme a mí mismo. Estaba...

Por un momento, desvío la mirada y trago saliva.

—Tenía miedo. Miedo de necesitarte tanto. Realmente asustado de perderte.

Sus ojos se cierran en un suspiro pesado, y yo tomo su cabeza, queriendo que sus ojos vuelvan a mí.

—Lo sé...

—No, Sunny. No debería tener miedo. Eres lo que menos miedo me da en la vida. No sólo estás tatuada en mi piel. Estás marcada en mi corazón. Tejida en la fibra de mi ser. La persona más constante y tranquilizadora de mi vida. Cuando cierro los ojos, te veo. Cuando estás lejos de mí, sueño contigo. Cuando necesito a alguien en quien apoyarme, *siempre* estás ahí para mí. Dios. Me has querido cuando ni siquiera he sido capaz de quererme a mí mismo. —Mis manos aprietan sus mejillas y las lágrimas se derraman sobre ellas. Pero ella me sonríe como si hubiera colgado la luna.



—Me has mirado *así* durante tanto maldito tiempo. Y no sé cuándo empecé a mirar hacia atrás, sólo que lo hice. Forzarme a apartar la mirada durante tantos años ha sido una tortura especial. Ya me he torturado lo suficiente. He terminado de esconderme, de perderme esto. De nosotros.

Un sollozo silencioso salta de sus labios, y ella presiona su cabeza en el centro de mi pecho.

—Sloane, no me iré sin ti.

—Nunca has estado sin mí, Jasper. No desde el primer día que puse mis ojos en ti.

Mi corazón se rompe ante su admisión, y ella se aprieta más. Como si supiera que encaja ahí.

Como si ella supiera que pertenece allí. Rellenando todas las grietas donde yo me rompo.

La abrazo fuerte y apoyo mi mejilla en la coronilla de su cabeza.

—Siento que seas lo único que me ha hecho sentir completo de nuevo. Siento haber necesitado tanto de ti. Sunny, siento llegar tan tarde. Pero gracias por esperar.

Me mete la mano en la chaqueta y me toca el tatuaje de bailarina que tengo en las costillas.

—Has llegado justo a tiempo. —Me mira de reojo—. ¿Te has quedado en una de las casas vacías?

Mis labios se crispan.

—Tal vez.

—¿Hay una cama?

Me encojo de hombros.

—Un colchón de aire.



—¡Jasper! —Gime mi nombre, pero su voz también es divertida.

—¿Qué? No me gusta estar lejos de ti. De hecho, habría venido antes. Pero tenía que recoger tu regalo de cumpleaños.

—¿Me has comprado un regalo de cumpleaños? —Sus ojos se iluminan.

—Por supuesto que te traje un regalo de cumpleaños. ¿Qué clase de imbécil se presenta a la cena de cumpleaños de su novia sin un regalo?

Me enarca una ceja y los dos sonreímos.

—¿Novia?

—Por supuesto.

Entonces, desde mi bolsillo, pulso el botón del llavero y el todoterreno que tengo detrás se enciende con un suave pitido.

La mirada de Sloane se posa en el Volvo blanco y luego vuelve a mí.

—¿Me has comprado un auto?

—El más seguro que pude encontrar. Han hecho las pruebas de choque y...

—Jasper —ríe mi nombre—. Confío en ti. Te tomo la palabra. Yo... me encanta.

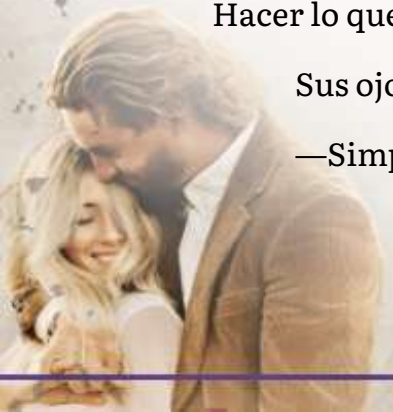
—Sé que casi siempre vas andando a todas partes en la ciudad. —Me aclaro la garganta, sintiéndome repentinamente tímido—. Pero quiero que tengas algo seguro para tus desplazamientos.

—Mi viaje, ¿eh? —Ahora sonríe. Es contagiosa.

—Sí. Desde nuestra casa en Chestnut Springs. Necesitarás un auto seguro para ir a la ciudad a trabajar. Y necesitas tu libertad para ir donde quieras. Hacer lo que quieras.

Sus ojos se llenan. Parpadea y una lágrima cae por su mejilla.

—Simplemente me entiendes, ¿lo sabes? —Mueve suavemente la



cabeza—. Siempre me has entendido.

Me duele todo -el corazón, la garganta, el pecho-, así que hago lo único que se me ocurre para que me duela menos.

—Te amo, Sloane Winthrop. Siempre te he amado. Te amo tanto que ni siquiera sé qué hacer con ello. Eres mi persona. Y creo que yo también soy la tuya.

—*Siempre* has sido mi persona —se le escapa—. Te amo tanto.

No me detengo. No me lo pienso dos veces. Le levanto la cabeza y la beso.

En medio de una calle concurrida para que todo el maldito mundo nos vea mientras la nieve cae a nuestro alrededor. En el lugar exacto en el que se alejó de mí una vez.

Pero esta vez, somos nosotros.

Juntos.



# 39

## Sloane

Sloane: ¡Lleven sus traseros a la pista!

Willa: No voy a jugar al hockey.

Summer: ¿Por qué?

Willa: No es seguro. Hielo duro. Cuchillas afiladas. Un montón de hombres tratando de demostrar que no están pasados de moda. A la mierda ese ruido. Voy a sentarme sobre mi culo y animar a Luke.

Winter: Creo que el salto de obstáculos es probablemente más peligroso. Médicamente hablando.

Sloane: Winter, ¿vienes?

Winter: No puedo. Estoy enferma.

Willa: Sí. Yo también. Estoy enferma. *cough cough*

Summer: Bueno, todos ustedes son aburridas. ¡Estoy en el equipo Sloane! ¡Feliz Navidad! ¡Vamos, joder!



Pensé que mis mejores Navidades fueron cuando era niña. Cuando la magia aún estaba viva y vibraba. Pero de alguna manera esta Navidad se lleva la palma. Se lleva todo el pastel. Y toda la magia está vibrando.

Me desperté en los brazos de Jasper. En nuestra perfecta y acogedora casita. El hogar que poco a poco hemos hecho juntos. Hicimos el amor mientras la nieve caía por la ventana antes incluso de salir de la cama. Y luego nos subimos a uno de nuestros *muy seguros* todoterrenos y nos dirigimos directamente al Rancho Wishing Well.

Mi madre y Harvey nos recibieron en la puerta con besos y abrazos de bienvenida mientras nos introducían en el bullicioso rancho. Todo el mundo estaba allí.

Llevamos todo el día juntos y mi corazón nunca se ha sentido tan lleno. Cada vez que me alejo demasiado, Jasper se acerca a mí. Apenas paso cinco minutos sin sentir que me toca de alguna manera. Sin que me dé un beso en el cabello para que todos lo vean.

Es... Bueno, es mágico.

Casi tan mágico como esta nueva tradición. La primera de muchas tradiciones navideñas que planeo hacer con Jasper.

Brillante Navidad.

—¿Pensé que patinar se suponía que era fácil? Ustedes, imbéciles, lo hacen parecer tan fácil —se queja Rhett mientras patina como Bambi sobre el hielo, todo piernas largas y movimientos torpes.

—¡Mal dicho, tío Rhett! —llama Luke, su sobrino de seis años, mientras patina a toda velocidad alrededor de su tío.

Summer se ríe antes de levantarse del tronco donde ha estado sentada con Willa.

—Puedo ayudarte, cariño —dice mientras patina sin esfuerzo hacia Rhett.

Pone los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿También eres buena en esto?

Summer se encoge de hombros y le guiña un ojo.



—Soy buena en todo.

Me río desde donde estoy apoyada en la red de Jasper, asimilándolo todo. Absorbiéndolo todo.

—¡Es sólo una prueba de que te estás pasando! —La voz de Jasper atrae mi cabeza hacia el camino que baja hasta el hielo.

Cade se ríe, cada uno de ellos tirando de un trineo de plástico cargado de bocadillos y termos llenos de bebidas calientes.

Harvey y mi madre vienen detrás de ellos, llevando mantas e incluso un par de sillas de jardín.

—¡Tú también te pasas, Gervais! —grita Rhett mientras Summer lo toma de las manos, patinando hacia atrás en un intento de enseñarle a patinar.

Jasper se encoge de hombros, sus ojos encuentran los míos casi al instante.

—Sí, la diferencia es que yo lo sé.

Le sacudo la cabeza porque no siento que esté exagerando en absoluto. Siento que todo está en *su punto*.

Jugamos el partido de hockey más ridículo del mundo. Summer, mi madre, Luke y yo contra todos los demás. La gente entra y sale a voluntad. Cade deja constantemente el partido para ver cómo está Willa y rellenar su chocolate caliente. Mi madre y Harvey discuten sobre si ella necesita llevar casco. Ella dice que no; él dice que sí. Rhett se cae de culo varias veces. Todos se ríen de él. Jasper detiene todos los tiros a puerta y se ríe de todos los que intentan jugar contra él. Excepto Luke. Luke es el único que marca algún gol, y Jasper hace el mayor y más tonto espectáculo tratando de detenerlo cada vez. Verlo con Luke es adorable. Hace que me duelan los ovarios.

No estoy segura de haberlo visto nunca sonreír tanto.

No estoy segura de haberme sentido nunca más atraída por él que en este



momento.

No estoy segura de haberlo amado nunca más que ahora porque, por imposible que parezca, cada día que pasamos juntos sigo queriéndole más.

—Voy por ti, Gervais —digo mientras Summer me pasa el disco.

—Tráelo, cariño. Enséñame lo que tienes.

Pero en lugar de intentar marcar, me detengo delante de él, rociando hielo por todas sus almohadillas. Nos sonreímos como locos mientras le quito el casco de la cabeza, bellamente pintado, enganchando los dedos en los barrotes metálicos mientras cuelga a mi lado.

—Primero necesito un beso —digo, intentando mantener una expresión neutra.

Porque sé que nunca me rechazará. He aprendido que Jasper Gervais hará lo *que sea* para que yo esté contenta.

Incluyendo besarme en medio de un partido de hockey familiar sólo porque se lo pedí.

Así que no me sorprendo cuando su mano enguantada se acerca a un lado de mi cara y su boca cae sobre la mía sin dudarlo un instante. No me sorprende cuando escucho a todo el mundo gritando mientras nos besamos en ese trocito de hielo en medio del rancho. No me sorprende cuando da un paso más y desliza su lengua en mi boca.

Pero sigo siendo una competidora. Y odio perder. Así que extiendo mi palo y empujo el disco a los pies de Jasper, que se queda de pie besándome sin sentido como le pedí.

Escucho a Luke animar.

—¡Ahhhh! Eso fue tan asqueroso. ¡Pero la tía Sloane anota! Ganamos!

Jasper se ríe contra mis labios con un suave movimiento de cabeza.



—Buen gol, Sunny.

—Gracias, Jas. —Hago una pequeña reverencia—. ¿Quién iba a decir que te distraías tan fácilmente?—

Nuestras miradas se cruzan, sus iris rebotan entre los míos.

—Llevas años distrayéndome. Esto no es nada nuevo. —Pero entonces baja la voz y la expectación se apodera de mí cuando murmura—: Pero ahora tienes mi atención.

Me arruga la frente e intento no sonrojarme mientras le sonrío. Es aún más alto sobre sus patines, sobresaliendo por encima de mí. Mejillas escarchadas, ojos brillantes de medianoche, cabello caramelo suelto sobre la frente, tan jodidamente guapo que duele.

—¿Ah, sí?

Su boca se acerca a mi oído.

—Sí. Realmente siento el espíritu de dar esta Navidad. Y acabo de decidir que te lo daré toda la noche. En realidad, tal vez toda la tarde. —Levanta la cabeza y me atrae hacia su cuerpo mientras grita hacia el lado donde están sentados todos—: ¡Se acabó el partido! El equipo de Sloane y Summer gana. Nos vamos.

Yo suelto una carcajada, pero él me guiña un ojo, toma el casco y me guía fuera del hielo.

—¿Adónde vamos?

—A casa, Sunny. Nos vamos a casa.



# 40

## Sloane

Violet: ¿Bebidas?

Sloane: No.

Violet: Necesitas una.

Sloane : Estoy demasiada nervioso para beber.

Violet: Sí. Estás pálida. Necesitas un poco de color en las mejillas.

Sloane: A nadie le importa el color de mis mejillas esta noche, Vi.

Violet: Te verás mejor en las noticias de esta manera.

Sloane: ¿Qué?

Violet: ¡Tienen Buddyz Best!

Estoy tan nerviosa que podría vomitar. Tengo los codos apoyados en las rodillas y los dedos repiqueteando ansiosamente.

—Chica, me das ansiedad con sólo mirarte. —La cálida mano de Harvey se posa en mi espalda.

—Nunca he estado tan nerviosa en mi vida.

—¿Nunca? —Su ceño se frunce.



Me meto los labios en la boca y sacudo la cabeza rápidamente.

—Nunca.

—Si los bebés con cola no pueden ponerte nerviosa, habría pensado que un partido de la Copa Stanley sería pan comido.

—Harvey, Dios mío. —Dejo caer la cabeza entre las manos riendo—. ¿Alguna vez va a dejar de hacerte gracia lo de los bebé con cola?

Se encoge de hombros y sonríe al hielo.

—Probablemente no.

Quiero fingir que la broma no tiene gracia, pero la verdad es que ahora mismo estoy tan enferma de los nervios que podría vomitar sobre mi camiseta granate de los Grizzlies con Gervais estampado en la espalda.

Es el mismo que compré hace tantos meses. Se siente monumental de alguna manera. *Suerte*.

Y teniendo en cuenta que esta noche se juega casi el último periodo del sexto partido de las Finales de la Copa Stanley, los Grizzlies van a necesitar toda la suerte posible. Es su última oportunidad de cerrar la serie y ganarlo todo en casa.

Su temporada ha sido milagrosa. Empezaron una buena racha justo antes de Navidad y no la abandonaron. Esos puntos les catapultaron lo suficiente en la clasificación como para meterse en los playoffs.

Apenas. Pero hacerlo es hacerlo.

Han luchado mucho y muy duro. Sé que están cansados. Jasper está dolorido y listo para un descanso. Ha sido un año largo y duro, pero también el mejor.

Las eliminatorias.

Una segunda medalla de oro olímpica en febrero.



Y nosotros.

*Nosotros*. Dios, eso todavía me suena tan bien. La parte 'nosotros' de nuestra vida es tan condenadamente buena. Tan condenadamente fácil. Se siente tan malditamente bien.

Algo de admitirlo en voz alta, de aceptarlo de verdad, le ha quitado un peso de encima a Jasper. Sigue callado e introspectivo, pero ahora sonríe.

Al amparo de la oscuridad, nos arrastramos hasta el tejado de nuestra casita de Chestnut Springs y hablamos de la vida. De miedos. Planes. De bebés. Hablamos de todo porque siempre lo hemos hecho.

—¿Por qué sonríes, Sloane? —Harvey me da un codazo, obviamente observándome mientras yo me desconecto y miro fijamente el logotipo del oso pardo pintado en el centro del hielo.

—Yo sólo… —Me encojo de hombros, mirando el zumbido de la arena—. Soy feliz. Aunque pierdan esta noche. Todo se siente…

—Los dos están asentados. Averiguado lo que cuenta en la vida. Es la gente. No las cosas. No la aclamación. La gente.

—Sí. Hablando de gente. ¿Mi madre te sigue volviendo loco? —Lleva seis meses viviendo en la casa, y ella y Harvey discuten como un viejo matrimonio. Realmente no le encuentro ni pies ni cabeza.

No estoy segura de querer hacerlo.

—Esa mujer —murmura—. Es como si después de años de guardarse sus opiniones para sí misma, las soltara todas a diestro y siniestro. Es una venta de excedentes de opinión en esa casa. Compre uno y llévese diez.

Resoplo una carcajada antes de que la hilera de gente que se dirige hacia nosotros llame mi atención. Beau, que ha vuelto a casa sano y salvo pero camina con cautela, encabeza la marcha. Le siguen Rhett, Summer y Violet, que han hecho el viaje de vuelta solo para ver el partido.



Unos asientos más allá, Cade lleva a su nueva hija, Emma, atada al pecho en un portabebés. Es un padre orgulloso, con los ojos más puestos en la pequeña que en el partido. Verlo me produce un extraño efecto en los ovarios.

Willa es la juguetona de siempre, sentada junto a Luke intentando enseñarle a lanzar palomitas al aire y atraparlas con la boca.

No deja de golpearles a ambos en la cara.

Pase lo que pase, ver a todos aquí animando a Jasper me alegra el corazón.

Él necesita esto.

Se lo merece.

No estamos en el palco. Hemos tomado casi toda una fila del estadio detrás de la red. Llena de Eatons. Lleno de familia.

Quizá no la familia en la que nació, pero sí la que más le quería. La que haría cualquier cosa por él.

Suena un timbre, Violet me pone una cerveza delante y toma asiento.

—Toma. Bebe.

—No puedo...

Menea el vaso de plástico, haciendo que esté peligrosamente cerca de derramarse.

—Lo harás. Es Buddyz Best. Te encanta esta mierda.

Sonrío ante la cerveza dorada. Es cierto que me encanta esta cerveza. Pero no porque sepa bien. Es porque recuerdo haberla bebido la noche en que Jasper me sacó de aquella farsa de boda. Recuerdo que me bebí una jarra mientras Jasper se inclinaba sobre mi espalda y me enseñaba a jugar al billar.

El perro de la etiqueta me hace sonreír, y los recuerdos que evoca le dan un sabor delicioso.

Bebo un trago y mis nervios se calman al ver a mi hombre patinar sobre el



hielo desde el banco. Levanta la vista en nuestra dirección y Beau agita en su dirección el cartel gigante que Rhett y él han hecho.

Vi cómo lo hacían. Como niños que son, se reían mientras espolvoreaban chispitas sobre el pegamento con el que deletreaban las palabras.

*Dice: ¡Jasper Gervais es mi semental número uno!*

Jasper se pone el casco, probablemente poniendo los ojos en blanco desde detrás de la jaula.

Rhett grita—: ¡Cásate conmigo, Jasper! —justo cuando Summer le da un codazo en las costillas.

No sería una excursión de la familia Eaton sin algún tipo de travesuras locas de los chicos.

Pero en cuanto empieza el cronómetro, todo el mundo se sume en un tenso silencio. Debería ver el partido, pero me paso enormes ratos mirando a Jasper en la red.

Su increíble concentración. La forma en que lleva su cuerpo. La velocidad de sus reflejos. No es sólo bueno en el hockey, es un talento generacional. Me da escalofríos.

Y si te soy totalmente sincera, me pone de los nervios que sea tan superior. Me atrae mucho esa parte de él. Su pasión y su incansable compromiso por ser tan bueno en su deporte.

Admiro eso de él. Conectamos a ese nivel. Cuando tenemos que entrenar, no nos guardamos rencor ni nos quejamos del tiempo que pasamos separados. Ambos perseguimos nuestras pasiones y somos mejores en lo que hacemos porque contamos con el apoyo del otro.

El público se pone a gritar mientras el equipo contrario avanza por el hielo hacia la red de Jasper. Jasper se cuadra para enfrentarse a los atacantes. Solo por estar en la red, bloquea muchas de sus oportunidades de marcar



gracias a su ventaja de altura.

El número 29 pasa, y el número 17 acaba haciendo un tiro duro y rápido.

Pero no lo bastante rápido. La mano enguantada de Jasper sale como un rayo y se embolsa el disco, haciendo que parezca fácil.

Jadeo cuando se lo devuelve al árbitro.

Con una mano en el pecho, bebo otro sorbo de cerveza y me doy cuenta de que me la he bebido entera.

El disco cae y el reloj sigue avanzando. Están empatados a uno. Jasper ha jugado con todo su corazón esta noche.

Quiero tanto esto para él. La gran victoria. El logro supremo. Dios, me duele el cuerpo de lo mucho que quiero esto para él.

Quedan treinta segundos y el público se calla. La prórroga no es una derrota, pero tampoco una victoria.

Significa más tiempo. Más oportunidades. Más espacio para errores cansados.

Puedo sentir la expectación. Todo el estadio está lleno de ella. Se podría cortar con un cuchillo.

Cada segundo es como un tambor que resuena en las gradas.

Los Gators disparan y Jasper cubre, pero no lo suficiente para que piten el final.

Y entonces... sucede.

Damon Hart vuela por el hielo, mirando por encima del hombro con una sonrisa y un pequeño saludo a su portero.

Y ahí está el hueco perfecto.

Jasper deja caer el disco sobre el hielo y lo lanza directamente a través de ese hueco. Justo en la cinta del palo de su compañero de equipo.



Juro que todas las personas aspiran colectivamente una profunda bocanada de aire frío. Los segundos pasan.

Pero no hay defensas. Dejan que Damon les pase patinando. Da golpecitos con el disco de un lado a otro, de izquierda a derecha. Finge un disparo.

Su portero cae en la trampa y se deja caer para salvar el balón.

Damon remata a la escuadra, la dura goma golpea el fondo de la red con un silbido que se oye en todo el edificio.

Suena el timbre y el estadio *estalla*.

Música. Luces. Gritos. Confeti. Cada persona entra en erupción.

Pero me quedo quieta, viendo a Jasper saltar de alegría, con el palo y los guantes volando, el casco tirado, patinando hacia sus compañeros con la sonrisa más grande y desgarradora en la cara mientras se amontonan sobre él para la asistencia y Damon para el gol de la victoria.

Quiero recordar este momento, este sentimiento, tan claramente como recuerdo el primer día que le vi. Dolorosamente guapo con ojos tristes.

Hoy, cuando se gira y me busca en las gradas, es diferente. Es dolorosamente guapo con ojos felices.

Tan feliz que quiero verlos de cerca. Los colores. La forma en que se arremolinan. Las finas líneas junto a ellos. Quiero sentir su barba incipiente en mis mejillas y el latido de su corazón contra mi frente cuando dejo caer mi cara contra su pecho.

Corro entre la multitud, bajo las escaleras hasta la puerta al final de la pista, y él está allí. Esperándome.

Como siempre ha sido.

Dejé que me arrastrara hasta el hielo, directamente a sus brazos.

—¡Lo has conseguido, joder! —Le grito sin ningún escalofrío. Mis manos



están en su cabello sudoroso, mis piernas alrededor de su cintura, mis ojos en los suyos.

Justo donde siempre han estado.

—Lo hemos conseguido, joder. —Sus manos me aprietan el culo y me susurra al oído—: Mis años de entrenamiento y tu Hacedor de Copas Stanley. La combinación perfecta.

Me río como una loca y le beso el cuello. Hay cámaras y medios de comunicación por todas partes. Compañeros de equipo y familiares. Es un caos. Pero lo único que veo es *a él*. Este momento. Un buen hombre al que la vida le ha repartido una mano injusta, consiguiendo por fin una victoria. *La* victoria.

—Te amo, Jasper Gervais. —Sacudo la cabeza, las lágrimas gotean por mi cara mientras me maravillo ante el hombre que tengo delante—. Te amo muchísimo.

—Yo también te amo , Sloane Winthrop —dice mientras mira por encima de mi hombro, de vuelta hacia la entrada—. ¿Pero sabes lo que no me gusta?

Mi corazón se acelera y la confusión florece detrás de mis cejas. ¿Cómo puede no gustarle a alguien algo de este momento? Este momento lo es todo.

Apenas me doy cuenta cuando mete la mano por detrás.

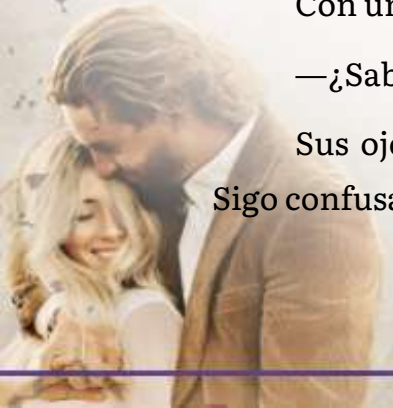
Apenas me doy cuenta de la presencia de Beau, o de la gran sonrisa de comemierda que tiene en la cara.

Apenas me doy cuenta porque, con todo su equipo de portero, en medio de la celebración de su victoria en la Copa Stanley, mi amor de la infancia se arrodilla justo delante de mí.

Con una cajita de terciopelo en la mano.

—¿Sabes lo que no me gusta?

Sus ojos miran los míos con tanta claridad, tanto brillo y tanta alegría. Sigo confusa, me cuesta entender lo que está pasando, aunque sea tan evidente.



—¿Qué? —Susurro, y no creería que pudiera oírme, pero debe hacerlo. Porque responde—: Tu apellido, Sunny. Realmente no me gusta tu apellido.

Y con eso, abre la cajita para mostrarme un anillo. Un anillo que *me gusta*. *Un anillo* del que le hablé mientras bebía cerveza de mala calidad en el asiento del copiloto de su todoterreno y llevaba un anillo de boda de otro hombre.

Es un zafiro púrpura, de talla oval, engastado horizontalmente en oro amarillo. Rodeado por todos los bordes. Es peculiar. Es único. Es único.

Es exactamente el anillo que le describí hace tantos meses.

—Sloane Gervais suena bien, ¿no crees? —Ladea la cabeza, con el cabello húmedo rozándole la frente. Parece un niño, tímido y nervioso.

Ahora miro a mi alrededor, dándome cuenta de que este momento es mucho más que nosotros. Es la culminación del trabajo de su vida.

—¡Jasper! Deberías estar celebrándolo ahora mismo —exclamo.

—Sunny, lo haré. —Se ríe, sacudiendo la cabeza como si le hiciera gracia—. Pero quiero celebrarlo con mi prometida. Por favor, Sloane, déjame casarme contigo. Déjame hacerte feliz. No quiero llegar tarde con esto también.

—Jas. —Me río, acercándome y deslizando mi dedo en el anillo, escuchando un rugido de vítores detrás de nosotros—. ¡No llegas tarde! No lo vi venir en absoluto.

La piedra reluce bajo las luces brillantes mientras flexiono y muevo el dedo.

—¿Sí? —pregunta con voz cálida y profunda.

Le devuelvo la mirada, un poco triste por apartar ahora la vista del anillo, y asiento con la cabeza.

Se ríe y me toma en brazos cuando vuelve a alcanzar su altura máxima, haciéndome chillar.



—Ya era hora, ¿eh? Te merecías que llegara pronto para algo después de todos estos años.

Mis dedos recorren sus mejillas sonrosadas.

—Te amo, Jas.

—Sunny, dime que eso es un sí.

—Siempre ha sido un sí, Jasper.

Grita y me da vueltas antes de besarme estúpidamente.

Y sin más, el chico de extremidades larguiruchas, cabello acaramelado y los ojos más tristes que he visto nunca es mío.

Para siempre.



# EPÍLOGO

*Jasper*

Jasper: Encuéntrame en la entrada.

Sloane: Sí, señor.

Jasper: Guarda esa frase para más tarde cuando te desnude y te haga gatear.

Sloane: Sí, señor.

—¿Estás nervioso? —Harvey me mira especulativamente mientras espero a que Sloane salga de casa.

El sol brilla y la nieve se derrite. Es uno de esos días Chinook perfectos en Chestnut Springs, lo suficientemente cálido como para que quieras ponerte una camiseta porque el calor sienta de maravilla después de un largo invierno.

Es el día de nuestra boda pero no vamos a ir a lo tradicional. Pasamos la noche juntos en el tejado hablando. La ceremonia es en el campo, y la recepción es en la casa.

Antes de casarnos, hay algo que quiero enseñarle. Así que supongo que también voy a verla con su vestido de novia.



—No. ¿Y tú?

Se burla.

—¿Por qué iba a estar nervioso?

—No sé. Te estás haciendo viejo. Tal vez te preocupa tropezar y caer mientras llevas a Sloane al altar.

Para sorpresa de todos, Robert se negó a venir, así que Harvey sustituyó a Sloane. Tan firme y constante en su apoyo. Realmente es uno de los mejores.

—Soy un espécimen físico excepcional, hijo. Todavía no hay tropezones para este viejo.

Ahora me toca a mí reírme.

—Por favor, cuéntame menos sobre tus capacidades físicas.

—Es hereditario. Mírate. —Señala mi atuendo de boda: americana de pana marrón, corbata, el cabello ligeramente peinado y botas en lugar de zapatos de vestir.

—Harvey, no estoy tan seguro de que entiendas la palabra hereditario.

—He criado ganado toda mi vida. Conozco el significado. Sé que existe la naturaleza. Y que hay crianza.

Hago un gesto con los labios y miro la grava del camino de entrada por un instante antes de volver a mirarlo mientras continúa.

—No me importa mucho si participé en tu creación. Lo sé en mi corazón que tuve un papel en hacerte quien eres hoy. Y estoy muy orgulloso de ti, Jasper. No estoy seguro de habértelo dicho lo suficiente a lo largo de los años.

—Gracias, Harv. —Mi voz se atrapa con su nombre.

—No he terminado —anuncia, moviendo su peso entre sus pies, como si también se sintiera un poco incómodo con esta conversación—. Yo. . . Bueno, sé que has luchado. Sé que has luchado con lo que hay en tu corazón. Con sentir



que perteneces. Y estoy muy feliz de que hayas encontrado un lugar al que pertenecer con Sloane. Pero también quiero que sepas que perteneces aquí. En el rancho con nosotros.

Resoplo y me limpio la nariz.

—Qué mierda, Harvey. ¿Intentas hacerme llorar? ¿Es esto parte de tu crianza?

Se ríe pero tose bruscamente, aclarando la emoción en su garganta.

—Sí. Supongo que sí. Pero quería darte esto.

Saca un sobre blanco del bolsillo de su chaqueta y me lo entrega. Cuando lo tomo, me hace un gesto con la mano y se limpia la nariz.

—Ábrelo.

Se me hace un nudo en la garganta cuando abro el papel y saco la hoja. Lo leo, pero las palabras son...

—Es una escritura —dice.

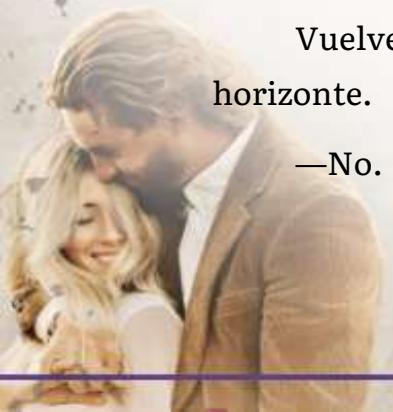
—Puedo verlo.

—Para tu propio cuarto de sección. En el lado este. Bonitos amaneceres. Sé que les gusta sentarse en el tejado a hablar hasta que sale el sol. Pensé que construirías allí eventualmente. Quédate cerca. No lo sé. Dale a tus bebés con cola mucho espacio para vagar. —Se seca los ojos, claramente intentando cubrir su emoción con el chiste más manido que tiene—. Todos mis hijos tienen un cuarto. Y me siento como un verdadero imbécil por no haberte dado una hasta ahora.

—Harvey, esto es demasiado.

Vuelve a agitar una mano antes de apoyar las dos en las caderas y otear el horizonte.

—No. Tengo más tierra de la que sé qué hacer con ella. Además, eres mi



chico, Jasper. —Alarga la mano y me agarra del hombro—. Te quiero aquí siempre.

Miro fijamente el trozo de papel, sintiéndome como el pequeño niño roto que apareció en este rancho aquel día hace tantos años. No tenía ni idea de cuánto amor tendría algún día. Ni idea de que la gente que le quería de verdad nunca le abandonaría.

Están todos aquí.

Y cuando alzo la vista para ver a Sloane bajando por la escalinata de la gran casa, mi corazón se estremece en mi pecho y las lágrimas de mis ojos se aclaran al instante. Todo lo que veo es tan claro con ella a la vista.

—Nos vemos ahí fuera. Te quiero, Jasper —termina Harvey, envolviéndome en un abrazo agresivo.

—Yo también te quiero, Harvey —me ahogo, y el hombre se limita a mirarme con los ojos llorosos y un brusco gesto de aprobación antes de alejarse y hacer lo mismo con Sloane.

Ella le devuelve el abrazo, pero no me quita los ojos de encima mientras cruza el camino de entrada. El rancho Wishing Well está a su izquierda, la casa detrás y mi anillo en su dedo. Lleva un vestido suelto que le llega hasta los tobillos. Lleva el cabello suelto, suave, enmarcándole la cara. Lleva zapatillas de ballet en los pies y tiene una expresión relajada. *Feliz*.

Este es el día que se merece. El día que nos merecemos.

De vuelta a donde todo empezó.

—Estás perfecta —murmuro cuando se acerca.

—Pareces comestible. Hablando de sueños adolescentes. —Sus ojos me recorren y una sonrisa se dibuja en sus labios.

Levanto el sobre.

—¿Sabías de esto?



Levanta un hombro con desgana.

—Un pajarito podría habérmelo dicho.

Sus manos me buscan en cuanto está lo bastante cerca y yo me meto el sobre en el bolsillo antes de atraerla hacia mí.

En *nuestro abrazo*. El de siempre. Excepto que ahora su mano busca su tatuaje en mis costillas cada vez.

—¿Estás listo? —Mi chaqueta amortigua su voz.

—No del todo —le digo, haciéndola girar hacia el rancho y apretando su espalda contra mi frente.

Levanto la mano izquierda delante de ella y muevo los dedos. Las líneas frescas de tinta en mi dedo anular llaman su atención, y al instante lo coge.

—Te he hecho otro tatuaje esta mañana.

—Jasper... —su voz se entrecorta cuando sus dedos rozan la tinta oscura.

—Es... —Le tiemblan las manos mientras me toma la mía con las dos con tanta reverencia—. Permanente.

—Nosotros también. Nunca me quitaré este anillo.

Se acurruca más contra mí y noto su sonrisa al apretar todo su cuerpo contra el mío. Le paso el brazo por encima del hombro y entrelazo los dedos con los suyos.

Luego señalo la ventana de la habitación que siempre ha sido suya. Justo al lado de la mía.

—Hace dieciocho años, una niña rubia me asomó por esa misma ventana. Ese día me miró fijamente, y yo le devolví la mirada. No me di cuenta de lo que significaba porque éramos unos críos.

Tararea suavemente, entrelazando sus dedos con mi mano libre. Se envuelve en mí como si fuera su manta favorita. Y yo la complazco porque



envuelta alrededor de Sloane es mi lugar favorito para estar.

—¿Me viste?

Giro la cabeza hacia dentro, mis labios rozando su frente.

—Sí. Te vi, Sloane. Yo también me fijé en ti. No sabía qué me hizo mirar allí arriba ese día. No tenía ni idea de lo que significaba.

—¿Qué significaba?

—Que cuando se trata de ti, no tengo poder.

Fin

*¿Necesitas más momentos de desvanecimiento al estilo de Jasper Gervais? Adelántate para echar un vistazo a su futuro y al de Sloane. Masaje en los pies garantizado.*



# EPÍLOGO EXTRA

## Jasper

6 años después

—Todavía está llorando —susurro al oído de Sloane, escuchando a Silas llorar suavemente detrás de nosotros mientras Summer lo rodea con los brazos e intenta calmarlo.

Sloane se ríe.

—Salvaje. Simplemente cruel, de verdad.

—Jas, llora por todo. Es tan sensible. Y ahora tiene cinco años. No puedo seguirle el ritmo.

—Sólo por ti. Tienes a todos los hombres de nuestra pequeña familia alrededor de tu dedo.

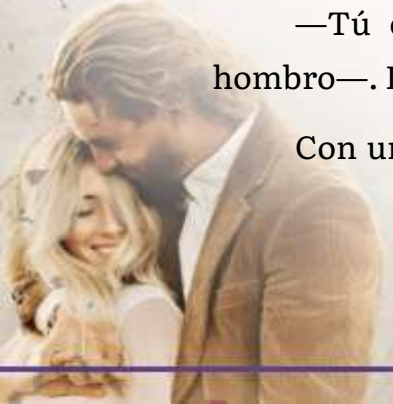
—Justo donde todos pertenecen. —Me guiña un ojo y empezamos a subir por el empinado sendero.

Le pongo la mano en la espalda y le echo un vistazo rápido al culo en bikini antes de gemir.

—Maldita sea, Sunny. Estoy deseando arrancarte este bikini más tarde.

—Tú eres el salvaje. —Con una carcajada se asoma por encima del hombro—. Igual que nuestra hija.

Con unos cuantos pasos largos más llegamos a lo alto de la orilla del río,



donde me vuelvo para mirar hacia abajo, donde todo el mundo se ha instalado en este día de verano casi insoportablemente caluroso. Todos y cada uno de los miembros del clan Eaton están aquí, y digo clan porque nos hemos convertido en mucho más que una familia. Sangre. Matrimonio. Amistad.

Si eres uno de nosotros. Nada de eso importa. Todos pertenecemos juntos de alguna manera.

Y efectivamente, Skylar, con sólo tres años está haciendo todo lo posible para liberarse del agarre de su tío Beau.

—Sky, cálmate o te llevaré a que te vacunen contra la rabia.

—¡Quiero saltar! —Su carita se contrae y sus manos se cierran en pequeños puños enfadados.

—¡Eh, Gervaises! —Beau nos grita—. Esta es salvaje. ¿Ha sido criada por lobos?

—¡No! —dice Harvey, con una lata de Buddyz Best en su mano desgastada por el sol—. ¡Esa es la Eaton que hay en ella! Vamos, Sky. Vamos a saltar rocas. Tú también, Silas. Tu madre se pondrá bien.

Toma a los dos niños y los lleva hacia una parte menos profunda del río. Los hombros de Silas siguen subiendo y bajando mientras gimotea, y Skylar me lanza una mirada sucia por encima del hombro que me hace sentir como una traidora por haberla dejado fuera.

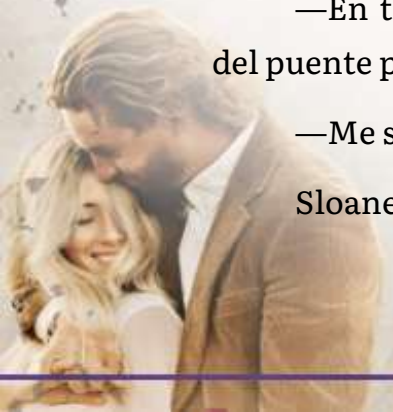
—Ni se te ocurra pensarlo. —Sloane enhebra sus dedos entre los míos y empieza a arrastrarme hacia el estrecho sendero que lleva al puente.

—¿Pensar en qué?

—En traer a tu compañera del crimen. Tiene tres años. No puede saltar del puente por muy convencida que esté de que puede.

—Me siento mal. Mírala. Está enfadada.

Sloane se ríe de nuevo.



—Oh, sí. Está furiosa. Vas a pagar por esto más tarde.

Una sonrisa se extiende por mi cara mientras me tomo un momento para reflexionar sobre todo lo que tengo hoy. Todo lo que pensé que nunca tendría.

Felicidad.

Una familia.

*Sloane*.

Le aprieto la mano y ella me devuelve la sonrisa.

—Vamos. Me voy a acobardar si te quedas aquí mucho tiempo mirándome así.

Caminamos por el sendero en silencio hasta que el viejo puente del ferrocarril aparece. Es todo metal bruñido y madera oscura. Huele a creosota y a ese aroma casi estático que desprenden los días calurosos y soleados.

Tomados de la mano, subimos al puente y Sloane me mira por debajo de las pestañas. La cara que conozco tan bien, la cara que he pasado años memorizando.

*Amando*.

—¿Estás bien, Sunny?

Ella asiente, con los labios entrelazados mientras mira a todos los que están en la orilla debajo de nosotros.

—La última vez que estuve aquí arriba, Violet y yo éramos unas niñas. Nos creíamos muy graciosas. Espiándote a ti, Cade, Rhett y Beau.

—¿Esta es la vez que nos bañábamos desnudos?

Sus mejillas se encienden, incluso ahora.

—Sí.

—¿Y qué pasó?



—Violet se tapó los ojos e hizo un ruido de náuseas silencioso mientras corría fuera del puente.

—¿Pero qué hiciste? —Me acerco, rodeo a mi mujer con los brazos y la miro fijamente.

—Miré fijamente.

—Qué asco. Esos son tus primos —me burlo.

—Jas. —Pone los ojos en blanco—. No los estaba mirando. Te miraba a ti. —Entonces sus brazos me rodean y sus palmas se posan en mi culo, clavando los dedos en cada mejilla—. Y este chico *burbuja de hockey* .

Una risita profunda retumba en mi pecho mientras la atraigo contra mí. La cabeza sobre mi corazón mientras mis labios presionan la parte superior de su cabeza.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, Sunny.

—Bien, Jasper. Te lo mereces —me susurra.

—Así que, por favor, no mueras saltando de este puente.

—¡Jasper! —Se ríe mientras me empuja, el momento se aligera al instante—. No me extraña que el pobre Silas esté fuera de sí. ¿Dijiste algo así cerca de él?

Luego se acerca a la barandilla y me devuelve la mirada, con el cabello rubio suelto sobre los hombros. Sus ojos brillan como el cielo, un lago glaciar y un huevo de petirrojo, y me tiende la mano.

—¿Me tomas de la mano?

—Por supuesto, Sunny. —Me acerco y ambos nos agachamos a través de la barandilla. Luego nos agarramos el uno al otro, como hemos hecho la mayor parte de nuestras vidas.

—Aún no puedo creer que hayas conseguido evitar hacer esto hasta los



treinta.

Ella sacude la cabeza, parece un poco sin aliento mientras miramos las profundas aguas de abajo.

—No me puedo creer que mi jodida hija de tres años me haya retado a hacer esto.

Lanzo una carcajada.

—No puedo creer que aceptaras el reto de una niña de tres años.

—Sí. Bueno, haría cualquier cosa por ellos. —Se gira y me mira—. Y por ti.

Mi mano palpita en la suya.

—¿Seguro que estás preparada?

—Sí. Confío en ti. —Prácticamente está jadeando por el subidón de adrenalina. La anticipación.

—A la de tres. Cuando diga salta, ¿saltas? ¿Entendido?

Su risa es casi maníaca.

—¿Es un chiste verde, Gervais?

Ignoro su broma y sonrío a mi mujer.

—Tres. Dos. Uno. —Hago una pausa. Y esperamos con la respiración contenida, los ojos pegados el uno al otro como si nada ni nadie más existiera en este momento—. Te amo, Sunny. ¡Salta!

Saltamos entonces, en caída libre. Tengo el estómago en la garganta. Sus chillidos me taladran los oídos. Su mano aferrada a la mía.

Y joder, caería con ella una y otra vez.

En unos instantes nos sumergimos en las profundas y frías aguas del río. Nos perdemos momentáneamente de la mano. Pero entonces la siento mientras extiendo la mano. Las yemas de sus dedos rozan las mías.



Volvemos a encontrarnos. Como siempre.

Y al igual que aquel día de hace tantos años en un frío lago glaciar…

logro sentir a Sloane Gervais donde nadie más puede verla.



*En Reckless Winter hace las paces y empieza de cero en Chestnut Springs. ¿Quieres ver cómo la salvaje Theo derrite su gélido exterior? Sigue leyendo para ver un adelanto.*

# RECKLESS - ADELANTO

A partir de junio de 2023

## Capítulo 1:

## Winter

—No puedo entender por qué sientes la necesidad de ir a trabajar a ese pequeño y sucio hospital en el campo.

Solía pensar que Rob era un buen tipo.

Ahora, lo sé mejor.

—Bueno, Robert —exclamo, usando su nombre completo para cabrearlo mientras meto un último jersey en mi maleta repleta—. No sé si lo sabes, pero hay humanos, vivos de verdad, que viven en el campo y que también necesitan atención médica.

No sé por qué llevo tanto equipaje para un solo turno. Cuando estoy en Chestnut Springs, vivo en bata en Urgencias y en leggings en la habitación del hotel por la noche.

—Gracias por aclararlo, Winter. —Hay un tono mordaz en su voz que



podría hacer que algunas personas se estremecieran. Pero no a mí. Una parte oscura de mí se enorgullece de saber exactamente cómo cabrear a mi marido. Mis labios se crispan mientras lucho por contener mi sonrisa de satisfacción.

—Pero, ¿por qué ese hospital? ¿Por qué Chestnut Springs? Te vas constantemente para allá y ni siquiera me dices que te vas. Ahora que lo pienso —se frota la barbilla de forma exageradamente dramática mientras se apoya en el marco de la puerta de mi habitación— ni siquiera has tenido en cuenta mi opinión sobre si querría que mi mujer aceptara este trabajo. No es una decisión inteligente para tu carrera.

Solía pensar que Rob era un buen hombre. Ahora, lo he escuchado lloriquear como un niño.

Nada hace que la masculinidad de un hombre se arrugue y muera para mí como quejarse de que una mujer ejerza su independencia profesional. Más le valdría dar un pisotón y salir furioso como un chiquillo machista.

Alcanzo la cremallera y empiezo a forzarla contra el abultado contenido de mi maleta.

—Es curioso —empiezo, asegurándome de mantener un tono frío y uniforme—. Es casi como si... fueras la última persona a la que consultaría sobre opciones profesionales.

Con una bocanada de aire, finalmente deslizo la cremallera en su sitio y miro el estuche rígido, apoyando las manos en las caderas y dejando que una sonrisa de satisfacción se dibuje en mis labios.

—¿Qué demonios se supone que significa eso, Winter?

La forma en que añade mi nombre al final de cada frase parece como si intentara regañarme.

Bromas para él. No me regañará.



No es consciente de lo que supone desenvolverse en el sistema médico siendo una joven doctora. Si dejara que hombres tan débiles como Rob me pisotearan, no tendría ninguna oportunidad.

Y esta carrera es lo único que he tenido que es mío. Así que puede irse a la mierda.

Dando la vuelta a una mano, me miro las uñas descuidadas, intentando parecer aburrida por él. Me pregunto si encontraré un buen sitio para hacerme la manicura en Chestnut Springs cuando respondo—: No te hagas el tonto. Combina tan mal con lloriquear.

Me pregunto por qué sigo casada. Sé por qué pensé que lo estaba aguantando. ¿Pero ahora? Ahora, sólo tengo que animarme y hacerlo. Vuelvo a mirar mi maleta, hecha como si me fuera a ir para una larga temporada, y me pregunto si mi subconsciente sabe algo que yo ignoro.

A lo mejor esa zorra se pone firme y dejándome salir una vez por todas.

No soy reacia.

—No le hablarás así a tu marido.

Mis ojos se entrecierran en mis cutículas mientras lucho por contener la rabia que burbujea en mi interior. Lava fundida hirviendo a fuego lento bajo la fría superficie, a punto de estallar por todas partes.

Pero lo he mantenido a raya durante años. No dejaré que el Doctor Rob Valentine sea quien me haga entrar en erupción.

No vale la pena la energía.

Desvío la mirada hacia él, al otro lado de la habitación. Mi habitación, porque cuando le dije sin rodeos que ya no dormiría en la misma cama que él, me dirigió a la habitación de invitados en lugar de mudarse él mismo, como el verdadero caballero que es.

Aunque fuera él.



Él es la razón por la que estamos donde estamos.

Y lo peor es que lo amé una vez. Era todo mío. Un lugar seguro donde aterrizar después de crecer en lo que parecía una especie de guerra fría doméstica.

Bajé la guardia con él. Caí tan fuerte.

Me rompió el corazón mucho más de lo que nunca dejaré que nadie sepa.

No le respondo, sino que agarro el asa de la maleta y, empujando su esbelto cuerpo, me dirijo hacia la puerta principal de nuestra casa de tres mil metros.

Lo escucho seguirme. Zapatos de vestir contra el mármol. Y, por supuesto, no se ofrece a llevarme la maleta.

Una sonrisa irónica tuerce mis labios y sacudo la cabeza al pensar que se molestaría en mover un dedo por mí. Lo que más me cuesta aceptar de la implosión de mi matrimonio es que no lo vi venir. Que pueda ser inteligente, culta y estratégica en todo lo que hago y permitir que este imbécil me sorprenda es... ofensivo.

Que me estafen de esta manera me irrita sobremanera.

Puedo sentir la rabia que irradia a sus espaldas. Y yo sigo adelante con serenidad, metiendo los pies en calcetines en un par de botas altas de cuero y envolviéndome en un largo abrigo de lana marrón.

—¿En serio, Winter? ¿Ni siquiera me vas a dignar con una respuesta?

Me ato metódicamente el cinturón del abrigo alrededor de la cintura, decidiendo que no tengo ningún deseo de dignificarlo.

El problema es que Rob me conoce bien. Hemos estado juntos durante cinco años, lo que significa que él también sabe cómo cabrearme.

Sus ojos recorren mi cara, adoptando una mirada maliciosa.



—Me gustabas más con el cabello más claro. —Su dedo índice recorre mi cabeza, juzgando las mechas más oscuras rematadas con un tono más cálido. Siempre se ha obsesionado con que tenga el cabello rubio plateado, diciéndome lo mucho que le gusta—. Este nuevo look no me gusta.

Pero los retoques de raíz, el champú morado y el acondicionador profundo eran demasiado trabajo para una residente agotada, por lo que pedí al estilista que me pusiera unas mechas más oscuras.

Parpadeo un par de veces, como si no pudiera creerme que tenga el descaro de actuar como si la forma en que me tiño el cabello fuera un desaire personal hacia él.

Excepto que puedo. Porque este año se quitó la máscara y me mostró toda la fealdad que hay debajo.

—Es curioso. Me gustabas más cuando pensaba que no te habías enrollado con mi hermanita y luego te la habías follado.

Se burla. Se burla.

—No fue así. Estaba obsesionada conmigo.

Arrugo la nariz al oler la mierda que desprende.

—Un médico mucho mayor salva la vida de su paciente menor de edad. Utiliza su apariencia y su poder sobre ella para que coma de su mano. Se convierte en un héroe para ella. Luego, en cuanto ella cumple los dieciocho, empieza a follársela a escondidas como si fuera una especie de sucio secreto. Y cuando conoce a su hermana mayor, más apropiada, la deja como a una piedra y se casa con la que no le hará perder su trabajo por violar la licencia médica. Oh! —mi dedo se levanta en el aire— excepto, aquí está el truco. Sigue poniéndose en contacto con ella de todos modos, con la esperanza de sabotearla con novios cuando intente seguir adelante, dándole largas, sólo porque puede.

Mi ira se agita, pero soy yo quien revuelve la olla al ceder ante él.



Se cruza de brazos y me mira fijamente. Cabello dorado, ojos azules brillantes y aspecto de muñeco Ken.

—Sabes que nunca la amé.

La rabia me atraviesa. Todo a mi alrededor se desdibuja mientras mis ojos se centran en el imbécil con el que me casé. Intento mantener la calma. Años de practicar esta fachada me han ayudado a superar los momentos más desgarradores. Sé cómo actuar.

Pero hoy lucho.

—¿Crees que no amarla nunca lo hace mejor? Estás hablando de mi hermanita. La que casi muere. Y te la tiraste durante años.

Mis palabras resuenan en el espacioso vestíbulo mientras nos miramos fijamente.

—¿Por lo que me has hecho? Me eres indiferente. ¿Por lo que le has hecho a ella? Te odio. No te habría tocado ni con un palo de un millón de pies si me hubiera dado cuenta del tipo de hombre que eres en realidad. Engáñame una vez, nunca más. Ese es el nuevo dicho, Rob.

Levanto la maleta de un tirón y giro sobre mis talones, abriendo la puerta con tanta fuerza que choca contra la pared. Odio lo excitada que estoy. Lo fuera de control que me siento. Pero mantengo la cabeza alta, aprieto los hombros y salgo de esa casa con toda la compostura plácida e inafectada que puedo reunir.

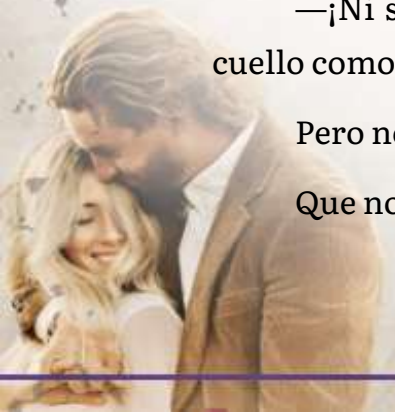
—¿Eso significa que me dejas?

¿Cómo puede alguien tan culto ser tan estúpido? Casi me río. En lugar de eso, le hago un gesto con el dedo por encima del hombro y sigo andando.

—¡Ni siquiera te gusta! —grita en un tono quejumbroso que me raspa el cuello como uñas en una pizarra.

Pero no le devuelvo ni una mirada. Me satisface saber que se equivoca.

Que no es tan listo como se cree. Porque quiero a mi hermana.



Es que tengo una forma jodida de demostrarlo.

Espero no morir ahora que estoy retomando el control de mi vida.

El Hospital General de Chestnut Springs está a sólo una hora de la casa en la que vivo, pero parece que nunca llegaré. Empecé a hacer turnos aquí hace unos meses, así que probablemente podría hacer el trayecto con los ojos cerrados, pero hoy está nevando lo suficiente como para tener los nudillos blancos en el volante.

Yo también estoy sufriendo por haber perdido la calma.

Rob empezó la pelea diciendo que no entendía por qué yo quería trabajar en ese hospital de mala muerte, y yo no me sentí inclinada a decirle la verdad.

Una, que trabajar en un hospital donde no soy su mujer ni la hija de mi madre es un alivio. Puedo ejercer la medicina y sentirme orgullosa de mi trabajo sin tener que lidiar con todos los cuchicheos y las miradas de lástima. Sin esa mierda colgando sobre mi cabeza.

Porque todo el mundo lo sabe, pero nadie habla de ello, y ese enfoque de la vida está acabando con mi cordura.

Y dos, porque nunca he deseado tanto estar cerca de mi hermana como ahora. Cuando estaba enferma, solía colarme en el hospital para ver cómo estaba, leía su historia clínica para saber cómo estaba, aunque yo sólo estuviera en la universidad. ¿Y ahora? Ahora miro a mi hermana pequeña y veo demasiados años perdidos.

Veo a una mujer que vivió en la miseria para ahorrarme un poco de la mía. Parece que somos afines en ese sentido.

Ahora es feliz, prometida a un hombre con el cabello demasiado largo,



pero que la ama de una manera que me da envidia. Pero también me alegro por ella; Dios sabe que se merece un poco de paz. Dejó atrás su licenciatura en Derecho y su trabajo seguro en la empresa de gestión deportiva de nuestro padre para dirigir un gimnasio y vivir en un pintoresco rancho de campesinos.

La admiro.

Pero no tengo ni idea de cómo arreglar la ruptura entre nosotras. Así que acepté un trabajo a tiempo parcial en la pequeña ciudad en la que vive, con la esperanza de encontrármela orgánicamente.

Tengo esta historia recurrente en mi cabeza, una que aparece todo el tiempo. Debo estar tratando de manifestarlo o algo así.

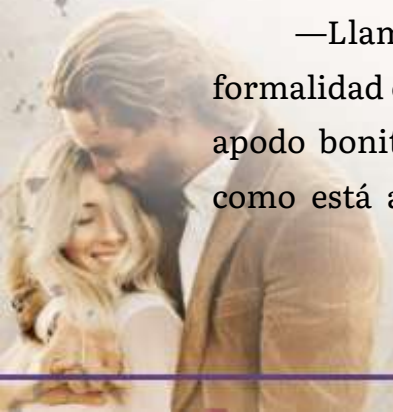
En él, pasea por la acera y me tropiezo con ella al salir de la adorable cafetería parisina de Main Street. Parece sorprendida de verme. Le ofrezco una cálida sonrisa, que no es forzada. Luego me paso el pulgar por encima del hombro y le digo—: Oye, ¿quieres tomar un café? —de un modo desenfadado y encantador que hará que me devuelva la sonrisa.

Por supuesto, tendría que pasar tiempo en otro lugar que no fuera el hospital o el hotel para que eso ocurriera. Pero sigo escabulléndome entre las dos zonas de seguridad, demasiado asustado y avergonzado para enfrentarme a ella.

—A la mierda —murmuro mientras resoplo y me siento más erguida, con los ojos centrados como un láser en la carretera—. Siri, llama a Summer Hamilton.

El latido del silencio que me recibe es pesado, cargado de años de anticipación.

—Llamando a Summer Hamilton —responde la voz robótica. La formalidad es un golpe en el pecho. La mayoría de las hermanas tendrían algún apodo bonito en el teléfono. Quizá la llamaría Sum si fuéramos amigas. Tal como está ahora, también podría incluir su segundo nombre en la lista de



contactos.

Suena el teléfono. Una vez. Dos veces.

Y entonces ella está allí.

—¿Winter? —pregunta sin aliento. Mi nombre no es una acusación en sus labios. Es... esperanzador.

—Hola —digo estúpidamente. Porque ningún número de años de educación o de lectura de libros de medicina podría prepararme para esta conversación. Desde que todo estalló en el hospital aquel día, he representado esta conversación en mi cabeza un millón de veces. Me he pasado la noche en vela preparándome.

Y no fue suficiente.

—Hola... ¿estás... ¿estás bien?

Asiento con la cabeza, mientras me pica el puente de la nariz. He sido horrible con Summer a lo largo de los años y su primera inclinación es preguntarme si estoy bien.

—¿Win?

Aspiro una profunda bocanada de aire. *Win*. Joder. Ese apodo. Cae en él con tanta facilidad. Me pregunto distraídamente cómo me nombra en sus contactos. Siempre imaginé que era 'Media Hermana Malvada' o algo por el estilo.

Es tan jodidamente amable. Casi me da náuseas que alguien pueda ser tan amable conmigo después de todo lo que hemos pasado, después de lo frío que he sido con ella.

No merezco a Summer. Pero la quiero. Y eso viene con ser honesta.

—No especialmente —digo finalmente, intentando disimular el quiebro de mi voz aclarándome la garganta—. Bien. —Puedo imaginármela asintiendo ahora mismo, juntando los labios, con la mente en blanco mientras intenta



resolver este problema por mí. Así es ella. Una solucionadora.

—¿Dónde estás? ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¿Estás herida? —Hace una pausa—. ¡Oh! ¿Necesitas ayuda legal? Ya no ejerzo, pero podría...

—¿Puedo verte? —Suelto. Y ahora parece que le toca a ella guardar silencio—. Ya estoy de camino a Chestnut Springs. Podría... No sé. —Un suspiro rasgado me sube por la garganta—. ¿Invitarte a un café? —Concluyo torpemente, echando un vistazo al reloj digital que indica que ya son las seis de la tarde.

Su voz llega a través del teléfono un poco gruesa, un poco suave.

—Me encantaría. ¿Pero podríamos tomar vino en su lugar?

Un nudo de tensión se despliega en mi pecho, uno que ni siquiera sabía que estaba ahí hasta ahora. Y ahora que me he dado cuenta, no puedo evitar sentir que lleva ahí años.

—Sí. —Mis dedos pulsan el volante—. Sí. Vino. Bueno. —Sueno como una maldita cavernícola.

—Tendremos una cena familiar en la casa principal esta noche. Habrá mucha gente. Me encantaría que vinieras también.

Se me hace un nudo en la garganta. Esta clase de amabilidad me resulta extraña después de haber vivido tanto tiempo en una burbuja estéril con Rob y mi madre. Este tipo de perdón... No sé cómo reaccionar.

Así que lo acepto. Es lo menos que puedo hacer.

—Allí estaré. ¿Puedes enviarme la dirección?



En mi prisa por salir pitando de la ciudad, ignoré el depósito de gasolina

todo lo que pude. Sin duda, recortándolo peligrosamente. Lo que sólo ha aumentado mi ansiedad cuanto más me he alejado del límite de la ciudad.

Así que cedo y paro a repostar en Chestnut Springs antes de tomar la carretera secundaria que mi teléfono me ha indicado para llegar al rancho.

Mientras estoy aquí, helada y deseando haberme puesto ropa de invierno más apropiada para el exterior, dejo que toda la preocupación se cuele a través de mis muros cuidadosamente erigidos.

Preocuparme por ver a Summer.

Preocuparme por sentarme a cenar con un montón de gente que sin duda piensa que soy una zorra atroz.

Preocuparme por las carreteras llenas de nieve. He visto demasiados traumatismos por accidentes de coche en Urgencias últimamente.

Preocuparme por mi carrera y por qué demonios voy a hacer, dónde voy a aterrizar.

Lo más gracioso es que no me preocupa en absoluto la idea de dejar a Rob para siempre. Lo he estado pensando durante mucho tiempo. Lo he pensado, lo he mirado desde todos los ángulos.

Sólo una persona estúpida seguiría casada con Rob sin nada que la ate a él.

Y yo soy muchas cosas, pero estúpida no es una de ellas.

Lanzo un suspiro profundo y pesado y veo cómo mi aliento sale de entre mis labios formando una nubecilla humeante, más evidente bajo las luces de neón que inundan los depósitos de gasolina. En cuestión de segundos, las puntas de mis dedos pasan del hormigueo al entumecimiento total, donde se enroscan alrededor del asa de plástico rojo. Reboto en el sitio y levanto la vista cuando escucho el tintineo de un timbre en la puerta de la gasolinera.

El hombre que sale por la puerta de cristal es todo fanfarronería y hombros anchos. Cabello oscuro, ojos oscuros, pestañas que irritan un poco a



la rubia que hay en mí. Sonríe ante el boleto de lotería que tiene en la mano, como si creyera que va a ganar.

Podría decirle que no va a ganar. Que es una pérdida de dinero. Pero tengo la clara impresión de que este es el tipo de hombre al que no le importa.

Lleva botas sin cordones y vaqueros apilados en la parte superior. Un par de largas cadenas de plata adornan su pecho, desapareciendo bajo una camisa abotonada de cuadros escoceses que está abierta un poco más de la cuenta, una pesada chaqueta de punto colgada descuidadamente por encima.

Es sexy sin siquiera intentarlo. Ni siquiera parece tener frío. Seguro que se levanta de la cama después de dormir con los calcetines de ayer y se los vuelve a meter en esas botas de cuero desgastadas.

Me he quedado mirándolo tanto tiempo, tan detenidamente, que el surtidor de gasolina hace un fuerte ruido metálico al chocar contra mi palma, señal de que el depósito está lleno.

El ruido atrae su atención hacia mí, y me mira con toda la fuerza de su atractivo. La mandíbula cuadrada con la cantidad perfecta de barba incipiente, rematada con unos labios que no tienen desperdicio en un hombre. ¿El aspecto de este hombre? Es absurdo.

Dejo caer la cabeza rápidamente, tanteando con la bomba para volver a encajarla en su soporte. Me paso la lengua por los labios.

Tengo la clara sensación de que el hombre me está observando, pero no levanto la vista para verlo. Siento un aleteo en el pecho y un calor en las mejillas que hacía mucho, mucho tiempo que no sentía.

Porque en realidad estaba felizmente casado. Y ahora no lo estoy. Eso creo.

Y *este* es el primer hombre que realmente me he permitido mirar inapropiadamente. Un hombre que no se molesta en atarse los zapatos y juega a



la lotería.

—Uf —me quejo mientras me acerco a la puerta, de repente mucho menos fría que antes de verlo.

Pero cuando estoy a punto de deslizarme en mi asiento, miro por encima del hombro al hombre. El que está de pie junto a su camión plateado.

El que sigue mirándome con una sonrisa cómplice en la cara.

El que se pasa una mano por el cabello perfectamente despeinado y me *guiña un* ojo.

Estoy en mi auto y salgo a la carretera oscura como un tiro, huyendo lo más rápido posible. Porque lo último que necesito en mi cabeza es un hombre así.



# Capítulo 2

## Theo

La mujer rubia me miraba como si fuera un extraterrestre. Tuve que detenerme y devolverle la mirada porque era tan descarada.

Estaba a punto de bromear sobre lo objetivado que me sentía por la forma en que me miraba.

Pero entonces se relamió una vez, parpadeó y salió disparada.

Y es una pena porque no me sentía para nada objetivado. O tal vez me gusta ser objetivado. Porque si ella me hubiera mirado a los ojos, todas las apuestas se habrían cancelado. Podría haberle dado algo para mirar.

Mientras subo al camión, me río entre dientes. Sé que la rubia despampanante del Audi de lujo se me pasará por la cabeza de vez en cuando. Porque había algo inusualmente sano en esa interacción, como si fuera una adolescente a la que han pillado embobada y se ha avergonzado de ello. Me sentiría mal por ella si no me sintiera tan mal por mí mismo porque huyó antes de que pudiera conseguir su número.

Tomo la oscura carretera que lleva al rancho Wishing Well. He venido aquí tantas veces a lo largo de los años que sé adónde voy, esté oscuro o no. Mi mentor, Rhett Eaton, vive aquí y, como mi madre y mi hermana viven en Estados Unidos, su familia se ha convertido en algo parecido a la mía durante las vacaciones.

Normalmente me iba a casa de mamá por Navidad, pero ella y mi padrastro se fueron de crucero y mi hermana pequeña se fue con ellos.

¿Meterme en un toro enfadado? Estoy bien.

¿Meterme en un gran barco sin tierra a la vista? Paso. Vi un episodio de



Oprah sobre gente que desaparece en ellos, y soy demasiado joven y guapa para morir.

A los pocos minutos, hay luces traseras rojas delante de mí y les estoy ganando terreno rápidamente.

Muy rápido.

—Vamosssss —gimo en la silenciosa cabina de mi camioneta mientras inclino la cabeza hacia atrás.

Sí, está nevando, pero las carreteras están empedradas y no heladas. Finalmente alcanzo al coche y me doy cuenta de lo despacio que van. Treinta kilómetros por hora. En un cincuenta. Y ni siquiera es una zona escolar.

Es cuando me acerco lo suficiente cuando me doy cuenta de que es el espectáculo de humo del Audi. Debería haberlo adivinado. Las botas de tacón y el abrigo largo no gritaban chica de campo.

Y tampoco la forma en que conduce por una carretera secundaria. El intermitente gira a la izquierda. El vehículo frena y luego acelera. La luz de señalización parpadea a la derecha y el vehículo se desvía un poco.

¿Quizás está perdida? ¿O borracha? A veces me quedo como ella mirándome cuando he bebido demasiado.

Entonces me acerco lo suficiente para ver la luz de su móvil a través de la ventanilla trasera. Perfecto. Mandando mensajes y conduciendo. Esta chica se va a matar. O posiblemente a mí.

Tal vez si compartiéramos una habitación de hospital, podría conseguir su número después de todo. Podría merecer la pena. Cuando frena de golpe, me sobresalto y toco el claxon.

—¡En serio! —Grito, sintiendo que mi ritmo cardíaco se acelera. No me importa lo buena que esté. Es una pésima conductora.

Sale disparada hacia delante, pero vuelve a frenar. Retrocedo, no quiero



acercarme demasiado a alguien tan errático.

Pero maldita sea, acabo pensando en mi madre o en mi hermana perdida en una carretera secundaria. Vuelvo a pensar en ella perdida en vez de en conducir como un gilipollas a propósito. Un rápido vistazo a mi teléfono en su funda me dice que la recepción se ha ido oficialmente en este tramo, por lo que ella no puede estar enviando mensajes de texto a nadie.

Enciendo las luces largas, pensando que si se detiene podré ayudarla. Inmediatamente me siento como un asesino en serie.

Ninguna mujer en su sano juicio se estaciona en una carretera oscura para hablar con un extraño que le ha encendido las luces largas.

Así que me acomodo, pongo mi Chris Stapleton y dejo que mis ojos se pierdan en los campos cubiertos de nieve. Blancos y nítidos, reflejan la luz de la luna y hacen que ya no parezca tan oscuro. No tardo en acercarme al desvío del rancho Wishing Well, lo que significa que por fin puedo despedirme de mi terrible tentación al volante.

Excepto que hace señas. Y dobla en el ingreso al Rancho Wishing Well.

Definitivamente va a pensar que la estoy acosando. Y si ambos nos dirigimos al mismo lugar, ella es probablemente alguien que conozco de una manera indirecta.

Cuando veo la casa iluminada, su coche acelera hasta el porche. Pisa el freno y sale volando del auto, dando un portazo y dirigiéndose hacia mí antes de que yo pueda bajarme del camión.

Cuando salgo, escucho—: ¿Estás loco?

De acuerdo. Está enfadada. Y no parece borracha en absoluto. Tiene las llaves metidas entre los dedos como garras e instantáneamente me gusta esta chica.

Sin preámbulos. Sale por todas. Es pequeña y feroz. Me siento como Peter



Pan cuando Campanilla le da una paliza.

—Tranquila, Tink. —Le ofrezco una sonrisa y levanto las manos en señal de rendición.

—¿Tink? —Su voz se vuelve aún más fuerte.

Le hago un gesto casual con la mano.

—Sí, tienes ese aire de Campanilla enfadada. Me gusta. —Dejo que mi mirada recorra su cuerpo solo un momento, sin querer rozar la lascivia. Pero bueno, lo justo es justo después de cómo se quedó embobada en la gasolinera.

—Estás como una puta cabra, ¿lo sabías? —Ella empieza de nuevo—. Conduces como un imbécil detrás de mí durante diez minutos, ¿y ahora me sigues hasta aquí? ¿Para... para... mirarme y compararme con un duendecillo de Disney? —Sus brazos se agitan con rabia y su carita se tuerce con furia. Una mirada así podría incinerar a un hombre en el acto.

Pero no a mi.

—Creo que en realidad es un hada. Y para que conste, conducir veinte por debajo del límite de velocidad también es peligroso y podría matar a alguien. Sobre todo a mí. Por aburrimiento —bromeo, tratando de aligerar el ambiente.

Sus ojos se abren de forma casi cómica, señal inequívoca de que no he conseguido aligerar en absoluto el ambiente.

—¡Está oscuro y nevado! No conozco la zona. Podría haber animales salvajes. Conducir despacio es seguro siempre y cuando un paleto de los cuarenta no me esté dando por culo en su camioneta de pacotilla, haciéndome señales con las luces largas.

Mis labios se aprietan el uno contra el otro.

*Joder*.

Me gusta mucho esta chica.



—He escuchado que si quieres que te den por el culo, lo mejor es una polla pequeña. Así que tal vez yo soy tu tipo.

Mi polla no es pequeña. Pero felizmente haré sacrificios para conseguir una buena broma.

Sólo un tipo de polla pequeña perdería esta oportunidad.

No debería haberlo dicho, pero la mirada de puro asombro que pinta sus bonitas facciones hace que merezca la pena. Está tan encendida que no puedo evitarlo. Juega con fuego y yo estaré ahí para echarle gasolina.

Su mano se dispara entre nosotros.

—Estoy casada. Maldito cerdo. Ahora vete. —Su mano se levanta con firmeza, señalando hacia el camino de entrada.

Me encojo de hombros.

—Casada por ahora, tal vez.

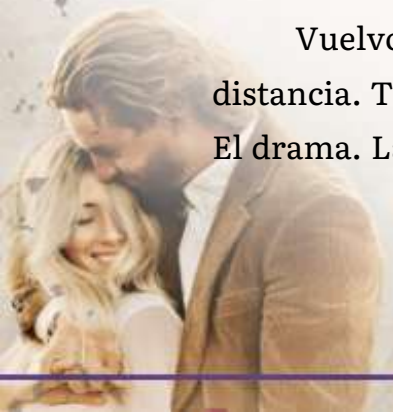
Soy persistente. Y esta chica no me miraba como una mujer casada. No una feliz de todos modos.

Es la voz de Rhett la que atrae nuestra atención hacia el amplio porche adosado a la enorme casa.

—Sí, no te preocupes, Winter. Definitivamente vamos a liberarte de ese marido y enterrarlo en el campo de atrás. Será como esa canción de Dixie Chicks. Rob es el nuevo Earl.

*Winter*. ¿Winter, como la hermana de Summer? Joder, es una estúpida combinación de nombres para dos hermanas. Deberían odiar a sus padres en vez de odiarse la una a la otra, en mi opinión.

Vuelvo a mirar a la mujer que tengo delante, a unos dos metros de distancia. Todos la describen como fría y distante. He escuchado las historias. El drama. La describen como una especie de cerebro criminal.



Todo lo que veo es un petardo que necesita mi ayuda para resolver alguna agresión.

Y no estoy enfadado por ayudarla con eso. Ni siquiera un poco. Soy muy filantrópico en ese sentido.

Winter se frota las sienes como si le doliera la cabeza. Me planteo ofrecerle una aspirina de mi camión o un orgasmo. He escuchado que eso también ayuda.

—Tienes suerte de hacer tan feliz a mi hermana pequeña, Eaton —dice, sonando completamente agotada.

Rhett canturrea de buen humor, sus ojos adoptan esa mirada de drogado derretido que se le pone cuando la gente menciona a Summer. Pero no habla de eso, sino que dice—: Theo es sólo un bebé. No puedes corromperlo, Winter.

Pongo los ojos en blanco.

—No soy un bebé. Tengo veintiséis años.

Rhett se burla.

—No, no es así. Tienes veintidós.

Santo Dios. ¿De verdad cree que conoce mi edad mejor que yo?

—Amigo. Tenía veintidós años cuando te conocí en el circuito. Me he hecho mayor. Haces lo mismo que mi madre con sus mascotas. Llegan a cierta edad y entonces ella dice que tienen esa misma edad hasta que un día simplemente se mueren.

Se ríe entre dientes.

—Bueno, lo seré. Eres como esa tienda con los vestidos escasos. Forever 22.

Apoyo las manos en las caderas y suspiro con la boca torcida.

—Sí. Definitivamente te estás haciendo mayor. Esa tienda se llama



Forever 21.

Rhett sólo me hace señas.

—No importa. Sólo sé de los vestidos escasos.

—¿Han terminado? Necesito un trago si voy a quedarme aquí toda la noche —interrumpe Winter, claramente irritada por el rumbo que ha tomado nuestra conversación. Aunque la interrupción de Rhett interrumpió con éxito nuestra pequeña riña.

Tristemente. Yo estaba disfrutando de la lucha verbal con ella. Ella puede aguantar.

—Ah, sí, Winter, te presento a mi protegido Theo Silva. Theo, te presento a la doctora Winter Hamilton, mi futura cuñada.

—Winter Valentine —le interrumpe con una dura corrección.

—Por ahora —añado, guiñándole un ojo y excitándome pinchándola mucho más de lo que debería.

Me mira de la forma más dramática y empieza a caminar en mi dirección. Le tiendo la mano, porque mamá me crió como a un caballero, pero ella pasa de largo, mirándome con ojos azules brillantes como el fondo de una llama. Giro la cabeza para sostenerle la mirada mientras se pone a mi altura, hombro con hombro, y me paso la mano por el cabello de la forma más cursi posible.

Y guiño un ojo. De la misma manera que lo hice en la gasolinera. Nuestro pequeño secreto.

—Llama a tu perro, Eaton. —Ella sigue caminando, sólo dirigiéndose a Rhett, como si yo no estuviera aquí.

Pero maldita sea, me encantan los retos.

Me doy la vuelta con un sonoro '¡guau!' mientras veo su menuda figura deslizarse hacia la brillante luz de la cálida y bulliciosa casa.



Rhett se está riendo. De mí. No conmigo.

—Eres un idiota, Theo.

Sacudo la cabeza.

—Hombre. Creo que estoy enamorado de tu cuñada. Es tan fogosa.

Ahora es Rhett el que mueve la cabeza, como si supiera algo que yo ignoro.

Lo sigo hasta la casa porque quiero saber más.

Quiero saber más sobre Winter *Valentine*.

Como cuando estará sucediendo ese divorcio.



# AGRADECIMIENTOS

La joven Elsie salió con algunos jugadores de hockey. Pero ninguno era un Jasper Gervais. Y realmente siento que corregí algunos errores en este mundo al crearlo. Es sólo una prueba de que los novios de los libros son a menudo una raza superior de hombre, porque, para mí, Jasper es perfecto.

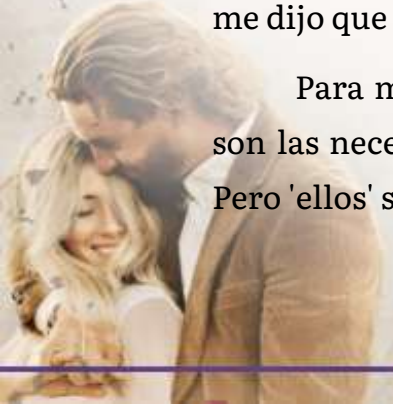
Hablando en serio, espero que él y Sloane os hayan encantado tanto como a mí. Porque estos dos personajes realmente me engancharon. Sentí cada sentimiento y cada angustia, todo el anhelo... Sentí todo el amor. No fue un libro fácil de escribir. Pero me consumió. No estoy segura de haber tenido nunca una experiencia tan visceral al escribir un libro, así que esta historia será siempre especial para mí.

Gracias a mis lectores. Seguís dejándome boquiabierta. ¿Dónde estaría yo sin ustedes? Su entusiasmo es contagioso y su pasión, inspiradora. Me encanta escribir historias para ustedes. Saber que hay gente en el mundo a la que le interesan tanto las cosas que invento en mi cabeza es una lección de humildad.

A mi marido y a mi hijo, gracias por darme el espacio para ser creativa, para ser yo misma. Desaparecer en otros mundos. Trabajar hasta no poder ver bien para cumplir un plazo. No creo que pudiera hacer esto sin que mis dos hijos estuvieran tan orgullosos de mí como lo estáis vosotros. Estoy más que bendecida por teneros a los dos.

A mis padres, ¿recuerdan cuando mi profesor de inglés de décimo curso me dijo que escribía mal? Quizá intentaba inspirarme.

Para mi ayudante Krista, dicen que la comida, el agua, el aire y el cobijo son las necesidades humanas básicas (lo he buscado en Google, ¿de acuerdo?) Pero 'ellos' se equivocan. Cambiaría refugio por tenerte a ti para trabajar.



A mis Spicy Sprint Sluts, me encantan sus caras.

A Catherine, #inmunitynecklacesforever.

A Kandi, no creo que hubiera terminado este libro a tiempo si no fuera por tus sesiones de animación y de sprint a primera hora de la mañana. The Spicy Sprint Sluts hace mi vida y no puedo esperar a escribir más libros contigo. #gratitudebombs

A mis lectoras beta Julia, Amy, Trinity, Leticia, Josette y Krista, gracias por ayudarme a hacer de este libro lo mejor posible. Sus notas me hacen reír y sus comentarios me convierten en mejor escritora. Estaría perdida sin ustedes.

A mi editora Paula, si yo soy la mantequilla tú eres el pan. Vamos tan bien juntas.

A mi diseñador de portadas, Echo, gracias por tolerarme a mí y a mis incesantes preguntas e ideas sobre portadas y gráficos. El envoltorio de esta serie es más que bonito y tengo que agradecértelo.

Por último, a mis lectores de ARC y a los miembros del equipo de calle, GRACIAS. Muchos de ustedes han estado conmigo desde el principio de este alocado viaje. Y ahora muchos de ustedes son nuevos. Apoyar a un autor de esta manera puede que no os parezca gran cosa, pero es *enorme* para mí. Cada post, cada TikTok, cada reseña cambia literalmente mi vida. No sé si podré devolverles su amabilidad, pero haré todo lo que pueda para devolverles el favor.

Feliz lectura, amigos.

